B. Koval

La Gran Revolución de Octubre y América Latina

Editorial Progreso
Moscú

B. Koval

La Gran Revolución de Octubre y América Latina

Editorial Progreso
Moscú

Traducido del ruso por M. Kuznetsov

Presentación de V.A. Korolkov

Б. Коваль

ВЕЛИКИЙ ОКТЯБРЬ

И ЛАТИНСКАЯ АМЕРИКА

На испанском языке

© Издательство "Прогресс", 1978

© Traducción al español. Editorial Progreso 1978

Impreso en la URSS

К $\frac{170105-685}{014(01)-78}$ 262–78

INDICE

PREFACIO

CAPITULO I. LA BURGUESIA Y EL PROLETARIADO DE AMERICA LATINA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

1. Expansión del "vecino del Norte"
2. La burguesía latinoamericana se enriquece con la guerra
3. Víctimas de la guerra y del militarismo
4. La clase obrera acumula experiencia de lucha
5. " ¡Paz a nosotros, guerra a los señores! "

CAPITULO II. EL DERRUMBAMIENTO DE LA AUTOCRACIA EN RUSIA Y LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA

1. Actitud respecto a la Revolución de Febrero y a la dualidad de poderes
2. ¿Quiénes eran los "maximalistas"?
3. La clase obrera continental pasa a la ofensiva
4. Primeros rayos de Octubre
5. Adversarios y partidarios de la revolución socialista

CAPITULO III. ¿POR LA REPUBLICA DE LOS SOVIETS O EL "REINO DE LA ANARQUIA"?

1. Ocaso del anarquismo latinoamericano
2. Los obreros mexicanos leen la "Carta de Lenin"
3. Nuevo programa de los sindicalistas de izquierda brasileños

CAPITULO IV. BAJO LAS BANDERAS ROJAS
1. Ascenso de la lucha huelguística
2. La "semana trágica" en Argentina
3. La insurrección proletaria de 1918 en Brasil
4. "¡Fuera las manos de la Rusia Soviética! "

CAPITULO V. PRIMEROS PASOS DEL MOVIMIENTO COMUNISTA EN AMERICA LATINA
1. Formación del Partido Comunista de la Argentina
2. Los comunistas mexicanos se constituyen en partido
3. En los orígenes del movimiento comunista uruguayo
4. Se constituye el Partido Comunista de Chile
5. El primer congreso de los comunistas brasileños
6. El Partido Comunista de Cuba se pone al frente de la lucha obrera

CAPITULO VI. LAS TRADICIONES DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y LOS ACTUALES PROGRESOS REVOLUCIONARIOS EN AMERICA LATINA
1. El imperialismo es el enemigo principal de los pueblos latinoamericanos
2. Influencia del socialismo real en el aumento de la conciencia política de la clase obrera

EPILOGO

INDICE DE NOMBRES

NOMBRES GEOGRAFICOS

PREFACIO

El libro *La Gran Revolución de Octubre y América Latina* ha sido escrito especialmente para la Editorial Progreso por el conocido historiador soviético B. Koval, autor de varios estudios sobre problemas del continente latinoamericano. En este libro, destinado a los lectores de habla española, examina una serie de cuestiones que a pesar de su importancia no han sido estudiadas hasta ahora, en todo caso de una manera suficiente: actitud de las clases y grupos sociales y políticos diferentes de los países latinoamericanos hacia la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917 en Rusia, influencia de este acontecimiento sobre el desarrollo de la lucha de clases y de los movimientos democráticos de masas en el continente, evolución político-ideológica del movimiento obrero, paso de los proletarios e intelectuales latinoamericanos más avanzados a las posiciones del marxismo-leninismo, cambios operados en el proceso revolucionario continental bajo el impacto de la Revolución de Octubre, etc.

El nuevo libro de B. Koval es en cierto grado una síntesis de cuanto han logrado hasta ahora los investigadores soviéticos de la historia de América Latina.

El autor se refiere, en lo fundamental, a los años veinte, centrando su atención en los países donde entonces surgieron partidos comunistas.

La Gran Revolución Socialista de Octubre llenó la vida del mundo con nuevo contenido. Ante los pueblos de todos los países se abrieron perspectivas nunca vistas en la lucha por la felicidad y el progreso. En octubre de 1917, bajo la dirección del gran Lenin y del Partido Comunista, creado por él, los pueblos de Rusia hicieron realidad los antiguos sueños utópicos en el socialismo, que los genios de Carlos Marx y Federico Engels convirtieran en ciencia de la revolución proletaria.

La Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 destacó en su mensaje, en vísperas del centenario del nacimiento de Vladímir Ilich Lenin, que "el nombre de Lenin simboliza la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre y las más grandes realizaciones revolucionarias, que cambiaron de raíz la faz social del mundo, imprimien-

do a la humanidad un viraje hacia el socialismo y el comunismo"[1].

La prensa burguesa engañó y sigue engañando a sus lectores sobre el significado de la Revolución de Octubre y el primer país del socialismo triunfante.

Por cierto que la noticia del triunfo de la revolución socialista en Rusia provocó sentimientos desiguales en las diferentes clases y capas de la población latinoamericana.

Su parte avanzada saludó entusiasmadamente el gran suceso. Bajo la influencia de la Revolución de Octubre, en todos los países al Sur del Río Grande comenzó un poderoso ascenso de la lucha de la clase obrera y cobraron mayor fuerza los movimientos democráticos de masas no proletarias. La clase obrera pasó a ocupar poco a poco las posiciones de vanguardia. Las diferentes corrientes del movimiento obrero continental de aquel tiempo –socialdemócrata, anarquista y sindicalista– se dividieron en dos campos: partidarios y adversarios de la Gran Revolución de Octubre.

En los partidos políticos y sindicatos de izquierda se sostuvieron ardorosas disputas sobre las cuestiones de la estrategia y la táctica de la lucha revolucionaria.

En tales circunstancias, como dijo Lenin, avanzó una "labor modesta, poco visible, nada llamativa y lenta, pero profunda"[2] de creación de partidos comunistas. De 1918 a 1925, como consecuencia directa de la Revolución de Octubre surgieron los partidos comunistas marxistas-leninistas en Argentina, Uruguay, Chile, México, Brasil y Cuba. Lo mismo ocurrió después en otros países del continente. José Ingenieros, destacado científico y personalidad pública de Argentina, fue uno de los primeros latinoamericanos que al reflexionar sobre los acontecimientos de la lejana Rusia comprendió que la Revolución de Octubre "es la primera fase experimental de un proceso necesariamente internacional; el episodio ruso no es una revolución históricamente concluida, sino el comienzo de una revolución apenas iniciada; no puede limitarse a Rusia"[3].

El conocido escritor y demócrata brasileño A. H. Lima Barreto expresó su sincera admiración por Lenin

[1] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, Moscú, 1969,* en español. Praga, 1969, p. 37.

[2] V.I. Lenin. *Notas de un publicista. Obras Completas,* 5ª ed. en ruso, t.44, p.421. (En lo sucesivo, *O.C.)*

[3] J. Ingenieros. *Los tiempos nuevos. Las fuerzas morales de la Revolución Rusa. Obras Completas,* vol. 16, Buenos Aires, 1956, p. 142.

y los bolcheviques, calificando el movimiento bolchevique de "fenómeno social sorprendente, que encierra un interés extraordinario para toda la humanidad y tiene una amplitud social sin precedentes". Lanzó el siguiente llamamiento: "Obreros: un impulso más y la burguesía del mundo caerá... El mundo debe ser de aquellos que producen; todos los que no producen son parásitos, hay que acabar con ellos"[4].

Para el análisis científico de la influencia ejercida por la Gran Revolución de Octubre sobre los procesos revolucionarios de América Latina tienen gran importancia los trabajos de comunistas latinoamericanos, especialmente de los que vivieron en aquella época. Hay que mencionar en primer lugar a revolucionarios leninistas descollantes como José Carlos Mariátegui, Victorio Codovilla, Julio Antonio Mella, Astrojildo Pereira, Luis Emilio Recabarren y Rodolfo Ghioldi, así como a los veteranos del movimiento obrero H. Necochea, M. Ramírez, E. Laborde, F. Pintos, E. Dias, J. Marinello y O. Brandão; hizo aporte valioso a dicho análisis el eminente historiador estadounidense W. Foster, veterano del movimiento obrero y comunista internacional.

Las tradiciones de la primera generación de marxistas-leninistas encuentran continuación eficaz y fructífera en los trabajos de Fidel Castro, Rodney Arismendi, Luis Corvalán, Luis Carlos Prestes, Gilberto Vieira, Pedro Saad, Manuel Mora, Arnoldo Martínez Verdugo, Gerónimo Arnedo Alvarez y otros ideólogos y dirigentes del movimiento comunista y obrero de América Latina.

En sus trabajos se analiza la influencia ideológica y política de la Revolución de Octubre sobre el proceso revolucionario latinoamericano. Lenin destacó en *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo,* que "no son sólo algunos, sino todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios, de nuestra revolución los que tienen importancia internacional desde el punto de vista de la influencia de aquélla en todos los países"[5].

Los historiadores y sociólogos burgueses se empeñan vanamente, desde hace ya 60 años, en "fundamentar" la falsa tesis de que el comienzo del movimiento comunista en América Latina fue un fenómeno casual, importado por los "agentes de Moscú y del Comintern"; en probar que antes de la Revolución de

[4] *Manifesto da União Maximalista aos Operarios.* Porto Alegre, 1.XI.1918.

[5] V.I. Lenin. *La enfermedad infantil del "izquierda" en el comunismo. O.C.,* t. 41, p. 3.

Octubre el movimiento obrero latinoamericano siguió un camino radicalmente distinto a las leyes generales de la lucha del proletariado internacional. Niegan la existencia de premisas internas para la formación de partidos comunistas en el continente y deducen que la doctrina marxista-leninista sobre la misión histórica del proletariado es inaplicable, en general, a América Latina, donde, según ellos, la lucha de clases está subordinada enteramente a los intereses del movimiento liberador antifeudal, cuya dirección incumbe a la burguesía. El papel de la clase obrera lo reducen al mero apoyo incondicional a la burguesía nacional. En opinión de R. Alexander, V. Alba, C. Porter y otros ideólogos burgueses, el desarrollo del movimiento proletario autónomo, la actividad de los partidos comunistas y la lucha de los trabajadores contra el capitalismo no hacen más que complicar el proceso liberador, dividiendo a cada nación latinoamericana en vez de unirla bajo la égida de la burguesía, considerada como exponente y defensora de los intereses comunes de todas las capas y clases de la sociedad latinoamericana.

Los partidos marxistas-leninistas, que existen hoy en todos los países latinoamericanos, dan justa réplica a esa posición ideológica del imperialismo. Los científicos marxistas, en particular los historiadores soviéticos, han mostrado suasoriamente que el movimiento comunista surgió en América Latina con carácter lógico, reflejando el comienzo de una nueva fase de desarrollo de la lucha proletaria.

Precisamente la conjugación orgánica de factores internos y exteriores sirvió de base para la nueva etapa en la historia del movimiento obrero latinoamericano, que se inició después de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

M. Kudachkin

Capítulo I

LA BURGUESIA Y EL PROLETARIADO DE AMERICA LATINA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

La fuerza y magnitud de la influencia ejercida por la Revolución de Octubre sobre diversos países del mundo dependieron, en primer lugar, de la situación política concreta de los mismos. Tuvieron gran importancia en este sentido el nivel de desarrollo de las clases y de la lucha entre ellas, las tradiciones de la vida social y la experiencia política del proletariado y las masas en general. Naturalmente, la situación en Europa Occidental difería de raíz de la existente en Asia u otros continentes, aunque el triunfo de la revolución socialista de 1917 en Rusia incidió de una u otra manera sobre todos los países y regiones del mundo sin excepción.

La inmensa influencia ideológica y política de la Revolución de Octubre se manifestó en América Latina en formas peculiares muy distintas a las que revestía en Europa Occidental y Asia. Además, cada país latinoamericano tiene sus propios rasgos específicos considerables. Pero antes de mostrar esa peculiaridad y para comprenderla mejor es preciso esbozar en líneas generales el panorama latinoamericano tal como se presentaba en vísperas de la Revolución de Octubre, es decir, durante la primera guerra mundial. Importa sobre todo determinar la situación y lucha del proletariado y la burguesía —las dos clases principales de la sociedad capitalista—, que en aquel período salieron al proscenio de la vida económica y política de los países del continente. Además, es forzoso detenerse en los cambios que se iniciaron en América Latina al agudizarse la rivalidad interimperialista y pasar a la ofensiva el imperialismo estadounidense. Este fue, precisamente, el fondo sobre el que se manifestó la vivificante influencia revolucionaria de la Gran Revolución de Octubre y el leninismo en toda la marcha ulterior de la lucha de clases.

Puesto que entre las publicaciones científicas hay muchos trabajos especiales dedicados al continente latinoamericano del período de la primera guerra mundial, nos referiremos únicamente a los problemas cardinales.

1. EXPANSION DEL "VECINO DEL NORTE"

Lenin, en su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, escrito en la primavera de 1916 en Zurich, definió cabalmente en pocas palabras los rasgos generales que caracterizaban la situación del continente en el umbral de la primera guerra mundial (1914-1918). Después de analizar minuciosamente, en su genial trabajo, los hechos concretos, con plena razón destacó a Argentina y las repúblicas latinoamericanas similares (México,

Brasil, Chile, Uruguay y otras), considerándolas como grupo de Estados aparte, en comparación con las vigorosas potencias imperialistas (como eran Inglaterra y EE.UU.) y con las colonias pobres y sin derechos. Según la definición de Lenin, esa categoría específica de países formaba, junto con España, Portugal y Grecia, un grupo de Estados capitalistas de desarrollo medio, en los que se conservaban vestigios considerables del pasado (en particular, el latifundismo), pero había triunfado ya, en lo fundamental, el régimen capitalista. Lenin indicó que el rasgo determinante de dichos países era su dependencia respecto al imperialismo extranjero (principalmente británico). Por ello, en el mencionado libro, se opuso a la errónea opinión de C. Kautsky de que los países latinoamericanos eran meras colonias[1]. Según Lenin, Argentina no pertenecía al grupo de colonias, sino "de países dependientes que desde un punto de vista formal, político, gozan de independencia, pero que, en realidad, se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática"[2].

Esta definición leninista de importancia trascendental se interpreta a veces erróneamente, en el sentido de que la independencia latinoamericana era pura ficción. En realidad, Lenin entendía por "independencia formal" la independencia política, refrendada jurídicamente y por todos reconocida, de los países latinoamericanos, considerando que esto los distinguía en esencia de las colonias y semicolonias.

En efecto, Argentina, Brasil, Chile y otros muchos países del continente (aunque no todos) se constituyeron en Estados políticamente independientes una vez derrocado el yugo colonial hispano-portugués a raíz de la guerra de los pueblos latinoamericanos por la independencia (1810-1826). Cada república poseía todos los atributos formales de la soberanía política, mientras que en las colonias y semicolonias camparon por sus respetos los gobernadores nombrados por las metrópolis. El resultado principal de la susodicha guerra fue, precisamente, la conquista de la independencia política. Pero en el plano económico, América Latina estuvo lejos de hacerse soberana, pues dependía en muchos aspectos del capital inglés y ocupaba una posición subordinada en el mercado mundial, limitándose a suministrar materias primas para los países más desarrollados de Europa Occidental y para EE.UU. Poco después de la liquidación del yugo colonial hispano-portugués, el capital financiero de Inglaterra, Francia, Alemania y, mas tarde, EE.UU. logró la anexión económica de los países latinoamericanos, pero "sin violar la independencia política de los mismos"[3]. Esto no se refiere, claro está, a

[1] Véase C. Kautsky. *La concepción materialista de la historia*, t. 2. Moscú-Leningrado, 1931, p. 534.

[2] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo* *O. C.*, t. 27, p. 383.

[3] V. I. Lenin. *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista".* *O. C.*, t. 30, p. 95.

los territorios que en vísperas de la primera guerra mundial continuaban siendo colonias sin derechos (Surinam, Guayana Británica, Jamaica, Puerto Rico, Martinica y otros).

C. Kautsky y otros líderes de la II Internacional consideraron que la soberanía política incluso de países tan extensos como Argentina, Brasil, Chile, México, Colombia y Venezuela era una ficción, no significaba nada, y por eso los calificaron de colonias. Su error salta a la vista sobre todo si se tiene en cuenta que durante la primera guerra mundial las relaciones entre los Estados latinoamericanos, la Entente (alianza antialemana de Inglaterra, Rusia y Francia) y EE.UU. distaron mucho de ser lisas y llanas. En todo caso, Inglaterra y otras potencias imperialistas no siempre pudieron dar órdenes. A veces tuvieron que conformarse con los deseos y la política de los gobiernos latinoamericanos, sostener con ellos un juego diplomático y utilizar los resortes económicos. Naturalmente que la dependencia financiera y diplomática se dejaba sentir, predeterminando la línea política de los Estados latinoamericanos, que en pos de EE.UU. se pusieron del lado de la Entente y algunos declararon la guerra a Alemania. Esta línea la imponía no sólo una fuerte presión económica del capital inglés, sino también la dependencia comercial y estratégico-militar respecto a Estados Unidos de América.

La primera guerra mundial, desencadenada por Alemania en 1914 y librada por 38 Estados, fue un conflicto de las principales potencias imperialistas rapaces —Alemania, Inglaterra, Francia, la Rusia zarista, Japón y EE.UU.—, ansiosas de un nuevo reparto del mundo, o, según la expresión de Lenin, una "lucha por el reparto del botín, una lucha para decidir cuál de ellas se engulliría tales o cuales colonias o pequeños Estados. En el primer plano de esta guerra aparecen *dos* conflictos. El primero entre Inglaterra y Alemania. El segundo entre Alemania y Rusia. Estas tres grandes potencias, estos tres grandes asaltantes, son las principales figuras en la guerra actual. Los demás son aliados subalternos"[4].

EE.UU. se mantuvo neutral hasta abril de 1917; su propósito era, en primer lugar, dejar que otros rivales imperialistas se aniquilasen mutuamente y obtener pingües beneficios con los suministros de guerra, y en segundo, desalojar a Inglaterra y Alemania de América Latina, y a Japón, de Asia. Al socaire de la neutralidad, comenzó una verdadera invasión de América del Sur por el dólar. En caso necesario, Wall Street sin escrúpulos ponía en juego la probada espada del Pentágono. Durante la primera guerra mundial, soldados del presidente estadounidense Woodrow Wilson, el "pacificador", ocuparon descaradamente varios países de América Central y de la cuenca del Caribe. "La idealizada república democrática de Wilson —dijo Lenin— *ha resultado* en la práctica una forma de imperialismo de lo más rabioso, de la más desvergon-

[4] V. I. Lenin. *Una paz por separado.* *O.C.*, t. 30, pág. 185.

zada opresión y estrangulamiento de los pueblos débiles y pequeños"[5].

En América Latina, la fisonomía rapaz del imperialismo estadounidense se manifestó entonces con singular relieve.

A fines de 1914, aprovechando la guerra civil que se estaba librando en Haití, EE.UU. envió a la isla un destacamento de infantería naval, que ocupó Puerto Príncipe, capital de la república, y expropió todas las reservas de oro de su Banco Nacional (500.000 dólares)[6]. Se organizaron, a punta de pistola, las "elecciones" de nuevo presidente. En realidad, las tropas invasoras al mando del almirante Caperton tuvieron la plenitud del poder. El tratado leonino de 1916 concedió a EE.UU. derechos exclusivos de explotación de las riquezas de Haití y su pueblo. Los soldados yanquis arremetieron contra los destacamentos de guerrilleros campesinos (cacos), que libraban desde hacía muchos años heroica lucha por la libertad y la tierra. Además, aplastaron brutalmente la insurrección patriótica capitaneada por Charlemagne Peralte en 1919. Como resultado de la ocupación estadounidense, que duró hasta 1935, Haití experimentó un retroceso de todo un siglo; el primer país soberano de América Latina (conquistó la independencia en 1804, al precio de la sangre de sus mejores hijos) volvió a ser una colonia sin derechos. Washington castigó con ferocidad extraordinaria toda oposición a su voluntad.

Análoga fue la acción de EE.UU. respecto a República Dominicana. En abril de 1916, por orden del Pentágono desembarcaron en Santo Domingo unidades de infantería naval, con el falso pretexto de asegurar la estabilidad y "proteger la vida de ciudadanos estadounidenses". El Congreso Nacional fue disuelto por la fuerza. En cumplimiento de una orden del jefe militar estadounidense H. S. Knapp en el país se declaró el estado de sitio.

Según el testimonio de A. B. Thomas, historiador estadounidense muy conservador, "el gobierno militar fue culpable de muchas injusticias. Los tribunales de guerra estadounidenses encarcelaron infundadamente a muchas personas inocentes; las libertades civiles y políticas desaparecieron... En el plano económico sufrieron tanto los obreros como los hombres de negocios"[7].

La agresiva política de Washington respecto a los pequeños países vecinos fue insolente e impune. A la par que prodigaba falsas palabras sobre democracia, paz y la misión "civilizadora" de EE.UU. en los países pequeños de América Latina, el presidente Woodrow Wilson formuló la "doctrina del no reconocimiento" como base de su política colonialista. Esa doctrina dio pie al Departamento de Estado para negar el apoyo a los gobiernos que por una u otra causa no convinieran a Wall

---

[5] V. I. Lenin. *Las preciosas confesiones de Pitirim Sorokin. O.C.,* t. 37, pp. 192-193.

[6] Véase A. B. Thomas. *Latin America: A History*. New York, 1958, p. 569.

[7] Ibídem, p. 581.

Street. Distinta era la función del Pentágono. Sus soldados abrían paso a sangre y fuego al dólar en América Latina. En 1901, el presidente Teodoro Roosevelt amenazó, como si fuera un hacendado esclavista, con castigar a los gobiernos latinoamericanos que "se comportaran mal". Esta política cínica se aplicó antes y después de una declaración tan insolente, pero fue particularmente intensa en los años de la primera conflagración mundial. En 1914 y 1916, unidades militares de EE.UU irrumpieron dos veces en México; en 1917, infantes de marina de EE.UU. desembarcaron en Cuba.

Todas esas intervenciones militares se llevaron a cabo bajo la bandera de la famosa doctrina Monroe y de la "comunidad panamericana", que obligaban a todas las naciones de América Latina, alegando su situación geográfica y su comunidad económica y espiritual, a orientarse exclusivamente hacia EE.UU. como líder y protector "natural". Washington se proponía desplazar poco a poco a las potencias europeas —Inglaterra y Francia— de América Latina y echar su zarpa a todo el continente. La "doctrina Monroe" implicó desde su proclamación (2 de diciembre de 1823) la idea de la hegemonía estadounidense en el Hemisferio Occidental. Pero durante el siglo XIX sólo logró realizar una parte de lo anhelado: comprar Luisiana a Napoleón, en 1803; ocupar la Florida española en 1819, y extensos territorios mexicanos (Texas, California, Arizona, Nevada y otros); comprar en 1867 Alaska a Rusia; apoderarse, en 1898 de Cuba, Puerto Rico, las Filipinas y Guam; ocupar la zona del Canal de Panamá, en 1903 etc. Pero el ávido imperialismo estadounidense no se contentó con esas conquistas. Sus apetencias crecieron a medida que intensificaba el saqueo y explotación de los pueblos latinoamericanos. La primera guerra mundial dio a EE.UU. absoluta libertad de manos para avanzar en dirección al Sur, porque sus émulos principales estaban empeñados en el conflicto.

Lo mismo que anteriormente, las acciones agresivas de Washington se compaginaron con la presión diplomática y financiera más desaforada cuando era imposible (o desventajoso desde el punto de vista político) limitarse a la fuerza de las armas. Así, a la intervención militar estadounidense de 1912 en Nicaragua le siguió en 1914 la "compra" por 3 millones de dólares, del derecho a construir allí un canal y bases militares. EE.UU. compró en 1916, por 25 millones de dolares, las Islas Vírgenes a Dinamarca y se apropió por 20 millones de dolares de las minas de salitre de Chile que habían sido propiedad de Alemania. El dólar estadounidense fue inundando inconteniblemente América Latina.

La primera guerra mundial ofreció a Washington magnífica oportunidad para adueñarse del continente. De 1913 a 1920, el comercio de EE.UU. con sus vecinos del Sur arrojó un incremento de casi 400%. Más de 50 grandes bancos estadounidenses abrieron sus sucursales en todos los países de América Latina. Durante los años de la guerra, la exporta-

ción de capitales estadounidenses superó los 125 millones de dólares, sin contar los empréstitos (unos 100 millones de dólares). Las inversiones directas de EE.UU. en América Latina aumentaron de 1.200 millones de dólares, en 1913, a 5.600 millones en 1929, casi igualándose con las británicas, que durante el mismo período se elevaron de 4.900 a 5.900 millones de dólares[8]. Así pues, fue precisamente en los años de la primera guerra mundial cuando el imperialismo estadounidense empezó a aspirar realmente a la hegemonía en América Latina. El dominio de Gran Bretaña, en otros tiempos todopoderosa, iba tocando a su fin.

Después de que EE.UU. entrara en la guerra contra Alemania (abril de 1917), muchos países latinoamericanos obedecieron al mando y deseo de Washington. Ocho de ellos —Brasil, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Panamá— se adhirieron a la Entente y declararon la guerra a Alemania, si bien sólo Brasil y Cuba enviaron militares (principalmente aviadores y personal médico) al frente europeo. Perú, Uruguay, Bolivia, República Dominicana y Ecuador se limitaron a romper las relaciones diplomáticas con Berlín. Argentina, Chile, Paraguay, El Salvador, Venezuela y México permanecieron neutrales.

EE.UU. procuró arrastrar a la guerra el mayor número posible de estados latinoamericanos para disponer de más votos en la conferencia de paz. La tarea no fue de las más difíciles, puesto que los países pequeños del continente estaban enteramente controlados por el Pentágono y el Departamento de Estado.

De los métodos de Woodrow Wilson y su gobierno puede juzgarse por el procedimiento empleado para envolver en la guerra a Panamá. John Foster Dulles, entonces funcionario del Departamento de Estado, se dirigió a ese país con una misión especial. Como recordaba después, no le fue necesario ejercer una presión particular. Panamá probablemente se daba cuenta de que en el aspecto económico dependía por entero de EE.UU. y debía ser dócil.

La expansión estadounidense en América Latina fue uno de los importantes resultados de la primera guerra mundial, guerra de gavilanes imperialistas por un nuevo reparto del mundo. "Los multimillonarios norteamericanos —citamos a Lenin— eran, probablemente, los más ricos de todos y los que se encontraban en la situación geográfica más segura. Se han enriquecido más que nadie; han convertido en tributarios suyos a todos los países, incluso a los más ricos; han reunido como fruto del pillaje centenares de miles de millones de dólares. Y en cada dolar se ven huellas de lodo..."[9]

---

[8] Véanse W. Z. Foster. *Outline Political History of the Americas.* New York, 1951; R. Arismendi. *Para el Prontuario del Dólar.* Montevideo, 1947; E. Gúrvich. *América en la posguerra.* Moscú, 1937, p. 440.

[9] V.I. Lenin. *Carta a los obreros norteamericanos. O. C.*, t. 37, p. 50.

Junto con los monopolios estadounidenses sacó provecho de las hostilidades la burguesía latinoamericana, no menos codiciosa, que se vigorizó notablemente y empezó a desempeñar un papel importante en la economía y la política.

2. LA BURGUESIA LATINOAMERICANA SE ENRIQUECE CON LA GUERRA

Después de comenzar la primera conflagración mundial, los empresarios y negociantes, latifundistas y funcionarios públicos, usureros y generales en retiro latinoamericanos se entregaron, enloquecidos, a la caza de capitales, bienes inmuebles, tierras y valores. En la historia del capitalismo latinoamericano comenzó una nueva etapa.

Las relaciones burguesas surgieron en América Latina a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Tras la Guerra de la Independencia, la burguesía comercial se hizo fuerte en varios países sudamericanos y en México y Cuba. Con la ayuda de los empréstitos ingleses creció la primera generación de usureros. Pero el desarrollo de la burguesía industrial fue retardado por el carácter agrario de la economía y la prepotencia del latifundismo.

Sólo en la segunda mitad del siglo XIX (especialmente en su último cuarto), en muchos países del continente empezó a desarrollarse la industria (sobre todo textil y alimentaria) y tomó amplio vuelo la construcción de ferrocarriles. El trabajo asalariado fue implantándose también en los latifundios que producían para el mercado.

El crecimiento de la burguesía desempeñó entonces un papel de suma importancia, socavando las relaciones patriarcales y destruyendo las formas de explotación feudales y semifeudales propias del Medievo, así como los límites gremiales de la artesanía y manufactura.

Marx y Engels, en el *Manifiesto del Partido Comunista* se expresaron así sobre la misión histórica de la burguesía: "Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales" las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta"[10]. Este cuadro, precisamente, se observó en América Latina durante la primera guerra mundial.

El capitalismo local dio entonces un gran salto en su carrera. Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y México se acercaron de lleno al nivel medio de desarrollo capitalista, prueba de lo cual fue la constitución de la burguesía como clase en los aspectos económico y político.

Pero en general, la economía continental continuaba siendo muy atrasada, con preponderancia del latifundio y de las relaciones precapitalistas (sobre todo semifeudales) en la agricultura. El capital inglés,

---

[10] C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista.* C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 4, p. 426.

dueño y señor del continente antes de la primera guerra mundial, estaba interesado en conservar esa situación, pues veía en América Latina a un cómodo proveedor de café, cacao, algodón, azúcar, bananas y otras materias primas valiosas. De ahí que el latifundismo, que garantizaba su producción para el mercado mundial, fuera el aliado y sostén principal del imperialismo extranjero.

La joven burguesía latinoamericana dependió de los bancos extranjeros, y por su debilidad y cobardía no pudo oponerse al sistema latifundista y a los grandes terratenientes como clase, que seguían predominando en la economía agropecuaria. Por ejemplo, en Brasil del período de la primera guerra mundial poseían tierra sólo 648 mil familias, aunque su población rural adulta era superior a 6,6 millones. Sólo 64 mil *fazendeiros* disponían de 77,2% de las tierras en propiedad privada. Las haciendas de los 460 terratenientes más ricos (cada una de más de 25 mil hectáreas) se extendían a centenares de kilómetros, ocupando en total más de 27 millones de Ha, tantas como los territorios de Grecia, Portugal y Dinamarca juntos. Los latifundistas dejaban sin cultivar la inmensa mayoría de sus tierras (95 a 97%), pero nadie podía atentar contra el sagrado derecho de la propiedad privada. Para tender un ferrocarril a través de esas tierras o construir allí una empresa industrial había que pagar al propietario una compensación.

Terrenos agrícolas extensísimos pertenecían también a la Iglesia y a todo género de órdenes religiosas.

México se encontraba en una situación análoga durante la dictadura de Porfirio Díaz, quien detentó el poder de 1877 a 1911 (excepto los años de 1880-1884) y fue derrocado por la revolución campesina que dirigieron Emiliano Zapata y Pancho Villa. En 1910 había en el país 11 haciendas gigantescas de más de 25 mil hectáreas cada una; sólo la familia Terrasas tenía en propiedad más de 6 millones de Ha. Como resultado de esa concentración absurda, casi la mitad de la tierra mexicana estaba en manos de unos 3 mil latifundistas. Los monopolios estadounidenses poseían, a su vez, extensos territorios. En tales circunstancias, el problema agrario fue el más importante de la revolución democrática burguesa mexicana de 1910-1917.

La oligarquía que monopolizaba la tierra en todos los países latinoamericanos sin excepción dominó tanto en la economía como en la política, lucrándose sin escrúpulos con toda clase de especulaciones bancarias en tierras, cobrando a la sociedad inmenso tributo en forma de renta del suelo e imponiendo su propia voluntad al gobierno. Los grandes terratenientes sustentaron invariablemente las posiciones más conservadoras y reaccionarias en todas las esferas de la vida económica y política. Millones de campesinos con poca tierra o sin ninguna y braceros fueron bárbaramente explotados por ellos.

La gran propiedad terrateniente y la dependencia financiera respecto al capital extranjero (principalmente inglés) retardaron el desarrollo del capitalismo. Sin embargo, las relaciones capitalistas

fueron calando cada vez más profundamente en las economías nacionales. Cuando empezó la primera guerra mundial, en los países latinoamericanos se habían formado ya oligarquías regionales burgués-terratenientes. Los latifundistas y la burguesía comercial constituían un bloque político bastante sólido, que de hecho tenía en sus manos las principales palancas del poder económico y político, mientras que la burguesía industrial ocupaba posiciones de segundo orden. La situación empezó a cambiar notablemente sólo en el curso de la primera guerra mundial.

Entonces se dieron condiciones relativamente favorables para el auge de la burguesía bancaria e industrial local. William Z. Foster, en su libro *Ensayo de historia política de América* lo explica así: "La degollina imperialista que hizo estragos en Europa de 1914 a 1918 dio poderoso impulso al desarrollo industrial de todos los países americanos, especialmente de Canadá y EE.UU. En América Latina, la guerra originó un desarrollo considerable de la industria ligera. Esto occurrió porque el comercio con Europa se suspendió casi por completo a causa de los submarinos alemanes y se relajaron un tanto las diferentes presiones imperialistas que habían socavado la industria latinoamericana; además, en vista de la demanda local urgente de artículos industriales, los grandes terratenientes y la Iglesia tuvieron que cejar un tanto en su aversión tradicional a la industria. Pero esto no significaba en modo alguno que hubiera cambiado el carácter básico de la economía de los países latinoamericanos, que producían los principales artículos de consumo y materias primas bajo el severo control de los imperialistas. Por el contrario, a la larga, la guerra intensificó ese control y las limitaciones"[11].

Por ejemplo, en Brasil surgieron durante la guerra 5.936 empresas industriales, entre las que hubo no pocas relativamente grandes. Sin embargo, la estructura industrial seguía siendo atrasada: más de dos tercios de la producción correspondía a las industrias textil, alimentaria y de confecciones. Bien que al terminar la contienda las fábricas capitalistas proporcionaban ya más de 60% de la producción industrial global, abundaron en el país los pequeños talleres de artesanos con predominancia de trabajo manual. Estos se multiplicaron rápidamente, a la par que se construían fábricas, y en 1920 representaban ya una mitad larga de todas las empresas del país.

También en otros países creció impetuosamente la industria y se consolidó la burguesía como nueva clase social. En Argentina, la expresión política de este proceso fue la victoria de los radicales en las elecciones de 1916. Su líder, Hipólito Yrigoyen, partidario de la política de neutralidad en la guerra y de las reformas en la economía, se hizo presidente del país. El Programa del Partido Comunista de la Argentina dice al respecto: "...A partir del triunfo radical de 1916 se

[11] W. Z. Foster. Op. cit., pp. 360-361.

acentúa el fenómeno de escisión de la burguesía. Por un lado se encuentran los sectores progresistas de la pequeña burguesía y de otras capas de la burguesía nacional, partidarios de medidas tendientes a liquidar los privilegios oligárquico-imperialistas y a conservar en alguna medida la independencia económica y política del país; por el otro están los sectores de la gran burguesía cuyos intereses empiezan a entrelazarse con los de la oligarquía terrateniente y el imperialismo"[12].

Aunque los datos estadísticos sobre el crecimiento de la industria capitalista durante la primera guerra mundial son muy escasos y dispersos, está claro que la burguesía nativa se reforzó en todas partes. En Brasil, Argentina y Uruguay, como resultado de cierta revolución industrial, la producción fabril capitalista ocupó las posiciones clave. Las necesidades originadas por la guerra determinaron el rápido aumento de la extracción de minerales en Chile (sobre todo de salitre y cobre), dieron principio a la "fiebre del petróleo" en Venezuela, elevaron en flecha la producción azucarera en Cuba y América Central e impulsaron la explotación de los yacimientos de estaño, cobre y tungsteno en Bolivia.

La apertura del canal de Panamá, en 1915, que comunica dos océanos, favoreció al desarrollo del comercio marítimo y estimuló el aumento de la extracción de minerales en Perú, Ecuador, Chile, Bolivia y otros países de la costa del Pacífico. Se construyeron por doquier ferrocarriles e instalaciones portuarias. En Uruguay y Argentina entraron en servicio grandes frigoríficos y depósitos de cereales.

Se reforzó también la burguesía bancaria. En las populosas ciudades se abrían sucursales de los bancos centrales y se creaban establecimientos bancarios nuevos. El capital financiero de EE.UU. afluyó intensamente a América Latina. El surgimiento de fuerzas productivas nuevas, la vigorización de la industria y la extensión de las relaciones monetario—mercantiles tuvieron incidencia sensible sobre la estructura de clase de la sociedad.

Como corolario lógico del boom económico ligado con la guerra, en los países más desarrollados del continente —Argentina, Brasil, México, Chile, Uruguay, Cuba— cristalizó la burguesía como clase.

La burguesía nativa expresaba en cierto grado las tendencias progresistas. Sufriendo pérdidas en la lucha competitiva con los monopolios extranjeros, y negándole sus respectivos gobiernos el suficiente apoyo, aún estaban en condiciones de participar en la lucha contra el imperialismo extranjero y el latifundismo. Pero la inmensa mayoría de la clase burguesa tuvo este rasgo común: pasividad política y cobardía, inclinación a los acuerdos de transacción y a las reformas paliativas.

En el plano histórico general, el importante avance logrado por el capitalismo latinoamericano durante la primera guerra mundial significó

[12] *Programa del Partido Comunista de la Argentina.* Buenos Aires, 1974, p. 26.

un progreso. Pero se lo pagó con sangre y sudor de los trabajadores, y provino de la plétora originada por la guerra y el militarismo, que permitieron intensificar en extremo la explotación de la clase obrera. La guerra mundial, asesina de millones de personas, dio poderoso impulso al capitalismo latinoamericano y robusteció las posiciones de la burguesía como clase social.

Pero "en la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos..."[13]. Así pues, el período de la primera guerra mundial fue una etapa importantísima en la formación del proletariado latinoamericano. Precisamente entonces se manifestó con singular relieve el antagonismo social entre el trabajo y el capital y se desplegó el movimiento obrero de masas.

3. VICTIMAS DE LA GUERRA Y DEL MILITARISMO

En vísparas de la primera guerra mundial, el proletariado latinoamericano sumaba de tres a tres y medio millones de personas. El grueso de la población trabajadora del continente lo integraban todavía los campesinos. Pero el desarrollo vertiginoso de la industria determinó el singular aumento del número de obreros asalariados. Como resultado del boom de los años de guerra, el número de proletarios latinoamericanos aumentó en más de un millón. Fue particularmente notable el crecimiento del proletariado urbano en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Venezuela y otros países de América del Sur. El trabajo asalariado fue ganando terreno también en la agricultura, ante todo en las grandes plantaciones. Contribuyeron sensiblemente al aumento de la clase obrera la construcción de ferrocarriles y el desarrollo de las industrias minera y petrolera.

Datos más o menos certeros sobre el número de obreros industriales existen sólo para los países más desarrollados del continente:

Argentina (1914)	— 410.000
Brasil (1919)	— 300.000
México (1910)	— 300.000
Chile (1910)	— 300.000
Cuba (1919)	— 120.000

Estas cifras aproximadas prueban que el obrero asalariado latinoamericano constituía ya una fuerza productiva importante. Marx decía en *El Capital*, ilustrando el mecanismo de esclavitud asalariada: "El ... poseedor de dinero rompe la marcha convertido en *capitalista*, y tras él viene el poseedor de la fuerza de trabajo, transformado en *obrero suyo*; aquél, pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo apresurado; éste, tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propia pelleja y sabe la suerte que la aguarda: que se la *curtan*"[14].

[13] C. Marx y F. Engels. *Manifiesto del Partido Comunista.* C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 4, p. 430.

[14] C. Marx. *El Capital.* C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 23, p. 187.

En América Latina, como resultado del desarrollo insuficiente del capitalismo, de su dependencia respecto al capital extranjero y al latifundismo y del atraso técnico general, la explotación de los obreros revestía un carácter particularmente bárbaro. Las masas obreras, dispersas entre las empresas pequeñas y fraccionadas por la competencia, estaban expuestas a toda fluctuación ocasional del mercado y a los caprichos del patrono, que disponía de un ejército inmenso de los sin trabajo, deseosos de trabajar aunque fuera por ínfimo pago. La afluencia constante de emigrantes pobres de Europa (especialmente a Argentina, Brasil, Uruguay, Chile y Cuba), el traslado masivo de los campecinos arruinados a las grandes ciudades, la existencia de una numerosa población depauperizada residente en los tugurios y la alta natalidad entre las bajas capas sociales constituían un terreno abonado para el tratamiento rapaz de la mano de obra por el capital. Los gobiernos, los patronos y los contramaestres o capataces no se preocuparon en lo más mínimo por las condiciones de trabajo y vida de los proletarios. A los "caballeros del trabajo" se les exigía una sola cosa: bregar de claro a claro sin enderezar el espinazo, acrecentar con el sudor de su frente el capital del patrón. Hasta 1917, en el continente no hubo prácticamente ninguna legislación social del trabajo, no se reglamentaba la jornada laboral ni el trabajo de las mujeres y adolescentes. La clase obrera carecía de derechos casi en absoluto. La jornada duraba, por regla general, de 14 a 16 horas. El salario era miserable. En muchos casos se les entregaban a los obreros, en lugar de dinero, bonos o fichas especiales, con los que podían adquirir mercancías, a precios exorbitantes, sólo en la tienda del patrón.

El trabajo agotador, la inanición crónica, la vivienda y ropa miserables, la indigencia, las enfermedades y la muerte prematura (en la capital de México, por ejemplo, la duración media de la vida no pasaba de 24 años y medio) fueron el destino de millones de obreros latinoamericanos, brasileños o cubanos, mexicanos o argentinos.

El enriquecimiento de la burguesía durante la guerra mundial estuvo contrastado por la depauperación absoluta de los obreros. Se alargó la jornada de trabajo, subieron los precios de los productos alimenticios y los alquileres de la vivienda, se endureció el control administrativo en la producción, los patronos impusieron cada vez más multas, aumentó en flecha el número de accidentes en las empresas industriales.

La situación de los trabajadores se empeoró sobre todo en los países ocupados por las tropas estadounidenses y en México, donde durante 7 años (1910-1917) se libró una guerra civil. Los obreros ganaron exactamente tanto como para no morir de hambre.

Lo mismo ocurrió en todos los países de América Latina. El periódico brasileño *O Combate*, en su número del 12 de julio de 1917, describió así esa situación: "El obrero brasileño es un jefe de familia sujeto a explotación constante. Su esposa anda en andrajos y sus hijos están sin pan, mientras que los industriales

se hacen millonarios a cuenta de su sudor y de su miseria"[15].

La vida de millones de obreros latinoamericanos no difería en nada de la que llevaron sus hermanos de clase de otros continentes. En América Latina y en el mundo entero, el proletariado luchó constantemente en defensa de sus intereses vitales.

Durante la primera conflagración mundial, en el movimiento obrero latinoamericano se esbozó un cambio importante, ligado con las enérgicas acciones de la vanguardia proletaria y la intelectualidad antimperialista contra el militarismo y la explotación capitalista creciente. La lucha de las masas obreras contra la guerra, el imperialismo y el colonialismo activó el movimiento político revolucionario de los proletarios avanzados por la paz, la democracia, la independencia y el socialismo, acelerando la formación de una corriente revolucionario-internacionalista. La guerra carrea a las masas trabajadoras calamidades infinitas, las embauca con el falso énfasis del nacionalpatriotismo y entorpece su lucha de clase, pero al mismo tiempo, como puso de relieve Lenin, "instruye y templa a los mejores representantes de la clase obrera"[16], refuerza su voluntad y enriquece su experiencia. Todo ello se manifestó diáfanamente también en América Latina.

4. LA CLASE OBRERA ACUMULA EXPERIENCIA DE LUCHA

Cuando estalló la primera guerra mundial los obreros latinoamericanos habían recorrido ya un considerable camino de lucha y acumulado no poca experiencia. En todos los países, desde decenios actuaban los sindicatos, y en algunos había clubes políticos y otras organizaciones de la clase obrera y se publicaban periódicos de orientación socialista. En la vanguardia de la lucha de clase iban los obreros de Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Perú, México y Cuba. El desarrollo del proletariado y de su movimiento en cada uno de estos países presentaba rasgos comunes y específicos.

La lucha obrera se inició allí en tiempos de la guerra por la independencia, como parte integrante, aunque no principal, del movimiento democrático anticolonial encabezado por representantes de la burguesía comercial. A mediados del siglo XIX, esa lucha cobró cierta amplitud, pero se limitaba principalmente a los motines espontáneos y aislados. Los obreros estaban dispersos y eran poco numerosos. En aquel grado de su desarrollo, no lucharon tanto contra su explotador directo, la burguesía, como, aliándose con ella y aceptando su dirección, contra los enemigos de la burguesía: la oligarquía terrateniente y el capital usurario o —por ejemplo, en Cuba— la administración colonial. La clase obrera naciente aún no se hallaba en condiciones de actuar por su propia cuenta en la vida política. El antagonismo de clase entre el

[15] Moniz Bandeira, Clovis Mello e A. T. Andrade. *O Ano Vermelho. A Revolução Russa e seus reflexos no Brasil.* Rio de Janeiro, 1967, p. 59. (En lo sucesivo, *O Ano Vermelho.*)

[16] V. I. Lenin. *Proclama sobre la guerra. O. C.*, t. 27, p. 3.

trabajo y el capital permanecía latente, su desarrollo estaba velado por la contradicción principal, entre el desenvolvimiento del capitalismo local y las supervivencias feudales y coloniales. En Brasil, Uruguay, países de América Central y Cuba, el avance del capitalismo chocaba también con la esclavitud.

Marx hacía ver que "mientras la dominación de la clase burguesa no se hubiese organizado íntegramente, no hubiese adquirido su verdadera expresión política, no podía destacarse tampoco de un modo puro el antagonismo de las otras clases, no podía, allí donde se destacaba, tomar el giro peligroso que convierte toda lucha contra el poder del Estado en una lucha contra el capital"[17].

La situación empezó a cambiar con rapidez en la segunda mitad del siglo XIX por haber aumentado numéricamente el proletariado y, sobre todo, porque los obreros unían sus fuerzas y empezaban a obrar en común. Durante los años treinta y cuarenta, en Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y otros países surgieron las primeras sociedades obreras mutualistas, y a mediados del siglo se constituyeron sindicatos en muchas ciudades. Esto significó un progreso gigantesco del movimiento obrero, si bien, naturalmente, los sindicatos eran bastante débiles.

En el último tercio del siglo XIX, bajo la influencia de las ideas revolucionarias de la I Internacional[18] y la Comuna de París se fundaron en varios países latinoamericanos los partidos socialistas, cuyo núcleo dirigente estaba integrado por intelectuales pequeñoburgueses y obreros emigrados de Europa. Gracias a sus esfuerzos tuvieron cierta difusión en el continente las ideas del comunismo científico. Coadyuvó sensiblemente a la propaganda del marxismo entre los obreros argentinos el club Vorwärts, abierto por socialistas alemanes en 1882 en Buenos Aires. Entre sus miembros figuraron no sólo intelectuales de vanguardia, sino también obreros instruidos. En 1890, por iniciativa de dicho club se constituyó en la capital una organización sindical de masas, cuyo periódico *El Obrero* propagaba activamente las ideas del derrocamiento revolucionario del régimen burgués.

En 1870 surgió la Gran Unión de los Obreros de México, primera organización considerable de la clase obrera mexicana, que agrupaba varias sociedades y asociaciones; su periódico *El Socialista* efectuó una

[17] C. Marx. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 8, pp. 160-161.

[18] La I Internacional (Asociación Internacional de los Trabajadores), fundada por Marx y Engels, actuó de 1864 a 1876.

Esa asociación influyó notablemente en la ideología del proletariado latinoamericano, contribuyendo a la elevación de la conciencia política de su parte avanzada. Es de notar, empero, que los emigrantes europeos llevaban a América Latina no sólo las lúcidas ideas revolucionarias del marxismo, sino también la turbia mezcolanza de criterios y tendencias anarquistas y anarcosindicalistas. En rigor, la lucha política sostenida entre los marxistas y los anarquistas en la I Internacional se trasladó con la emigración al continente latinoamericano, donde prosiguió en formas y proporciones distintas.

importante labor política, dando a conocer a los trabajadores el Programa de la I Internacional y las ideas de Marx y Engels. La sección mexicana de la I Internacional, encabezada por Juan de Mata Rivera, desempeñó el papel de centro ideológico. En 1878 se creó en el país el Partido Socialista, cuyos miembros se llamaban con orgullo comunistas. Pero esa agrupación revolucionaria dejó de existir poco después.

En Chile, inmigrantes alemanes, belgas y franceses organizaron en los años setenta y ochenta clubes obreros, el Centro Carlos Marx y otros grupos socialistas, que entraron en contacto con la I Internacional y difundieron activamente sus documentos más importantes. En la última década del siglo surgieron otras dos organizaciones proletarias, que en 1897 pasaron a formar la Unión Socialista.

En Brasil, los propagadores principales del marxismo fueron la prensa sindical y los círculos socialistas. El primero de éstos surgió en 1889, fundado por obreros de la ciudad portuaria de Santos por iniciativa de un grupo de intelectuales democráticos con Silverio Fontes al frente. En 1896 se celebró en Rio de Janeiro el congreso de constitución del Partido Socialista Obrero.

A finales de la novena década del siglo comenzó la presencia del marxismo en el movimiento obrero de Cuba. El Primer Congreso Obrero, verificado en 1892 en La Habana, señaló en su resolución política que "la clase obrera no se emancipará hasta tanto no abrace las ideas del socialismo revolucionario"[19].

El último cuarto del siglo XIX trajo la activación del movimiento obrero latinoamericano, especialmente en los países más extensos y en Cuba. La ciega sedición fue desplazada por acciones colectivas conscientes, pero el desarrollo del movimiento proletario en su conjunto seguía siendo marcadamente espontáneo.

La vida ideológica de la intelectualidad democrática y los obreros instruidos (en su mayoría inmigrados) se distinguió entonces por una gran variedad de puntos de vista y estados de ánimo, por la mezcla ecléctica de ideas y postulados dispares. El anarquismo espontáneo, fruto de la desesperación y abatimiento experimentados por las capas bajas de la población urbana y los grupos de obreros más atrasados, dio pábulo al anarquismo ideológico y se entrelazaba con él. Se trataba ya de una corriente específica de revolucionarismo pequeñoburgués, encabezada por el anarquista ruso emigrado Mijaíl Bakunin. Los anarquistas como corriente político-ideológica en el movimiento obrero carecían de organización formal, pero gozaban de considerable influencia.

A fines del siglo XIX, los partidarios de Bakunin perdieron gran parte de su prestigio, y al mismo tiempo se hicieron más fuertes los adictos a las ideas del príncipe Pedro Kropotkin, que se manifestaba

[19] Blas Roca. *Los fundamentos del socialismo en Cuba*. La Habana, 1961, p. 177.

contra el poder de Estado. Los adeptos de Kropotkin se llamaban a sí mismos "anarquistas-comunistas". A diferencia de M. Bakunin, poseído de la idea del motín y la destrucción de la sociedad vieja, Kropotkin se preocupaba más de cómo convenía organizar la nueva. Soñaba con alcanzarlo sin la dictadura del proletariado, de la noche a la mañana, de un solo salto. En opinión de los "anarquistas-comunistas", la sociedad "sin gobierno", "libre", tendría por base la propiedad social no sólo sobre los medios de producción, sino también sobre los artículos de consumo.

Kropotkin estimaba, exagerando la fuerza de la comunidad rusa, que el futuro "país de la Anarquía" se pasaría sin ningún "elemento mandante"; cada comunidad productiva local organizaría ella misma el trabajo y distribuiría sus frutos entre los ciudadanos. Muchos sindicalistas abrazaron el "anarcocomunismo", pese a la actitud escéptica de éste hacia los sindicatos y su papel en la lucha contra el capital.

En 1884, los continuadores de Kropotkin encabezados por el emigrante italiano Ettore Mattei fundaron en Buenos Aires la primera célula "anarcocomunista"; grupos análogos surgieron luego en otros países (Uruguay, Brasil)[20]. El príncipe anarquista ganó particular popularidad en el período de la primera revolución rusa (1905-1907), a lo que contribuyó mucho la correspondencia que sostuvo con sus correligionarios latinoamericanos. En mayo de 1906, en una carta a los sindicalistas brasileños que habían expedido 4 libras esterlinas en apoyo a sus "hermanos de lucha rusos", Kropotkin notificó con gratitud haber recibido el giro y expresó lo siguiente: "La revolución en Rusia no se producirá en un solo día. Durará dos o tres años... Se ha desencadenado un terrorismo horripilante... pero se trata de las últimas convulsiones de una fiera agonizante. Por doquier se abre paso el espíritu de la revolución. En todas partes sopla un viento nuevo... Nuestra literatura anarquista cobra vigor y gana terreno... en el mundo entero se preparan huelgas generales"[21].

Por cierto que no todos los grupos anarquistas de América Latina seguían la orientación de Kropotkin. Hubo quienes trataron de imponer a los obreros una táctica aventurera y sin principios. Algunos individuos estimaron posible, "en provecho de la causa", engañar abyectamente a sus compañeros de lucha, organizar provocaciones, recurrir al chantaje, etc. Lanzaron semejantes ideas también los anarquistas rebeldes latinoamericanos impresionados por los folletos y octavillas de Bakunin y Necháev. Por ejemplo, Edvard Nathan-Ganz, delegado de la Federación Obrera Mexicana al I Congreso de la llamada Internacional Negra (anarquista), celebrado en 1881 en Bruselas, propuso utilizar ampliamente "los preparados químicos en calidad de método de lucha de clase". Además, exhortó a formar grupos militarizados y a fundar con

[20] G. Woodcock. *Anarchism*. London, 1962, p 242.

[21] *O Ano Vermelho*, pp. 21-22.

este fin una "academia militar para anarquistas" y cursillos de estudio de las sustancias químicas tóxicas[22].

Kropotkin puso en ridículo con sarcasmo esas delirantes ideas. Pero el hecho mismo de que ellas hubieran ocurrido a ciertos anarquistas latinoamericanos era harto significativo. Por fortuna, sus propósitos no pasaron del estado embrionario. Naturalmente, las ideas y los altos imperativos éticos de Kropotkin fueron más atractivos, pero sus adeptos todo lo interpretaban cada uno a su manera.

El anarquismo en tanto que corriente pequeñoburguesa en las filas de la clase obrera y la intelectualidad democrática, a pesar de su fraseología ultrarrevolucionaria, desempeñó un papel reaccionario, distrayendo a los obreros de la lucha organizada.

"Entre el socialismo y el anarquismo —dijo Lenin— media todo un abismo... La concepción del mundo de los anarquistas es la concepción burguesa vuelta al revés. Sus teorías individualistas y su ideal individualista están en oposición diametral con el socialismo... Su táctica, que se reduce a negar la lucha política, desune a los proletarios y los transforma de hecho en participantes pasivos de una u otra política burguesa, pues para los obreros es imposible e irrealizable apartarse de verdad de la política"[23].

Igual que los anarquistas, los sindicalistas (tanto reformistas como revolucionarios) negaron redondamente toda lucha política de la clase obrera, insistiendo en que ésta no debía intervenir en la política. Pero el sindicalismo tuvo algunas ventajas, en comparación con el anarquismo, porque había superado los estrechos marcos del individualismo y tomaba en consideración los intereses de clase de los obreros y la fuerza de los sindicatos.

El sindicalismo reformista (parecido al economismo y el tradeunionismo comunes) ocupaba posiciones bastante fuertes en el movimiento obrero latinoamericano. Los oportunistas de esa tendencia se afanaron por orientar a la clase obrera hacia la "coparticipación social" y la conciliación de los intereses del trabajo y el capital. La Federación Americana del Trabajo y su líder S. Gompers les prestaron el máximo apoyo. La burocracia sindical de derecha lanzaba todo género de acusaciones contra las fuerzas sindicalistas de izquierda en proceso de rápido desarrollo y fortalecimiento. Los sindicalistas de izquierda o revolucionarios, estrechamente ligados con las masas sindicales, propugnaron en su conjunto la lucha de clase contra la burguesía; según ellos, la huelga y el sindicato eran el arma principal del proletariado. El sindicalismo revolucionario representaba un movimiento tradeunionista de masas combativo, pero limitado por los criterios del economismo y reacio a la lucha política de la clase obrera.

Los sindicalistas revolucionarios, que en el plano ideológico están

[22] Véase G. F Woodcock. Op. cit., p. 242.

[23] V. I. Lenin. *Socialismo y anarquismo. O. C.*, t. 12, pp. 131-132.

muy próximos al anarquismo (de ahí que a menudo sean llamados "anarcosindicalistas"), desempeñaron relevante papel en el desarrollo del movimiento obrero en América Latina. Tuvieron el gran mérito de organizar poderosas acciones de masas: las huelgas generales de 1904 y 1909 en Argentina, la huelga de mineros chilenos en 1907, las acciones de mineros y textileros mexicanos en 1906-1907 y de obreros de la construcción y metalistas brasileños en 1907-1908, etc. Gracias a los sindicalistas revolucionarios se constituyeron en varios países centros sindicales nacionales: la Federación Obrera Regional de Argentina (1901), que agrupaba a la mayoría de los obreros organizados; la Federación Obrera Regional de Uruguay (1904), la Confederación Obrera de Brasil (1908) y la Gran Federación Obrera de Chile (1909).

Así pues, el movimiento obrero experimentó cambios de considerable importancia. Cabe decir que en vísperas de la primera guerra mundial surgió y se robusteció en América Latina una corriente sindicalista revolucionaria distinta por principio al anarquismo tradicional de los "héroes" aislados, la cual tendió a las masas y a las formas combativas de lucha de clase, trató de unir orgánicamente a los obreros sobre una base revolucionaria y luchó con audacia y abnegación por los intereses de los trabajadores. Fue una corriente históricamente progresista y revolucionaria.

En 1913, representantes de los sindicalistas revolucionarios de Argentina, Uruguay y México participaron en un congreso de la Internacional Sindicalista, convocado por iniciativa de sus colegas franceses. Pero la ausencia de programa único y la actitud extremadamente negativa hacia la centralización, identificada con el burocratismo y la represión de la iniciativa, impidieron a los sindicalistas crear una organización internacional única.

Poco después de ese congreso aparecieron en América Latina algunos datos nuevos sobre la actividad de los sindicalistas europeos, especialmente franceses. Así, gozó de gran popularidad el folleto *La huelga general,* editado en 1900 en Francia. "Desde el punto de vista anarquista —decía—, la huelga general no es una táctica política, pues se mantiene en el terreno económico. La agitación en su favor no tiene nada que ver con los politicastros o con el movimiento parlamentario. Su finalidad no es una finalidad política, porque tiene por objeto fundar una sociedad comunista y no conquistar el poder central, y porque ese propósito se realiza en la expropiación directa de los capitalistas, sin utilizar los medios legales y pacíficos (reformas acumuladas, control del Estado sobre las grandes empresas, etc.).

El carácter general del movimiento y la inutilidad de un organismo central hacen poco probable la posibilidad de cualquier dictadura. Siendo una revuelta social dirigida contra el patronato, la huelga general no corre el riesgo de ser aprovechada

por los políticos o de desembocar en un socialismo de Estado"[24].

Estos planteamientos reflejan cabalmente también la orientación de los sindicalistas revolucionarios latinoamericanos, que en muchos aspectos se limitaban a repetir las ideas y frases de sus correligionarios de Europa Occidental. En general, el sindicalismo revolucionario no adquirió en América Latina ningún rasgo específico. Nadie trató de tomar en consideración las tradiciones y peculiaridades locales, de adaptar las fórmulas abstractas a la realidad nacional concreta. Esto se explicaba en gran medida por la circunstancia de que en lo fundamental las ideas anarquistas y sindicalistas habían sido importadas en América Latina por la inmigración europea, si bien no tardaron en arraigarse profundamente en el nuevo ambiente, sobre todo porque los inmigrados constituían parte considerable de la clase obrera. De todos modos, en el período de 1907 a 1917, la corriente sindicalista variada y heterogénea ocupó las posiciones dominantes en el movimiento obrero de muchos países latinoamericanos, sirviendo de centro de atracción para todos los demás grupúsculos anarquistas y semianarquistas.

El sindicalismo revolucionario era una forma peculiar de revolucionarismo pequeñoburgués. A diferencia de los anarquistas de la época de Bakunin, que cifraron las mayores esperanzas en la clase obrera, pero menospreciaban la lucha política por el poder estimando que la huelga general permitiría crear de una vez una sociedad sin el Estado, anárquica y completamente libre. Se imaginaban la futura sociedad como una asociación de sindicatos exenta de poder estatal y político, en la que cada sindicato regularía autónomamente la producción y la distribución de los productos.

Los sindicalistas revolucionarios no fueron adversarios categóricos de la lucha política y se veían cada vez más envueltos en ella. La Confederación Brasileña del Trabajo incluso declaró, en 1912, que era un partido político y planteó el objetivo de "centrar todas las voluntades y todas las actividades en la cuestión de las mejoras económicas y de la elevación social, intelectual y moral del proletariado". El programa de los revolucionarios sindicalistas contenía, entre otros, los siguientes planteamientos fundamentales: creación de un partido obrero nacional, reforzamiento de la lucha por la jornada laboral de 8 horas, participación libre de las organizaciones obreras en las elecciones y establecimiento de un impuesto a las grandes fortunas[25].

Los sindicalistas revolucionarios participaron en la política casi siempre y de la manera más activa; lucharon enérgicamente por la ley de la jornada laboral de 8 horas, por la celebración del 1 de Mayo, el establecimiento de los seguros sociales, el derecho de los obreros a la asociación sindical, etc.

---

24 E. Dias. *História das lutas sociais do Brasil.* São Paulo, 1962, p. 207.

25 Véase *Estudos Sociais,* 1963, N° 17, p. 71.

Al analizar el sindicalismo revolucionario es preciso separar "el verdadero contenido progresista implícito en este movimiento de los oropeles ideológicos que lo revestían"[26].

Tienen suma importancia las apreciaciones del papel político del sindicalismo revolucionario formuladas con la participación activa de Lenin, que figuran en los documentos de los congresos II y III de la Internacional Comunista. El II Congreso, celebrado en 1920, en su resolución *Sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria* censuró enérgicamente la tesis oportunista de los sindicalistas sobre la inutilidad del partido político de la clase obrera y la prioridad de los sindicatos. Pero al mismo tiempo señaló que los sindicalistas revolucionarios "quieren luchar contra la dictadura de la burguesía y no saben cómo hacerlo. Se les escapa que la clase obrera sin partido autónomo es el tronco falto de cabeza. El sindicalista y el industrialista revolucionarios representan un paso adelante sólo en comparación con la ideología vieja, rancia y contrarrevolucionaria de la II Internacional. Pero en comparación con el marxismo revolucionario —es decir, el comunismo—, el sindicalismo y el industrialismo significan un paso atrás"[27]. En las *Tesis sobre la cuestión de la táctica*, aprobadas por el III Congreso de la IC (1921), se hacía constar que "el odio a la politiquería, que se manifiesta en el sindicalista francés, expresa ante todo la indignación completamente justa por los parlamentarios "socialistas" tradicionales". La Internacional Comunista recomendó a los comunistas franceses "criticar en forma amistosa, pero enérgica y clara, las tendencias anarcosindicalistas que rechazan la dictadura del proletariado y niegan la necesidad de que su vanguardia se adhiera a una organización dirigente única y centralizada, es decir, al Partido Comunista". Por otra parte, la IC estimaba posible y conveniente "la fusión de las organizaciones revolucionario-sindicalista y comunista en un todo único" como condición indispensable para toda lucha más o menos seria del proletariado francés[28].

En vísperas de la primera guerra mundial no había en América Latina ninguna corriente marxista formalizada, aunque la socialista se situaba en posiciones bastante fuertes.

Los primeros grupos de partidarios del socialismo científico, surgidos en los años setenta del siglo XIX, continuaron actuando. Aunque todos ellos habian asimilado sólo algunos aspectos del marxismo y cometían multitud de herrores teóricos, el movimiento socialista fue cobrando vigor; a fines del siglo XIX y principios del XX se fundaron en varios países los primeros partidos socialistas obreros, organizaciones políticas pequeñas, pero —esto es muy importante— independientes.

Los socialistas argentinos fueron los primeros que se constituyeron

---

26 V. I. Lenin. *Marx y el "reparto negro" norteamericano. O. C.*, t. 10, p. 55.
27 *La Internacional Comunista en documentos. 1919-1932.* Moscú, 1933, p. 106.
28 Ibídem, p. 187.

en partido, en 1896. Entonces celebraron su primera conferencia sus correligionarios brasileños. En 1904 se fundó un partido socialista en Cuba; en 1910, otro análogo en Uruguay, y en 1912, el Partido Socialista Obrero de Chile. En los demás países funcionaron numerosos grupos y clubes socialistas, donde desempeñaron el papel más activo los intelectuales democráticos y obreros urbanos instruidos, sobre todo inmigrados. A estas mismas capas se limitaba, prácticamente, la influencia de los partidos socialistas, que contaban con unos 8 a 10 mil miembros en total. La propaganda socialista se distinguía por la crítica abstracta del capitalismo, la imitación explícita de los modelos europeos de socialismo premarxista y el carácter utópico. Sin embargo, el hecho mismo de existir esos partidos, que habían asimilado algunos aspectos de la teoría marxista y con apasionamiento propagaban el socialismo, significaba en aquellas condiciones un importante factor de crecimiento y desarrollo de la clase obrera latinoamericana.

El mérito principal de los socialistas consistió en haber implantado las formas políticas de lucha de la clase obrera. El Partido Socialista Brasileño, en su Manifiesto de 1902 planteó la idea marxista de que el proletariado debe "conquistar el poder político", subrayando que el programa del partido estaba "en armonía con el socialismo científico". Pero en realidad, los socialistas brasileños asimilaron sólo algunas tesis marxistas. Se imaginaban el porvenir socialista principalmente como "emancipación humana" de todos los ciudadanos, como cierto perfeccionamiento moral de la "comunidad brasileña" y régimen de "libertad e igualdad universales"[29]. Como se ve, de hecho profesaron el socialismo utópico pequeñoburgués.

Durante la primera guerra mundial, los socialistas brasileños degeneraron en una corriente oportunista de poca influencia en el movimiento obrero. En tales circunstancias, desempeñó el papel rector en la formación de una nueva corriente revolucionaria e internacionalista brasileña la parte más politizada y proletaria de los sindicalistas revolucionarios, encabezada por Astrojildo Pereira, Everardo Dias y otros.

Distinta era la situación en Argentina y Chile, donde ya antes de la guerra se desgajó de los partidos socialistas el ala izquierda, que iba convirtiéndose en corriente marxista e internacionalista. Contribuyeron sensiblemente a esa metamorfosis, entre otros, Luis Emilio Recabarren, Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi.

En vísperas de la guerra, el movimiento obrero continental presentaba síntomas crecientes de efervescencia y vacilaciones; las debilidades de los partidos socialistas, entregados a la propaganda en detrimento de la acción práctica, determinaron el rápido reforzamiento del sindicalismo revolucionario. La coexistencia paralela tradicional de varias corrientes (socialista, anarquista, sindicalista) en el movimiento obrero debió inevitablemente tornarse en encarnizada lucha entre ellas.

---

29 *Estudos Sociais*, 1962, N° 12, pp. 411-419.

El movimiento obrero latinoamericano experimentó cierta influencia del oportunismo y el revisionismo europeos, aunque el oportunismo de derecha no representaba allí un peligro tan extendido como en Europa. Las condiciones de vida onerosísimas de los obreros latinoamericanos y su situación completamente desamparada en el plano social de continuo los incitaban a oponer resistencia activa al capital.

Otro factor considerable era la táctica tradicional de represiones policíacas y terrorismo, empleada por los círculos gobernantes latinoamericanos, a la que los sindicatos respondieron con táctica igualmente uniforme.

La fuerte dependencia de América Latina respecto del imperialismo originaba las tendencias y aspiraciones antimperialistas en diferentes clases y grupos sociales, ante todo entre los obreros y las capas medias urbanas.

La intelectualidad democrática levantó la bandera de la lucha contra el imperialismo, exigiendo la anulación de tratados leoninos, el cese de la intervención de las potencias imperialistas y la eliminación completa del colonialismo.

La propaganda patriótica de los intelectuales democráticos tuvo considerable efecto revolucionario, pero adolecía de humanismo abstracto y estaba aislada de la vida y lucha de las masas trabajadoras. Los sentimientos antimperialistas iban calando, poco a poco, en la masa obrera, que sufrió cada vez más la explotación directa por parte de las empresas extranjeras. Sin embargo, hasta la primera guerra mundial todas las corrientes del movimiento obrero dirigieron el filo de su crítica contra la burguesía local. Esta línea reflejaba el traslado mecánico de la experiencia europea de la lucha de clase del proletariado al terreno latinoamericano, la interpretación dogmática de las ideas revolucionarias del marxismo. El problema de luchar contra el imperialismo y el latifundismo fue planteado entonces, en lo fundamental, por la intelectualidad progresista, ya que los socialistas y los sindicalistas revolucionarios consideraron esa lucha parte de una tarea inmediata más general: la revolución antiburguesa y el establecimiento directo del socialismo, entendiendo por éste una sociedad sin Estado, sin clases y sin explotación del hombre por el hombre, exenta de opresión nacional y de dependencia del imperialismo.

Naturalmente que dichos rasgos fundamentales del movimiento obrero de los tiempos anteriores a la primera conflagración mundial variaron conforme a las peculiaridades nacionales de cada país. En Brasil del siglo XIX, por ejemplo, la clase obrera dedicó muchas energías a la lucha contra la esclavitud y la monarquía absolutista, que se coronó por la victoria en 1889, estableciéndose en el país el régimen republicano burgués.

En la Cuba colonial, los obreros, además de defender sus intereses económicos, tomaron parte activa en las revoluciones y guerras anti-

coloniales contra España y, después, contra los intervencionistas estadounidenses.

Argentina y Chile fueron los países donde más se desarrollaron las formas políticas de lucha obrera. Poco antes de la Revolución de Octubre, en sus partidos socialistas se definió una corriente internacionalista de izquierda, que posteriormente encabezó la lucha por la creación del partido marxista-leninista de la clase obrera.

En México, Perú y Bolivia influyó particularmente sobre el desarrollo de la clase obrera el factor nacional, dada la predominancia numérica de la población campesina india. Los países centroamericanos tuvieron a su vez algunos rasgos específicos, determinados por el carácter de su economía basada en las plantaciones, y por la debilidad de la industria. Las frecuentes intervenciones militares de EE.UU. impidieron que se desplegara allí un movimiento huelguístico obrero de masas.

Así pues, el proletariado latinoamericano representaba, en vísperas de la primera guerra mundial, una fuerza impresionante. Había acumulado considerable experiencia de lucha, tenía sus organizaciones sindicales y políticas y realizó acciones combativas, oponiéndose cada día más enérgica y conscientemente al capital y al imperialismo. A medida que su experiencia de lucha se enriquecía, la clase obrera pasaba cada vez más resueltamente al centro de la vida política de sus respectivos países. El período de la primera conflagración mundial marcó un cambio esencial en este sentido.

5. " ¡PAZ A NOSOTROS, GUERRA A LOS SEÑORES! "

Las Américas se abstuvieron de entrar en la guerra hasta abril de 1917, por las tres razones principales siguientes:

1. Esa política convenía en grado máximo a los círculos gobernantes de EE.UU., propuesto a enriquecerse a cuenta de las potencias beligerantes. Al implicarse en la contienda, EE.UU. trató de arrastrar también a América Latina.

2. La neutralidad formal permitía a la burguesía latinoamericana reforzar sus posiciones, adquirir capitales, intensificar la explotación del pueblo.

3. En el rumbo político de todos los gobiernos americanos influyó enormemente el movimiento antibélico y antimilitarista de masas, en cuya vanguardia formaban la clase obrera y la intelectualidad democrática. Con su accionar combativo y audaces manifestaciones bajo las consignas de " ¡Abajo la guerra! " y " ¡Paz a nosotros, guerra a los señores! ", el proletariado demostró ser consecuente y apasionado luchador por la paz, contra la política agresiva del imperialismo.

Las tendencias antimilitaristas empezaron a ganar terreno en el movimiento obrero latinoamericano en el siglo XIX y adquirieron considerable amplitud a principios del XX. El I Congreso Obrero, celebrado en 1906 por iniciativa de los sindicalistas brasileños, destacó que "la guerra es un mal tremendo para los trabajadores, que le pagan tributo

con su dinero y su sangre"[30]. Un año antes de comenzar la guerra, los sindicalistas llamaron al proletariado brasileño a declarar una huelga general revolucionaria si se rompían las hostilidades.

El socialista holandés Domela Nienwenhuis, adelantándose considerablemente a los sindicalistas brasileños, expresó la misma idea en el Congreso de Bruselas de la II Internacional, celebrado en 1891. En 1907, el anarcosindicalista francés Gustave Hervé desarrolló, desde la tribuna del Congreso de Stuttgart de la misma asociación, la idea superficial de que a toda guerra se le debía responder con una "acción directa", es decir, con la huelga general o incluso una insurrección antimilitarista.

Lenin criticó acerbamente esa táctica imprudente, poniendo de relieve que, de aceptarla, "el proletariado... se condenaría a una labor estéril: utilizaría toda su disposición para el combate (puesto que se habla de insurrección) en luchar contra el efecto (la guerra), dejando que siguiese existiendo la causa (el capitalismo)"[31]. No obstante, la posición antimilitarista de Hervé y de sus continuadores en América Latina, pese a su "necedad y absurdidad teóricas", reflejaba el sincero deseo de las masas de emprender acciones nuevas y más resueltas contra la amenaza bélica.

Mucho antes de la guerra, el conocido anarquista italiano Errico Malatesta empezó a propagar activamente la táctica herveísta en América Latina. En 1907 pronunció un ciclo de conferencias en Argentina y en el mismo año por su iniciativa se convocó un congreso internacional de anarquistas en Amsterdam, al que asistieron también delegados latinoamericanos. "Los anarquistas —citamos la resolución del congreso— instan a sus compañeros y a todos los que anhelan la libertad a luchar, de conformidad con las circunstancias y sus temperamentos y por todos los medios —revuelta individual, renuncia aislada o colectiva al servicio militar, desobediencia pasiva o activa, huelga militar—, por la destrucción radical de los instrumentos de dominación. Expresan la esperanza de que todos los pueblos podrán responder a cualquier declaración de guerra con una insurrección y consideran que los anarquistas tendrán que dar ejemplo"[32]. En América Latina, los continuadores de Hervé y Malatesta fueron bastante numerosos.

El movimiento antibelicista adquirió carácter masivo.

En agosto y setiembre de 1914, por muchas ciudades de Brasil desfilaron las manifestaciones bajo las consignas de " ¡Viva la Internacional! ", " ¡Abajo la guerra! ", " ¡Queremos la paz! " En marzo de 1915 se celebró en Rio de Janeiro una conferencia antibelicista en la que representantes de los sindicatos crearon una Comisión popular de

30 A. Pereira. *Formação do PCB*. Rio de Janeiro, 1962, p 20.

31 V. I. Lenin. *El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia. O. C.*, t. 17, p. 190.

32 G. Woodcock. Op. cit., p. 250

propaganda contra la guerra. El Manifiesto de esa comisión exhortaba a los trabajadores a expresar abiertamente una protesta contra las criminales acciones de la burguesía europea, y la solidaridad con el proletariado internacional y el movimiento antibelicista mundial.

En São Paulo (en el sur de Brasil) funcionó una Comisión antibelicista internacional, en la que participaron activamente obreros emigrados de Alemania, Italia, Rusia y otros países. En abril de 1915, los sindicalistas revolucionarios prepararon la manifestación del 1 de Mayo. Esta primera acción importante en favor de la paz estuvo presidida por la consigna " ¡Abajo la guerra! ¡Viva la solidaridad internacional de los trabajadores! " Más de 5 mil personas desfilaron aquel día por las calles céntricas de la ciudad[33].

En setiembre de 1915, los sindicalistas brasileños llamaron a los sindicatos y partidos obreros de todos los países a convocar un congreso internacional de lucha por la paz. En el mes siguiente se verificó en Brasil una conferencia antibelicista nacional, a la que asistieron también delegados de Argentina, Portugal y España. En abril de 1917, poco después de que EE.UU. entrara en la guerra y fueran rotas las relaciones diplomáticas entre Brasil y Alemania, los combatientes de la paz celebraron una nueva conferencia que resolvió enviar al presidente del país un mensaje pidiendo que Brasil se mantuviera a toda costa al margen del conflicto. Todas esas acciones demostraron ser útiles: a pesar de una fuerte presión estadounidense, el gobierno de Wenceslau Braz tardó en declarar la guerra a Alemania hasta el 26 de octubre de 1917.

Una vez enzarzado Brasil en las hostilidades al lado de la Entente, la policía metropolitana empezó a dispersar con empleo de armas las manifestaciones antibélicas. Algunos dirigentes del Partido Socialista Brasileño —Carlos Escobar, Nereu Rangel Pestana, Carlos Marcal y otros—, tornándose chovinistas, llamaron a los obreros a respaldar la guerra contra Alemania. Carlos Marcal argumentó así su posición, en el periódico *A Ração* del 8 de diciembre de 1917: "Esta lucha (participación en la guerra. —*B. K.*), vehículo de la fraternidad universal, debe ser apoyada por los socialistas y anarquistas, como lo hicieron en Europa, también, al desencadenarse esta gran guerra, los socialistas Gustave Hervé y Jean Finot, los anarquistas Pedro Kropotkin, Jean Grave, Errico Malatesta y tantos otros de reconocido valor sociológico"[34].

La propaganda chovinista sembró la confusión en las filas de la clase obrera. Algunos obreros se alistaron en el llamado Batallón Rui Barboza, a fin de "expresar su patriotismo respecto a la guerra" contra Alemania. Los sentimientos antialemanes y la caza de los "espías" del Kaiser contagiaron a sectores considerables del pueblo brasileño, para agrado de los monopolios estadounidenses.

33 Véase *O Ano Vermelho*, p. 38.

34 Ibídem, p. 41.

Sin embargo, el movimiento antimilitarista brasileño, lejos de cesar, adquirió nuevo aspecto social, entrelazándose cada vez más con la lucha obrera contra el imperialismo y la explotación capitalista.

En Argentina, la acción antibélica de la clase obrera fue también amplia y combativa, gracias a lo cual, en gran medida, el gobierno mantuvo la neutralidad durante todo el conflicto. Se opuso con particular energía a la guerra el ala izquierda del Partido Socialista de Argentina. La dirección de éste, encabezada por Juan B. Justo, se abstuvo largamente de precisar su posición respecto a la degollina imperialista, pero a comienzos de 1917 urgía la necesidad de pronunciarse inequívocamente sobre este problema central. En un concurrido mitin celebrado el 10 de febrero de 1917, a propuesta de los socialistas de izquierda se aprobó una resolución que hacía constar con razón que la guerra "era provocada por los gobiernos teniendo en cuenta intereses dinásticos y codicias de clase ante las que subordinaban la suerte de los pueblos"[35].

Sin embargo, los líderes del Partido Socialista adoptaron una actitud distinta. En su III Congreso Extraordinario (abril de 1917) plantearon la necesidad de aprobar de antemano y aceptar "en principio cualquier medida de orden diplomático, portuario o de empleo de la armada que los poderes públicos decreten o aprueben por sus órganos pertinentes y que puedan servir para garantizar la efectividad de nuestro comercio exterior, en forma de convenciones, vigilancia o protección"[36].

Una fórmula tan vaga evidenció que Juan B. Justo, Antonio de Tomaso, Enrique Dickman y otros jefes del Partido Socialista tendían explícitamente al oportunismo y el socialchovinismo. Según Lenin, el "socialchovinismo" significa reconocer la idea de la defensa de la patria en una guerra imperialista y justificar la alianza de la clase obrera con la burguesía y el gobierno. Juan B. Justo había propugnado durante muchos años la lucha intransigente contra el capitalismo y la necesidad de un partido político autónomo de la clase obrera, pero no pudo adoptar la actitud de un revolucionario e internacionalista en el período de la guerra y se solidarizó prácticamente con los socialchovinistas de la II Internacional. Según estos últimos, había que renunciar a toda acción antimilitarista y suspender las huelgas y manifestaciones obreras, porque esas acciones no sólo eran "inútiles, sino que traerían aparejados el aumento del paro forzoso y el hambre general".

El ala izquierda de los socialistas argentinos —Codovilla, Ghioldi, Ferlini, Muzio y otros—, oponiéndose tajantemente a las tendencias chovinistas, presentaron al congreso un proyecto de resolución a propósito de la guerra en el que se decía: "Considerando:

---

35 *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina.* Buenos Aires, 1947, p. 19. (En lo sucesivo, *Esbozo.*)

36 Ibídem, p. 20.

1) que la guerra europea —a pesar de las viejas concepciones— es una consecuencia de las relaciones económicas actuales, fundadas en la propiedad privada y en la propiedad mercantil;

2) que la lucha de naciones contra naciones tiene su entraña en la necesidad capitalista de llevar a nuevos mercados la producción confiscada al proletariado de cada país;

3) que el derecho y la justicia proclamados como finalidad en la guerra son concepciones engañosas, ya que el verdadero derecho y la verdadera justicia se miden por conquistas positivas que no son para el proletariado las de la guerra (librada por la burguesía.—*B. K.*) y sí las de su acción de clase en la paz;

4) que son estas conclusiones nuestras desprendidas de los hechos las que no movieron siempre en contra de la guerra y las que debemos reafirmar hoy frente al conflicto europeo extendido a nuestro país;

5) que la campaña de los submarinos debe alentarnos a seguir combatiendo la guerra y no a apoyarla en favor de un bando, desde que esa campaña es una consecuencia de la guerra llevada a sus últimos extremos;

6) que es combatiendo la guerra como podremos sincerar luchas futuras en pro de la paz que será una conquista del derecho socialista y no del derecho burgués"[37].

Por este documento se ve claramente que los socialistas de izquierda mantuvieron posiciones justas respecto a la guerra y a su génesis y esencia de clase. En él se siente considerable influencia de las resoluciones aprobadas por los congresos de Stuttgart y Basilea de la II Internacional. El punto débil del proyecto de resolución presentado por los socialistas de izquierda argentinos era la muy vaga mención de las "conquistas positivas" del proletariado y de su lucha contra la guerra. Esto indicaba que los socialistas internacionalistas de izquierda aún no habían asimilado la idea de Lenin concerniente a la transformación de la guerra imperialista en guerra social y a los métodos revolucionarios de lucha del proletariado por la paz y el socialismo, es decir que en cierto grado estaban contagiados por el pacifismo. Sin embargo, su proyecto patentizaba considerable progreso político y el antimilitarismo activo de la vanguardia del proletariado argentino. Sobre esta base se definió gradualmente y cobró vigor en el movimiento obrero del país una corriente revolucionario-internacionalista.

Aunque la mayoría de los delegados al congreso aprobaron con entusiasmo la resolución propuesta por la izquierda, el grupo parlamentario del Partido Socialista presidido por Juan B. Justo votó por la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Argentina y Alemania, empujando prácticamente el país a la guerra. Esta conducta era tanto más extraña por cuanto el mismo Justo había propuesto en el congreso otra resolución: "El Partido Socialista no quiere la ruptura de relaciones

---

37 Ibídem.

con ningún pueblo; el Partido Socialista no quiere ninguna declaración de guerra. El Partido Socialista no quiere ninguna iniciativa parlamentaria socialista referente a la guerra"[38].

La "iniciativa" de los derechistas y su inclinación al socialchovinismo exacerbaron la lucha ideológica en el partido, que desembocó en la separación de los de izquierda, formándose en enero de 1918 el Partido Socialista Internacional, futuro Partido Comunista de la Argentina.

La clase obrera de Chile desplegó a su vez acciones antimilitaristas enérgicas durante la primera guerra mundial. El Partido Socialista Obrero, fundado en 1912 por iniciativa de Luis Emilio Recabarren, Julio Arredondo, Enrique Salas y otros revolucionarios socialistas, se situó desde el primer momento en las posiciones del internacionalismo. Condenó la guerra, calificándola de imperialista, y llamó al derrocamiento revolucionario del régimen burgués. En uno de sus documentos se decía que sólo con la victoria de la revolución "debe surgir... triunfante la cultura, la civilización socialista que debe imponer el desarme absoluto de las naciones como primera medida para evitar el porvenir de nuevas guerras. Sólo el socialismo puede imponer la paz al mundo"[39].

Aunque los socialistas-internacionalistas chilenos fueron poco numerosos, Recabarren y sus compañeros desempeñaron un papel relevante en el desarrollo de la propaganda antibélica entre los trabajadores.

La Federación Obrera de Chile, constituida en 1909, llevó a cabo una serie de manifestaciones activas contra la guerra y huelgas. El incansable Recabarren, miembro de la dirección de ese centro sindical, no escatimó esfuerzos para convertirlo en combativa organización de clase. Dirigiendo sabiamente la energía impetuosa de los sindicalistas y venciendo la resistencia de los reformistas, con sus compañeros logró organizar poderosas huelgas contra la explotación, el imperialismo y la guerra. Esa lucha fue particularmente activa en las minas de salitre y cobre. Las tropas gubernamentales y la policía reprimieron brutalmente las huelgas y acosaron a los socialistas y a los dirigentes de izquierda de la Federación Obrera.

La guerra agudizó muchísimo también las contradicciones sociales en Uruguay. El Partido Socialista se fundó allí en 1910, pero su dirección sustentaba generalmente los criterios reformistas y por eso no pudo guiar de manera eficaz la lucha de los trabajadores. El papel rector en el movimiento obrero correspondió a los sindicalistas revolucionarios que impulsaron movimientos huelguísticos de masas. Como ha señalado Francisco R. Pintos, veterano del movimiento obrero uruguayo, "los errores, las faltas graves cometidas por la dirección socialista provenían

[38] Ibídem, p. 22.

[39] H. R. Necochea. *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*. Santiago, 1965, p. 56.

de la misma debilidad del Partido, de su mala orientación, de su reformismo, que fatalmente tenía que llevarlo a perder el control del movimiento obrero que inicialmente había tomado en sus manos, apenas surgieron otras fuerzas de dirección más resueltas y capaces"[40]. Precisamente esas fuerzas más resueltas —es decir, los sindicalistas revolucionarios— encabezaron el amplio movimiento huelguístico y la lucha antimilitarista del proletariado uruguayo. Desempeñaron activo papel también los elementos socialistas de izquierda, cuyas posiciones se reforzaron después del I Congreso del Partido Socialista, celebrado en 1912. A fines de 1914, su III Congreso, convocado después de comenzadas las operaciones militares en Europa, se pronunció contra la guerra imperialista, pero sin explicar claramente los orígenes de ésta. En 1915 se desplegó en el país una campaña de protesta contra los proyectos de militarización de la escuela e implantación del servicio militar obligatorio. Al frente del movimiento contra la política militarista estuvo el Comité Popular instituido por los socialistas, los sindicalistas revolucionarios y los intelectuales democráticos progresistas. Los trabajadores de Uruguay comprendían que en realidad no se trataba de la "defensa nacional" sino del propósito de ceder a la presión de Estados Unidos e implicar la república en la matanza mundial. En abril de 1917, contrariamente a la voluntad del pueblo, Uruguay entró en la guerra del lado de la Entente. Esta acción aparejó un nuevo agravamiento de las contradicciones sociales.

También actuó contra el imperialismo y la guerra la clase obrera peruana, en la que predominaba la influencia de los sindicalistas presididos por Delfín Lévano y otros líderes. En setiembre de 1916, la policía de Lima anegó en sangre una acción obrera, asesinando a seis personas. Acciones antibélicas tuvieron lugar repetidamente también en otros países, pero no fueron tan amplias como las realizadas en Argentina, Chile, Uruguay y Brasil. Los obreros de algunos países (Cuba, República Dominicana, México), junto con otras fuerzas patrióticas, lucharon contra los intervencionistas estadounidenses.

El lema " ¡Abajo la guerra! " tuvo gran significación positiva en los países donde el movimiento obrero era bastante amplio, pero, separado de la consigna de lucha por el socialismo, podía infundir ilusorias esperanzas en la posibilidad de una paz democrática justa entre los Estados imperialistas beligerantes.

Lenin dijo: "En el momento actual, la propaganda en favor de la paz que no contenga un llamado a las acciones revolucionarias de masas sirve sólo para sembrar ilusiones, corromper al proletariado inculcándole confianza en el humanitarismo de la burguesía y convertirlo en juguete en manos de la diplomacia secreta de los países beligerantes"[41].

[40] F. R. Pintos. *Historia del movimiento obrero del Uruguay*. Montevideo, 1960, p. 71.

[41] V. I. Lenin. *La Conferencia de las secciones del POSDR en el extranjero*. *O. C.*, t. 26, p. 166.

Esta tendencia existió sin duda en América Latina, empujando a parte del proletariado y de la intelectualidad antimperialista a los cauces del pacifismo burgués y la falsa "política pacificadora" de los círculos gubernamentales. Pese a esas circunstancias negativas, lo decisivo era que el proletariado latinoamericano no se dejó conducir por los socialchovinistas, renunció a la "paz entre las clases", desatendiendo las intensas prédicas de los politicastros burgueses y los reformistas que se proponían sujetar a la clase obrera con "mordazas patrióticas"[42].

Al realizar acciones antibélicas, el proletariado latinoamericano cursó una importante escuela de lucha, en la que se pusieron de manifiesto dos tendencias: la oportunista y la revolucionario-internacionalista. Cabe hacer notar, empero, que sólo los socialistas de izquierda de Argentina y Chile, bien poco numerosos, vincularon la lucha contra la guerra imperialista con el derrocamiento revolucionario del capitalismo.

Pero en todos los países se perfiló y se hizo fuerte durante la guerra, a pesar de las drásticas medidas represivas de la burguesía, una corriente activa de revolucionarios internacionalistas, opuesta al chovinismo y al oportunismo.

Como destacaba Lenin, "la guerra —como toda crisis en la vida del hombre o en la historia de los pueblos—aturde y quebranta a unos, templa y alecciona a otros.

Esta verdad se hace sentir también en el pensamiento socialdemócrata acerca de la guerra y con motivo de la guerra. Una cosa es profundizar en las causas y la significación de la guerra imperialista sobre la base del capitalismo altamente desarrollado, en las tareas de la táctica de la socialdemocracia con motivo de la guerra, en las causas de la crisis de la socialdemocracia, etc., y otra muy distinta permitir que la guerra *aplaste* el pensamiento propio, dejar de razonar y analizar *bajo el peso* de las horribles impresiones y dolorosas consecuencias o propiedades de la guerra"[43].

Sobre esta base se operó en América Latina, como asimismo en Europa, el deslinde de fuerzas que culminó en la formación de una fuerte ala revolucionaria internacionalista, dispuesta ya no sólo a luchar contra la guerra y el militarismo, sino también a destruir sus raíces socioeconómicas, es decir, el sistema capitalista en su conjunto.

El desarrollo de las clases y de sus luchas durante la primera conflagración mundial dio lugar a importantes cambios en la historia del proletariado de todos los países. La bancarrota de la II Internacional y la formación de la corriente revolucionario-internacionalista encabezada por Lenin y el partido bolchevique marcaron "el comienzo del gran viraje en la historia del socialismo"[44].

42 V. I. Lenin. *Saludo al Congreso del Partido Socialista Italiano*. *O. C.*, t. 30, p. 146.

43 V. I. Lenin. *Respuesta a P. Kievski (Y. Piatakov)*. *O. C.*, t. 30, p. 68.

44 V. I. Lenin. *Prefacio al folleto de Henri Guilbeaux: "El socialismo y el sindicalismo en Francia durante la guerra"*. *O. C.*, t. 38, p. 298.

Este proceso abarcó también al proletariado latinoamericano. En lugar de las cuatro orientaciones que habían coexistido paralelamente —anarquismo, sindicalismo revolucionario, reformismo y socialismo—, durante la guerra se formaron, en un ambiente histórico nuevo, otras dos de carácter fundamental: la oportunista-chovinista y la revolucionario-internacionalista.

Todos los grupos anarquistas, sindicalistas, reformistas y socialistas entregados al chovinismo iban a la zaga del oportunismo y el revisionismo internacionales. La tendencia oportunista implicaba discordias entre los grupos anarquistas y sindicalistas de "izquierda", por una parte, y los reformistas de derecha, por otra, y entre los grupos mencionados y los socialistas, pero todos ellos coincidieron en lo más importante: en la oposición al movimiento revolucionario internacionalista.

Este último tampoco fue homogéneo, pues lo formaban anarquistas, sindicalistas y socialistas de espíritu internacionalista. Naturalmente, todos los reformistas se situaron en las posiciones de "paz entre las clases", es decir, del oportunismo y el socialchovinismo. La lucha entre las dos corrientes principales —revolucionario-internacionalista y oportunista— pasó al primer plano de la vida ideológica del proletariado latinoamericano de aquel tiempo, preparando el terreno para el surgimiento de la corriente marxista y su constitución en fuerza política autónoma.

Por cierto que las causas de ese cambio trascendental en la historia del movimiento obrero latinoamericano no pueden asociarse exclusivamente con la guerra y sus consecuencias. La reagrupación tuvo orígenes socioeconómicos por excelencia, ante todo el crecimiento del capitalismo, la recrudescencia del antagonismo entre el trabajo y el capital y la intensificación de la expansión imperialista. En tales circunstancias, la división en oportunistas-chovinistas y revolucionarios-internacionalistas fue inevitable.

La experiencia acumulada evidenció que los líderes socialistas de derecha no estaban dispuestos a luchar con firmeza por los intereses de la clase obrera, que propendían al entendimiento con la burguesía y el gobierno y se abstenían de participar activamente en el movimiento huelguístico. La altanería y pusilanimidad de los jerarcas partidarios provocaban descontento y desprecio entre los obreros, que desconfiaban de jefes apartados de su vida y lucha cotidianas.

En el umbral de 1917, las direcciones de los partidos socialistas de Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Cuba estaban dominadas por el revisionismo y el oportunismo.

Los sindicalistas revolucionarios, que habían contribuido mucho a formar el movimiento huelguístico de masas, se dedicaron no sólo, y no tanto, a la propaganda como a la organización de acciones directas, ante todo huelgas. Esa táctica, pese a su carácter limitado, fue más comprensible para los obreros. Estos, en su inmensa mayoría poco en-

tendían de política, pero consideraban vitalmente necesario defender sus intereses materiales.

La popularidad de la táctica de acciones directas fue en muchos aspectos consecuencia de las acciones brutales de la burguesía latinoamericana contra los trabajadores.

Naturalmente que entonces, los sindicalistas consideraron como formas principales de lucha contra el capital la huelga parcial o general, el boicot, el sabotaje, las manifestaciones de masas, denuncias públicas, etc. Pero sus declaraciones de renunciar a la lucha política no los eximieron de la necesidad de tener que sostenerla en la práctica. Así, usaron mucho de métodos tales como la manifestación, el desenmascaramiento de las maquinaciones de los capitalistas por medio de la prensa, la creación de escuelas para obreros, la publicación de periódicos y octavillas, los mítines, etc. De tal suerte se vieron imposibilitados de separarse enteramente de la política.

Por consiguiente, el grueso de los sindicalistas revolucionarios abrazó durante la guerra la senda del antimilitarismo activo y del internacionalismo revolucionario.

El rápido despertar de las fuerzas revolucionarias del proletariado latinoamericano contrastaba con el desarrollo político y orgánico insuficiente de la clase obrera. Su concepción del mundo era amorfa y contradictoria, llevando el sello de criterios e ilusiones pequeñoburgueses. El ascenso del movimiento obrero implicaba la crisis tanto de la corriente oportunista de derecha como de las sectarias de "izquierda" y la aparición de un movimiento revolucionario, de carácter político y verdaderamente clasista. La crisis de las viejas formas y métodos, la lucha ideológica interna y el viraje operado en la conciencia de las masas se manifestaron con singular relieve durante la primera guerra mundial. Como resultado de dicho viraje surgió y se desarrolló la corriente revolucionario-internacionalista.

El internacionalismo revolucionario en América Latina tuvo su base de masas en los sindicalistas de izquierda, y su vanguardia política, en los socialistas de izquierda, que fueron los primeros en pasar a las auténticas posiciones marxistas. Esa tendencia se perfiló en los años del setenta y ochenta del siglo XIX, permaneció latente después y renació sólo poco antes o después de comenzar la primera guerra mundial.

En Argentina, por iniciativa de V. Codovilla, R. Ghioldi y otros jóvenes socialistas en 1912 se organizó una "oposición marxista" que se denominó Centro de Estudios Carlos Marx. Este grupo actuó en el marco del Partido Socialista, criticando enérgicamente el "revisionismo práctico" de sus líderes de derecha. La "oposición marxista" consideraba necesario propagar "los conceptos íntegros, netos, lógicos de la grandiosa concepción socialista de Carlos Marx, no como apriorismos y formulismos doctrinarios estrechos, sino como juicios consolidados en la honda observación de la experiencia histórica, de imprescindible utilidad para la acción de la clase trabajadora"[45].

En 1914, la minoría marxista del Partido Socialista (Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi, Augusto Kuhn y otros) lograron organizar un Comité de propaganda sindical, que tenía por finalidad extender la lucha huelguística más allá de las reivindicaciones económicas y coadyuvar a la politización del movimiento obrero. Pero en 1917, el Comité Ejecutivo del Partido Socialista dispuso el cese de la actividad de aquel órgano, alegando que al partido no le convenía intervenir en la esfera de la lucha económica, porque "perseguía exclusivamente fines políticos", es decir, debía limitarse a la actividad parlamentaria y a la propaganda. Esa actitud privaba de dirección política a los obreros e impedía el desarrollo de contactos entre los sindicalistas de izquierda y los socialistas.

A pesar de todos los manejos del ala reformista del Partido Socialista, la minoría marxista fue cobrando vigor. Este proceso se aceleró particularmente durante la contienda, al impulsar los socialistas-internacionalistas una intensa propaganda contra la guerra y el imperialismo.

Antes de la guerra conquistó también algunas posiciones la corriente marxista en Chile. En la declaración programática del Partido Socialista Obrero se señalaba que su lucha tenía por objeto construir una sociedad en que no hubiera diferencias de clase y los trabajadores dispusieran de los frutos de su trabajo. La corriente socialista de izquierda (marxista) de Chile tuvo alguna influencia en los sindicatos, aunque no revestía carácter de masas. Por lo que respecta al Partido Socialista Obrero, los obreros constituían el 90% de su militancia. Interpretando los intereses del proletariado chileno, Luis Emilio Recabarren en uno de sus artículos de 1912 señaló que ese partido luchaba por "la transformación de la organización social con la abolición de la propiedad privada y de las fuerzas que la mantienen (las clases dominantes. —*B. K.*), porque es la única manera que las multitudes dejen de ser explotadas..." y que la lucha política del proletariado era "un medio para quitar a la burguesía el poder político, a fin de que cese de ser instrumento de dominación"[46].

La propaganda política de los socialistas chilenos encabezados por Recabarren contribuyó enormemente a elevar la conciencia obrera, a desarrollar las acciones solidarias en la lucha contra los opresores locales y extranjeros.

Procesos análogos (en primer lugar, la cristalización de una corriente auténticamente revolucionaria en el movimiento obrero) se esbozaron también en Uruguay y otros países, aunque las nuevas tendencias no fueron allí tan explícitas. De todas maneras, cabe decir con plena razón que el movimiento obrero latinoamericano en su conjunto pasaba a una nueva etapa. Los criterios políticos y la psicología de los obreros de

45 *Esbozo*, p. 17.

46 H. R. Necochea. Op. cit., pp. 53, 54.

Argentina, Chile, Brasil, Uruguay, Cuba y otros países estaban determinados por el comienzo de la fase final en el proceso de constitución del proletariado en clase social autónoma. La guerra reveló drásticamente el abismo que media entre el trabajo y el capital. Había llegado la hora de decidir cómo se lucharía en el futuro.

Las tendencias oportunistas (de "izquierda" y de derecha) eran incapaces para señalar a los obreros la vía certera, los empujaban a acuerdos de transacción sin principios y a la conciliación, o bien a espontáneas acciones prematuras. El socialchovinismo y el nacionalismo, rasgo común y vicio principal de todos los oportunistas, implicaron el aislamiento de la clase obrera latinoamericana respecto al proletariado internacional. El oportunismo y el socialchovinismo, entrelazados en un todo único, constituían el mayor obstáculo para el sucesivo avance del movimiento obrero continental.

La única fuerza política capaz de indicar a los obreros la vía idónea fue el movimiento revolucionario internacionalista, que había vinculado las acciones antimilitaristas con la lucha por el cambio revolucionario de la sociedad, por el socialismo.

Luis Emilio Recabarren, destacado internacionalista revolucionario latinoamericano, supo justipreciar el carácter de la guerra y formular una táctica auténticamente revolucionaria de la lucha del proletariado. Decía Recabarren en un artículo que publicó el 30 de agosto de 1914: "A la guerra debe seguir la revolución sin contemplación ni timideces. El proletariado debe tomar a su cargo la dirección de los destinos de los pueblos. La burguesía capitalista ha fracasado, ha probado su absoluta incapacidad y los pueblos no debemos continuar gobernados bajo el imperio de los brutales... Tan inmenso debemos considerar el crimen presente (la guerra. *—B. K.*), que debemos predisponernos a trabajar para que termine la era de dominación de la burguesía... Sólo el socialismo puede imponer la paz al mundo y estamos seguros que tras esta guerra, los pueblos acompañarán el socialismo en sus ideas de paz y amor"[47].

Recabarren se expresaba así porque tuvo una rica experiencia de lucha política en el seno mismo de la clase obrera y un instinto de clase altamente desarrollado. Además, según parece, conocía perfectamente la enmienda de Lenin al proyecto de resolución *El militarismo y los conflictos internacionales* de A. Bebel, discutido en el Congreso Socialista de Stuttgart. Esa enmienda, que figura en el Manifiesto de Basilea, dice: "En el caso de que la guerra estalle de todas formas, ellos (los obreros y sus partidos.*—B. K.*) deberán... aspirar por todos los medios a que la crisis económica y política, provocada por la guerra, sea utilizada para excitar a las masas populares y acelerar el hundimiento de la dominación de la clase capitalista"[48].

---

[47] *El Despertar de los Trabajadores*. Iquigue, 30 de agosto de 1914.

[48] Véanse más detalles en: Y. G. Tiomkin. *Lenin y la socialdemocracia internacional*. Moscú, 1968, p. 22.

La actitud de Recabarren, plenamente acorde con ese llamamiento, demostraba que el gran revolucionario chileno fue uno de los primeros en asimilar la idea leninista de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil.

Por cierto que hombres como Recabarren no hubo muchos, pero sus seguidores y su influencia crecieron sin cesar. El proletariado latinoamericano en general, y, sobre todo, los sectores más desarrollados, ampliaron continuamente su experiencia de lucha comprendiendo cada vez mejor la conexión recíproca de la guerra con el capitalismo y vinculando con creciente frecuencia el movimiento antimilitarista con la lucha contra la explotación y el imperialismo. Pero este viraje trascendental en la conciencia de las masas tardó en operarse en gran escala hasta después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, que, según la expresión de Lenin, enseñó en la práctica a todo el proletariado mundial "la mejor guerra a la guerra: la revolución"[49].

---

[49] V. I. Lenin. *Plan para el artículo "La revolución y la guerra"*. *O. C.*, t. 25, p. 450.

Capítulo II

EL DERRUMBAMIENTO DE LA AUTOCRACIA EN RUSIA Y LA SOCIEDAD LATINOAMERICANA

1. ACTITUD RESPECTO A LA REVOLUCION DE FEBRERO Y A LA DUALIDAD DE PODERES

La noticia de que en Rusia había sido derrocado el zarismo y triunfaba la Revolución democrática burguesa de Febrero conmovió el continente latinoamericano. Los periódicos lo anunciaron cuando en América Latina se sostenía una aguda lucha política en torno al problema de entrar o no entrar en la guerra del lado de la Entente. Los núcleos sociales progresistas del mundo entero anhelaban la caída de los Románov, que reinaban desde hacía tres siglos. El 9 de enero de 1905, masas de obreros de San Petersburgo con el sacerdote Gapón a la cabeza desfilaron hacia el Palacio de Invierno, confiando en que el "buen" zar intervendría en favor del pueblo. El zarismo ametralló esa confianza.

En marzo de 1917, muchos periódicos latinoamericanos publicaron día tras día comunicados urgentes sobre la situación en Rusia. Las agencias burguesas Havas y United Press, proveedoras principales de la información, tergiversaron groseramente el estado de cosas real. Además, en general no era fácil orientarse exacta y profundamente en el caleidoscopio de los acontecimientos rusos. Los lectores tenían una noción bastante confusa de lo que sucedía en Rusia. Pero todos estaban enterados de lo más esencial: que a fines de febrero se había producido en San Petersburgo, capital del Imperio ruso, una insurrección armada y había triunfado la revolución. Corrían rumores diversos acerca de la suerte de la monarquía. Según algunos periódicos, el zar había abdicado en favor de "su hermano príncipe Miguel", otros decían que la corona había pasado a su hijo menor de edad. Por ejemplo, el *Jornal do Brasil*, uno de los mayores periódicos brasileños, anunciaba que el *zarévich* (hijo del zar) regiría bajo el nombre de Alejandro IV.

Todas esas noticias tuvieron cierto fundamento. En efecto, la Duma de Estado y especialmente sus líderes monarquistas M. Rodzianko, V. Shulguín, A. Guchkov y otros, para salvar la autocracia propusieron al zar que abdicara en favor de su enclenque hijo y nombrara regente al gran príncipe Miguel. Pero Nicolás II decidió ceder el trono a este último.

Sin embargo, el gran príncipe, consciente de lo que sucedía en el país y de que correría sin falta la misma suerte que el ex soberano, renunció a la corona. Se redactó un manifiesto que sometía el problema del poder a la consideración de la Asamblea Constituyente y llamaba al pueblo ruso a obedecer al Gobierno Provisional, instituido por la Duma de Estado, "parlamento" de la Rusia zarista.

El derrocamiento del zarismo fue enjuiciado en América Latina como un acontecimiento completamente lógico y progresista. Pero las clases dominantes estaban alarmadas por el peligro real de que Rusia saliera pronto de la guerra mediante una paz por separado. A finales de 1916 aparecieron en los periódicos las primeras alusiones a que los sucesos podrían tomar este cariz, al acentuarse las tendencias germanófilas en las esferas más altas del régimen zarista. Después de la Revolución de Febrero de 1917, la misma amenaza dimanó del gobierno republicano. De ahí que la prensa latinoamericana centrara su atención en las cuestiones de quiénes eran los nuevos gobernantes de Rusia y de quiénes determinarían su política.

Los periódicos del continente informaron: "Se ha creado un Gobierno Provisional bajo la presidencia del príncipe Lvov, que ofreció la cartera de Justicia a Alexandr Kerenski, y la de Negocios Extranjeros, a Miliukov". La fuerza rectora de ese gobierno es el partido de los "demócratas constitucionalistas".

Muy pocos latinoamericanos sabían que P. Miliukov, líder de ese partido, se había manifestado siempre contra la revolución y aspiraba a la "conciliación" con el zarismo. El lector latinoamericano ignoraba también que el mismo partido, cuya meta programática era una "monarquía constitucional y parlamentaria", mantuvo posiciones contrarrevolucionarias. Inducía a error especialmente el segundo nombre oficial de los "demócratas constitucionalistas", adoptado en 1906: "partido de la libertad popular". La aspiración de la burguesía rusa a evitar a todo trance la revolución y a eliminar la autocracia por "vía pacífica" casi se ignoraba en América Latina.

Nadie en el continente se daba cuenta de que A. Kerenski y el partido de los llamados "socialistas-revolucionarios" (eseristas), representado por él en el Gobierno Provisional, habían adoptado prácticamente una actitud contrarrevolucionaria en vísperas de la Revolución de Febrero, considerando el momento actual inoportuno para las acciones revolucionarias por falta de preparación de las grandes masas populares.

Según la expresión de Lenin, Kerenski desempeñó "el papel de flauta para engañar a los obreros y a los campesinos"[1]. Como miembro de la Duma dijo en la reunión de ésta el 24 de febrero de 1917, cuando ya había empezado la revolución en Rusia, que "la razón de un país se apaga cuando se adueñan de él los elementos del hambre y el odio", exhortó a acabar con las "pasiones desenfrenadas", insinuó que la revolución desembocaría en la anarquía, etc. Contrariamente a la opinión de la mayoría del Soviet de diputados obreros de Petrogrado, Kerenski, siguiendo el ejemplo del socialista francés Millerand, pasó a formar parte del Gobierno Provisional burgués.

A los ojos de la sociedad latinoamericana, era un gobierno decente

[1] V. I. Lenin. *Cartas desde lejos. O. C.*, t. 31, p. 18.

como antítesis absoluta de la monarquía zarista, aunque en realidad estuvo al servicio de los imperialistas británicos y franceses, aspiró a la restauración del régimen zarista y no se proponía dar al pueblo ni paz, ni pan, ni libertad.

Para la prensa burguesa latinoamericana, Kerenski era poco menos que el jefe de la revolución y héroe popular, y el príncipe G. Lvov, casi un revolucionario. Pero el derrocamiento del zarismo fue considerado por ella como un fenómeno progresista y objetivamente lógico.

La opinión pública latinoamericana aplaudió en su conjunto el fin de la autocracia en Rusia y la constitución del Gobierno Provisional republicano. Distinta fue la reacción de los círculos sociales del continente ante el surgimiento de la dualidad de poderes como resultado de la Revolución de Febrero. Les pareció de todo punto normal que se hubiera creado el Gobierno Provisional, pero no pudieron comprender y consideraron como extraordinario el hecho de que paralelamente al poder "legítimo" funcionara el enigmático Soviet de diputados obreros. En apariencia, todo el problema de la dualidad de poderes tenía carácter artificial e injustificado. Los periódicos anunciaban que "la nueva Rusia se ha integrado por completo en el régimen de la Constitución y la libertad que impera en casi todas las naciones de Europa y América"[2]. Pero en todas ellas existía un poder constitucional único sin ningún paralelismo. ¿Qué significaba la dualidad de poderes en Rusia? ¿Cuáles eran las causas y el sentido político de ese fenómeno? Estas preguntas, de acuciante interés para la sociedad latinoamericana, carecían de respuesta pública.

Tampoco aclaraba las cosas una película sobre la vida rusa proyectada en los cines de Rio de Janeiro, Buenos Aires y otras grandes urbes en 1917. Esa película, filmada por operadores de la Cruz Roja de EE.UU., trataba de los sucesos de Petrogrado. Las acciones de masas las presentaban como desenfreno de la anarquía. Las fotos de miembros de la familia real, vistas de Petrogrado, etc. se sucedieron con la promiscuidad de un caleidoscopio. Por ese filme mudo de 20 minutos no se podía comprender nada, excepto que el pueblo ruso había derrocado la autocracia e instituido el poder republicano. Del Soviet de diputados obreros no se trató ni en una sola secuencia. Sin embargo, las masas de América Latina recibieron con júbilo un documental dedicado a la revolución rusa. Naturalmente que los sectores más acaudalados y conservadores expresaron su indignación con motivo de la Revolución de Febrero, vituperando a la "plebe amotinada" y compadeciéndose por el zar y su camarilla.

Durante algún tiempo la prensa burguesa pasó por alto enteramente el problema de la dualidad de poderes. Cuando hacía mención al Soviet, lo acusaba, en tono irritado, de poner trabas al Gobierno Provisional. En realidad, el Soviet de diputados obreros (después también mandaron

2 *O Ano Vermelho*, p. 76.

sus diputados los soldados adheridos a la revolución) fue producto de la creación popular revolucionaria. Lenin decía: "La creación espontánea, por iniciativa propia de las masas, de los Soviets de diputados obreros, durante la Revolución de Febrero, repitió la experiencia de 1905"[3]. A juicio de los mencheviques y eseristas, el Soviet no era órgano de poder sino sólo medio de presión sobre el poder burgués. En cambio, los bolcheviques consideraron que del crisol de la lucha encarnizada contra el zarismo debía salir un gobierno revolucionario provisional, fundado por los Soviets. Pero en el Soviet de Petrogrado al comienzo se formó una mayoría menchevique y eserista. N. Chjeídze, líder de los mencheviques en la Duma, fue elegido presidente del Soviet, y Kerenski, su vicepresidente. La dirección eserista y menchevique, en lugar de aplicar una política autónoma optó por el conformismo. Por su propia decisión Kerenski aceptó una cartera en el Gobierno Provisional burgués. Aunque el Soviet tenía en sus manos el poder real, sus dirigentes pequeñoburgueses, temiendo que la burguesía volviese la espalda a la revolución, renunciaron voluntariamente a la plenitud del poder en favor del gobierno burgués.

Considerando que la Revolución de Febrero era puramente burguesa, los eseristas y mencheviques afirmaron que sólo la burguesía debía ejercer el nuevo poder. La idea profundamente errónea del apoyo condicional al Gobierno del príncipe Lvov encontró algunos partidarios en el Partido Obrero Socialdemócrata (bolchevique) de Rusia. El 3 de marzo, el Comité de Petrogrado del POSD(b)R declaraba que "no se opone al poder del Gobierno Provisional en la medida en que las acciones de éste corresponden a los intereses del proletariado y de las amplias masas democráticas del pueblo..."[4] Pero este error fue corregido casi inmediatamente. El día 4 del mismo mes, el Buró del CC del POSD(b)R aprobó una resolución en la que se decía: "Puesto que el actual Gobierno Provisional es contrarrevolucionario en esencia, por estar compuesto de representantes de la gran burguesía y la nobleza, todo acuerdo con él es imposible. La tarea de la democracia revolucionaria consiste en crear un Gobierno revolucionario provisional de carácter democrático (dictadura del proletariado y el campesinado)"[5].

Así pues, en la propia Rusia abundaron los que no pudieron descifrar de una vez la esencia contrarrevolucionaria del Gobierno Provisional. Claro está, hacerlo desde América Latina era mucho más difícil. Los círculos burgueses se alegraban particularmente de que el Gobierno Provisional no tuviera la intención de salir de la guerra, al tiempo que EE.UU. y muchos gobiernos latinoamericanos se inclinaban

3 V. I. Lenin. *Séptimo Congreso Extraordinario del PC(b) de Rusia. O. C.*, t. 36, p. 3.

4 Véase la Recopilación *El partido, inspirador y organizador del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre (marzo-octubre de 1917)*. Moscú, 1966, p. 10.

5 *Problemas de la historia del PCUS*, 1962, N° 3, p. 136.

cada vez más a entrar en ella. Por eso se mostraron satisfechos cuando a través de los embajadores rusos en los países del continente el Gobierno Provisional les informó de que "en lo tocante a la política internacional respetará todos los compromisos asumidos y los tratados". Esta declaración significaba la renuncia a una paz por separado. No tenía nada de extraordinario, por tanto, que todas las simpatías de las clases gobernantes latinoamericanas estuvieran del lado del Gobierno Provisional. Suscitó particular entusiasmo la conocida nota de P. Miliukov, ministro de Negocios Extranjeros, del 18 de abril de 1917, en la que oficialmente se prometía a las potencias aliadas proseguir la guerra hasta la victoria.

El chovinismo ampliamente difundido en la sociedad latinoamericana impidió justipreciar la posición de Lenin y los bolcheviques, su exigencia de que Rusia saliera inmediatamente de la guerra fue considerada por muchos como actitud antipatriótica. En tales circunstancias, el problema de la dualidad de poderes no se asociaba, por lo común, con la lucha por el desarrollo de la revolución, sino únicamente con el conflicto de dos actitudes respecto a la guerra. De ahí que el ametrallamiento, por orden del Gobierno Provisional, de la manifestación antibélica de julio que exigía la entrega del poder a los Soviets, fuera presentado por la prensa burguesa latinoamericana como triunfo de la tendencia patriótica y fin de los estados de ánimo capituladores y antipatrióticos supuestamente implantados por los bolcheviques, a los que se hacía pasar por agentes secretos de Alemania.

Después del 8 de julio, día en que Kerenski sustituyó al dimitido príncipe Lvov en el puesto de ministro presidente del Gobierno Provisional (se adjudicó también las carteras de Guerra y de Marina), la misma prensa habló casi diariamente, en tonos exaltados, de ese "Danton ruso" y "héroe de la nueva Rusia". El periódico *O Debate* de Rio de Janeiro, en su número del 1 de setiembre de 1917 anunció con enternecimiento: "Kerenski es hoy la figura dominante de la Rusia revolucionaria. En el momento en que su país se estremecía bajo los embates de la mayor revolución de los tiempos modernos, en la colisión de las ideas liberadoras más avanzadas y de las opiniones democráticas, ese dictador de una rara energía y de una capacidad de trabajo extraordinaria consiguió dominar la situación, concentrando en sus manos todos los poderes, que ejerce con puño de hierro"[6].

De modo que Kerenski pasó a ser verdadero ídolo de la burguesía latinoamericana, aunque ésta no podía comprender la razón por la cual el "dictador ruso" demoraba en disolver definitivamente los Soviets.

En cambio, para los círculos revolucionarios de América Latina no estaba claro porqué los Soviets de diputados obreros y soldados habían adoptado una actitud pasiva. Lenin asociaba la causa principal de la dualidad de poderes y de la prepotencia menchevique y eserista en los Soviets con la circunstancia de que en aquel período de Rusia, la "gigantesca ola pequeñoburguesa lo ha inundado todo, ha arrollado al proletariado consciente no sólo por la fuerza del número, sino también ideológicamente; es decir, ha arrastrado y contaminado con sus concepciones pequeñoburguesas de la política a grandes sectores de la clase obrera"[7].

[6] *O Ano Vermelho, p. 75.*

La victoria de los mencheviques y eseristas en los Soviets, que reconocieron voluntariamente el poder del Gobierno Provisional, se debió también a otros varios factores. Las represiones de los años de guerra habían causado grandes estragos al partido bolchevique, muchos revolucionarios descollantes estaban en el destierro o habían emigrado. Todo ello permitió a los eseristas y mencheviques sellar una alianza traidora con la burguesía para trabar el desarrollo de la revolución.

Sin embargo, los resultados de la Revolución de Febrero fueron muy distintos a lo que habían esperado los demócratas constitucionalistas, mencheviques y eseristas. El partido burgués contrarrevolucionario de los demócratas constitucionalistas adeptos de la monarquía constitucional, de hecho encabezó el Gobierno Provisional. Los mencheviques, convencidos de que la revolución democrática burguesa no podía transformarse en socialista, se pusieron al frente del Soviet de Petrogrado. Pero el hecho mismo de que éste se hubiera creado demostraba la superación de los límites de la revolución democrática burguesa tradicional y era favorable a la revolución socialista. Los eseristas, que de palabra se oponían a la burguesía, se unieron con los mencheviques en defensa del poder burgués.

Todos esos aspectos políticos complejos no eran siquiera mencionados en los periódicos latinoamericanos que daban un cuadro muy vago y primitivo de la Revolución de Febrero. No obstante, los intelectuales progresistas más perspicaces, los socialistas de izquierda de Chile y Argentina, los obreros inmigrados y algunos sindicalistas de Brasil supieron desentrañar el rasgo principal de la revolución rusa de que su fuerza hegemónica no la constituían la burguesía ni las camarillas pequeñoburguesas presididas por los demócratas constitucionalistas, mencheviques y eseristas, sino la clase obrera, guiada por los bolcheviques con Lenin a la cabeza.

Los revolucionarios latinoamericanos se solidarizaron de todo corazón con el proletariado ruso, pero muchos de ellos no tenían idea clara sobre la dualidad de poderes. La mayoría estimó que ésta en general no existía, que los Soviets y el Gobierno Provisional actuaban al unísono.

Los socialistas de izquierda y los sindicalistas revolucionarios simpatizaron desde el primer momento con los Soviets de diputados obreros y soldados. Esta fue la línea propugnada por V. Codovilla, L. Recabarren, R. Ghioldi, A. Pereira y otras figuras destacadísimas del

[7] V. I. Lenin. *Las tareas del proletariado en nuestra revolución. O. C.*, t. 31, p. 156.

movimiento proletario latinoamericano. Véase, por ejemplo, cómo apreció Astrojildo Pereira, líder de los sindicalistas revolucionarios brasileños, la correlación de fuerzas políticas en Rusia. En agosto o setiembre de 1917, la revista *O Debate*, editada por A. Pereira, A. Porto y otros sindicalistas de izquierda, en su sección *Hechos del Exterior* decía: "Es muy difícil, sin duda, precisar el curso de los acontecimientos en Rusia. Sería una enorme tontería pretender al análisis de tales o cuales rasgos definitivos del gran movimiento que lucha por la tierra, contra la casta de los Románov y al mismo tiempo contra todas las demás castas aristocráticas y monopolizadoras del podér.

Existen dos núcleos orientadores del movimiento: la Duma y el Comité de Obreros y Soldados, este último surgido de la propia revolución. Después de terminado el primer golpe demoledor, adoptaron posiciones antagónicas. La Duma, venida del régimen antiguo, puede decirse que representa, en su mayoría, a la burguesía democrática y moderada, mientras que el Comité de Obreros y Soldados, compuesto de obreros, representa al proletariado avanzado, democrático, socialista y anarquista"[8]. Esta apreciación correspondía, en rasgos generales, al estado real de cosas. Su mérito principal consistió en haber captado certeramente la esencia clasista de la dualidad de poderes que, según la definición de Lenin, "*ha entrelazado, formando un todo, dos* dictaduras: la dictadura de la burguesía (pues el gobierno de Lvov y Cía. es una dictadura...) y la dictadura del proletariado y de los campesinos (el Soviet de diputados obreros y soldados).

No cabe la menor duda de que ese "entrelazamiento" *no está en condiciones* de sostenerse mucho tiempo. En un Estado *no pueden* existir dos poderes...

La dualidad de poderes no expresa más que un momento *transitorio* en el curso de la revolución, el momento en que ésta ha rebasado ya los cauces de la revolución democrática burguesa corriente, *pero no ha llegado todavía* al tipo "puro" de dictadura del proletariado y de los campesinos"[9].

Lo dicho por Pereira sobre la terminación "del primer golpe demoledor" y las "posiciones antagónicas" de los núcleos orientadores (evitaba hablar de "poder" porque en tanto que sindicalista estuvo contra todo poder), así como su mención del "proletariado anárquico" (esto significaba para Pereira la lucha por la "victoria completa de la revolución", es decir, la liquidación del Estado), demuestran que consideraba a su vez la situación creada después de febrero como temporal, con carácter de tránsito de la revolución democrática burguesa a la "anarcoproletaria", o sea, socialista.

La esencia de la dualidad de poderes fue clara también para los

---

8 *O Ano Vermelho*, p. 76.

9 V. I. Lenin. *Las tareas del proletariado en nuestra revolución. O. C.*, t. 31, p. 155.

socialistas de izquierda de Chile y Argentina. Lamentablemente, su punto de vista no pudo extenderse más allá del círculo en extremo estrecho de obreros e intelectuales revolucionarios políticamente desarrollados.

Aunque los representantes más sagaces del campo revolucionario e internacionalista en América Latina supieron desentrañar la esencia de clase de los dos poderes, no les fue dado comprender el rasgo específico principal de aquel período de dualidad: la posibilidad temporal y en extremo rara de desarrollo pacífico de la revolución, de paso de todo el poder a los Soviets. Sería injusto reprocharles esa falta de comprensión, porque los escasos datos disponibles sobre Rusia no permitían tener cabal idea de muchas cuestiones tácticas. La mayoría aplastante de los trabajadores y en general todos los lectores de los periódicos se imaginaban la revolución rusa como un movimiento democrático único. Durante varios meses posteriores a la victoria de la Revolución de Febrero, la diferencia entre los partidos políticos y el papel efectivo de cada uno en la lucha contra la autocracia quedaron más o menos ocultos para la sociedad latinoamericana. Pero esto no podía continuar mucho tiempo. La revolución rusa siguió adelante, acompañada de una polarización cada vez más nítida de las fuerzas de clase y políticas.

En la prensa latinoamericana, tanto burguesa como progresista, creció el interés por un nuevo problema: los bolcheviques y su "misterioso" líder, Lenin.

Los periódicos del continente hablaron cada vez más a menudo del "maximalismo ruso", término nuevo que se aplicaba a todas las fuerzas participantes en la lucha contra el capitalismo. Al principio, muchos confundieron por ignorancia a los bolcheviques con los "eseristas maximalistas", que habían planteado ya en 1906 la tarea práctica de efectuar sin demora una revolución social simultáneamente en la ciudad y en el campo y reconocían, como táctica fundamental, el terrorismo, los apresamientos armados, la expropiación y otras acciones directas similares.

Algunos entendieron por "maximalistas" la mayoría (máximo) del pueblo ruso. Otros creyeron que se trataba simplemente de los "amigos de Máximo Gorki". Poco a poco, el término "maximalismo" cobró un sentido político único: lo aplicaron a los bolcheviques, atribuyéndoles al mismo tiempo, en muchos casos, todo género de rasgos anarquistas. Sea como fuera, el problema del "maximalismo" y de su papel en la vida de la nueva Rusia constituía el eje de la atención.

Los intelectuales latinoamericanos no se contentaban ya con aplaudir el derrocamiento de la autocracia. Ellos querían tener nociones más profundas sobre la dinámica de la lucha y sobre la política de las diferentes clases y partidos de Rusia, ver más claro las perspectivas de la revolución.

Estos fueron, precisamente, los puntos de divergencia principales entre las esferas gubernamentales de América Latina y la oposición

revolucionaria de izquierda. En rigor, la actitud hacia Lenin y los bolcheviques constituyó la línea divisoria definitiva, en el aspecto político, entre los revolucionarios internacionalistas y los oportunistas. Por lo que respecta a la Revolución de Febrero, sus juicios poco mas o menos coincidieron, pero sus puntos de vista sobre la dualidad de poderes y especialmente sobre los "maximalistas" fueron diametralmente contrarios, denotando la existencia de contradicciones ideológicas inconciliables.

2. ¿QUIENES ERAN LOS "MAXIMALISTAS"?

El 3 de abril de 1917, después de muchos años de emigración Lenin regresó a Rusia. Los obreros de Petrogrado acogieron con entusiasmo a su jefe. Subido a un auto blindado, pronunció un breve discurso en el que exhortó al proletariado a luchar por el triunfo de la revolución socialista. La llegada de Lenin y su análisis de la situación política interna de Rusia pusieron fin a todas las ilusiones respecto a la posibilidad de prestar apoyo al Gobierno Provisional. El rumbo hacia la revolución socialista, proclamado por Lenin, significó una nueva fase en el desarrollo de la lucha de clases y de la revolución, pertrechando al partido y a la clase obrera con un concreto programa de acciones.

Al cabo de cierto tiempo en la prensa latinoamericana aparecieron las primeras noticias de que "Nikolái Lenin, jefe de los maximalistas" había regresado a Rusia. Los datos sobre la vida y el credo de Lenin tuvieron al comienzo el carácter más fantástico. En el continente se difundió ampliamente una información tomada del periódico portugués *A Luta*. "La autocracia —citamos ese periódico— descubrió, tal vez por instinto, a un "enemigo terrible" en la persona de Lenin, cuando éste no contaba más de 17 años de edad. En 1867 fue expulsado de la Universidad de Kazán (en realidad, esto sucedió en 1887. — *B. K.*) con privación del derecho de admisión en cualquier otra universidad, porque su hermano había sido ejecutado como criminal político. Lenin —su verdadero nombre es Uliánov— se consagró muy temprano al estudio del desarrollo económico de Rusia y, siendo todavía muy joven, se convirtió en peligroso discípulo de Carlos Marx. Ha escrito muchos folletos y libros, pero su obra principal es un volumen grueso titulado *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, publicado en 1881 (en realidad, en 1899. — *B. K.*) con el seudónimo de V. Ilín, trabajo marcadamente académico, cargado de cifras y apoyado en las estadísticas. Pero la actividad de Lenin no se limitó a la de un economista sabio. Participó en el movimiento revolucionario y fue condenado a 4 años de deportación en Siberia (en realidad, a 3 años. — *B. K.*). Después de regresar de aquellos parajes pasó al extranjero y se hizo jefe activo de la socialdemocracia rusa"[10].

La prensa burguesa adoptó desde el primer momento una postura en extremo negativa hacia Lenin y los bolcheviques, principalmente porque abogaron por la paz. Esta última circunstancia dio motivo para que pusiera el grito en el cielo afirmando que los "maximalistas" eran no sólo "extremistas socialistas", sino también "agentes de Alemania", "espías pagados al servicio del Kaiser", etc. La propaganda burguesa en los países de la Entente repitió machaconamente ese infundio, puesto en circulación por el propio Gobierno Provisional.

El *Jornal do Brasil* sugería el 7 de mayo que "los disturbios recién producidos en la capital de Rusia (se supone la manifestación de protesta contra la nota de Miliukov celebrada en abril de 1917. — *B. K.*) fueron provocados por los agentes alemanes". Le hizo coro el periódico *Excelsior*, de México, al afirmar que las acciones de los maximalistas eran subversivas en esencia.

El *Correio da Manha*, brasileño, insinuó calumniosamente, el 5 de octubre de 1917: "El partido de los maximalistas es un instrumento en manos de Alemania, está integrado por individuos que cobran dinero de los alemanes".

Los oportunistas de derecha repitieron gustosamente la versión burguesa de que los "maximalistas" eran agentes alemanes, porque, contaminados del nacionalismo burgués, consideraron traidora cualquier manifestación contra la guerra. A. de Tomaso y otros líderes derechistas del Partido Socialista de Argentina calificaron de antipatriótica y cobarde la posición de los bolcheviques[11].

Pese a su carácter absurdo, el ruido armado en relación con ello produjo algún efecto. Muchos latinoamericanos creyeron en la versión burguesa y desaprobaron a los "maximalistas" rusos. Sólo los elementos más conscientes de la clase obrera y de la intelectualidad progresista, especialmente el ala internacionalista de los partidos socialistas y de los revolucionarios-sindicalistas, denunciaron la reaccionaria propaganda burguesa.

Inmensa influencia ideológica sobre los círculos de izquierda ejercieron las Tesis de Abril de Lenin, reproducidas enteramente, a fines de abril de 1917, por el periódico *O Imparcial* de Rio de Janeiro. Además de los revolucionarios internacionalistas de Brasil, adquirieron conocimiento de ese trabajo, en lo fundamental, sus compañeros de Argentina, Uruguay y Chile.

Las apreciaciones exactas e inequívocas de Lenin en cuanto a la situación interior de Rusia y las tareas que planteaba al proletariado revolucionario en la lucha por el socialismo produjeron un radical viraje en la mentalidad de los revolucionarios latinoamericanos. Sus prolongadas disputas sobre el carácter de la guerra y de la revolución adquirieron la orientación precisa. De las Tesis de Abril se infería que la guerra de rapiña imperialista no había cambiado de carácter por el hecho de que el poder en Rusia hubiera pasado de la monarquía

---

10 *O Ano Vermelho*, pp. 305-306.

11 Véase *Esbozo*, p. 19.

burgués-terrateniente al Gobierno Provisional burgués. Como explicó Lenin, el "defensismo revolucionario", adoptado por casi todos los partidos de Rusia, que era la política oficial del mismo gobierno, reflejaba, en rigor, los intereses de la burguesía.

Lenin propuso luchar sin desmayo contra las tendencias defensistas que habían afectado a una parte de las masas populares, porque su confianza inconsciente en un gobierno capitalista constituía uno de los obstáculos principales en el camino de la revolución. Esas explicaciones concordaban perfectamente también con las tareas políticas de los internacionalistas latinoamericanos. A éstos les causó impresión enorme las palabras de Lenin acerca de que el proletariado consciente puede acceder "a una guerra revolucionaria, que justifique verdaderamente el defensismo revolucionario" sólo a condición de que el poder pase a la clase obrera[12].

Para la formación de la línea política de los revolucionarios internacionalistas tuvo gran importancia la caracterización leninista de la peculiaridad de aquel momento en Rusia, que consistió "en el *paso* de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, *a su segunda* etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado"[13].

Los revolucionarios internacionalistas latinoamericanos se solidarizaron con la consigna leninista de " ¡Ningún apoyo al Gobierno Provisional! ", pues concordaba con su tendencia a protestar contra la política chovinista de sus propios gobiernos, que, a semejanza del Gobierno Provisional, trataban de imbuir a las masas de la necesidad de proseguir la carnicería imperialista.

Suscitó particular interés la tesis leninista de que los Soviets "son *la única* forma *posible* de gobierno revolucionario...

Mientras estemos en minoría, desarrollaremos una labor de crítica y esclarecimiento de los errores, propugnando al mismo tiempo la necesidad de que todo el poder del Estado pase a los Soviets de diputados obreros...

No una república parlamentaria –volver a ella desde los Soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás–, sino una república de los Soviets de diputados obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba"[14].

Las opiniones sobre este particular divergieron sensiblemente. Los socialistas de izquierda (Codovilla, Ghioldi, Recabarren) respaldaron con entusiasmo la consigna leninista de " ¡Todo el poder a los Soviets! " Los oportunistas de derecha (A. de Tomaso, C. Dias, F. Luz)

[12] V. I. Lenin. *Las tareas del proletariado en la presente revolución. O. C.*, t. 31, p. 113.
[13] Ibídem, p. 114.
[14] Ibídem, p. 115.

insistieron en la superioridad de la república parlamentaria y justificaron el Gobierno Provisional burgués. Los anarquistas y muchos sindicalistas de izquierda (entre ellos A. Pereira) suponían que la susodicha consigna llamaba prácticamente a la liquidación del Estado en general, a la anarquía; en apoyo de esta interpretación alegaron las Tesis de Abril, que proponían la "supresión de la policía, del ejército, de la burocracia" y el establecimiento de un "Estado-Comuna". Los sindicalistas de izquierda, contaminados de las ideas anarquistas, no comprendieron que se trataba de la dictadura del proletariado, de un Estado que tenía su prototipo en la Comuna de París. Las discusiones en torno a las Tesis de Abril, sostenidas entre los obreros más desarrollados políticamente y en la dirección de sus partidos y sindicatos, aceleraron la polarización de los puntos de vista sobre los problemas cardinales de la guerra y de la revolución y, en última instancia, contribuyeron a reforzar el ala marxista de los internacionalistas revolucionarios. Como señaló la VII Conferencia (Conferencia de Abril) de toda Rusia del POSD(b)R, los internacionalistas revolucionarios, que venían luchando en todos los países del mundo, eran "la única orientación que permanece fiel al socialismo. A ella sola pertenece el porvenir socialista"[15].

Esa apreciación puede aplicarse enteramente también al destacamento latinoamericano de internacionalistas revolucionarios.

La lucha en torno a los problemas de la revolución y a la táctica de los "maximalistas" revistió carácter particularmente agudo en Argentina. "El estallido de la revolución en Rusia –se lee en el *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*– fue otro motivo de divergencia enconada entre la mayoría y la minoría (en el Partido Socialista. –*B. K.*). Mientras que la mayoría de la dirección del Partido Socialista sostenía la posición de los mencheviques después del triunfo de la Revolución de Febrero, y hacía campaña contra los bolcheviques, la corriente marxista defendía la posición de los bolcheviques y sostenía públicamente, desde la tribuna y la prensa, que la salvación de Rusia y del mundo estaba en la victoria de los bolcheviques"[16].

En agosto de 1917, los marxistas empezaron a editar, con la participación de V. Codovilla y R. Ghioldi, una revista titulada *La Internacional*. En su número de setiembre de ese año se decía: "Lenin y Kerenski aprecian muy distintamente el problema a cuya solución concurren. Se comprende que los métodos utilizados por ellos sean también distintos. ¿Cuál método será más proficuo en resultados de valor fundamental y permanente? En nuestro concepto no puede ser más que uno: el de Lenin. Esta afirmación, aparte de las razones de orden teórico que la informan, está abonada por la enseñanza que se desprende de los hechos mismos. Hay que destruir la causa para evitar los efectos. Y

[15] *El PCUS en las resoluciones y acuerdos de los Congresos y Conferencias y de los Plenos del CC (1898-1917)*, t. I. Moscú, 1970, p. 451.
[16] *Esbozo*, p. 18.

como ella reside en la estructura económica de la sociedad burguesa, es necesario que aquélla se modifique fundamentalmente... He aquí por qué estamos con Lenin y no con Kerenski"[17].

Esta concepción de clase precisa fue recibida de uñas por los derechistas. De Tomaso, uno de sus líderes, caracterizó el régimen de Kerenski como régimen "socialista" y llamó a apoyarlo por todos los medios. Declaró que era necesario luchar contra la minoría bolchevique, "un pequeño grupo de refugiados políticos socialistas formado en Suiza que obedecían al agitador Lenin y que creían que la actitud de los socialistas y trabajadores debía ser contraria a la guerra y favorable a una derrota rusa"[18].

La lucha ideológica en torno a los problemas de la revolución rusa fue intensificándose conforme progresaba la propia revolución. A mediados de 1917, las fuerzas políticas de América Latina se habían deslindado ya con bastante nitidez. De un lado se encontraron los círculos gubernamentales, la burguesía y los oportunistas, que simpatizaban con el Gobierno Provisional de Kerenski y lanzaban calumnias contra los bolcheviques, acusándolos de traición y espionaje a favor de Alemania. Del otro lado estuvieron los socialistas y sindicalistas de izquierda y la intelectualidad progresista. Los internacionalistas revolucionarios fueron los que sostuvieron la actitud más consecuente, aprobando con entusiasmo las acciones de los bolcheviques.

En la lucha política del continente se entrelazaron de modo nada común cuestiones internas e internacionales. La apreciación general de la primera guerra mundial, la posición frente a la neutralidad y a la participación en las hostilidades, la reacción ante la Revolución de Febrero y la política del Gobierno Provisional en Rusia, las acaloradas discusiones sobre el "maximalismo", todo esto no era un fenómeno abstracto sino expresión de la actitud de clase hacia los problemas acuciantes de los propios Estados latinoamericanos. Los acontecimientos mundiales, especialmente los de Rusia, plantearon tareas nuevas al proletariado consciente, elevaron el nivel de su politización y obligaron a los dirigentes a adoptar una posición determinada ante los problemas candentes de la vida interna e internacional. Este proceso complejo y bastante penoso avanzó en medio de violenta lucha ideológica, implicando en la política a capas trabajadoras cada vez más amplias.

La intensificación de la lucha contra el capital, la ampliación del movimiento de masas contra el militarismo y el imperialismo y el reforzamiento de la corriente internacionalista firmemente revolucionaria fueron fehaciente testimonio de que en la mentalidad del proletariado latinoamericano se estaba operando un viraje.

---

17 Ibídem, p. 19.
18 Ibídem.

3. LA CLASE OBRERA CONTINENTAL PASA A LA OFENSIVA

En 1917, el movimiento obrero latinoamericano cobró amplitud sin precedentes. Este fenómeno obedecía a dos factores: el empeoramiento de la situación material de los trabajadores durante la guerra y la enorme influencia política de la segunda revolución rusa. Ambos factores —el interior y el exterior— coincidieron en el tiempo, dando fuerte impulso al movimiento proletario.

Los socialistas de izquierda y los sindicalistas revolucionarios asumieron entonces el papel de vanguardia dirigente de la clase obrera.

En Argentina, durante 1917 se registraron oficialmente tan sólo en Buenos Aires 138 huelgas con más de 136 mil participantes. Esto significó inmenso incremento en comparación con los años anteriores. Durante los años 1914-1916, el promedio anual de huelguistas en la capital argentina se limitó a 30 mil. En 1916 hubo 80 huelgas, en las que participaron 24.300 obreros. La quintuplicación del número de huelguistas en un solo año evidenciaba un cambio sustancial en los estados de ánimo de las masas, su capacidad de defender sus intereses de manera proletaria[19].

Acciones enérgicas desplegaron también los obreros de Uruguay. A mediados de 1917 fueron al paro más de 7.500 trabajadores de los frigoríficos del Cerro. El gobierno ordenó a las tropas dispersar por la fuerza a los huelguistas. Francisco R. Pintos, veterano del movimiento obrero uruguayo, describió así las peripecias de esa lucha: "El 15 de mayo los obreros hicieron frente a la tropa de línea que disparaba contra la multitud. La jefatura de Policía ordenó el aislamiento de aquella localidad prohibiendo la circulación de vehículos, y se estableció un virtual estado de sitio, un régimen de terror para precipitar el derrumbe del frente huelguista. La policía procedió a detener a los obreros y conducirlos a los frigoríficos custodiados, obligándolos a trabajar a la fuerza. También la ciudad dio la sensación de encontrarse bajo control militar y policial, principalmente en la zona portuaria. Se arrestaba a los trabajadores por simple sospecha y se ordenó la clausura de todos los locales obreros.

El día 27, el Consejo de la FORU (central sindical fundado en 1905.—*B. K.*) decretó un paro general por 48 horas en apoyo de los huelguistas del Cerro y contra las medidas de represión, al cual sólo respondió una parte del proletariado, pues lo fundamental de la masa obrera se encontraba desorganizada y falta de dirección"[20].

Fue esta una acción importante, aunque fracasada, del proletariado uruguayo, que iba consolidando sus fuerzas y liberándose de las ilusiones respecto al gobierno y a su política de "conciliación del capital con el obrero" en aras de la "defensa nacional" propugnada por Feliciano Viera, presidente de la república.

---

19 Ibídem, p. 36.
20 F. R. Pintos. Op. cit, pp. 115-116.

En el movimiento obrero de Cuba se esbozó también un viraje a la izquierda. En mayo de 1917, durante dos semanas paralizaron el trabajo los portuarios de La Habana. En agosto fueron al paro los cargadores de Matanzas. Las autoridades lanzaron contra ellos unidades militares y en el curso de esa lucha de 20 días se llegó repetidamente a las armas. En junio y diciembre de 1917, obreros de las plantaciones de caña de Las Villas, Matanzas y Camagüey sostuvieron intensos combates con la policía.

El Gobierno de Menocal anegó en sangre las heroicas acciones del proletariado cubano. Muchos obreros fueron encarcelados y se expulsó del país a los inmigrados (principalmente españoles). Sin embargo, la lucha prosiguió. A primeros de noviembre comenzó en La Habana la huelga general de solidaridad con los obreros detenidos. Se celebraron manifestaciones de masas bajo la consigna de "¡Abajo el Kaiser cubano!" (es decir, Menocal. *—B. K.*). Los huelguistas empezaron a construir barricadas en el Parque Central para oponer una resistencia armada a la policía, que había vuelto a disparar. Como se decía en un despacho del embajador estadounidense en La Habana, "la lucha ha tomado un carácter revolucionario".

Adquirió mayores vuelos la lucha de clase del proletariado chileno. Según datos de H. Ramírez Necochea, en 1917-1918 se llevaron a cabo en el país 60 huelgas, algunas de ellas a escala nacional. Varias veces las autoridades emplearon las tropas y la policía contra los huelguistas. Como consecuencia de la revolución rusa, se produjo un serio viraje a la izquierda en la conciencia de las masas, y todos los esfuerzos de las clases gobernantes por aplastar definitivamente el movimiento obrero resultaron vanos[21].

Se reactivó notablemente el movimiento obrero en Perú, Colombia y Venezuela. La acción más importante del proletariado latinoamericano tuvo lugar en São Paulo, centro industrial de Brasil, en los meses de junio y julio de 1917. La huelga general de los obreros de esa ciudad demostró brillantemente que los trabajadores, inspirados por el ejemplo del heroico proletariado ruso, estaban dispuestos a combatir con inmensa energía. Por su desarrollo político, la clase obrera paulista constituía el destacamento de vanguardia del proletariado brasileño. Había allí elevada proporción de obreros inmigrados, muchos de los cuales seguían apasionadamente el desenvolvimiento de la revolución rusa y tenían nociones sobre las tesis teóricas fundamentales de Carlos Marx. El periódico *A Tarde* decía el 26 de julio de 1917: "Parece que manos ocultas prendieron fuego a la mecha lenta de los desórdenes en Rusia y, actualmente, en España, que han alcanzado ahora a Brasil. Su objetivo es desorganizar el orden social en todos los centros de trabajo, atentar contra la seguridad de las clases conservadoras, determinando la paralización de toda nuestra vida económica"[22].

El rotativo burgués *Jornal do Comércio* llamó al gobierno a tomar "las medidas más enérgicas contra los Lenin paulistas"[23]. El miedo a la fuerza revolucionaria del proletariado no era infundado. La situación efectivamente tomó cariz en extremo grave, en virtud de varios factores objetivos. Los obreros de São Paulo vivían en condiciones económicas particularmente penosas. Cobraban promedialmente de 120 a 150 mil reis mensuales, cuando, según los cálculos más modestos, una familia de cuatro personas necesitaba gastar alrededor de 90 mil reis en alimentación (a razón de 500 g de pan al día, medio litro de leche, 200 g de azúcar, etc.), 40 mil en la ropa, 45 mil en concepto de alquiler y 32 mil en otras necesidades. Estos gastos mínimos superaban en más de 50% el salario que se pagaba al obrero[24].

La jornada laboral duraba de 11 a 12 horas y en muchas empresas se trabajaba incluso el domingo hasta el mediodía. El periódico reaccionario *O estado do São Paulo* reconoció en una de sus ediciones que la situación general de los obreros de la ciudad era verdaderamente muy penosa.

Desempeñaron el papel rector en la huelga general, como asimismo en sus preparativos, Antonio Duarte Candeias, Edgard Leuenroth, Gigi Damiani, Antón Nalipinski (zapatero de nacionalidad rusa), José Sarmento Marques y otros sindicalistas revolucionarios. Terminada la huelga, todos ellos fueron detenidos y condenados a destierro calificados de "anarquistas y canallas".

El 2 de junio de 1917, representantes obreros de una gran fábrica textil se reunieron secretamente para formular las cláusulas de un nuevo contrato colectivo. Varios días después se eligió a los delegados para sostener negociaciones con la administración. En el proyecto de contrato que se presentó en nombre de 2 mil miembros del sindicato se exigía aumento salarial de. 20 a 25%. Rodolfo Crespi, dueño de la fábrica, se negó categóricamente a satisfacer esas legítimas reivindicaciones. Los obreros fueron al paro. Entre los días 10 y 15 de junio se realizaron huelgas de solidaridad en otras empresas industriales de São Paulo. Contra los trabajadores fueron lanzados unidades de policía y también dos batallones del ejército. Pero una parte de los soldados se solidarizó con los obreros. Como respuesta a las detenciones y violencias se incorporaron a la lucha obreros y empleados de las empresas Nami Jafet y Cía, José Haider y otras. La policía volvió a intervenir en el conflicto, pero fue como echar aceite al fuego. La huelga se extendió a las fábricas J. Schneider, Mauricio Schneman — G. Bom Retiro y otras. El número de huelguistas pasó de 5 mil. El sindicato de los textiles llamó a realizar boicot general al monopolio de Rodolfo Crespi.

---

21 Véase H. R. Necochea. *Historia del movimiento obrero en Chile.* Santiago de Chile, 1956.

22 *A Tarde*, 26 de julho de 1917.

23 *O Ano Vermelho*, p. 63.

24 Véase *Revista Brasiliense*, 1959, Nº 20, p. 76.

El 3 de julio comenzó en la ciudad una manifestación de masas, que fue dispersada por la policía. En respuesta a la violencia, los obreros destruyeron máquinas. La lucha fue haciéndose cada vez más dura.

Bajo la presión de los obreros, los patronos se vieron constreñidos a ceder. El 6 de julio de 1917, en la puerta de la fábrica Ipiranguinha perteneciente a la Nami Jafet apareció el siguiente anuncio: "Obreros: Puesto que consideramos iguales a todos nuestros obreros, no trataremos de manera diferente a los cabecillas y a los huelguistas. Así pues, comunicamos a todos que a partir de julio corriente concedemos 20% para las horas del día y el 25% para las de la noche. Los sábados pararemos la fábrica a las 16 horas. Los pagos se efectuarán en el segundo sábado de cada mes"[25].

La victoria de los obreros de la fábrica Ipiranguinha fue el primer éxito importante. Se evidenció que la firmeza y los esfuerzos conjuntos organizados podían surtir efecto. Por otra parte, como resultado de la maniobra patronal, en varias empresas cesó la huelga; sus obreros reanudaron el trabajo, en detrimento de otros que no habían cedido. Sin embargo, el movimiento huelguístico en el Estado de São Paulo continuó aumentando con rapidez. Los días 8 y 9 de julio se celebraron manifestaciones y quedaron paralizadas todas las empresas en Braz, Campinas, Río—Claro, Mooca y Jundiaí. En un combate con los destacamentos de policía montada en la fábrica Mariangela se dio muerte al obrero Antonio Martínez y varias personas resultaron gravemente heridas.

La noticia de los atropellos policíacos provocó un nuevo ascenso del movimiento huelguístico. Se incluyeron en la lucha los metalistas, tipógrafos, obreros de la construcción y el transporte, chóferes, zapateros, obreros de la industria alimentaria y otros.

El 10 de julio de 1917, exactamente un mes desde el comienzo de la lucha huelguística en São Paulo, los sindicatos que habían instituido (en agosto de 1914) la Comisión de Defensa Proletaria publicaron un llamamiento a los soldados del ejército brasileño, escrito por Everardo Dias. He aquí su texto:

"Soldados: No debéis perseguir a vuestros hermanos de miseria. Vosotros también pertenecéis a las grandes masas populares, y si hoy vestís el uniforme, mañana volveréis a ser campesinos dedicados al cultivo de la tierra u obreros explotados de las fábricas y talleres.

El hambre reina en nuestros hogares, nuestros hijos nos piden pan. Los malditos patronos cuentan, para sofocar nuestras reclamaciones, con las armas de que os armaron.

Soldados: ¡Os dieron esas armas para garantizar su derecho de hambrear al pueblo! Pero ¡no os prestéis a hacer el juego de los grandes industriales, que no tienen patria!

[25] E. Dias. Op. cit., p. 293.

Recordad que el soldado de Brasil siempre se opuso a la tiranía y al asesinato de las libertades.

El soldado brasileño se negó, en 1881 en Río, a disparar contra el pueblo que protestaba contra el impuesto de 20 reis y se negó también, el día 13 de mayo de 1888, a actuar contra los esclavos que se habían rebelado, huyendo del cautiverio.

¡Qué ejemplo tan hermoso!

¡No os prestéis, soldados, a servir de instrumento de opresión a los Crespi, Matarazzo, Gamba, Hoffmann y otros capitalistas, que llevan hambre a los hogares de los pobres!

Soldados: ¡Cumplid vuestro deber de hombres! Los huelguistas son vuestros hermanos de miseria y sufrimiento. ¡Los huelguistas mueren de hambre, mientras que los patronos mueren de indigestión!

Soldados: ¡Renunciad al papel de verdugos! "[26]

Este llamamiento apasionado coadyuvó a la unión de los huelguistas y desmoralizó las fuerzas del ejército y de la policía. El entierro del obrero Martínez y el mitin celebrado en el cementerio fueron una verdadera manifestación política de masas.

La reacción, asustada por el auge del movimiento proletario, intensificó el terrorismo y las represiones. La policía procedió a realizar detenciones masivas y se produjeron nuevos choques armados. En varios lugares se entablaron combates callejeros. Los suburbios de Braz y Mooca se convirtieron rápidamente en un laberinto de barricadas que imposibilitaban el tránsito.

Braz, Lapa, Mooca, Cambuci, Bom Retiro, Barra Funda, Ribeirão—Prêto, Campinas, Río—Claro y otras ciudades fueron escenario de la lucha revolucionaria activa entre el trabajo y el capital.

Los batallones 1° y 4°, impresionados por el llamamiento revolucionario a los soldados, se rebelaron, negándose a disparar contra los obreros; el 53° batallón de fusileros fue sustituido por la policía y retirado de la zona de la huelga. El gobierno federal envió al sur el crucero *República* y el destructor *Mato—Grosso*, con tropas de desembarco, para imponer el orden. La tirantez crecía de día en día. Los acontecimientos de São Paulo concentraron la atención de todo el país.

El movimiento de solidaridad con los huelguistas de São Paulo cundió rápidamente por los Estados de Minas Gerais, Paraná, Pernambuco y Pará, el Distrito Federal y otros territorios. Más de 150 mil trabajadores se manifestaron en apoyo de la huelga general revolucionaria[27]. La clase obrera brasileña mostró, por primera vez, su fuerza real, que era ya imposible desatender. La burguesía se vio obligada a hacer serias concesiones, satisfaciendo las demandas fundamentales de los obreros. El 18 de julio, 80 mil habitantes de São Paulo acudieron a la Plaza Largo da Concordia para celebrar un mitin en señal de victoria.

[26] Ibídem, p. 295.
[27] Véase *Revista Brasiliense*, 1956, Nº 6, p. 89.

En diciembre de 1917, el gobierno brasileño decretó por primera vez la reglamentación del trabajo femenino e infantil. Fue proscrito enteramente el trabajo de los niños menores de 12 años. Para los adolescentes de 12 a 15 años se estableció la jornada de 5 horas, con la aclaración de que no debía impedir sus estudios escolares. Se prohibieron el empleo de adolescentes en faenas nocivas y peligrosas, así como el trabajo nocturno de jóvenes menores de 18 años de edad y de mujeres.

Así pues, la clase obrera logró conquistas importantes. La huelga de 1917 en São Paulo hizo ver diáfanamente la fuerza y cohesión del proletariado, significó un cambio en la correlación de las fuerzas sociales del país.

Bajo los embates del poderoso movimiento obrero hizo concesiones parciales también la burguesía de otros países latinoamericanos. En diciembre de 1917, el gobierno de Chile aprobó una ley que estipulaba el pago de subsidios y pensiones a los mutilados por accidentes de trabajo y el establecimiento de las cajas de previsión social. En Argentina se implantó la jornada de 8 horas, se concedieron el día de descanso (domingo) y las vacaciones a los obreros y se decretó la reglamentación del trabajo de las mujeres y los adolescentes. En Uruguay se ratificaron las leyes que prohibían el trabajo nocturno en las panaderías y fábricas de pastas, se implantó la jornada de 8 horas y se elevaron los salarios.

La Constitución de México, aprobada después del fin de la guerra civil, refrendó algunos derechos importantes de la clase obrera. El artículo 123 de la Constitución de 1917 fue, en rigor, un código de trabajo (jornada laboral de 8 horas, prohibición del trabajo nocturno de las mujeres y los adolescentes, días de descanso pagados, salario mínimo, derecho a la asociación sindical, etc.).

Todo ello no fue un don de los de arriba, sino una conquista de los propios obreros, lograda en el curso de violenta lucha de clases. La clase obrera continental pasó a la ofensiva en todo el frente, por primera vez, e hizo retroceder, por vez primera también, a la burguesía.

En los años de la primera guerra mundial, especialmente después de la Revolución rusa de Febrero, el desarrollo del movimiento obrero latinoamericano presentó un nuevo aspecto sustancial en varios países del continente: choques armados entre los trabajadores y los aparatos punitivos de Estado.

Desempeñaron importante papel en el cambio radical de la evolución del proletariado latinoamericano la influencia directa o indirecta de la Revolución de Febrero, del heroico proletariado ruso y de las ideas de Lenin, que se abría paso por miles de canales, a través de la prensa sindical e incluso de la burguesa, gracias a la propaganda de los internacionalistas revolucionarios y en forma de admiración sincera, aunque no fuese totalmente ajustada, por los acontecimientos revolucionarios de Rusia y la lucha heroica contra el zarismo y la guerra. El impacto político, ideológico y psicológico de esa lucha revolucionaria

creció inconteniblemente en todas partes, preparando el terreno necesario para que los obreros pudieran comprender la futura revolución socialista de Rusia. Así fueron madurando en el movimiento obrero latinoamericano las premisas para la expansión triunfal de las ideas de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Su luz respandeciente entusiasmó a las masas trabajadoras de América Latina, ante todo a la parte de la clase obrera políticamente activa y batalladora que había acumulado considerable experiencia de lucha y libraba combates de ofensiva contra la burguesía.

4. PRIMEROS RAYOS DE OCTUBRE

Después de la crisis de julio de 1917, la situación en Rusia cambió de raíz. La etapa de desarrollo pacífico de la revolución tocó a su fin. Terminó la dualidad de poderes. El Gobierno Provisional, encabezado desde el 8 de julio por Kerenski, se adjudicó poderes ilimitados.

Los Soviets mencheviques y eseristas se convirtieron en meros apéndices de la dictadura contrarrevolucionaria. Lenin escribió en julio de 1917: "En realidad, el poder fundamental del Estado en Rusia es hoy una dictadura militar"[28].

Lógicamente, el primer acto del gabinete de Kerenski fue una ofensiva política rabiosa contra el partido bolchevique, vanguardia de la clase obrera, y su guía, Vladímir Ilich Lenin. El 5 de julio vio la luz una falsificación abyecta, confeccionada por el servicio de contraespionaje de Kerenski, que acusaba a Lenin y otros bolcheviques de "espionaje" y "alta traición". En el mismo día fue saqueada y destruida la redacción del periódico bolchevique *Pravda*, y al día siguiente corrieron la misma suerte la imprenta del CC del POSD(b) de Rusia y la redacción del periódico *Soldátskaya pravda*. El 7 de julio, Kerenski dispuso detener a Lenin y procesarle. El Comité Ejecutivo Central eserista y menchevique de los Soviets exigió que Lenin compareciera ante los tribunales, lo que implicaba prácticamente el premeditado asesinato del jefe de la revolución.

Todos estos acontecimientos conmovieron a las fuerzas progresistas de América Latina. En los periódicos burgueses menudearon titulares como éstos: "Peligroso agente alemán", "Jefe del espionaje alemán en Rusia". La prensa reaccionaria más de una vez anunció con fruición la "muerte" de Lenin. Por ejemplo, el periódico *A Noite* comunicó en mayo, refiriéndose a la prensa noruega: "Ayer por la mañana fue asesinado en Petrogrado el socialista Lenin, agente alemán desenmascarado, que hacía propaganda a favor de la paz". En junio se publicó la información de que "Lenin ha sido detenido y recluido como espía alemán". Días después se leía en varios periódicos que un nutrido grupo de anarquistas había atacado la cárcel de Krestí y puesto en libertad a 8 espías alemanes, entre los que se encontraba Lenin. En relidad, los obreros asaltaron la cárcel para incomunicados de Petrogrado

[28] V. I. Lenin. *La situación política. O. C.*, t. 34, p. 1.

(se llamaba Krestí) el 27 de febrero de 1917, durante la Revolución de Febrero. Los obreros y soldados liberaron entonces a todos los presos políticos, entre ellos muchos bolcheviques (V. Shmidt, I. Emeliánov, R. Bystrov y otros). América Latina se enteró de esos acontecimientos con retardo y en forma tergiversada. Del mismo modo falseó la prensa burguesa los datos sobre la suerte de Lenin, publicando un infundio tras otro.

Las representaciones malignas y calumniadoras contra Lenin estaban destinadas a la mentalidad pequeñoburguesa.

El periódico brasileño *O Debate*, en su número del 29 de setiembre, dio una característica completamente distinta: "La fuerza de Lenin reside en su voluntad de hierro, en la claridad y senillez de sus consignas, en su desinterés absoluto e incorruptibilidad, su acción metódica y una habilidad organizadora consumada. Tiene siempre consigo la mayoría de los proletarios conscientes de los centros obreros. Es un hombre de acción perfecto: mínimo de pensamiento y máximo de actividad. Todo se sacrifica para alcanzar la meta".

En este juicio emitido por el socialista brasileño Roberto Raport se expresaba la admiración por la fuerza de Lenin, pero al mismo tiempo se intentaba atribuirle rasgos típicamente anarquistas. Según parece, Raport estuvo convencido de que Lenin no se atenía a la "ley fundamental de la historia", hacía caso omiso de las ideas de Marx y Jaurès y estaba "completamente separado de ellos". Esos razonamientos absurdos reflejaban a carta cabal el espíritu de aquel tiempo, las vagas y contradictorias ideas, típicas en 1917 para mucha gente.

Pese a los chismes de toda clase a propósito de Lenin y de los "maximalistas", los obreros conscientes comprendieron cada día mejor el curso de los acontecimientos y simpatizaron cada vez más con los bolcheviques. Los alarmaron las noticias de que el general Kornílov tramaba un motín contrarrevolucionario para establecer en el país una dictadura militar, sobre todo la entrevista concedida por Kornílov a un corresponsal del *Times* londinense, en la que anunció su propósito de lanzar tropas contra Petrogrado en la tercera década de agosto porque, según él, se preparaba una revolución maximalista contra el Gobierno Provisional. Esta entrevista apareció en la prensa latinoamericana los días 11 y 12 de octubre de 1917, bastante tiempo después de que fracasara la intentona del general rebelde. Muchas personas honradas de América Latina se inquietaron por los destinos de la revolución rusa. Todos los días con ansiedad buscaban en los periódicos noticias sobre los sucesos en Rusia. Pero la información era extremadamente incompleta e inexacta, abundaban los comunicados increíbles. Por consiguiente, la noticia de que el Gobierno Provisional había caído y los "maximalistas" se habían adueñado del poder en Petrogrado fue recibida con mucho recelo. Pero no tardó en evidenciarse que era cierta.

Los primeros rayos de la Revolución Socialista de Octubre alcanzaron, superando las barreras y el espacio, las lejanas costas del continente latinoamericano.

El periódico mexicano *El Nacional* comunicó a principios de noviembre de 1917, sin disimular su irritación, que miles de soldados rusos desertores abandonaban el frente y acudían a las grandes ciudades amenazando con la muerte a los oficiales que tratasen de retornarlos a las trincheras. Según *Excelsior* del 8 de noviembre, en Rusia se barruntaban nuevos y graves disturbios y existían contradicciones sustanciales entre los Soviets de obreros y soldados y el Gobierno Provisional.

Estas y otras publicaciones tendenciosas tenían por objeto inculcar en los lectores una actitud negativa hacia los bolcheviques y amedrentar al pequeño burgués. Pero no hicieron más que incrementar el interés por la Revolución de Octubre. Rusia atraía, como un imán, la atención de todos, agitaba los ánimos, planteaba problemas nuevos.

El 9 de noviembre de 1917, *El Nacional* comunicó que los bolcheviques habían firmado una "paz por separado" con Alemania y que en Petrogrado se había declarado el derrocamiento del Gobierno Provisional, la disolución del parlamento y la detención de varios ministros. Anunció también la fuga de Kerenski.

Con alegatos contra la paz por separado *El Nacional* quiso provocar la antipatía hacia el Gobierno soviético, pero no pudo dejar de reconocer la victoria de la Revolución de Octubre y el hecho de que los habitantes de Petrogrado hubieran acogido con júbilo el derrumbamiento del gobierno burgués. En muchas publicaciones periodísticas de aquel tiempo figuró el nombre de Trotski, al que se atribuía el papel de algo así como el jefe de la insurrección armada. En realidad, Trotski desempeñó un papel completamente distinto. Se había opuesto, junto con Kámenev y Zinóviev, al plan leninista de insurrección armada, afirmando que el problema del poder sólo podía resolverlo el Congreso de los Soviets fijado para el 20 de octubre. "El Judas Trotski" (nombre dado a ese traidor por Lenin) adoptó entonces una actitud alevosa y capituladora. El 22 de octubre, como presidente del Soviet de Petrogrado, llegó al extremo de entrar en negociaciones con el Estado Mayor del distrito militar y poco faltó para que frustrara la insurrección. El día 24, cuando era necesario concentrar todas las fuerzas, en una reunión de los delegados bolcheviques al Congreso de los Soviets de toda Rusia declaró que la detención del Gobierno Provisional no estaba planteada en el orden del día. El plan leninista de insurrección se realizó a pesar de las acciones traidoras de Trotski. Pero todo esto se ignoraba en América Latina.

Los trabajadores latinoamericanos leyeron con alegría las noticias que de muy mala gana publicaba la prensa burguesa: "Kerenski ha sido derrocado", "El Comité Militar del Soviet de obreros y soldados declara que ha tomado en sus manos el poder en la capital", "Los maximalistas han ocupado la central de telégrafos", "Los bolcheviques reconocen la necesidad de un gobierno genuinamente democrático", "El Estado Mayor de Lenin se encuentra en el Palacio del Smolny" (comunicados de la agencia Havas del 8 de noviembre).

El 9 de noviembre, el periódico *O País* de Rio de de Janeiro decía: "Los maximalistas se han adueñado del poder. La primera preocupación de los triunfadores es proponer inmediatamente la paz con los Imperios Centrales..."[29]

Pero aquello que infundía temor a las clases explotadoras, como "hidra de la anarquía" de cien cabezas, causaba alegría a los trabajadores latinoamericanos, animándoles para la lucha contra sus propios enemigos. Leyeron con admiración el despacho publicado por *El Nacional* el 10 de noviembre, de que el Comité Revolucionario de Moscú había necesitado sólo unas cuantas horas para ocupar los edificios públicos más importantes y detener a los funcionarios del antiguo poder. Por mucho que se esforzara la propaganda burguesa para desprestigiar la Revolución de Octubre y denigrar a los "maximalistas", no pudo detener el crecimiento de la simpatía y solidaridad con ese acontecimiento entre los trabajadores latinoamericanos.

El destacado pensador, humanista y demócrata argentino José Ingenieros dijo al respecto: "Es sorprendente que tantos y tan terribles obstáculos no hayan detenido la admirable corriente de simpatía que la Revolución Rusa ha despertado en el mundo entero. En 1918 podían contarse los que osaban manifestar sus simpatías por los bolcheviques; en 1919, a pesar de la actividad terrorista de los órganos de manifestación pública, una parte apreciable de la clase trabajadora y de los hombres independientes siguió con emoción la suerte del pueblo ruso; en 1920 ha abrazado resueltamente la causa de Rusia la mayoría de los obreros sindicales y socialistas, contra la voluntad explícita de los dirigentes, que han combatido a Rusia con esa vehemencia propia de todos los renegados, en que a la vanidad herida se mezcla la pesadilla del remordimiento"[30].

El espíritu de transformaciones revolucionarias difundido por la Revolución de Octubre tuvo enorme influencia sobre todas las clases y grupos sociales de América Latina, reactivó poderosamente el pensamiento político, despertó las adormecidas fuerzas del progreso y dio lugar a la explícita división entre adversarios y partidarios de la revolución socialista, entre enemigos y amigos de la Rusia revolucionaria.

5. ADVERSARIOS Y PARTIDARIOS DE LA REVOLUCION SOCIALISTA

La Gran Revolución Socialista de Octubre imprimió muchos rasgos nuevos a la correlación de las fuerzas políticas, determinando con mayor precisión sus características y puntos de vista sobre los problemas cardinales y delimitando tajantemente el campo de los partidarios de la revolución socialista y el de sus adversarios en América Latina. Cada uno de esos campos opuestos tenía sus divergencias internas. No todos los partidarios de la revolución (como tampoco sus enemigos)

[29] *O Ano Vermelho*, pp. 104-105.
[30] J. Ingenieros. Op. cit., p. 141.

coincidían plenamente en sus apreciaciones. Como resultado de ello se produjeron después nuevos cambios en la correlación de fuerzas, pero durante los primeros meses que siguieron a la victoria de los bolcheviques la línea divisoria fue bastante sencilla: de un lado se agruparon todos los adversarios de la revolución socialista —desde los burgueses hasta los socialoportunistas—, y del otro, todos sus partidarios, campesinos y anarquistas revolucionarios, socialistas de izquierda y demócratas pequñoburgueses.

El tema principal de la propaganda antisoviética consistió invariablemente en "acusar" a los bolcheviques de política separatista y de confabulación traidora con los alemanes. Pero hubo también dos "argumentos" nuevos: se afirmó que después de ser derrocado el gobierno de Kerenski, Rusia era presa de infinita anarquía, desorden, hambre y matanzas, y se predijo la inminente descomposición del Estado en formaciones político-militares regionales mutuamente hostiles.

En el imperio de los Románov —decía *El Nacional* mexicano— se han entronizado "la anarquía y el hambre". Al unísono con ese rotativo, *Excelsior*, otro periódico burgués, insinuó de número en número que las acciones de los "maximalistas" eran subversivas en esencia, condenando a Rusia al fraccionamiento global, sean cuales sean los resultados de la guerra:

El periódico brasileño *A Ração* estampó el 11 de noviembre de 1917: "Los maximalistas han optado por una paz negra con los alemanes, pero ella no salvará a Rusia, ya que significa una traición".

Es de notar que ninguno de esos órganos de prensa publicó el histórico Decreto de la Paz (como tampoco el Decreto sobre la Tierra). No lo hicieron porque en el Decreto de la Paz el Poder soviético proponía a todos los pueblos beligerantes (y no sólo a los alemanes) entablar negociaciones para una paz justa y democrática, sin anexiones ni contribuciones. Invitó a todos los países beligerantes a concertar inmediatamente un armisticio de tres meses. Al mismo tiempo la Rusia Soviética se pronunció contra la diplomacia secreta, por la publicación y anulación de todos los tratados secretos.

Siendo evidente que las clases gobernantes de los Estados capitalistas tratarían de silenciar la iniciativa soviética, el Decreto de la Paz apelaba no sólo a los gobiernos sino también a los pueblos de los países beligerantes y del mundo entero. Denunciando ante toda la humanidad el carácter expoliador de la primera guerra mundial, exhortaba a los pueblos con inmenso vigor y claridad a acabar con el derramamiento de sangre que sólo beneficiaba a los multimillonarios. Esta fue la razón para que la prensa burguesa hiciera silencio en torno a ese documento histórico o tergiversara su verdadero sentido.

Del mismo modo reaccionó ante el Decreto sobre la Tierra, que declaraba la abolición inmediata y sin indemnización de la propiedad terrateniente y la entrega de la tierra a disposición de los Soviets de diputados campesinos. Toda la tierra, el subsuelo, los bosques y las

aguas pasaron a ser patrimonio nacional. En consonancia con los deseos del campesinado fueron prohibidos la compraventa y el arriendo de tierras, así como la explotación del trabajo ajeno.

La prensa burguesa de ningún modo pudo decir la verdad sobre los primeros decretos del Poder soviético, por miedo a la influencia de éstos sobre las masas.

Sin embargo, los obreros latinoamericanos lagraron enterarse de dichos decretos, que les causaron inmensas satisfacción y alegría. Todas sus simpatías estaban con la Revolución de Octubre, porque afrontaban similares problemas –paz, pan, tierra– que se comenzaban a resolver en Rusia.

Ante los acontecimientos de Rusia los oportunistas de derecha reaccionaron de modo completamente distinto e hicieron su aporte a la propagación de calumnias contra el Poder soviético. Algunos líderes derechistas injuriaban desde hacía mucho a los "maximalistas". Por ejemplo, A. de Tomaso, uno de los dirigentes del Partido Socialista de Argentina, se adhirió sin vacilar, desde el primer momento, a los enemigos acérrimos de la Revolución de Octubre. Ese socialtraidor insinuó que "los Soviets y la dictadura del proletariado eran el régimen zarista al revés". En Rusia "no hubo una revolución sino un simple asalto al poder", durante el cual, según las disquisiciones del mismo líder, los "maximalistas" lograron, valiéndose de la fuerza y el engaño, "robar a las masas populares y campesinas"[31]. Era imposible inventar mayor disparate a propósito del Decreto sobre la Tierra que había entregado a los campesinos la tierra de los terratenientes. Pero de Tomaso no se preocupaba por la verdad, pues sólo quería denigrar a toda costa la Revolución de Octubre.

También fue hostil la actitud de Juan B. Justo, Secretario General del PSA. Decía que los "maximalistas" rusos habían violado groseramente la democracia manifestando fanático afán de poder autoritario. En 1921, Justo expresó públicamente su indignación con motivo de que los obreros discutían con demasiado celo lo que acontecía en Rusia, a miles de kilómetros de Argentina. Enrique Dickman, otro líder del PSA, se solidarizó con su colega, criticando violentamente a quienes trataban de analizar la última resolución del Soviet de Petrogrado en vez de limitarse a los problemas corrientes ligados con el aumento del costo de la vida en Argentina.

El 27 de junio de 1919, en su informe pronunciado en una reunión del CC del PSA Justo declaró, refiriéndose a la situación interior de Rusia, que la guerra y la revolución sólo habían desorientado a muchos partidarios del socialismo. Entendía por socialistas, según parece, a los anarquistas y eseristas de "izquierda", enemigos declarados del Poder soviético, que organizaban sublevaciones armadas, actos de sabotaje y atentados terroristas contra los bolcheviques. Los sedicientes "socialistas" de esta calaña asesinaron, el 20 de junio de 1918, al prestigioso

31 *Esbozo*, p. 24.

bolchevique V. Volodarski, miembro del Presídium del Soviet de Petrogrado, y el 30 de agosto, a M. Uritski, Presidente de la Comisión Extraordinaria de la ciudad. El mismo día, la "socialista" F. Kaplán hirio gravemente a Lenin en Moscú. Fue lógico, pues, que la Comisión Extraordinaria de toda Rusia, instituida para la lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución y encabezada por el polaco F. Dzerzhinski, compañero de armas de Lenin, llamara a los trabajadores a defender la revolución. "La criminal aventura de los eseristas, los guardias blancos y todos los demás seudosocialistas –declaró– nos obliga a responder con un terror masivo a los designios criminales de los enemigos de la clase obrera"[32]. Esta reacción ante los golpes asestados por los enemigos de la revolución fue absolutamente necesaria y justificada. Los reproches lanzados por Justo y otros muchos oportunistas con motivo de la supuesta violación de la democracia carecían de todo fundamento y no eran más que diatribas hostiles.

Las soflamas de los oportunistas sirvieron perfectamente los intereses de los enemigos de clase de la revolución socialista. Pero fue cobrando vigor y penetrando en el corazón y la conciencia de las grandes masas trabajadoras la voz de los amigos y defensores de la Gran Revolución de Octubre, del partido bolchevique y de Lenin.

El periódico brasileño *O Cosmopolita*, editado por miembros del sindicato de los empleados de cafés, hoteles y restoranes (el llamado Centro Cosmopolita), declaró en los primeros días que siguieron al derrocamiento de Kerenski: "La victoria de los maximalistas es al mismo tiempo la de todo el proletariado mundial".

Se solidarizaron sin vacilar con la Revolución de Octubre los socialistas de izquierda de Argentina, que en enero de 1918 fundaron el Partido Socialista Internacional (PSI), rompiendo definitivamente con los líderes de derecha y los oportunistas.

El PSI declaró en su primer manifiesto (enero de 1918): "Ratificamos nuestra solidaridad con el gobierno de los "Soviets" de Rusia y nos congratulamos por el movimiento maximalista que en Bulgaria, Austria-Hungría y Alemania, se propone establecer un estado de cosas idéntico al de la nueva Rusia, augurando se extienda (la revolución) por todo el universo... ¡Gloria a los maximalistas rusos! Gracias a su acción la horrenda carnicería mundial se ha acortado en algunos años, ahorrando a la humanidad varios millones de muertos... Trabajadores: Los maximalistas rusos, heroica vanguardia del socialismo internacional, han echado los cimientos de una Humanidad nueva, la Humanidad... sin castas ni privilegios sociales, sin guerras y sin déspotas... Estimulados por la aurora roja que apunta en Europa, seamos solidarios... en la transformación revolucionaria de la sociedad americana. Viva la revolución social"[33].

32 *Boletín del CEC de toda Rusia*, 1 de setiembre de 1918.
33 *Esbozo*, pp. 37, 38.

En Chile, los socialistas de izquierda y los demócratas sustentaron análogas posiciones. Así, el demócrata Juan Pradenas Múñoz decía en un artículo publicado por el periódico *Adelante* el 5 de diciembre de 1917: "Es indiscutible que el triunfo de Lenin sobre Kerenski es el triunfo del pueblo sobre la burguesía, es la victoria del proletariado..."[34]. El 5 de febrero de 1918, Luis Emilio Recabarren publicó en el mismo periódico un extenso artículo. Sintetizaba los criterios de los socialistas-internacionalistas y desarrollaba las ideas sobre el significado internacional de "la Rusia obrera y revolucionaria, salvando al mundo de las garras de la guerra y convirtiéndose en el más formidable baluarte de la verdadera democracia... Lleva apenas poco más de un mes el régimen maximalista, y podemos decir que ha avanzado más de un siglo en tan poco tiempo... El sueño, la utopía de esos locos llamados socialistas, pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino que la fuente de todo progreso y felicidad humana... El triunfo del maximalismo en Rusia ha de ser la base inconmovible para el derrumbe del régimen capitalista, con imperialismo y militarismo, en todo el mundo"[35].

Entre los socialistas uruguayos y brasileños se revelaron, como en todas las demás secciones de la II Internacional, dos corrientes respecto a los acontecimientos de Rusia. En Uruguay, según testimonio de F. R. Pintos, "una, en minoría, encabezada por intelectuales de mentalidad pequeñoburguesa, era contraria a la Revolución de Octubre, y otra, mayoritaria, integrada por la totalidad de los trabajadores del partido y algunos intelectuales, apoyaron con entusiasmo la Revolución socialista triunfante"[36]. En Brasil, por el contrario, sólo la minoría de los socialistas se pronunció en apoyo de la Revolución de Octubre, mientras que la mayoría la enfocaba con ojo crítico.

De todas las maneras, se puede hacer constar que los socialistas de izquierda latinoamericanos fueron desde los primeros días aliados y amigos de la Revolución de Octubre; algunos (V. Codovilla, L. Recabarren, R. Ghioldi) comprendieron profundamente su carácter proletario y significado internacional y prestaron cálido apoyo a los bolcheviques.

No todos los amigos de la Revolución de Octubre se daban perfecta cuenta de su significación y carácter de clase. Algunos la interpretaron según su propia manera peculiar. Por ejemplo, Emiliano Zapata, legendario jefe de los campesinos mexicanos, luchador honrado y sincero por la felicidad del pueblo desafortunado, aunque no educado políticamente, vio en la Gran Revolución Socialista de Octubre, en primer lugar, el conflicto entre los intereses de los pobres y los ricos, los campesinos y los terratenientes. Su instinto de combatiente revolucionario le sugirió que esa revolución era verdaderamente popular. En febrero de 1918 expresó que la justicia humana ganaría si los pueblos

34 H. R. Necochea. Op. cit., p. 79.
35 Ibídem, pp. 79-81.
36 F. R. Pintos. Op. cit., p. 118.

de América y del mundo entero comprendieran que las causas del México revolucionario y de la Rusia amante de la libertad representaban los intereses de todos los oprimidos. Al otro lado de la barricada se encuentran los ricachos y señores, ávidos y brutales, que vienen explotando despiadadamente desde hace siglos las masas campesinas inmensas... Por eso —señaló— los trabajadores del mundo entero aplauden y admiran la revolución rusa[37].

Zapata no pudo comprender el carácter proletario de la revolución, ignoraba la doctrina de Carlos Marx y Federico Engels acerca de las clases, de la lucha entre ellas y la dictadura del proletariado, como también el programa de los bolcheviques. Esto hace tanto más admirable en ese campesino su sentido innato de la justicia, el saber captar lo más esencial y formar un juicio claro sobre un acontecimiento histórico crucial como es la Revolución de Octubre.

Como es notorio, en la revolución socialista los campesinos pobres de Rusia fueron el aliado principal del proletariado. "Hicimos con tanta facilidad la Revolución de Octubre —dijo Lenin en el VIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia— porque el campesinado, en su conjunto, nos seguía; porque el campesinado marchó contra los terratenientes..."[38] Lo que más interesaba y admiraba a Zapata en la revolución era, precisamente, su aspecto campesino, el Decreto sobre la Tierra.

Aunque desde posiciones distintas, los sindicalistas revolucionarios y muchos anarquistas valoraron altamente, a su vez, la victoria de la revolución socialista en Rusia. Estimaron que abría el camino de la libertad completa y la liquidación del Estado, de la anarquía ilimitada que concebían como porvenir radiante, aunque confuso, donde un hombre no dependería de otro y estarían eliminados la burocracia y el aparato estatal, el ejército y la policía, los tribunales, la corrupción y otros accesorios similares de la "maldita sociedad explotadora".

Conviene citar las manifestaciones de algunos de los representantes más prestigiosos de esa tendencia, demostrativas de la admiración y el entusiasmo que expresaron inicialmente con motivo de la Revolución de Octubre.

En marzo de 1918, Ricardo Flores Magón, líder de los anarquistas mexicanos, que había emigrado a EE.UU. y residía en Los Angeles, publicó un artículo titulado *La revolución rusa*, diciendo que Lenin era la figura revolucionaria más brillante del mundo y que la victoria de los obreros de Rusia abría una gran revolución mundial.

A comienzos de 1919 salió a luz el folleto *¿Qué es Maximalismo o Bolchevismo?*, escrito por Antonio Duarte Candeias y Edgard Leuenroth, prominentes líderes del sindicalismo revolucionario brasileño. En el prefacio señalaban que "el régimen vigente en Rusia es una organiza-

37 Véase *La Voz de México*, 16 de setiembre de 1941.
38 V. I. Lenin. *VIII Congreso del PC(b) de Rusia. O. C.*, t. 38, p. 143.

ción de defensa y reconstrucción, el camino del anhelado comunismo anarquista, que traerá a todos la paz, el bienestar y la libertad"[39]. Pero tenían una idea típicamente anarquista del futuro de Rusia, imaginando un país sin Estado y sin partidos políticos, como cierta "sociedad libre de individuos libres e iguales".

"Es cierto —decía Astrojildo Pereira— que muchas de esas publicaciones contenían la suposición de que la Revolución de Octubre abría el camino del anarquismo. Pero esto era resultado simplemente de la completa ignorancia acerca del Partido de Lenin..., de su posición consecuentemente revolucionaria... Lo que se sabía y se comprendía de la Revolución Rusa, era que se trataba efectivamente de una "revolución proletaria""[40].

La actitud de los sindicalistas ante la Revolución de Octubre se expresó de modo más o menos análogo en las manifestaciones del joven publicista brasileño Otavio Brandão, partícipe del movimiento sindicalista; quien llamó a la revolución rusa acontecimiento cumbre en la historia de la humanidad.

En Cuba desplegó una propaganda enérgica en defensa de la Revolución de Octubre Antonio María Penichet Gómez, destacada figura del movimiento obrero, que a la sazón sustentaba los criterios del sindicalismo. En sus artículos de 1918 afirmó que con la victoria de la revolución rusa, para "la clase obrera (de Cuba) se abren nuevos horizontes... los pensamientos de los hombres de trabajo ahora están vinculados con el triunfo del bolchevismo... nadie podrá asustarles, nadie podrá obligarles a abdicar sus convicciones... Que esto lo sepan los capitalistas que ya tiemblan; y también los gobernantes bajo cuyas plantas el suelo se estremece... Rusia comienza a ser un astro inmenso de atracción formidable... La Revolución Rusa se extenderá por todas partes".

Era completamente natural que los anarquistas y sindicalistas latinoamericanos se entusiasmaran con la Revolución de Octubre. Pero poco a poco empezaron a poner en tela de juicio la conformidad del "maximalismo" y el Estado soviético con sus propios ideales.

Se daban cuenta cada día más de que debían comprender a fondo la política de los "maximalistas" y, dejando de lado las emociones, formular una actitud consciente y precisa respecto a la Revolución de Octubre.

Distintas fueron las impresiones provocadas por la revolución bolchevique entre los intelectuales democráticos. También éstos se solidarizaron inmediatamente, pero la enjuiciaban a su propia manera.

El conocido escritor democrático brasileño Lima Barreto expresó sentimientos de profunda simpatía con la Revolución de Octubre. Dijo que la revolución rusa había sacudido todos los pilares de la codiciosa sociedad burguesa. Pero al enjuiciar aquélla se guió por consideraciones

[39] *O Ano Vermelho*, pp. 169-170.
[40] A. Pereira. Op. cit., p. 27.

filosóficas y morales más que por las económicas, si bien era partidario explícito de confiscar la propiedad de los ricos y establecer un "poder vigoroso y enérgico del pueblo". Enfocó la Revolución de Octubre desde posiciones de historiador enriquecido por el conocimiento de la experiencia de otras revoluciones y consciente de la necesidad de "iniciar en Brasil nuestra propia revolución social". Barreto tuvo en gran aprecio la Revolución de Octubre, asociándola con el comienzo del proceso histórico de cambio del mundo. Uno de sus artículos, publicado en mayo de 1918, concluía con el siguiente llamamiento apasionado: " ¡Sé gloriosa, Rusia! " Otro, escrito en marzo de 1919, comenzaba diciendo que las ideas de la revolución rusa habían retumbado en el mundo entero como formidable explosión de bombas[41].

José Ingenieros, filósofo y distinguida personalidad social de Argentina, habló de Rusia con un enfoque algo distinto. En 1920, en un artículo titulado *Fuerzas morales de la revolución rusa* escribió: "Rodeados por Estados capitalistas y convulsionados por conspiradores de la corrompida autocracia, los idealistas libertadores del pueblo ruso tuvieron que organizar sus fuerzas para luchar contra enemigos internos y externos. Con una firmeza ejemplar —sólo concebible en hombres que no eran políticos profesionales (es decir, burgueses. — *B. K.*)— hablaron al pueblo del mundo un nuevo lenguaje, expusieron sus finalidades de renovación integral y probaron con hechos la sinceridad de sus intenciones. Desde ese momento —noviembre de 1917— la Revolución Rusa ha sido el símbolo de la nueva conciencia de la humanidad y ha servido como piedra de toque para distinguir a los partidarios del parasitismo y del trabajo. Todos los que desean "reconstruir" el inmoral régimen capitalista son enemigos de Rusia; todos los que desean "construir" un nuevo régimen sobre cimientos morales más justos son sus partidarios"[42].

J. Ingenieros analizó la Revolución de Octubre ante todo con arreglo a los principios del humanismo y a la filosofía de la ética, contraponiendo las cualidades morales de las diferentes clases sociales y no las propias clases. En su artículo prevalecían las categorías éticas. Consideraba el capitalismo como un régimen amoral e hipócrita, mientras que la Rusia revolucionaria, con su justa fórmula de "el que no trabaja, no come", era para el filósofo argentino el "supremo ideal de la ética y del derecho", la "nueva conciencia de la humanidad". "Muchas personas ignorantes —decía— creen que la Revolución Rusa es un fenómeno local y un proceso concluido... La Revolución Rusa es la primera fase experimental de un proceso necesariamente internacional; el episodio ruso no es una revolución históricamente concluida, sino el comienzo de una revolución apenas iniciada; no puede limitarse a

[41] Véase *O Ano Vermelho*, p. 356.
[42] J. Ingenieros. Op. cit., p. 140.

Rusia... Rusia es la Galilea; los bolcheviques son los apóstoles. Se cree o no se cree en la Revolución Rusa; adherir a ella es un acto de fe en el porvenir, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad. La actitud crítica, durante la lucha, demuestra falta de fe y es obra de enemigos; los distingos y las reservas equivalen a negaciones, son más nocivos que la traición franca desembozada"[43].

La posición clara y sincera de Ingenieros difería flagrantemente de la adoptada por Justo y otros socialistas de derecha, con los que aquél fundara en 1896, hacía tan sólo dos decenios, el Partido Socialista. En 1917, sus credos eran diametralmente opuestos: Ingenieros se contaba entre los amigos y partidarios firmes de la Revolución de Octubre; Justo, de Tomaso y Cía. habían rodado hacia el oportunismo y vilipendiaban la Revolución. Era del todo comprensible que Ingenieros deseara superar las discordias en nombre de lo más importante: la solidaridad con la Revolución de Octubre, pero no logró, claro está, cohesionar en una alianza a los enemigos y amigos del "maximalismo".

El joven periodista peruano José Carlos Mariátegui, otro revolucionario internacionalista descollante, trató de detener la creciente diferenciación de las fuerzas políticas en el campo de la izquierda, emprendiendo enérgicas acciones para unir a todos los partidarios de la Revolución de Octubre, independientemente de su actitud ante el "maximalismo". En 1921 escribió en una de sus cartas de Italia: "Para el proletariado —cuales quiera que sean sus divergencias y sus discrepancias sobre los principios maximalistas—, la República Rusa es siempre el principio de la revolución social (mundial. —*B.K.*). Para el proletariado (de todos los países. —*B. K.*), Rusia es siempre la primera república del experimento socialista. Muchos grupos socialistas no comparten la concepción maximalista del socialismo. No creen que se pueda pasar violentamente de la sociedad burguesa a la sociedad comunista. No consideran terminada la función de la burguesía. No aceptan la tesis de la dictadura del proletariado... Pero todos ellos están unidos al proletariado ruso por el lazo de un ideal común: el socialismo. Y todos ellos ven en el proletariado ruso la vanguardia del proletariado universal"[44].

Pero en realidad, la actitud de los socialistas de derecha respecto al proletariado ruso fue muy distinta a lo que quería Mariátegui. De Tomaso y sus correligionarios no veían en el Poder soviético la vanguardia de la revolución internacional sino el "zarismo al revés". Esa hostilidad era incompatible con la simpatía. Conforme se desarrollaron los sucesos, lejos de mitigarse las contradicciones en los movimientos socialista y sindicalista de América Latina fueron creciendo y profundizándose. Cuanto más sólido era el Poder soviético, tanto mayor virulencia y hostilidad manifestaron con respecto a él los socialistas de derecha o, según la expresión de J. Ingenieros, "amarillos", y más enérgica y conscientemente se solidarizaron con el "maximalismo" los sectores más revolucionarios y consecuentes de la clase obrera. Este proceso ascensional de maduración política revistió carácter particularmente dramático y doloroso en las filas sindicalistas, de las que se desprendió, tras largos y penosos esfuerzos, una corriente partidaria de los bolcheviques.

43 Ibídem, p. 142.
44 J. C. Mariátegui. *Cartas de Italia.* Lima, 1969, p. 165.

Rusia... Rusia es la Galilea; los bolcheviques son los apóstoles. Se cree o no se cree en la Revolución Rusa; adherir a ella es un acto de fe en el porvenir, en la justicia, en el progreso moral de la humanidad. La actitud crítica, durante la lucha, demuestra falta de fe y es obra de enemigos; los distingos y las reservas equivalen a negaciones, son más nocivos que la traición franca desembozada"[43].

La posición clara y sincera de Ingenieros difería flagrantemente de la adoptada por Justo y otros socialistas de derecha, con los que aquél fundara en 1896, hacía tan sólo dos decenios, el Partido Socialista. En 1917, sus credos eran diametralmente opuestos: Ingenieros se contaba entre los amigos y partidarios firmes de la Revolución de Octubre; Justo, de Tomaso y Cía. habían rodado hacia el oportunismo y vilipendiaban la Revolución. Era del todo comprensible que Ingenieros deseara superar las discordias en nombre de lo más importante: la solidaridad con la Revolución de Octubre, pero no logró, claro está, cohesionar en una alianza a los enemigos y amigos del "maximalismo".

El joven periodista peruano José Carlos Mariátegui, otro revolucionario internacionalista descollante, trató de detener la creciente diferenciación de las fuerzas políticas en el campo de la izquierda, emprendiendo enérgicas acciones para unir a todos los partidarios de la Revolución de Octubre, independientemente de su actitud ante el "maximalismo". En 1921 escribió en una de sus cartas de Italia: "Para el proletariado —cuales quiera que sean sus divergencias y sus discrepancias sobre los principios maximalistas—, la República Rusa es siempre el principio de la revolución social (mundial. —*B.K.*). Para el proletariado (de todos los países. —*B. K.*), Rusia es siempre la primera república del experimento socialista. Muchos grupos socialistas no comparten la concepción maximalista del socialismo. No creen que se pueda pasar violentamente de la sociedad burguesa a la sociedad comunista. No consideran terminada la función de la burguesía. No aceptan la tesis de la dictadura del proletariado... Pero todos ellos están unidos al proletariado ruso por el lazo de un ideal común: el socialismo. Y todos ellos ven en el proletariado ruso la vanguardia del proletariado universal"[44].

Pero en realidad, la actitud de los socialistas de derecha respecto al proletariado ruso fue muy distinta a lo que quería Mariátegui. De Tomaso y sus correligionarios no veían en el Poder soviético la vanguardia de la revolución internacional sino el "zarismo al revés". Esa hostilidad era incompatible con la simpatía. Conforme se desarrollaron los sucesos, lejos de mitigarse las contradicciones en los movimientos socialista y sindicalista de América Latina fueron creciendo y profundizándose. Cuanto más sólido era el Poder soviético, tanto mayor virulencia y hostilidad manifestaron con respecto a él los socialistas de derecha o, según la expresión de J. Ingenieros, "amarillos", y más enérgica y conscientemente se solidarizaron con el "maximalismo" los sectores más revolucionarios y consecuentes de la clase obrera. Este proceso ascensional de maduración política revistió carácter particularmente dramático y doloroso en las filas sindicalistas, de las que se desprendió, tras largos y penosos esfuerzos, una corriente partidaria de los bolcheviques.

---

43 Ibídem, p. 142.
44 J. C. Mariátegui. *Cartas de Italia.* Lima, 1969, p. 165.

Capítulo III

¿POR LA REPUBLICA DE LOS SOVIETS O EL "REINO DE LA ANARQUIA"?

1. OCASO DEL ANARQUISMO LATINOAMERICANO

El establecimiento del Poder soviético y los primeros pasos dados en la edificación socialista, el comienzo de la intervención armada y de la guerra civil, la política de "comunismo de guerra" y la intensa lucha de los bolcheviques contra los numerosos enemigos dentro y fuera del país, la creación de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, todos estos acontecimientos trascendentales, densamente concentrados, constituyeron el eje de la atención de todas las corrientes políticas del mundo y no pudieron dejar de incidir de manera directa sobre el desarrollo del movimiento obrero en los países de América Latina.

La influencia de la Revolución de Octubre tuvo por resultado, entre las consecuencias más importantes, el viraje de la vanguardia proletaria desde el anarquismo hacia el socialismo. Antes, incluso el sindicalismo revolucionario negaba, siguiendo los dogmas tradicionales de la concepción anarquista del mundo, todo poder estatal sin exceptuar la dictadura del proletariado. Los sindicalistas de izquierda, opuestos al régimen capitalista y al Estado burgués, veían el futuro a la luz de la superación momentánea de todas las instituciones políticas ordinarias del poder. Suponían (coincidiendo casi enteramente en este aspecto con los anarquistas) que se podía establecer el comunismo de manera directa, nada más al triunfar la revolución, y que los sindicatos estaban llamados a asumir la dirección de la economía nacional. Asignaban importante lugar, incluso decisivo, en la nueva sociedad a la "anarquía", entendiendo por ésta el desgobierno, la liquidación de la burocracia, la libertad absoluta, la iniciativa ilimitada de las masas en la autoadministración de la vida.

Sólo unos pocos jefes del anarquismo internacional se detenían a pensar con seriedad en el futuro de la sociedad, en el aspecto creativo de la revolución. La mayoría se limitaba a la actividad práctica, a las acciones encaminadas a destruir el régimen existente, teniendo una noción muy vaga de la razón de la lucha. Las frases generales sobre la libertad, la dicha y el desgobierno no eran una teoría, ni mucho menos, sino una especie de autoengaño y autosugestión. Más aún, los anarquistas "auténticos" no necesitaban de teoría general, porque cada uno podía teorizar en la medida de su intelecto y a su propio capricho.

La Revolución de Octubre y la edificación práctica del socialismo, iniciada por los "maximalistas", puso en el orden del día una serie de problemas políticos complejos, en primer lugar la actitud del proletariado triunfante hacia el poder estatal. Hasta entonces, los anarquistas resolvían ese problema de manera muy abstracta; en rigor, todo lo reducían a la repetición mecánica de los dogmas tradicionales.

La negación, como principio, del poder y del Estado tarde o temprano tenía que llevar a los anarquistas latinoamericanos a protestar contra el establecimiento del poder revolucionario del proletariado en Rusia, contra la República Soviética, o por el contrario a revisar de raíz sus puntos de vista. Pero estos aspectos no se pusieron de manifiesto de inmediato, impidiéndolo el entusiasmo general experimentado por los obreros latinoamericanos con motivo del triunfo de la Revolución de Octubre y la abolición del Estado burgués explotador en Rusia.

La vida plantéo gradualmente nuevos problemas, obligando a expresar de modo cada día más explícito la actitud hacia el Estado soviético realmente existente. La necesidad de reconsiderar muchos antiguos criterios se dejaba sentir sobre todo en la corriente del sindicalismo latinoamericano que decía ser adepta al "anarcocomunismo" de Kropotkin.

A su utopía social el príncipe anarquista la llamaba "anarcocomunismo" o "comunismo sin autoridades", contraponiéndolo al "comunismo estatal o mandante". Ayuda mutua y solidaridad, sentido de la fraternidad, conciencia, "la dependencia de la felicidad de cada individuo de la de todos", son, según decía Kropotkin, las categorías rectoras de la vida social. Su libre manifestación, no restringida por ningún canon jurídico ni poder estatal —o sea, la creación popular genuina— constituye precisamente la médula de la anarquía, la base "del comunismo libertario". Los "anarcocomunistas" identificaron las leyes de la sociedad con las de la naturaleza para probar el carácter fortuito e innecesario del Estado, del poder.

Puesto que en la naturaleza no existen el poder y la administración —decían—, tampoco deben existir en la sociedad. La interacción de los hombres, sus mutuas influencias y ayuda recíproca bastan y sobran. Kropotkin dedicó a esa teoría todo un libro (*La asistencia mutua como factor de la evolución*), publicado en 1902. Sobre esa teoría se basaba el "país de la Anarquía", por el que llamó a luchar.

A diferencia de este modo de ver la futura sociedad, en la que cada área debería ser su propio productor y consumidor de artículos manufacturados y productos agropecuarios, los sindicalistas asignaron el papel rector a las asociaciones sindicales. En sus criterios, el comunismo adquiría carácter marcadamente sin partido y apolítico, pero sindicalista hasta la médula, como comunidad libre de trabajadores libres organizados en sindicatos que dirigen ellos mismos toda la vida de la sociedad y por eso no necesitan del Estado ni del poder.

Tuvieron cierta influencia también en América Latina los anarquistas-cooperativistas, que predicaron el paso al comunismo a

través de la cooperación, sin la dictadura del proletariado. Kropotkin, durante los años postreros de su vida cifró a su vez sus esperanzas en la cooperativización.

Los criterios anarquistas del Estado y la representación utópica e ingenua de la futura sociedad comunista fueron por espacio de muchos años credo sui generis de los sindicalistas latinoamericanos de todos los matices y tendencias. Los llamamientos a la "anarquía", puestos de moda de 1914 a 1918, se repitieron en los mítines, menudearon en la prensa sindical, fueron lanzados solemnemente por los líderes sindicales. Pero muy pocas personas se detenían a analizar su sentido.

Lenin señaló que la "sarna de la frase revolucionaria" es una enfermedad peligrosa y contagiosa, aunque con frecuencia "es originada... por los deseos mejores, más nobles y elevados; proviene "sencillamente" de no haber sido digeridas ciertas verdades teóricas o de ser repetidas a destiempo con torpeza infantil, con servilismo escolástico..."[1].

Precisamente por no haber "digerido" los dogmas tradicionales del anarquismo relativos al Estado, y por el deseo de amoldar "con torpeza infantil" la Revolución de Octubre a las estrechas e ingenuas representaciones de cierto "país de la Anarquía", surgieron multitud de criterios en extremo desatinados y supinos. Algunos veían en los "maximalistas" a los adeptos del anarquismo más ordinario. Otros, por el contrario, los acusaban de haber violado los dogmas inmutables del anarquismo, que llamaba al "antiautoritarismo total", al "desgobierno absoluto", etc.

Sea como fuera, bajo la influencia de la Revolución de Octubre en los países de América Latina fue hinchándose con rapidez, en proporciones nunca vistas, la fraseología revolucionaria más abigarrada y contradictoria, con todos los llamamientos abstractos a la "anarquía" que le son propios. "La frase revolucionaria —dijo Lenin— suele ser, en la mayoría de los casos, el mal que sufren los partidos revolucionarios cuando realizan directa o indirectamente la ligazón, la asociación y el entrelazamiento de elementos proletarios y pequeñoburgueses y cuando el curso de los acontecimientos revolucionarios experimenta cambios importantes y bruscos"[2].

Esas combinaciones de elementos proletarios y pequeñoburgueses fueron típicas para el movimiento sindical latinoamericano. La situación creada en el mundo bajo la influencia de la guerra y del triunfo de la revolución socialista en Rusia significó el comienzo de la crisis general del capitalismo. Se trataba, claro está, de un "cambio" importante y esencial, de un viraje decisivo en la vida política del mundo entero, que no pudo dejar de hacer impacto sobre el estado general del proletariado latinoamericano, sobre su ideología y su política.

A diferencia de los años anteriores, en que las discusiones acerca del

[1] V. I. Lenin. *Acerca de la sarna. O. C.*, t. 35, p. 361.
[2] V. I. Lenin. *Acerca de la frase revolucionaria. O. C.*, t. 35, p. 343.

Estado eran puramente escolásticas, ahora todos los problemas de repente adquirieron contenido político más concreto por estar vinculados de manera directa con la actitud ante la República de los Soviets y la política de los "maximalistas".

Los sindicalistas revolucionarios recibieron con entusiasmo la victoria de la Revolución de Octubre. Pero de pronto, para su asombro, vieron que la política de los "maximalistas" respecto al Estado y a los sindicatos no concordaba en modo alguno con sus propios ideales inspirados en el "comunismo sin autoridades". Esto dio lugar a aguda lucha ideológica. Las disputas giraron principalmente en torno a los tres problemas cardinales siguientes:

1) reconocer o no reconocer la necesidad y conveniencia de un Estado de clase proletario (dictadura del proletariado);

2) reconocer o no reconocer el papel dirigente del partido "maximalista" en la organización de la edificación socialista, y por consiguiente, el papel subordinado de los sindicatos;

3) tender a la creación en cada país de un partido político de tipo "maximalista", o bien combatir esta tendencia.

Todos esos problemas estuvieron estrechamente ligados entre sí. Respondiendo a uno, se debía adoptar la actitud correspondiente respecto a los otros. Las disputas ideológicas fueron haciéndose virulentas e interminables. Algunos sindicalistas trataron de aquilatar por separado el papel de la Revolución de Octubre y la política de los "maximalistas", pero el único resultado fue una confusión aún mayor. Para todos estaba claro que no se podía cantar ditirambos a la revolución socialista de Rusia y al mismo tiempo denigrar a los "maximalistas"; exteriorizar la admiración por la República de los Soviets y continuar insistiendo en que el proletariado no tenía necesidad alguna de crear su propio Estado revolucionario.

Coadyuvó sensiblemente al desarrollo ideológico del sindicalismo revolucionario y a la formación de una corriente partidaria de los bolcheviques el libro *El Estado y la revolución* de Lenin, cuyas versiones en español y portugués se publicaron en 1919 y 1920. Allí estaba formulado con precisión el quid de las divergencias de principio existentes entre los anarquistas de todos los matices y los "maximalistas".

"La diferencia entre los marxistas y los anarquistas —citamos dicho libro— consiste en lo siguiente: 1) En que los primeros, cuyo fin es la destrucción completa del Estado, reconocen que este fin sólo puede alcanzarse después de que la revolución socialista haya suprimido las clases como resultado de la instauración del socialismo, el cual conduce a la extinción del Estado. Los segundos, en cambio, quieren destruir por completo el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones en que puede realizarse esta destrucción. 2) En que los primeros reconocen la necesidad de que el proletariado, después de conquistar el poder político, destruya totalmente la vieja máquina del Estado, sustituyéndola con otra nueva, formada por la organización de los

obreros armados, según el tipo de la Comuna. Los segundos propugnan la destrucción de la máquina del Estado y tienen una idea absolutamente confusa de *con qué* ha de sustituir esa máquina el proletariado y de *cómo* ejercerá éste el poder revolucionario. Los anarquistas rechazan incluso la utilización del poder estatal por el proletariado revolucionario, su dictadura revolucionaria. 3) En que los primeros demandan que el proletariado se prepare para la revolución aprovechando el Estado moderno, mientras que los anarquistas lo rechazan"[3].

El libro de Lenin ayudó a los elementos más conscientes del movimiento obrero latinoamericano a comprender los objetivos del Estado proletario y la política de los "maximalistas"; a adquirir conciencia de la esencia pequeñoburguesa de los dogmas anarquistas y a ponerse del lado del Poder soviético.

Lenin destacó que las discordias entre marxistas y anarquistas no se referían a la "abolición del Estado como *objetivo*", porque en el comunismo el Estado se extinguirá. Se trata de que "el proletariado necesita del Estado sólo temporalmente" para romper la resistencia de los capitalistas[4]. "Los principios y los objetivos son dos cosas distintas", dijo Lenin en el III Congreso de la Internacional Comunista. Los marxistas y los sindicalistas revolucionarios son partidarios de liquidar la explotación y las diferencias de clase, pero sus principios difieren absolutamente. "Los principios no son el objetivo, ni el programa, ni la táctica, ni la teoría. La táctica y la teoría no son los principios. ¿Qué nos diferencia de los anarquistas en el sentido de los principios? Los principios del comunismo consisten en el establecimiento de la dictadura del proletariado y en el empleo de la coacción por el Estado durante el período de transición. Tales son los principios del comunismo, pero esto no es el objetivo"[5].

Los sindicalistas que al luchar por el comunismo habían comprendido la necesidad de reconocer en principio la dictadura del proletarioado para el período de transición, abrazaron ipso facto el marxismo. La profunda crisis ideológica del anarquismo, el fortalecimiento del sindicalismo revolucionario y el paso de su mejor parte a las posiciones marxistas determinaron una exacerbada y tenaz lucha interna, pero a nadie le fue posible detener este proceso. La revolución socialista de Rusia le dio impulso, demostrando de este modo su creciente influencia ideológica.

Además de un nuevo punto de vista sobre el Estado y la dictadura del proletariado, originado por la Revolución de Octubre, se planteó el problema de la actitud hacia el partido "maximalista" como tal. El problema era particularmente agudo, porque incluso quienes estaban inclinados a reconocer la necesidad temporal del Estado proletario no

[3] V. I. Lenin. *El Estado y la revolución. O. C.*, t. 33, pp. 112-113.
[4] Ibídem, p. 60.
[5] V. I. Lenin. *III Congreso de la Internacional Comunista. O. C.*, t. 44, p. 24.

tuvieron suficientes fuerzas para dar un paso más y reconocer el papel dirigente del partido. Muchos acabaron por ver precisamente en el partido de los "maximalistas" o, como se decía ya, en la "dictadura del partido" la principal amenaza para el "anarcocomunismo". Habiendo aceptado los "Soviets" como la mejor forma de organización social en la primera etapa posterior a la revolución, muchos sindicalistas seguían oponiéndose al paper dirigente del partido bolchevique.

En calidad de "argumento" se alegó el aserto de Kropotkin, contenido en su mensaje *A los obreros de Occidente*, respecto a que en Rusia Soviética, toda iniciativa desde abajo, toda creación de las masas estaban aplastadas y prohibidas por los "maximilistas"[6]. Esta era una mentira premeditada, ya que sólo después de la Revolucion de Octubre y gracias a los Soviets, el pueblo ruso por primera vez pudo manifestar su iniciativa en la resolución de los asuntos más importantes del Estado.

Sólo unos cuantos sindicalistas revolucionarios llegaron a comprender cabalmente la verdadera esencia del Poder soviético. Se dio el paso decisivo: los mejores representantes del sindicalismo revolucionario lograron romper con las antiguas ilusiones concernientes al "país de la Anarquía" y adoptaron la actitud de defensa incondicional de la República Soviética. Se predeterminó así la revisión del punto de vista sobre el papel del partido político de la clase obrera. El grupo de sindicalistas de orientación probolchevique y los socialistas-internacionalistas de izquierda desplegaron enérgica actividad con el fin de crear los partidos comunistas marxistas-leninistas.

Lenin señaló, en su saludo al I Congreso Internacional de los sindicatos revolucionarios, celebrado en 1921: "Las ideas comunistas conquistan inconteniblemente por doquier, en todos los países, en todo el mundo a los miembros de los sindicatos. Este proceso se desarrolla de manera irregular, desigual, venciendo miles de obstáculos, pero avanza inconteniblemente"[7]. Así sucedió también en América Latina, donde la vanguardia de los revolucionarios internacionalistas pasó firme y definitivamente a. las posiciones ideológicas y políticas de la Internacional Comunista fundada en marzo de 1919.

La influencia ideológica de la Revolución de Octubre y del bolchevismo revestía forma peculiar en cada país latinoamericano, determinada por las condiciones locales y el nivel de desarrollo de la clase obrera. Pero en todas partes tuvo el mismo resultado: los obreros de vanguardia renunciaron a los dogmas anarquistas y gradualmente pasaron a las posiciones del socialismo revolucionario.

[6] Véase *The Anarchists in the Russian Revolution.* Ed. by P. Avrich. New York, 1973, pp. 149-154.
[7] V. I. Lenin. *Saludo al I Congreso Internacional de los sindicatos revolucionarios. O. C.*, t. 44, p. 72.

2. LOS OBREROS MEXICANOS LEEN LA "CARTA DE LENIN"

Durante la revolución democrática burguesa de 1910-1917, en el movimiento obrero mexicano prevaleció el sindicalismo. Los sindicalistas de izquierda se guiaron por la consigna típicamente anarquista de "Tierra y libertad".

En la propaganda de las ideas anarquistas, primero, anarcosindicalistas después, y revolucionario-sindicalistas por último, desempeñaron un papel descollante en México los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón, quienes en 1905 fundaron el llamado Partido Liberal. Su programa exhortaba a derrocar la dictadura reaccionaria de Porfirio Díaz y a liquidar la propiedad privada de la tierra.

Ricardo Flores Magón estimaba, siguiendo a Bakunin y Kropotkin, que "la propiedad territorial se basa en el crimen y por lo mismo es una institución inmoral. Esta institución es la fuente de todos los males que afligen al ser humano. El vicio, el crimen, la prostitución, el despotismo, de ella nacen"[8]. A su juicio, la premisa principal para la liberación de la humanidad del yugo burgués-feudal es liquidar la propiedad privada. Concebía el proceso de esta liberación con espíritu típicamente anarquista, como "acción directa" de las propias masas. En tanto que líder de una agrupación política pequeñoburguesa, cuya esfera de acción se limitaba en lo fundamental al proletariado metropolitano, Ricardo Flores Magón tendió a reducir toda la actividad de la misma a la organización de complots e insurrecciones. En uno de sus numerosos artículos se lee lo siguiente: "Convencidos por las lecciones de la historia de la ineficacia de la acción política..., los liberales radicales de México ya no confiamos en la ley sino en la acción"[9].

Esto implicaba renunciar a los medios políticos de lucha, comprendida la actividad partidaria propiamente dicha. El Manifiesto de los magonistas, fechado el 23 de setiembre de 1911, decía que levantaban la bandera roja de la lucha contra el capital, el poder y la Iglesia. El ejemplo más típico de esa táctica fue la tentativa de emprender una acción revolucionaria aislada en Baja California, en 1911, a fin de crear allí una plaza de armas para una revolución social profunda, con "el propósito de avanzar lo más posible por ese camino; al empuñar el winchester vamos decididos, no al encumbramiento de otro amo, sino a la reivindicación de los derechos del proletariado; llevamos al campo de la lucha armada el empeño de conquistar la libertad económica", "arrebatarlo todo de las manos de la burguesía, para que todo quede en poder de los trabajadores"[10].

Ricardo Flores Magón sostuvo por largo tiempo una actitud negativa hacia los sindicatos; en este aspecto era solidario con Errico Malatesta, quien miraba con escepticismo a los sindicatos, atribuyéndoles,

---

[8] *Anuario de Historia.* Eduardo Blanquel. *Pensamiento político de Ricardo Flores Magón.* México, 1963, p. 148.
[9] Ibídem, p. 155.
[10] Ibídem, pp. 424, 432.

no sin razón, estrechez gremial y tendencia a ponerse de acuerdo con el capital si éste accedía a pagar mejor el trabajo de los obreros. "Dividir ganancias —opinó Magón— es tanto como reconocer al capital el derecho de tomar parte de lo que el trabajador produce. Debemos desconocer por completo ese derecho"[11]. Pero en 1911 revisó su punto de vista y se adhirió al sindicalismo de izquierda. Con su más firme participación se instituyó en el mismo año el comité de organización de la Confederación Nacional de Trabajadores. En 1912 surgió la Casa de los Obreros del Mundo, cuyos dirigentes Juan Francisco Moncaleano, Antonio Díaz Soto y Gama, Celestino Gasca y otros propugnaron la lucha "sin partido" de la clase obrera en forma de huelgas, sabotaje y demás "acciones directas".

Las claudicaciones y el pragmatismo pequeñoburgueses llevaron a que muchos dirigentes de la Casa de los Obreros del Mundo traicionaran los intereses del proletariado y se situaran en las posiciones reformistas. El gobierno burgués de V. Carranza logró atraerse por medio del soborno y la demagogia a varios sindicalistas prestigiosos (Luis Morones, Celestino Gasca y otros).

La intransigencia y el desinterés propios de Ricardo Flores Magón (y de su círculo más próximo) le movieron a oponerse al gobierno de Carranza y al sindicalismo reformista. Se trasladó a Los Angeles donde empezó a publicar el periódico *La Regeneración.* Magón criticó airadamente la política intervencionista de EE.UU. en México. En 1918, él y su amigo Librado Rivera fueron detenidos y condenados a largo plazo de prisión. En 1922, Ricardo Flores Magón falleció en una cárcel estadounidense. Poco antes de su muerte elogió calurosamente la Revolución de Octubre, señalando al mismo tiempo que hacer "una guerra abierta a los marxistas en donde hay preparativos para intentar romper las cadenas... solamente prolongaría la vida del enemigo, y, por lo tanto, su poder, pues mientras combatiéramos entre nosotros mismos los dejaríamos en paz"[12]. Magón aspiró sinceramente a unir todas las fuerzas de la clase obrera contra el común enemigo: el capitalismo. Consideraba que esa alianza combativa debía tener por base la defensa de la revolución socialista rusa. Lo mismo que todos los demás sindicalistas revolucionarios veía en ésta una confirmación de sus propias ideas revolucionarias. Su artículo *La revolución rusa* concluía con el siguiente llamamiento: "El caos se aproxima. ¡Viva la revolución social! ¡Viva la anarquía! "

En otro artículo, escrito en 1918, dijo así: "Rusia es una fuente de la que dimanan las corrientes impertérritas de insumisión fructífera". Al mismo tiempo, en el *Manifiesto* dirigido a los anarquistas del mundo, que redactó con Librado Rivera en marzo de 1918, declaraba: "Todos los que estamos convencidos de que gobierno, cualquiera que sea su

---

[11] Ibídem, p. 157.
[12] Ibídem, p. 163.

forma y quienquiera que se encuentre al frente de él, es tiranía... sin temor propaguemos nuestro santo ideal anarquista, el único humano, el único justo, el único verdadero"[13].

Estos puntos de vista típicamente anarquistas de Magón y sus partidarios sobre los problemas del Estado y de la dictadura proletaria se manifestaron con singular relieve en la peculiar propaganda que hicieron de la notoria *Carta a los obreros norteamericanos* de Lenin. Este importante documento lo llevó a Estados Unidos de América, por encargo de Lenin, el bolchevique P. Travin (o Slétov, seudónimo de partido). Lo publicaron a fines de 1918 (versión abreviada) la revista *The Class Struggle*, órgano de los socialistas de izquierda de Nueva York, y el semanario *The Revolucionary Age*, que se editó, con la participación de John Reed y Sen Katayama, en Boston. Un emigrado mexicano del grupo Regeneración tradujo esa carta al español. Pero lo hizo al modo "anarcosindicalista", es decir, interpretando a su propia manera, y a veces tergiversando, las ideas de Lenin. Así vio la luz la "Carta de Lenin a los trabajadores de la región mexicana", a la que se dio lectura en una velada "literario-anarquista" celebrada en el teatro León Contreras de Mérida (Estado de Yucatán), el 13 de octubre de 1919.

El joven historiador mexicano Humberto Monteón González, en su tesis de candidato a doctor en ciencias que defendió en 1976 en la Universidad de la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba en Moscú, hizo por primera vez un análisis comparativo interesante de la auténtica *Carta a los obreros norteamericanos* de Lenin y de su variante mexicana. Se evidenció que de los 50 párrafos del texto leninista, los nueve primeros y los 17-21 habían sido omitidos enteramente, y otros muchos muy tergiversados por la traducción.

¿Qué es lo que fue omitido por los anarquistas mexicanos y por qué lo hicieron?

En primer lugar, eliminaron la definición leninista de la primera guerra mundial como guerra imperialista y expoliadora y la del "imperialismo norteamericano, el más lozano, el más fuerte, el último que se ha incorporado a la matanza mundial de pueblos organizada por el reparto de los beneficios entre los capitalistas"[14]. Así pues, la "Carta de Lenin a los trabajadores de la región mexicana" no daba a conocer a los obreros mexicanos esa característica del imperialismo de EE.UU., que se había lucrado más que nadie en la guerra.

Quedó desconocida también la trascendental idea leninista de que "el Poder soviético, el poder de los obreros y campesinos revolucionarios propuso abiertamente a *todos* los países beligerantes una paz justa, una paz sin anexiones ni contribuciones, una paz basada en la plena igualdad de derechos de todas las naciones"[15]. Lenin hacía

13 *Ricardo Flores Magón: Vida y obra.* México, 1923, p. 212.
14 V. I. Lenin. *Carta a los obreros norteamericanos. O. C.*, t. 37, p. 48.
15 Ibídem, p. 53.

constar a continuación que precisamente la burguesía anglo-francesa y estadounidense no había aceptado esta propuesta, y con ello, además de retardar la terminación de la guerra, había dejado "las manos libres a otros bandidos capitalistas del mismo jaez, a los de Alemania, ¡que impusieron a Rusia por la fuerza la paz anexionista de Brest! "[16]

Este párrafo de la *Carta a los obreros norteamericanos* leninista denunciaba la falaz propaganda burguesa a propósito de la imaginaria confabulación por separado de los "maximalistas" con Alemania y de la traición a los intereses de la Entente, poniendo en claro las verdaderas causas de la paz de Brest y su carácter expoliador. Lamentablemente, todas esas ideas quedaron ocultas a los trabajadores mexicanos.

En la parte media de su *Carta* (párrafos 17-21), Lenin explicaba que el revolucionario debía aprovechar las contradicciones interimperialistas y saber acceder a los acuerdos de transacción, maniobras, e incluso retroceder en interés del éxito de la revolución. Explicando la necesidad de la paz de Brest, dijo que "semejante táctica facilitará la revolución socialista, acelerará su advenimiento, debilitará a la burguesía internacional, reforzará las posiciones de la clase obrera en su victoriosa lucha contra aquélla"[17].

Todas esas ideas excepcionalmente importantes de la *Carta* de Lenin fueron omitidas en la versión dada en México. El trato desconsiderado del texto original obedecía, según parece, a que algunos anarquistas mexicanos, siguiendo a Kropotkin, Hervé y otros líderes de sus cofrades europeos, en los años de guerra adoptaron una actitud chovinista, echando la culpa de todo lo malo al imperialismo alemán y justificando la política de los países de la Entente. Además, acataron sobremanera la falsa neutralidad de EE.UU. Publicar enteramente la mencionada *Carta* de Lenin hubiera sido oponerse a su propia posición ante la guerra. Por otra parte, tomaban en cuenta el real peligro que EE.UU. era para la independencia de México, que acababa de sufrir una guerra civil de 7 años y una revolución. Preferían la normalización de las relaciones mexicano-estadounidenses y para no irritar al poderoso vecino del Norte omitieron, lisa y llanamente, todas las secciones de la *Carta* en que se censuraba acerbamente al imperialismo yanqui. Pudo haber también otros motivos para abreviar en un tercio, aproximadamente, el texto leninista. Pero los indicados parecen ser los más importantes. De ello nos convence también la circunstancia de que donde Lenin decía "imperialismo", los anarquistas mexicanos agregaron el adjetivo "alemán". Por ejemplo, las palabras de Lenin "banda de imperialistas internacionales" fueron sustituidas por "banda de imperialistas alemanes". Y así sucesivamente. Como resultado de esa redacción, el imperialismo de EE.UU. se presentaba casi por completo justificado.

Como Humberto Monteón Gonzáles demuestra en su tesis fue en lo

16 Ibídem.
17 Ibídem, p. 56.

relativo a diversos aspectos esenciales de la estrategia y la táctica marxistas, donde más se deformaron las ideas de Lenin. Sin el menor escrúpulo, los traductores recurrieron a la falsificación directa para atribuir a Lenin ideas anarquistas. He aquí un ejemplo. En el párrafo 15 del texto leninista se expone la idea de que "no es socialista quien no comprenda que en aras de la victoria sobre la burguesía, en aras del paso del poder a manos de los obreros, en aras del *comienzo* de la revolución proletaria internacional *no* se puede *ni* se debe retroceder ante ningún sacrificio, ni siquiera ante el sacrificio de una parte del territorio, ante el sacrificio de sufrir penosas derrotas de manos del imperialismo"[18].

En aquella traducción en México, esta idea se convirtió en algo diametralmente opuesto: "No es anarquista quien no pueda comprender que no podemos detenernos ante ningún sacrificio, que debemos sacrificar territorio e incluso ir al encuentro de una derrota militar de manos del imperialismo en aras de la victoria sobre la burguesía, en aras del paso del gobierno a manos de los trabajadores". Aquí los "socialistas" se tornan "anarquistas", en lugar de "clase obrera" se pone "trabajadores", y de "sacrificio de una parte del territorio" (se sobrentiende la paz de Brest) "derrota militar". Esa traducción más que libre evocaba asombrosamente la actitud de Trotski y otros comunistas de "izquierda" ante las negociaciones de Brest-Litovsk.

Tomándole el gusto a la falsificación, los anarquistas mexicanos "corrigieron" del mismo modo, con su conciencia tranquila, otros varios pasajes de la *Carta* de Lenin. En una de sus secciones se dice que la revolución no puede desarrollarse lisa y llanamente, pues el camino de la revolución no es la acera de la Avenida Nevski; que para vencer es necesario pasar a veces por los más penosos sacrificios, permanecer en una fortaleza sitiada o abrirse camino por veredas estrechas y tortuosas. Y se señala que no es revolucionario quien no sea capaz de utilizar la táctica más flexible y variada de la lucha.

El traductor redujo esta idea profunda a una declaración anarquista primitiva: "No es revolucionario quien reconozca la revolución a condición de que se realice pacíficamente y sin desórdenes", es decir, sin la anarquía.

En la *Carta* de Lenin se dice que durante la guerra y la revolución, el proletariado asimiló más profundamente la gran "verdad que legaron a los obreros sus mejores maestros, los fundadores del socialismo moderno. Esta verdad dice que no puede triunfar la revolución si *no se aplasta la resistencia de los explotadores*"[19].

En la interpretación de los anarquistas mexicanos, se habla de "los mejores maestros, los socialistas revolucionarios encabezados por

[18] Ibídem, p. 54.
[19] Ibídem, p. 60.

Bakunin". Así fue esa traducción, típicamente anarquista por su forma y esencia.

En la parte final de su *Carta*, Lenin señaló que la Rusia Soviética como si se encontrase en la fortaleza sitiada mientras no le "llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista internacional". Y la versión de los "traductores" mexicanos decía que aún no había acudido en ayuda de Rusia "otra revolución anarquista internacional con su ejército". Según esa "traducción", no sólo era anarquista la revolución proletaria en Rusia, sino también la revolución socialista internacional en su conjunto se presentaba como un fenómeno anárquico exactamente en el espíritu de la "rebelión universal" de Bakunin. Además, se agregaba a ello la mezquina idea trotskista acerca de cierta exportación de la revolución desde el exterior, una alusión a que la revolucion rusa se salvaría gracias al triunfo de la revolución en otros países. Así, precisamente, argumentó su cacareada concepción de la "revolución permanente" el propio Trotski.

En la *Carta* de Lenin, ese problema se enfocaba desde posiciones por completo distintas. Terminaba diciendo que en el mundo maduraban y crecían nuevos destacamentos del proletariado revolucionario. "Los obreros marchan con paso lento, pero firme, hacia la táctica comunista, bolchevique, hacia la revolución proletaria, la única que puede salvar la cultura y la humanidad del hundimiento definitivo.

En pocas palabras, somos invencibles, pues invencible es la revolución proletaria mundial"[20].

A la "Carta de Lenin a los trabajadores de la región mexicana" iba adjunto *El programa revolucionario en Rusia*, cuyos autores, anarquistas mexicanos desconocidos, planteaban consignas como éstas: "Establecimiento del sistema comunista", "Pan y libertad a todos, mediante la implantación de la igualdad económica", "Fábricas y talleres... al obrero", "¡Abajo el poder, la política y los gobernantes! ¡El pueblo es único y soberano! ¡Abajo los parásitos! ¡Quien no trabaja, no come!", "¡Desarme general y liquidación del militarismo!"

Así fue el programa de los propios anarquistas mexicanos, y lo presentaron sin el menor escrúpulo como el de los bolcheviques.

Ahora bien, ¿qué significación tuvo, en general, la aparición en México de la *Carta a los obreros norteamericanos* leninista en una versión tan deformada y tergiversada? Cabe pensar que, pese a todas las adulteraciones y al colorido típicamente anarquista de la "traducción", el hecho mismo de celebrarse un mitin y darse lectura a la *Carta* de Lenin, la difusión de la misma entre las masas, implicaba un gran efecto favorable; al atraer la atención hacia la Revolución de Octubre y la República de los Soviets, la *Carta* permitía hacerse una idea, muy inexacta por cierto, de la política de los "maximalistas" y llamaba a los obreros a la solidaridad y a la lucha contra la omnipotencia del capital.

[20] Ibídem, p. 64.

Aunque fueron desfiguradas varias ideas de Lenin (sobre el carácter expoliador de la guerra, la agresividad de todas las potencias imperialistas, el alcance histórico universal del triunfo de la primera revolución socialista, las causas y el verdadero sentido de la paz de Brest, las dificultades de la edificación socialista, la necesidad de consolidar el poder del proletariado y la República Soviética, la solidaridad internacional de la clase obrera y la variedad de los medios tácticos de lucha), todas ellas y otras muchas se pusieron al alcance del proletariado mexicano. Esto fue indudable mérito de los anarquistas de México que se consideraron el deber de poner en conocimiento de la clase obrera el mensaje de Lenin. Cierto que lo hicieron a su propia manera, desvirtuando en gran medida la idea del autor, pero dieron un paso audaz y muy necesario. En 1919, la *Carta* de Lenin se publicó enteramente y sin esas tan flagrantes tergiversaciones, en Brasil; en el año siguiente se dio a la imprenta en Argentina y Uruguay, y después en otros varios países. El mensaje leninista contribuyó sustancialmente a profundizar la lucha ideológica, aceleró la descomposición del anarquismo e impulsó la formación de una corriente partidaria de los bolcheviques en México y otros países latinoamericanos.

En este proceso desempeñó trascendental papel la familiarización de los obreros avanzados del continente con varias obras capitales de Lenin. Como hemos dicho, en 1919-1920 se editó en Argentina, Chile, Uruguay y Brasil *El Estado y la revolución*. Entonces también fueron traducidos los trabajos fundamentales *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* y *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, así como una serie de informes y artículos sobre problemas de la guerra, de la revolución y de la dictadura del proletariado.

Los trabajos de Lenin, los primeros decretos del Gobierno soviético, la Constitución de la RSFSR de 1918 y otros documentos de la revolución socialista publicados por los círculos socialistas de izquierda y los sindicalistas revolucionarios de América Latina estimularon el interés por la patria de la Revolución de Octubre y la política de los "maximalistas". Sobre la base ideológica de los documentos ligados con la Revolución de Octubre se formó la primera generación de marxistas-leninistas latinoamericanos.

3. NUEVO PROGRAMA DE LOS SINDICALISTAS DE IZQUIERDA BRASILEÑOS

En Brasil, el proceso de unión del movimiento obrero con la teoría marxista revolucionaria revistió carácter peculiar. A diferencia de Argentina, Chile y Uruguay, no hubo allí ningún movimiento socialista de izquierda autónomo. Los anarquistas de la "escuela" de Bakunin ocuparon posiciones menos fuertes que sus correligionarios de México. En el movimiento obrero brasileño prevalecieron, desde 1906, las tendencias sindicalistas revolucionarias. La

futura sociedad se imaginaba como parecida, en general, al "comunismo sin autoridades" de Kropotkin, pero basada sobre los principios de la asociación autodirigida de los productores.

Durante los años de guerra cobró vigor la corriente revolucionario-internacionalista, que entusiasmada aplaudió el triunfo de la Revolución de Octubre pero que pronto se vio ante una disyuntiva: manifestarse por o contra el Estado socialista, por o contra la República de los Soviets.

Las tradiciones revolucionario-internacionalistas llamaban a la solidaridad combativa con el primer Estado proletario, pero la carga de los viejos dogmas anarquistas, la aspiración espontánea al fantasmagórico "país de la Anarquía", hacía ver con malos ojos el "socialismo estatal" de los "maximalistas" rusos. No fue fácil superar esta contradicción; en todo caso, no se logró hacerlo de una vez, con un solo salto. Para dar el paso decisivo, los más avanzados sindicalistas brasileños necesitaron más de cuatro años (el período entre la victoria de la Revolución de Octubre y marzo de 1922, cuando nació el Partido Comunista Brasileño). Muchos se mostraron incapaces de efectuar esa transición ideológica.

En un comienzo, los elementos revolucionarios e internacionalistas del proletariado brasileño vieron en la Revolución de Octubre el triunfo largamente esperado de la "anarquía". Por ejemplo, Astrojildo Pereira, destacado líder del movimiento obrero, en 1919 decía en una carta que desde la celda en la cárcel logró transmitir a sus compañeros de lucha: "Son duras estas rejas que me guardan; espesos y brutales estos muros que me cercan... Pero a pesar de ello, a pesar de todo, siento que en mis venas corre la misma sangre caliente e impetuosa, que me fustiga las fibras, me tonifica los nervios y me impele adelante, a buscar el ideal soñado, en el ansia de la luz redentora de la Anarquía... La luz del Sol baña la tierra entera, se sostienen en parajes lejanos pugnas liberadoras victoriosas: en las inmensas estepas moscovitas, en las tierras alemanas, en Irlanda, en Inglaterra... Y de todas partes me llegan los mismos gritos de rebeldía, las mismas ansias de libertad, los mismos clamores de lucha... se inicia la nueva era de alegría... "¡Hurra" por la Anarquía! "[21]

En esta carta, como asimismo en otros varios escritos de Astrojildo Pereira de los años 1918-1919, la anarquía es presentada como símbolo de la revolución y ésta se identifica con la anarquía. Pero llama la atención otra cosa: Pereira al parecer elude conscientemente el problema del Estado socialista en Rusia y no dice nada sobre la dictadura del proletariado. ¿Fue esto una casualidad? Probablemente no. Porque Pereira, lo mismo que sus compañeros, estaba entusiasmado con la victoria de la revolución socialista en Rusia, pero no pudo rechazar de una sola vez el fardo de los viejos conceptos a los que se había habi-

21 *O Ano Vermelho*, pp. 178, 179.

tuado y por esta razón prefirió inicialmente no expresarse, en general, a propósito del Estado de la revolución triunfante. Sólo de manera gradual, poco a poco, llegó a la etapa siguiente, reconociendo la conveniencia del "socialismo estatal", es decir, de la dictadura del proletariado.

Por cierto que en los escritos de Pereira de aquellos años no se negaba directamente el Estado proletario, pero en otros muchos documentos de la época la solidaridad con la República Soviética se entrelazaba con la negación del Estado, comprendido el socialista.

Por ejemplo, en los mítines obreros con entusiasmo se aprobaban resoluciones de solidaridad con el proletariado ruso, "que ha iniciado de una manera tan soberbia la causa revolucionaria". Al mismo tiempo, el periódico *O Sindicalista* anunciaba lo siguiente: "Estamos en guerra contra la propiedad particular, el Estado y la Iglesia. En una guerra cuyo objetivo es la completa eliminación de esas instituciones. Luchamos por una época comunista anarquista... La propiedad particular... podrá ser destituida de su poder cuando esté aniquilado su protector: el Estado. Puesto que la existencia de uno depende del otro, el lema de todo combatiente por la libertad debe ser éste: ¡Abajo el Estado! "[22]

Semejantes declaraciones típicamente anarquistas desorientaban a los obreros, poniendo en tela de juicio la necesidad del Estado soviético en Rusia. En las cabezas de los sindicalistas reinaba increíble confusión. Por ejemplo, en uno de los artículos de Astrojildo Pereira se expresaba lo siguiente a propósito de los asuntos de Rusia: "La autoridad, por su origen, por su función esencial y formal, por su papel histórico, representa precisa y concretamente el principio opuesto al de libertad. Puede decirse que la autoridad y la libertad son dos antípodas en la historia de la humanidad. Esta misma historia prueba abundantemente que toda conquista de la libertad implica necesariamente una disminución de la autoridad..."[23]

Puede pensarse que desde esas posiciones era imposible manifestarse en apoyo del Poder de los Soviets, necesariamente duro entonces a causa de la guerra civil y la intervención. Sin embargo, los sindicalistas revolucionarios brasileños, desde el comienzo de la Revolución de Octubre se alzaron en su defensa y, a pesar de los ideales que sustentaban, no abdicaron nunca la solidaridad proletaria y fueron fieles amigos de la República Soviética.

Edgard Leuenroth, uno de los más prestigiosos líderes de los sindicalistas de izquierda, decía en sus memorias que al principio, "sabíamos que había diversas tendencias entre los revolucionarios rusos. Pero no conocíamos lo que las distinguía. En todo caso, la orientación de los revolucionarios no importaba en aquel tiempo. Bastaba que luchasen por el mismo ideal socialista, o sea, que fueran revolucionarios... Por lo

---

22 Ibídem, pp. 196-197.
23 Ibídem, p. 307.

tanto, no hacíamos distinción alguna entre los líderes de la revolución. Tratábamos a todos igualmente. Eran revolucionarios"[24].

Tal estado de cosas no tenía nada de extraño puesto que no era fácil, en América Latina, llegar a comprender de una vez las complejas peripecias de la lucha política en Rusia. De todos modos, predominaron las cálidas simpatías, de carácter espontáneo, con la Revolución de Octubre y la República Soviética. Esto lo demuestra elocuentemente, por ejemplo, la resolución de un mitin multitudinario de obreros de Rio de Janeiro, celebrado el 1 de mayo de 1918 por iniciativa de los sindicalistas, en la que se manifestaba "la profunda simpatía por el pueblo ruso, que en este momento sostiene una lucha abierta y heroica contra el capitalismo"[25].

La combinación peculiar y contradictoria de las concepciones anarquistas sobre el Estado y las tendencias a la solidaridad con la República Soviética movió a los dirigentes más capaces del sindicalismo brasileño a enfocar de modo nuevo el problema de la revolución y del poder. Por lo visto, contribuyó en medida considerable a ello la lectura de varios trabajos teóricos de Lenin, en primer lugar *El Estado y la revolución*. Les impresionó muchísimo también la Constitución de la RSFSR. Por consiguiente, Edgard Leuenroth y Antonio Duarte Candeias publicaron en mayo de 1919 su *Programa comunista*, con el subtítulo *¿Qué es el maximalismo o bolchevismo?*

El folleto de los sindicalistas brasileños se iniciaba así: "El régimen establecido en Rusia (se supone que la Constitución de la RSFSR, aprobada por el V Congreso de los Soviets de toda Rusia en julio de 1918. — *B. K.*) es la organización de la defensa y de la restructuración (de la sociedad) por el camino del desarrollo hacia el anhelado comunismo libertario, que traerá a todos los hombres la paz, el bienestar y la libertad".

Como era tradicional, los autores empezaron mencionando el "comunismo libertario", pero al mismo tiempo por vez primera señalaron que se proponía sólo iniciar la marcha hacia ese ideal. Por cierto que luego se apresuraron a destacar que como "comunistas-anarquistas" (o "comunistas libertarios") seguían siendo "enemigos intransigentes del colectivismo o el socialismo estatal que destruyen los privilegios burgueses, pero crean inevitablemente privilegios burocráticos". Según parece, esto debía entenderse como una negación implícita del Estado de la dictadura del proletariado y del Poder soviético. En lo fundamental, el folleto describía la estructura y la organización del futuro Estado, la "República Comunista", y llamaba a luchar por ésta. Prácticamente se trataba de la organización del "socialismo estatal", repudiado siempre y con mucho celo por todas las corrientes anarquistas.

---

24 *Revista Civilização Brasileira (Caderno Especial)*, 1967, Nº 1, p. 331.
25 A. Pereira. Op. cit., p. 29.

Ahora veamos cómo debía ser la "República Comunista" que los sindicalistas de izquierda deseaban establecer en Brasil después de una revolución triunfante. Contrariamente al esquema anarquista tradicional, los autores del folleto consideraban la futura república como forma estatal de transición al comunismo, como "poder del proletariado urbano y rural y de los campesinos más pobres, con el fin de suprimir la explotación del hombre y de hacer triunfar el socialismo, bajo cuyo régimen no habría división de clases ni el poder de Estado". Edgard Leuenroth y Antonio Duarte Candeias tomaron esta definición, casi enteramente, del Capítulo V de la Constitución de la RSFSR de 1918.

Pero más adelante se repetía la vieja idea de las "asambleas sindicales" como células básicas de la futura sociedad. Así pues, la idea del Estado proletario, que redondamente se negaba antes, aparecía integrada insólitamente en la fórmula sindicalista tradicional de las asambleas de productores autodirigidas (corporaciones) y de la "dirección profesionalista" del futuro Estado. En cuanto a la "dirección general de la República Comunista", según el folleto la debían ejercer "el Consejo máximo de comisarios del pueblo integrado por representantes de todos los comisariados locales", que elige su "Comité de comisarios administrativos". También esta idea proviene de la Constitución de la RSFSR de 1918 que atribuía el poder máximo al Congreso de los Soviets de toda Rusia y a su Comité Ejecutivo Central.

En perspectiva se proponía entregar a todos los ciudadanos un talonario ("cuaderneta comunista"), conforme al cual se distribuirían productos alimenticios, ropa, objetos sanitarios, visitas a los cafés y restaurantes, etc.

En el programa de los "comunistas libertarios" se dedicaba mucha atención al problema de la vivienda. Cada adulto dispondría de una habitación, y a cada artesano se le concedería, además, un local para instalar su taller. Los apartamentos de varias habitaciones se repartirían entre los necesitados. Las casas de las familias ricas serían expropiadas.

El programa de "República Comunista" estipulaba la abolición total de "la propiedad privada, que origina la desigualdad social", "el establecimiento de un régimen de igualdad auténtica", "la liquidación de todas las cárceles", la constitución de las milicias públicas, "la colectivización del ejército" y la formación de "grupos de defensa comunistas" voluntarios.

De modo que el programa de los "comunistas libertarios" repetía muchos aspectos de la experiencia soviética y a la vez retenía varios postulados sindicalistas tradicionales. Este entrelazamiento de lo viejo y lo nuevo se reflejó diáfanamente en los documentos del III Congreso Obrero, convocado por los sindicalistas brasileños en agosto de 1920. El congreso declaró: "Vemos en el movimiento moscovita una insurrección de carácter acentuadamente social que tiene innúmeros puntos de contacto con nosotros, siendo la primera revolución que tiene la osadía de inscribir en su bandera la restitución de la tierra y de los instrumentos de trabajo a los asalariados. Es una revolución social, porque ha sido objeto de violentísimos ataques de la burguesía del mundo entero y cuenta con el decidido apoyo de todos los revolucionarios sinceros que, a pesar de las diferencias filosóficas (con los "maximalistas". — *B. K.*), verifican el "hecho" y proceden según las enseñanzas que de él dimanan. Esta ha sido nuestra actitud...

El grito de guerra en Petrogrado y Moscú, durante el mes de febrero de 1917, fue "El Poder a los Soviets". No obstante, estamos seguros de que, si la organización sindical rusa estuviese debidamente desarrollada, ofreciendo la robustez necesaria, los revolucionarios gritarían antes "El Poder a los sindicatos"... No debemos considerar los sindicatos sólo como arma para obtener aumentos salariales, mejorar las condiciones de vida y trabajo y reducir la jornada laboral, sino también como célula de la futura sociedad. Nuestra actitud es ésta: defendemos la revolución rusa a través de todo y contra todos; en cuanto a sus teorías (de los "maximalistas". — *B. K.*) no las aceptamos en absoluto, y en cuanto a sus métodos de acción, no los conocemos tanto como para poder pronunciarnos sobre ellos con seguridad"[26].

Esta posición de los sindicalistas brasileños indicaba que su ideología había empezado a cambiar, haciéndose más afín a la idea de la dictadura del proletariado. El sentimiento de solidaridad proletaria y el instinto de clase daban pie para la ruptura gradual con los puntos de vista viejos sobre el Estado y con el fantasmagórico "comunismo libertario".

El paso a una nueva etapa, por influencia de la Revolución de Octubre, estuvo predeterminado en gran medida por el impetuoso ascenso del movimiento obrero de masas. En varios países del continente estalló una auténtica guerra civil entre el proletariado y la burguesía, en la que participaron unidades militares y policíacas, se combatió en barricadas y se produjeron insurrecciones armadas de trabajadores. Nunca antes se habían visto en América Latina batallas de clase tan amplias y sangrientas, ni acciones tan enérgicas de la clase obrera.

[26] *O Ano Vermelho*, pp. 226, 227.

Capítulo IV

BAJO LAS BANDERAS ROJAS

1. ASCENSO DE LA LUCHA HUELGUISTICA

La victoria de la Revolución de Octubre originó, como un impulso eléctrico superpotente, una explosión en cadena del entusiasmo revolucionario del proletariado mundial. En los países de Europa, América y Asia comenzó el poderoso ascenso del movimiento obrero. También en América Latina las masas obreras revolucionarias pugnaban abiertamente contra el capital y la explotación. Las proporciones nunca vistas antes del movimiento huelguístico, la transformación de las acciones económicas en políticas, y de estas últimas en insurrección, fueron para el proletariado buena escuela de lucha de clase que contribuyó a su politización. Se preparó así el terreno para unir el movimiento obrero con la teoría revolucionaria.

La lucha huelguística de masas abarcó todo el continente en 1917-1920. En el crisol de las batallas de clase, el proletariado de todos los países, grandes y pequeños, acrecentó continuamente su vigor, acumuló experiencia y fortaleció la unidad combativa de sus filas.

El rasgo principal de la acción proletaria latinoamericana fue entonces su carácter de masas. Para comprenderlo basta con recordar algunos hechos. En Chile, más de 100 mil personas celebraron en agosto de 1919 una manifestación contra el hambre y la miseria. Ninguna acción de este género había alcanzado jamás semejante amplitud. En Argentina, de 1918 a 1920 participaron en las huelgas, según datos incompletos, más de 576 mil personas[1], es decir, casi todos los obreros argentinos tomaron parte en la lucha de clase activa.

En Uruguay, la creciente ola de huelgas originó un poderoso movimiento de solidaridad de clase de los obreros. Las bárbaras represiones políticas no pudieron quebrantar la voluntad del proletariado uruguayo. En agosto de 1918 hubo en Montevideo una huelga general. El año 1919 se singularizó por una nueva intensificación del movimiento huelguístico. "No es aventurado afirmar —citamos a Francisco R. Pintos— que en el segundo semestre de ese año la mayoría del proletariado se hallaba en movimiento"[2].

En Cuba, entre numerosas huelgas, las de mayor importancia fueron realizadas por los portuarios de La Habana, en noviembre de 1918, y por los ferroviarios de Camagüey, en diciembre del mismo año. En 1919 fueron al paro obreros de las plantaciones azucareras, portuarios, cargadores, ferroviarios, obreros de las industrias de artes gráficas y de la construcción, así como otros muchos sectores del proletariado. En mayo de 1919 llevaron a cabo una huelga general los obreros de La Habana y de otras ciudades.

1 Véase *Esbozo, p. 36.*
2 F. R. Pintos. Op. cit., p. 138.

Durante el trienio 1917 a 1919 se realizaron amplias huelgas en México, en particular un paro general de los textileros y petroleros.

Adquirió inmensas proporciones el movimiento obrero brasileño, siendo de notar que algunas huelgas revistieron carácter político y que en noviembre de 1918 estalló en Rio de Janeiro una insurrección proletaria armada. De 1918 a 1922 participaron en huelgas en Brasil de 400 a 500 mil personas.

El movimiento obrero de Perú experimentó un ascenso sin precedentes. En diciembre de 1919 paralizaron su trabajo los obreros textileros del país. Poco después se incorporaron a la lucha, en acción solidaria, los portuarios y los mineros; el 9 de enero de 1920 al llamado de la Federación Obrera se declaró una huelga nacional dirigida a conquistar la legalización de la jornada laboral de 8 horas que culminó en completa victoria[3].

Así pues, gracias a la influencia de la Revolución de Octubre, el movimiento obrero latinoamericano se amplió en mucho. Los luelguistas activos de los años 1918 a 1920 probablemente sumaron de 2 a 3 millones; esta cifra equivalía poco más o menos a la totalidad del proletariado urbano de América Latina en aquel período. Pero la elevación acelerada del número de huelguistas era de menor importancia en comparación con otra circunstancia: la clase obrera empezaba a plantear de modo revolucionario, en todas partes, nuevas consignas políticas, exigiendo la ley de la jornada laboral de 8 horas, el derecho a crear organizaciones obreras, a celebrar manifestaciones políticas y actos de solidaridad de clase, etc.

Influida por la Revolución de Octubre la clase obrera chocó abiertamente, cada vez más a menudo, con gobiernos, ejércitos y policías, empleando la táctica de combatir en barricadas. En muchos casos, los proletarios defendieron sus intereses de clase con las armas en la mano, enarbolando, como lo había hecho el proletariado ruso, la bandera roja de la revolución social. Naturalmente, esas acciones en gran parte fueron espontáneas, pero a diferencia de la etapa anterior los obreros planteaban con creciente frecuencia la idea del derrumbe del régimen burgués y el establecimiento de un Estado proletario parecido al del Poder soviético de Rusia.

La Federación Obrera de Chile (FOCh) en 1919 llamó a "conquistar la efectiva libertad económica, moral, política y social de la clase trabajadora (obreros y empleados de ambos sexos), aboliendo el régimen capitalista... que será reemplazado por la Federación Obrera, que se

3 Véase C. Lévano. *La verdadera historia de las 8 horas. Una epopeya heroica de la clase obrera peruana.* Lima, s.d., pp. 30-37.

hará cargo de la administración de la producción industrial..."[4] La lucha huelguística en Chile desembocó en choques violentos entre los obreros y la policía, resultando varios muertos. Para conjurar la "revolución social", el gobierno implantó el estado de sitio en algunas ciudades; muchos dirigentes obreros fueron encarcelados, los dueños de las grandes empresas procedieron a despidos masivos. En todas partes la reacción formó las "ligas patrióticas" (destacamentos de mercenarios armados) para luchar contra los "propagandistas del socialismo y perturbadores del orden (público)"[5]. La policía trató enérgicamente de introducir sus agentes y provocadores en las organizaciones obreras.

La lucha de clases en Chile arreció hasta el punto de que se libraron batallas verdaderamente cruentas (Iquique, 1918; Puerto Natales, 1919). En enero de 1919, los obreros combatientes de Puerto Natales se adueñaron del poder y lo mantuvieron en sus manos durante varios días. Contra ellos fueron lanzadas las tropas. Centenares de personas cayeron víctimas de feroz represión, más de 50 dirigentes obreros fueron entregados a los tribunales.

Choques análogos se produjeron también en otros países. En agosto de 1918 se enviaron tropas contra los huelguistas de Montevideo, pereciendo algunos obreros en el choque. En enero del año siguiente, un nuevo trance de armas causó la muerte de varios obreros. Durante muchos días, "las fuerzas del gobierno y bandas... integradas por jóvenes de la "alta sociedad" y elementos del hampa, sembraron el terror en los barrios obreros..."[6]

En Colombia, alarmado el gobierno por el desarrollo de la lucha huelguística, declaró el estado de sitio en el país y promulgó un decreto que concedía a la policía y al ejército el derecho de reprimir por la fuerza cualquier "acción subversiva".

En Ecuador, el ascenso del movimiento obrero iba acompañado también de choques armados con la policía. En noviembre de 1922 se libró en Guayaquil una batalla, de la cual resultaron muertos más de 500 obreros.

En Cuba, los obreros habaneros en noviembre de 1917 celebraron una manifestación de masas, desfilando bajo las banderas rojas por las calles de la capital. La policía abrió fuego. Al día siguiente los huelguistas construyeron barricadas e hicieron frente a las unidades policíacas. Durante la huelga general de marzo de 1919 en La Habana, se propagó una octavilla en la que se expresaba la airada protesta contra la confabulación de la burguesía cubana con el imperialismo estadounidense que había enviado a la isla, para "poner orden", 3 cruceros y 10 submarinos. En la octavilla se decía, en particular: "...La hora ansiada ha llegado. Nuestro mejor triunfo será cobrarles cuenta a la

---

[4] H. R. Necochea. Op. cit., p. 90.
[5] Ibídem, pp. 110-111.
[6] F. R. Pintos. Op. cit., p. 129.

burguesía y al poder de los poderosos. ¿Cuándo comenzaremos? ¿Qué esperamos? A la burguesía no le preocupa el triste espectáculo de las casuchas de pordioseros de los proletarios hambrientos y harapientos... Por eso, nosotros, los trabajadores, no perderemos nada, pero sí podemos conquistar mucho. Debemos derrocar al gobierno y a todos los empresarios y gobernantes todopoderosos... Nuestro deber es crear los Soviets de obreros y soldados".

La idea de los Soviets inspiró al proletariado latinoamericano para acciones combativas más resueltas. Los obreros, animados por el magno ejemplo de la Revolución de Octubre, fueron audazmente al combate contra sus opresores.

2. LA "SEMANA TRAGICA" EN ARGENTINA

La "semana trágica" de enero de 1919 en Argentina fue un acontecimiento cumbre del movimiento obrero latinoamericano en los primeros años siguientes al triunfo de la Revolución de Octubre. La amplitud de ese enfrentamiento de clase del proletariado argentino con la burguesía y su desenlace causaron profunda impresión en todo el continente. Con anterioridad, en noviembre de 1918, se declararon en huelga 2.500 obreros metalúrgicos de la importante compañía inglesa Vassona, para conseguir la jornada de 8 horas. El comité de huelga decidió expulsar del recinto fabril a los esquiroles reclutados por la administración.

La reacción tenía a su servicio una agrupación seudosindical, encabezada por el socialchovinista Manuel Carles, que titulaba a sí misma Liga Patriótica de Argentina. Esa pandilla disponía de bandas paramilitares de lumpenproletarios y delincuentes comunes asalariados que cometieron actos de violencia contra obreros revolucionarios. Los legionarios de Carles iniciaron acciones bandidescas contra los huelguistas, que se vieron precisados a defenderse con las armas en la mano. Acto seguido, destacamentos militarizados de la Asociación del Trabajo reformista, presidida por el empresario Joaquín S. de Anchorena, acudieron en ayuda de los esquiroles y bandidos.

Como consecuencia de las acciones provocativas de las bandas mercenarias se produjeron choques sangrientos entre los huelguistas y los esquiroles en el recinto de la empresa y en el territorio adyacente. La situación se agravó aún más el 7 de enero de 1919, cuando la policía, llamada por los patronos, arremetió contra los huelguistas causando la muerte a 6 obreros e hiriendo a 30. Esta acción represiva provocó un estallido de indignación. Por la mañana del día siguiente en Buenos Aires se inició espontáneamente una huelga general de protesta. La vida de la capital quedó paralizada. Los sindicalistas de izquierda de la FORA-V llamaron a sus afiliados a participar del modo más activo en el movimiento. La dirección reformista de la FORA-IX se limitó a prestar "apoyo moral" a los huelguistas y después de que bajo la presión de las masas fueron puestos en libertad los dirigentes de la huelga de metalúrgicos, tomó la vergonzosa decisión de cesar toda lucha. Este paso

traidor mermó notoriamente el prestigio de la central sindical "amarilla" entre los obreros.

El Comité Ejecutivo del joven Partido Socialista Internacional exhortó a los trabajadores a respaldar la huelga general y demandó del gobierno el retiro inmediato de las tropas que habían sido trasladadas con urgencia a la capital: más de 10.000 soldados provistos de piezas de artillería y ametralladoras.

El 8 de enero, los obreros bonaerenses rindieron el postrer homenaje a sus compañeros asesinados el día anterior por las fuerzas represivas, a pesar de una inmensa concentración de unidades militares y policíacas. Las exequias tuvieron carácter de gigantesca manifestación política de protesta, en la que participaron más de 200 mil personas. La procesión fúnebre avanzó lentamente en dirección al cementerio con las consignas de " ¡Basta de verter la sangre de obreros! ", " ¡Abajo los opresores! " y " ¡Esquiroles, a la picota! ", incorporándose a su paso más y más grupos de gentes. Las tropas, que en la víspera habían ocupado todos los puntos estratégicos importantes, sorpresivamente abrieron fuego contra los manifestantes inermes. Comenzó una matanza en la que sucumbieron decenas de hombres, mujeres y niños, y centenares fueron heridos. Según algunos datos, esa matanza premeditada causó la muerte a 800 obreros, y pasó de 4.000 el número de los gravemente heridos. Los trabajadores de Buenos Aires alzaron barricadas en respuesta a la cruenta represión. La ciudad se convirtió en escenario de gigantesco conflicto social. La lucha asumió carácter de masas y empezó a transformarse en insurrección armada. Un grupo de revolucionarios logró ocupar el arsenal de Checarita y proveerse de armas. También en procura de armas, los obreros atacaron a las patrullas de soldados y las comisarías de policía en algunos distritos. Por doquier se construyeron barricadas y se intercambiaron disparos. Porfiados combates tuvieron lugar durante siete días. En el curso de esa batalla, los obreros incendiaron los talleres mecánicos de la empresa Vassona, se adueñaron de dos arsenales, desarmaron a varios grupos de bandidos y asestaron golpes sensibles a las tropas gubernamentales. Muchos soldados se negaron a disparar y fraternizaron con los insurrectos. Una compañía del regimiento de infantería enviado desde la ciudad de Rosario para aplastar la insurrección, se rebeló y todos sus integrantes fueron fusilados por orden de la jefatura. Los datos oficiales minimizados dijeron que en esa semana de encarnizados combates de clase murieron más de 1.500 obreros. Según otros cálculos, el número de muertos superó a 2.000, y a 4.000 el de heridos.

Para justificar las acciones punitivas de las tropas y la policía, la propaganda burguesa acusó a los obreros de haber intentado "establecer el poder de los Soviets". Desde el comienzo de los cruentos sucesos de la "semana trágica" menudearon en los periódicos títulos en gran tipografía: "El criminal plan de los maximalistas argentinos", "Amenaza de la anarquía", "Revolución soviética en Buenos Aires" y así por el estilo. Pretextando el "peligro de Soviets", la policía recurrió al terror masivo. En los barrios obreros operaron unidades militares. Por doquier se efectuaron registros y detenciones. El Partido Socialista Internacional y los sindicalistas revolucionarios de la FORA-V fueron objeto de represiones particularmente brutales.

A pesar de la derrota de los obreros, los combates de clase librados en enero de 1919 demostraron la inmensa fuerza potencial del proletariado argentino, pusieron de manifiesto el carácter inconsistente de la táctica de "acciones directas" espontáneas e incrementaron la influencia política del PSI, que trató de introducir en la lucha obrera elementos de organización y conciencia, actuando de manera audaz y consecuente.

Con la "semana trágica" se inició un nuevo período de lucha del proletariado, en cuya vanguardia desarrollaba una acción cada vez más resuelta y cobraba rápidamente vigor el Partido Socialista Internacional.

3. LA INSURRECCION PROLETARIA DE 1918 EN BRASIL

El entusiasmo revolucionario despertado por la victoria de la Revolución de Octubre llegó también a la clase obrera de Brasil, el mayor país latinoamericano. El proletariado brasileño, encabezado por los sindicalistas revolucionarios, desde hacía muchos años luchaba heroicamente en defensa de sus intereses económicos y políticos.

A fines de 1917 y en el primer semestre de 1918, el empuje de la clase obrera pasó a ser incontenible. Ni las represalias ni las concesiones de los círculos gobernantes pudieron sofocar el ímpetu revolucionario de las masas. Tuvo retumbante resonancia la manifestación del 1 de mayo de 1918, cuyos participantes, inspirados por la Revolución de Octubre, sentían que "la revolución social no es una utopía", que había "llegado el día del empuje universal de todo el proletariado como protesta contra la brutalidad del capitalismo". El 2 de mayo, el periódico *A Ração*, órgano del sindicato de panaderos, anunció solemnemente que "la aurora reivindicadora, que se extiende en toda Rusia, no tardará en iluminar con su luz resplandeciente el continente americano... Todas las nacionalidades tienen que pasar por la misma fase de Rusia, que es el magno camino de la gran marcha (de la revolución)"[7].

La lucha abarcó amplios sectores del proletariado brasileño. Se sucedieron las huelgas, por todas partes se celebraron mitines espontáneos y se oyeron los llamamientos al combate. Los sindicalistas y la prensa sindical de izquierda realizaron propaganda particularmente activa. En las empresas de Rio de Janeiro, São Paulo y otras grandes ciudades empezó a prepararse casi abiertamente una huelga política general. A este objeto, en la capital se instituyó un comité especial. Simultáneamente, los sindicalistas revolucionarios preparaban en secreto una insurrección con el fin de aniquilar el Estado.

---

[7] *O Ano Vermelho,* p. 117.

En Brasil, como también en otros países latinoamericanos, durante muchos años gozó de gran popularidad la doctrina anarquista que consideraba al Estado enemigo universal del individuo y de las libertades cívicas. En opinión del anarquista brasileño Ribeiro Filho, que desplegó enérgica actividad en el período de la primera guerra mundial, la lucha del proletariado mundial tenía por objeto "la eliminación del Estado y de todas las autoridades"[8]. Según testimonio de Joaquim Pimenta, uno de los líderes sindicales de izquierda, "antes de la revolución ruso-soviética, la palabra "anarquía" fue de uso obligatorio en la tribuna obrera"[9] (en Brasil). Por "anarquía" se entendía en primer lugar la liquidación del Estado burgués, el triunfo de la libertad ilimitada y la absoluta igualdad de derechos.

Los sindicalistas brasileños se vieron ante la obligación de determinar su actitud con respecto a la dictadura del proletariado en general y a la República Soviética en particular. Entre los primeros que viraron hacia el comunismo científico figuraban A. Pereira, O. Brandão y E. Dias. El 1 de octubre de 1919, Otavio Brandão publicó en el periódico *A plebe* un artículo titulado *Dictadura Proletária,* afirmando que "la dictadura proletaria en Rusia es necesaria y humana". Según él, los "buenos anarquistas" estaban obligados a decidir: "o estamos por los Soviets o estamos por la burguesía". La redacción del periódico propugnó criterios distintos en sus comentarios: "Los anarquistas no queremos ni podemos ponernos al servicio de un gobierno dictatorial, aun cuando éste proclame representar al proletariado... Estamos por los Soviets, pero contra la dictadura"[10].

La polémica en torno a cuál actitud adoptar hacia el Estado socialista conducía lógicamente al desgajamiento de una corriente partidaria de los bolcheviques. El cambio político radical operado en la mentalidad de los sindicalistas de izquierda aparece con singular relieve en la evolución de los criterios de Astrojildo Pereira. En febrero de 1919, en una de sus cartas aún hablaba de la "luz redentora de la Anarquía", el "sol de la Anarquía", etc. En marzo, fue acusado por sus amigos de "traicionar al anarquismo, pasarse al bolchevismo", defender el Estado socialista[11].

El ansia de "acciones directas", el sincero anhelo de realizar su propio "Octubre", el odio al poder estatal que encarnaba la reacción y la violencia sobre el individuo, el deseo de "entregar el poder a los sindicatos" por medio de la revolución, todo esto impulsó la maduración de los planes de insurrección proletaria armada. En su preparación ideológica desempeñaron un importante papel los artículos políticos de Lima Barreto. El 11 de mayo de 1918 publicó en el periódico anar-

8 Ibídem, p. 370.
9 Ibídem, p. 267.
10 Ibídem, pp. 270-271.
11 Ibídem, p. 280.

quista *ABC* un artículo titulado *Basta de pagar las cuentas,* que a justo título los órganos de prensa burgueses calificaron de "manifiesto maximalista". En efecto, Barreto expresaba allí ideas revolucionarias. Además de criticar la esencia explotadora de la burguesía brasileña, propugnaba fervorosamente la liquidación de la propiedad privada, ante todo de los grandes latifundios, bancos y empresas, así como la expropiación de los bienes pertenecientes a las órdenes religiosas y a la Iglesia, en aras de "la dicha y prosperidad públicas". Esto sólo podría hacerlo un "gobierno popular" auténtico. Barreto se pronunció también por la reforma educacional, la legalización del divorcio, la implantación de un sistema de pensiones, etc. "Los brasileños debemos iniciar nuestra revolución social con estas medidas, a las que seguirán otras. Terminando este artículo, confieso que fue la revolución rusa que me inspiró todo eso... La faz del mundo ha cambiado. ¡Gloria a Rusia! "[12]

Lima Barreto, con su "manifiesto maximalista", de hecho se apartó de la tradición anarquista y aunque sin hacer referencia directa al Estado proletario en la práctica defendió ese Estado y ante todo a la Rusia Soviética.

La Revolución de Octubre hizo cambiar los criterios de los sindicalistas de izquierda, comprendidos los "comunistas libertarios", sugiriéndoles una apreciación más flexible de las instituciones estatales.

Así pues, los "enemigos intransigentes" del Estado apoyaron, en general, la idea de una "República Comunista". Más que nada, irritaba a los sindicalistas la propia palabra "dictadura", pues por tal entendían únicamente la violencia de la minoría privilegiada sobre la mayoría, del Estado explotador sobre la sociedad trabajadora. No pudieron comprender de inmediato que la dictadura del proletariado, nueva forma de poder y de democracia, tiene sentido diametralmente opuesto. Pero un grupo de jóvenes sindicalistas —Astrojildo Pereira, Otavio Brandão, Antonio Canellas, Antonio Cruz Junior, João da Costa Pimenta— poco a poco cambió de actitud. Aceptaron que el Poder soviético era una forma de Estado socialista, o sea, según la expresión de Lenin, un Estado "democrático *de manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial *de manera nueva* (contra la burguesía)"[13].

Los sindicalistas de izquierda brasileños llegaron entonces a la conclusión de que "el gobierno actual no satisfacía ya las aspiraciones nacionales y que era necesario crear un gobierno genuinamente popular, como se había hecho en Rusia"[14].

El 15 de noviembre de 1918, los dirigentes de los sindicalistas de izquierda se entrevistaron con representantes obreros. En esa reunión, a la que asistieron de 40 a 50 hombres, incluidos los delegados sindicales

12 A. H. de Lima Barreto. *Obras Completas,* t. IX, São Paulo, 1959, p. 96.
13 V. I. Lenin. *El Estado y la revolución. O. C.,* t. 33, p. 35.
14 *O Ano Vermelho,* p. 332.

de una fábrica de tejidos y de plantas metalúrgicas, después de acalorados debates se decidió iniciar una insurrección armada.

Según declaraciones hechas durante la instrucción por el provocador Jorge Elías Ajus, que por orden de la policía se había infiltrado en las filas de los conspiradores, el plan general de insurrección era así: "Primero, la huelga general de los obreros de Botafogo, que se aproximarían al palacio presidencial del Catete y lo invadirían en un momento dado, deteniendo al presidente e izando una bandera roja, mientras que al mismo tiempo otros obreros se reunirían en el Campo de São Cristóvão donde sería fácil atacar la Intendencia de la Guerra con el fin de proveerse de armas, municiones y equipos. En Bangu, dos mil obreros ocuparían la fábrica de cartuchos de Realengo y se apoderarían de las armas y municiones. Manuel Campos con su personal atacaría en el mismo momento el cuartel de policía". Se acordó empezar la insurrección el 18 de noviembre a las dos de la tarde. A esta hora precisamente estaría reunido el Congreso Nacional y los insurrectos se proponían "detener a todos sus miembros"[15].

Es difícil determinar el grado de autenticidad de esos testimonios de un provocador, máxime cuando todavía antes de pasar a la prensa fueron minuciosamente redactados en la policía. En general, sin embargo, es probable que correspondieran al estado de cosas real. La posibilidad de la insurrección se había discutido más de una vez entre los sindicalistas de izquierda, lo que fue confirmado, en particular, por algunos activistas del movimiento sindical. Durante la instrucción, Oscar Silva, uno de los insurrectos, declaró que en la Unión General de Trabajadores de Rio de Janeiro se debatió reiteradamente "la organización de un gobierno como el de Rusia, que defendiera mejor los intereses del pueblo"[16]. Su compañero de lucha Domingos Ribeiro Filho había formulado el programa mínimo del futuro gobierno revolucionario: impuesto sobre la propiedad en proporción del 25 a 50% de los beneficios; entrega a los sindicatos de todas las empresas del Estado, Correos y Telégrafos, sistema de educación, medicina y transporte marítimo; disolución dela policía militar, reforma electoral, etc.

La policía estaba relativamente informada de esos planes de los sindicalistas. Aurelio Real, jefe de la policía de la capital, apodado por los trabajadores el *Trepov*-carioca*, había prohibido ya en mayo de 1917 la actividad de varias federaciones sindicales con el fin de "conjurar una explosión anarquista". La policía sabía, por la denuncia del citado provocador, que se estaba preparando una insurrección. Sin embargo, no pudo conjurar su estallido.

Ajenos a la traición, los conspiradores seguían preparando el levantamiento y la huelga general. Según sus planes, ambas acciones debían realizarse simultáneamente para redoblar la fuerza de los revolucionarios. Pero la impaciencia, el deseo de iniciar cuanto antes la lucha, les impidió organizar debidamente el movimiento. Como consecuencia, ésta se desarrolló en gran medida de manera espontánea, sin adecuada dirección.

[15] Ibídem.

[16] Ibídem, p. 340.

* D. F. Trépov (1855-1906): hombre de Estado de la Rusia zarista. Desde 1905 desempeñó el cargo de viceministro del Interior. Durante la huelga política de octubre de 1905 ordenó a las tropas y a la policía "no escatimar cartuchos".

El 18 de noviembre de 1918 paralizaron el trabajo los textileros de Rio de Janeiro, Niterói, Petrópolis y Majé. Casi en el acto llegaron al Departamento de policía los despachos de los sectores 16, 21 y 25 anunciando disturbios en las calles. Por orden del jefe de la policía metropolitana fueron urgentemente enviadas unidades militares y patrullas policíacas a las empresas en paro. El gobierno logró conjurar la insurrección en la mayoría de los distritos, pero en algunos sitios comenzó una dura lucha armada.

Los insurrectos asaltaron los depósitos del ejército del distrito de San Cristóbal. Participaron en el combate unos 500 obreros, destacándose por su gallardía los metalúrgicos y los de la construcción. En las barricadas pelearon también alumnos del colegio Emperador Pedro II y de una escuela de medicina. Los sublevados atacaron la comisaría de policía Nº 10 y los depósitos del ejército. Las operaciones militares se concentraron en el distrito obrero de San Cristóbal. Destacamentos de caballería ocuparon todos los cruces, la policía ordenó cerrar todos los cafés y comedores y acordonó las calles. A las 17 horas 30 minutos (hora y media después de comenzada la insurrección) llegó el 55º batallón de fusileros. Soldados montaban guardia en los cruces principales (hasta 25 en cada uno). Fue muy reforzada la custodia del palacio presidencial del Catete, enviándose urgentemente allí al 56º regimiento de fusileros.

A eso de las 9 de la noche, llegaron a San Cristóbal más tropas provistas de ametralladoras. Los insurrectos trataron de poner de su lado a los soldados por medio de un llamamiento: "El soldado y el marinero son hijos del pueblo. En cuanto el soldado y el marinero se unan a los obreros, los ricos y los políticos no valdrían nada y dejarán de ser señores de la tierra. Soldados y marineros: el patriotismo y la disciplina son los medios de que se sirven opresores para engañaros. Sólo debéis tener un patriotismo y una disciplina: la de libertar a la clase de los pobres y de los humillados a que pertenecéis. No hay más que un medio para esto: uniros a vuestros hermanos obreros y formar con ellos comités de soldados y obreros, que se encargarán de todos los servicios públicos"[17].

Pero este mensaje no fue escuchado, a excepción de un pequeño grupo de soldados que dejó de obedecer a sus oficiales y pasó al lado de los obreros. Las unidades del ejército y la policía arremetieron contra los insurrectos. El levantamiento fue aplastado antes del anochecer.

[17] *O Ano Vermelho*, p. 128.

Sólo en el poblado obrero de Majé, donde los revolucionarios proclamaron una república obrera, prosiguieron los encarnizados combates. Pero las tropas no tardaron en "poner orden" también allí. La insurrección proletaria fue anegada en sangre.

La policía puso a disposición de los tribunales a 58 personas, calificando de "dirigentes" a 10, entre ellos Agripino Nazaré, Alvaro Palmeira, Astrojildo Pereira, João da Costa Pimenta y Manuel de Castro.

El 22 de noviembre de 1918 fueron prohibidas por decreto gubernamental la Federación General de Trabajadores y los sindicatos de textileros, metalúrgicos y obreros de la construcción, con el pretexto de que "son nocivos para el orden público y sus miembros son, en su mayoría, agitadores extranjeros o verdaderos anarquistas", que quisieran "establecer en Brasil el régimen de terror y de sangre de los Soviets rusos".[18]

Los líderes reformistas del Partido Socialista de Brasil adoptaron una postura en extremo negativa ante la insurrección de noviembre. En enero de 1919 publicaron un manifiesto en que pretendían ponerla en ridículo llamándole "revolución cómica". "No somos maximalistas —decían— y consideramos que su advenimiento en Brasil sería un fracaso"[19].

También renegaron de la insurrección algunos de sus inspiradores ideológicos, entre ellos el sindicalista Carlos Dias y el anarquista José de Oiticica. Dias acabó traicionando la causa de la clase obrera pasando a ser típico burócrata sindical de derecha, agente pagado por el gobierno.

Oiticica, profesor de Derecho, declaró al juez instructor que "nunca había tomado parte en ningún movimiento subversivo del orden público, aunque tenía ideas anarquistas... siempre se opuso... al empleo de medios violentos"[20]. Se comportaron de manera radicalmente distinta Astrojildo Pereira y otros sindicalistas de izquierda sumariados. En la audiencia Pereira declaró ser anarquista-socialista y por tanto partidario de las transformaciones sociopolíticas. Puesto que Ricardo, Palmeira y otros se pronunciaron en el mismo sentido, la policía concluyó que todos esos rebeldes "tenían por objeto sustituir el gobierno actual por un gobierno de obreros y soldados"[21]. Como se ve por los ejemplos aducidos, la derrota de la insurrección de noviembre escindió definitivamente el campo de los sindicalistas. Algunos perdieron confianza en la fuerza de la clase obrera y cayeron en el pantano del oportunismo. Otros —Astrojildo Pereira, Otavio Brandão, João da Costa Pimenta y sus compañeros— supieron interpretar correctamente las enseñanzas de la insurrección, llegando a comprender que el éxito del movimiento obrero depende del nivel de la organización política del mismo. La deducción principal consistió en reconocer la necesidad de

18 Ibídem, p. 135.
19 Ibídem, p. 156.
20 Ibídem, pp. 335-336.
21 Ibídem, p. 329.

un nuevo partido obrero. El fracaso de la insurrección armada de noviembre desvaneció definitivamente la confianza en los viejos dogmas y coadyuvó a modificar la actitud de los sindicalistas de izquierda avanzados. Precisamente este grupo desempeñó el papel decisivo en la constitución del partido proletario marxista-leninista en Brasil.

La historia de los combates de clase de 1917-1920 en América Latina permite extraer algunas conclusiones.

1. La Gran Revolución Socialista de Octubre y el "maximalismo ruso" ejercieron inmensa influencia ideológica sobre los sindicalistas de izquierda, haciéndoles cambiar su concepción del mundo e incluso romper con el anarquismo. Para ello lo más difícil fue aceptar la dictadura del proletariado, discernir en ésta un poder de Estado de nuevo tipo sin parangón en la historia. Después de grandes dudas y vacilaciones, muchos sindicalistas reconocieron la necesidad del Estado proletario.

2. Los combates armados de 1918-1920 fueron proletarios y revolucionarios por su carácter. Los socialistas y sindicalistas de izquierda, que ejercían la dirección ideológica y práctica, aspiraban sinceramente a repetir la experiencia de Rusia, la del "maximalismo". La insurrección proletaria de noviembre en Brasil, la "semana trágica" en Argentina y los combates de barricadas librados por la clase obrera de otros países constituyeron importante etapa en la historia del movimiento obrero, etapa que culminó con la formación de partidos comunistas.

3. La crisis ideológica del anarquismo y el sindicalismo (corrientes premarxistas) significó importante avance en la formación de la conciencia de clase del proletariado y de su orientación política. Este proceso condujo orgánicamente a la creación de los partidos comunistas.

Todo esto obliga a valorar altamente el alcance histórico de los combates proletarios de 1918-1920, como página brillante en los anales del movimiento obrero internacional y una de las muchísimas demostraciones del papel desempeñado en la historia universal por el partido leninista de los bolcheviques y la Gran Revolución Socialista de Octubre.

4. "¡FUERA LAS MANOS DE LA RUSIA SOVIETICA!"

Este airado clamor del movimiento internacional de solidaridad con la joven República de los Soviets expresaba la unidad combativa de los trabajadores de todos los países con la Patria de la Revolución de Octubre. En su gran mayoría, los obreros de América Latina aún no tenían conciencia acerca del auténtico carácter y significación de la revolución rusa, pero su combativo instinto de clase les sugería la necesidad de solidarizarse con el proletariado ruso.

La clase obrera latinoamericana había cambiado mucho desde los tiempos de la Comuna de París o de la primera revolución rusa de 1905-1907. El desarrollo intelectual del proletariado, su experiencia de lucha, sus acciones y su organización se encontraban a más alto nivel y

tenían mayor envergadura. Los sucesos y peripecias de la prolongada lucha contra el capital, las victorias y derrotas (éstas más que aquéllas) convencían a los obreros de la importancia de su acción solidaria, despertaban en ellos el espíritu del internacionalismo, el sentimiento de ser copartícipes de la lucha sostenida por sus hermanos de clase en Rusia y en el mundo entero. Además, las masas veían cada día más claro que la unidad internacional auténtica era posible sólo si el obrero pasaba a ser el dueño de su país. Esta circunstancia incitaba a los trabajadores a intensificar la lucha contra sus explotadores directos, implicados de uno u otro modo en la campaña militar de la burguesía mundial contra la República Soviética. Cuanto más se agravaba la situación del Estado socialista, cercado por los enemigos, tanto más amplio e intenso era el movimiento de los trabajadores presidido por la consigna de " ¡Fuera las manos de la Rusia Soviética! "

Otavio Brandão expresó el estado de ánimo general de los proletarios latinoamericanos al decir que toda persona noble y honrada tenía el deber de prestar apoyo a la revolución rusa.

La solidaridad con la Rusia revolucionaria contribuyó a elevar la conciencia política de los obreros latinoamericanos y a madurar las premisas para su acercamiento ideológico con el "maximalismo" y la Internacional Comunista.

Ese movimiento de solidaridad combativa se desarrolló en formas muy diversas, desde los mítines y las declaraciones hasta la recaudación de recursos y las pujantes huelgas contra la intervención militar en el primer Estado socialista del mundo.

El periódico brasileño *Folha Nova*, en su número del 16 de enero de 1919 expresaba lo siguiente: "Desde los tiempos absolutos de Luis XVIII y de la Santa Alianza no podemos recordar que algún país haya intervenido en la política interna de otro para imponer tal o cual forma de gobierno. (Lamentablemente, ha habido infinidad de casos de este género. — *B. K.*) Podría creerse que semejante intervención es ya cosa pretérita. Sin embargo, ahora, en plena lucha por el derecho y por la libertad, los aliados envían tropas a Rusia, con el fin de derrumbar al gobierno maximalista que cuenta con el apoyo de la mayoría de la población sensata y productora de aquel país"[22]. El mismo periódico exhortó a los trabajadores brasileños a solidarizarse con la República Soviética, que "ha abierto la puerta para la revolución social en Europa y América".

El 1 de mayo de 1919, por las calles de Rio de Janeiro desfiló una manifestación en defensa del País de los Soviets. Según informaba el periódico *A Ração*, los manifestantes, cuyo número ascendía a 60 mil, "cantaron las estrofas libertarias de *La Internacional* y de la *Canción Obrera* y lanzaron vítores en honor de la Nueva Rusia y de Lenin"[23].

[22] Ibídem, p. 208.
[23] Ibídem, p. 215.

Por la noche, varios oradores (Sena Madureira, Nicanor Nascimento, Isaac Cerquinho) hablaron de los acontecimientos de Rusia en el teatro Recreio, durante el entreacto. He aquí un episodio descrito por el periódico: Cerquinho dice que "no es un hombre, es un pueblo, más que un pueblo, una idea, una gran aspiración. Es el símbolo de una época y mañana, cuando nuestros hijos estudien la historia de sus abuelos, le llamarán el "libertador". ¿Qué ha hecho ese hombre? Una revolución y aún más que una revolución, una transformación enorme... ¿No están, acaso, su retrato, su idea, en el espíritu de cuantos saben amar? ¿Cómo se llama ese hombre? —Y el orador exclama con su voz gruesa—: ¡Lenin!

En el teatro Recreio resuenan los aplausos. Todos los presentes repiten con energía el nombre de Lenin... El entusiasmo es extraordinario. Durante cinco minutos sólo se oyen vítores en honor de la revolución, de Lenin..."[24]

El movimiento continental de solidaridad adquirió amplio vuelo. En 1919 y 1920, en muchas ciudades se llevaron a cabo huelgas y manifestaciones de protesta contra la intervención antisoviética, a veces acompañadas de choques armados con la policía. Muchos patriotas internacionalistas desplegaron enérgica labor para organizar la solidaridad con Rusia, entre ellos Recabarren y sus amigos en Chile; Codovilla y Ghioldi en Argentina; Antonio Penichet Gómez en Cuba, etc.

Recabarren decía en febrero de 1918 en un artículo publicado por el periódico *Adelante:* "Rusia maximalista es hoy la antorcha del mundo. Salud a esa Rusia. Rusia revolucionaria, liberando al mundo de la guerra es el más poderoso baluarte de la verdadera democracia, de la democracia del pueblo honrado y trabajador"[25].

El poderoso movimiento de apoyo a la Rusia Soviética en Chile fue posible en gran medida gracias a la política internacionalista de la Federación Obrera (FOCh), que en 1919 contaba con más de 150 mil afiliados. Encabezaban el movimiento los elementos avanzados del Partido Socialista Obrero. Durante 1919 se efectuaron en Chile 243 huelgas, algunas de ellas a escala nacional; los huelguistas clamaron enérgicamente por el cese inmediato de la intervención antisoviética.

Las acciones de masas en defensa de Rusia se extendieron por toda Argentina, donde contribuyeron sobre todo a la propagación de las ideas del internacionalismo proletario los elementos socialistas de izquierda o, hablando más exactamente, marxistas. No hubo ni una sola huelga considerable, ni una manifestación de masas en que no se exteriorizaran en tal o cual forma la solidaridad de los obreros argentinos con la República de los Soviets y el odio hacia los organizadores de la campaña militar contra el Estado socialista.

El 7 de noviembre de 1918, día del primer aniversario de la Revolu-

[24] Ibídem, p. 216.
[25] H. R. Necochea. Op. cit., p. 81.

ción de Octubre, el Partido Socialista Internacional publicó un manifiesto de solidaridad con la República Soviética y celebró un mitin en su defensa, al que asistieron 10 mil personas.

En diciembre del mismo año, el X Congreso de la FORA-V (asociación sindicalista de izquierda) aprobó una resolución especial sobre la solidaridad con "la revolución socialista federal de los Soviets de Rusia, que consagra y materializa esa suprema aspiración del proletariado: la supresión de la odiosa explotación del hombre por el hombre"[26].

Se manifestaron en apoyo de la Revolución de Octubre Julio Arrada, Emilio Troize, Bartolomé Bocío y otros representantes distinguidos del sindicalismo argentino. Troize y Bocío fueron después miembros del Partido Comunista.

Victorio Codovilla decía en uno de sus trabajos, refiriéndose a la amplitud del movimiento de solidaridad con Rusia, que el triunfo de la revolución proletaria rusa tenía amplia repercusión en el movimiento obrero argentino. Cuando las potencias imperialistas habían rodeado con un cerco de fuego la joven república obrera y campesina, en Argentina, como en el mundo entero, se celebraron manifestaciones de protesta contra los intervencionistas. Durante la guerra civil y la intervención, cuando el pueblo ruso era víctima del hambre y las enfermedades, surgió en Argentina un poderoso movimiento de solidaridad con el País Soviético.

En Uruguay, las autoridades descragaron represiones sobre los "agentes secretos rusos" con el fin de aplastar el creciente movimiento de solidaridad; en diciembre de 1918 dispersaron un mitin obrero de apoyo a la Rusia Soviética. Sin embargo, la clase obrera no se arredró y siguió actuando consecuentemente desde posiciones internacionalistas.

Lo mismo ocurrió en Cuba. Es curioso señalar que un grupo de anarquistas internacionalistas de La Habana, habiendo iniciado un movimiento de solidaridad con Rusia, distribuyó entre los obreros un documento anónimo titulado *Cupón de afiliación a Rusia.* Todo el que deseara adherirse al movimiento revolucionario ruso debía indicar su nombre y domicilio, así como "extender dos centavos para sufragar los gastos en el envío de la solicitud para Rusia". Se trataba de una tentativa, ingenua pero sincera, de formar una especie de brigada de colonos voluntarios, planteando "la posibilidad de crear en Rusia una colonia de compañeros hispanoamericanos que al estar liberados de los prejuicios de la secular esclavitud, quieran vivir en una sociedad altruista de productores libres, donde no exista la explotación del hombre por el hombre"[27].

Por supuesto que la afiliación al "movimiento revolucionario de Rusia" no pudo realizarse en la forma de emigración voluntaria,

26 Esbozo, p. 48.
27 Véase *Materiales de la Comisión de Investigaciones Históricas del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.* La Habana, 1966.

mencionada por el *Cupón* cubano, sino únicamente por medio de un movimiento masivo de solidaridad con Rusia, de la lucha contra el capital nativo y el imperialismo estadounidense. El proletariado cubano obró precisamente así. Como señaló Miguel Angel Carbonell, escritor de orientación izquierdista, refiriéndose a la Rusia revolucionaria, sus "ideas progresistas que contribuyen a las profundas transformaciones sociales, se han propagado por todo el orbe... Son saludadas también por el proletariado cubano"[28].

Antonio Penichet Gómez, veterano del movimiento obrero cubano, en sus artículos de 1918-1919, a propósito de la significación de las acciones solidarias, hacía constar, que para "la clase obrera (de Cuba) se abren nuevos horizontes" y que "los pensamientos de los hombres de trabajo ahora están vinculados con el triunfo del bolchevismo"[29].

En sus mítines y huelgas los obreros cubanos protestaron enérgicamente contra el envío de tropas intervencionistas a Rusia. El Congreso Nacional Obrero, celebrado en abril de 1920 en La Habana, expresó su entusiasmo y los sentimientos de cálida simpatía a "sus hermanos que en Rusia han instituido la República Socialista de los Soviets". "La Rusia Roja —citamos un documento de aquel foro— es un rayo de luz que sirve de ejemplo y estímulo para las masas obreras explotadas que luchan por la emancipación y la justicia. Como expresión de nuestra cálida admiración y simpatía, hacemos llegar a nuestros hermanos rusos el reconocimiento de nuestra solidaridad revolucionaria".

En ese documento se reflejaron los estados de ánimo y sentimientos genuinos del proletariado cubano y de todos los obreros y fuerzas revolucionarias de América Latina.

Las numerosas y audaces acciones en defensa de la República Soviética, la amplia propaganda de las ideas "maximalistas" y el reforzamiento del espíritu combativo del internacionalismo proletario caracterizaban el ambiente en que vivió y luchó el proletariado latinoamericano durante los primeros años inmediatos al triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

El principal resultado político de ese período fue la germinación del movimiento comunista continental, la unión de la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo con la lucha práctica de la clase obrera. En Argentina, México, Chile, Brasil, Uruguay, Cuba, Perú y otros países, lo mismo que en el mundo entero, empezaron a cristalizar los partidos comunistas, vanguardia política revolucionaria de la clase obrera. Este proceso único tuvo rasgos específicos en cada país, variando por sus caminos y ritmos.

28 M. Angel Carbonell. *Los parias.* La Habana, 1920, p. 31.
29 A. Penichet. *Del ambiente proletario.* La Habana, 1918, pp. 78,80.

Capítulo V

PRIMEROS PASOS DEL MOVIMIENTO COMUNISTA EN AMERICA LATINA

1. FORMACION DEL PARTIDO COMUNISTA DE LA ARGENTINA

El primer partido comunista de América Latina surgió en Argentina. No fue una casualidad, porque allí precisamente se formaron los primeros grupos marxistas. Durante la primera guerra mundial, los socialistas de izquierda rechazaron terminantemente la línea oportunista de la II Internacional y rompieron todos los contactos con la cúspide reformista de derecha del Partido Socialista. Desde agosto de 1917 editaron su periódico *La Internacional*. Esto significó, de hecho, la autodeterminación política completa de la agrupación socialista de izquierda. Sus rasgos distintivos principales fueron la orientación marxista y la posición internacionalista durante la guerra. Era totalmente lógico, por tanto, que los socialistas de izquierda, inspirados por la Revolución de Octubre y por los llamamientos de Lenin a romper sin tardanza con el oportunismo, fundaron (en enero de 1918) un partido de nuevo tipo: el Partido Socialista Internacional. Asistieron al congreso 70 delegados de 22 grupos. Integraron el Comité Central del nuevo partido V. Codovilla, L. Recabarren, R. Ghioldi, A. Kuhn y otros socialistas internacionalistas.

El PSI contaba en su comienzo con 766 miembros, pero sus filas crecieron con rapidez, en gran medida gracias a la línea política precisa de los internacionalistas argentinos.

En el manifiesto de fundación del partido se decía: "No existía, pues, el verdadero Partido Socialista en la República Argentina. Acabamos de fundarlo. El Partido Socialista ha expulsado de su seno, deliberada y conscientemente, al socialismo. No pertenecemos más al Partido Socialista. Pero el Partido Socialista no pertenece más al socialismo. Denunciar esta verdad a los trabajadores y fundar el verdadero Partido Socialista Internacional son deberes morales imperativos a los cuales no podemos sustraernos sin traicionar cobardemente al proletariado y a nuestra conciencia socialista... Un ardiente e impetuoso soplo revolucionario parece cruzar triunfante por el planeta. Ha comenzado en Rusia y se extiende hacia todos los rincones del mundo. Su móvil: la instauración del socialismo"[1].

El manifiesto puso al desnudo las calumnias lanzadas por los reaccionarios y los oportunistas contra los bolcheviques y el Gobierno soviético, definió precisamente la situación dependiente de Argentina respecto al imperialismo y exhortó a los trabajadores a luchar por el

[1] *Esbozo*, pp. 25, 26.

derrocamiento revolucionario del régimen explotador. Para participar de veras y activamente en las transformaciones revolucionarias profundísimas —indicaba el manifiesto—, los obreros tienen que afiliarse al Partido Socialista Internacional, vanguardia política del proletariado.

Los documentos del congreso estaban ajustados, en lo fundamental, a los principios marxistas, aunque no hacían mención alguna de la dictadura del proletariado. Entonces, como dijo R. Ghioldi, el partido no era todavía bolchevique, en el sentido de que no conocía en grado suficiente las tesis cardinales del leninismo y por tanto su actividad no podía guiarse por ellas. Pero —agrega— el hecho de que el Partido Socialista Internacional declarara desde el primer día su solidaridad con la Gran Revolución Socialista de Octubre y se adhiriera a sus ideas facilitó la asimilación del leninismo por el partido. Es éste uno de los numerosos ejemplos demostrativos de que la Revolución de Octubre desempeñó un papel beneficioso en la propagación del marxismo-leninismo a escala mundial[2].

No se puede dejar de compartir también la conclusión de R. Ghioldi acerca de que el partido mantuvo siempre las posiciones de la lucha de clases. Su primer congreso recalcó la fidelidad a los principios marxistas. Precisamente la fidelidad inquebrantable al marxismo —así se expresó R. Ghioldi en uno de sus artículos escritos en 1921— ayudó al Partido Socialista Internacional en su lucha contra un adversario fuerte[3].

Lógicamente, el II Congreso del PSI, celebrado un año después de abril de 1919, resolvió la adhesión a la Internacional Comunista.

El congreso se concentró en la elaboración del programa del partido, pero resultó imposible redactar de una vez el documento partidario básico. Para elevar el nivel teórico de la militancia, la dirección marxista del partido procedió a una amplia publicación de obras de Marx y Lenin en español. De 1919 a 1922 se editaron en Argentina algunos trabajos capitales de Lenin —*El Estado y la revolución*, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* y *El imperialismo, fase superior del capitalismo*—, así como otras varias obras suyas. Los miembros del PSI, ansiosos de comprender a fondo las bases teóricas del socialismo científico, estudiaron con sumo interés esos importantes trabajos. Se constituyeron círculos de estudio en muchas partes, los dirigentes del partido pronunciaban informes ante los obreros. Toda esa labor no tardó en dar frutos.

El III Congreso (Extraordinario), celebrado en diciembre de 1920, aprobó unánimemente la resolución sobre el ingreso en la Internacional Comunista y cambió el nombre del partido por el de Partido Comunista de la Argentina. El hecho de que esta decisión histórica se tomara sólo

[2] Véase *La Gran Revolución Socialista de Octubre y el movimiento revolucionario mundial.* Moscú, 1967, pp. 317-318.
[3] Véase R. Ghioldi. *Artículos y discursos escogidos.* Moscú, 1974, p. 32.

tres meses después del II Congreso de la IC fue consecuencia lógica de que los marxistas argentinos habían pasado ya antes de su congreso extraordinario, entera y definitivamente, a las posiciones leninistas.

Las tesis sobre las tareas fundamentales de la Internacional Comunista, preparadas por Lenin, su llamamiento a meterse "más profundamente entre las masas", a fortalecer la unidad de los partidos, luchar contra el oportunismo, compaginar las formas legales e ilegales de trabajo, saber actuar en los sindicatos y en el parlamento, encontraron plena comprensión y apoyo entre los comunistas argentinos.

Tampoco suscitó controversias la cuestión de la dictadura del proletariado. Los comunistas argentinos reconocieron unánimemente la inmutabilidad de esa piedra angular de toda la teoría marxista-leninista, demostrando así su madurez política y su capacidad para encabezar el movimiento revolucionario de masas.

En marzo de 1921 se fundó la Federación de la Juventud Comunista de Argentina. Su primer presidente fue Orestes Ghioldi, hermano de Rodolfo (permaneció en ese cargo hasta 1930).

Al paso que crecía y se reforzaba el movimiento comunista fueron profundizándose las discordias en el viejo Partido Socialista donde como antes campaba por sus respetos el grupo de Juan B. Justo y A. de Tomaso.

Poco a poco se desgajó una nueva ala izquierda, partidaria del ingreso en la Internacional Comunista. Los elementos de izquierda del Partido Socialista formaron el grupo Claridad encabezado por José Ingenieros, Enrique del Valle Iberlucea, Carlos Mouli, Pedro Ciaranti, Orestes Ghioldi y otras personalidades. En un congreso extraordinario del Partido Socialista (fines de 1920), la mayoría de los delegados se pronunció por el ingreso en la Internacional Comunista, pero la dirección derechista logró hacer aprobar la resolución de expulsar del partido a todos los adeptos de la IC. Esto movió a Claridad a convocar su propio congreso (febrero de 1921), en el que se acordó, después de fervientes debates, ingresar en el Partido Comunista y en la IC. De modo que entre los comunistas argentinos aparecieron nombres nuevos: Orestes Ghioldi, José García, Carlos Mouli (uno de los fundadores del Partido Socialista) y otros muchos.

Apreciable aporte a la defensa de la Revolución de Octubre y de las ideas de la Internacional Comunista hizo el profesor Valle Iberlucea, veterano del partido, que era el único senador socialista en el Congreso argentino. En manifestaciones públicas, libros y artículos afirmó que los principios contenidos en el programa máximo del Partido Socialista de Argentina lo obligaban a adherirse a la III Internacional.

La actividad revolucionaria y antimilitarista de Iberlucea le costó su acta de senador, que le fue retirada en julio de 1921. Esta ignominiosa resolución aceleró la muerte del apasionado revolucionario internacionalista (falleció el 26 de noviembre de 1921).

José Ingenieros, a su vez, rompió todo contacto con los líderes oportunistas de derecha del Partido Socialista y actuó enérgicamente

como partidario de la Revolución de Octubre y del "maximalismo" ruso. Aunque no percibía con suficiente claridad el papel histórico de la dictadura del proletariado, propugnó el Poder soviético y la política de los bolcheviques, diciendo que ellos "tenían la osadía ideal de iniciar una magna causa". Hasta el último día de su vida (falleció en 1925) fue fiel amigo y admirador de la Rusia Soviética.

El surgimiento del Partido Comunista de la Argentina incidió sensiblemente sobre la vida sindical. En 1922, por iniciativa de los comunistas se instituyó el Comité nacional de lucha por la unidad sindical con el fin de superar la división del movimiento obrero. En marzo del mismo año se consiguió convocar el congreso de unificación y fundar la Alianza Sindical Argentina, pero la unidad lograda fue incompleta porque la FORA-V continuaba actuando autónomamente. Los agentes policíacos infiltrados en la dirección de la alianza se esforzaron por escindir el movimiento sindical y socavar el prestigio de los comunistas en la clase obrera. En definitiva, la ASA se negó a ingresar en la Internacional Sindical Roja, optando por la "neutralidad" en provecho de los reformistas apoyados por las tradeuniones de Inglaterra y EE.UU.

He aquí lo que dijo al respecto R. Ghioldi en 1921: El movimiento sindical carece de unidad, actuando paralelamente grupos muy diversos: anarquistas, reformistas, sindicalistas, cooperativistas, etc. Ambas centrales sindicales —FORA-V y FORA-IX— atraviesan una crisis. Hay quienes se pronuncian por la dictadura del proletariado y quienes se oponen a ella, declarándose "enemigos de cualquier tiranía". Hay también continuadores de Majnó, conocido caudillo de algunas bandas que actuaron en Ucrania

El Partido Comunista ha definido de manera precisa su actitud hacia ambas federaciones. Los comunistas tienen que luchar dentro de ellas por su adhesión a la Internacional Sindical Roja y crear en todos los sindicatos células partidarias. El partido ha explicado a las masas obreras la posición errónea de su dirección sindical, que ayuda, consciente o inconscientemente, a la contrarrevolución mundial. Nuestra propuesta de unirse en base a la adhesión a la ISR suscitará discusiones tumultuosas. Es posible que todos los elementos apolíticos se aúnen en este caso contra los comunistas. Sin embargo, aunque todo siga siendo como hasta ahora, el prestigio de los comunistas entre los obreros será más alto, y esto reforzará sus posiciones en la futura lucha[4].

La previsión de los comunistas argentinos demostró ser justa. El movimiento comunista del país se vigorizó de día en día, penetrando cada vez más profundamente en las masas, intensificando su lucha contra el oportunismo de derecha y convirtiéndose en vanguardia política revolucionaria de la clase obrera y de todos los trabajadores. Tenía por delante una lucha dura y compleja. El joven Partido Comunista argentino, como otros muchos, aún estaba afectado fuertemente

[4] Véase R. Ghioldi. Op. cit., pp. 34-35.

por la enfermedad infantil del "izquierdismo", carecía de programa global, tenía que actuar a tientas en muchos casos, experimentaba la escasez de cuadros preparados en el aspecto teórico, pero a pesar de todo se produjo un viraje en el desarrollo del movimiento obrero y revolucionario del país. Comenzó la etapa de la lucha bajo la bandera de la Revolución de Octubre y del leninismo.

2. LOS COMUNISTAS MEXICANOS SE CONSTITUYEN EN PARTIDO

La unión de la teoría revolucionaria con la práctica del movimiento obrero —fenómeno que adquirió carácter universal bajo la influencia de la Revolución de Octubre, de Lenin y del bolchevismo— se realizó también de manera peculiar en México, cuya vida llevaba el sello de las batallas revolucionarias de los años 1910-1917. En México no había un partido socialista tan influyente como el argentino. El movimiento obrero fue espontáneo y adoleció de separatismo regional. En los sindicatos tuvieron fuerte influencia los elementos reformistas, que en mayo de 1918 fundaron, con el apoyo de los burócratas sindicales de la Federación Americana del Trabajo presidida por Samuel Gompers, la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM). Sus líderes (Luis Morones, Rafael Subarán Campani, Celestino Gasca y otros) se oponían abiertamente al socialismo y a la dictadura del proletariado, predicando la "paz entre las clases" y la "solidaridad panamericana". En noviembre de 1918, la burocracia derechista de la FAT, en alianza con los líderes de la CROM y utilizando el apoyo financiero prestado por W. Wilson, presidente de EE.UU., celebró el primer congreso sindical panamericano en el que se creó la Federación Panamericana del Trabajo. Gompers fue presidente de esa entidad reaccionaria; Morones ocupó el puesto de vicepresidente. El credo gompersista acerca del carácter "puro y sencillo" (es decir, estrictamente económico) del movimiento sindical pasó a ser doctrina oficial de la FPT. Por medio de esa doctrina, ante todo se pretendía desviar a los obreros de la lucha de clase autónoma y separarlos enteramente del socialismo, o sea, imponer una política de "colaboración entre las clases" y de amoldamiento pasivo a la política burguesa. La actividad oportunista de la burocracia sindical de derecha tuvo efectos funestos para el movimiento obrero mexicano, pero los líderes de la FAT y la CROM, pese a todos sus esfuerzos, no pudieron alcanzar su meta principal. Nadie fue capaz de reducir la aspiración espontánea de los obreros al socialismo, cerrar el paso a la luz todopenetrante de la Revolución de Octubre.

A pesar de la influencia reformista, los grupos sindicalistas de izquierda y otros elementos revolucionarios de la clase obrera asimilaron profundamente las ideas de la Gran Revolución de Octubre y desplegaron enérgicas acciones en defensa de la República Soviética, llegando a comprender poco a poco que los obreros necesitaban un combativo partido marxista.

En 1918, en Veracruz surgió uno de los primeros círculos marxistas encabezado por Manuel Díaz Ramírez. En la capital actuó un grupo socialista revolucionario bajo la dirección de José Allen, contramaestre de una fábrica de tabaco y uno de los marxistas mejor preparados. El grupo marxista del Estado de Zacatecas estuvo dirigido por el obrero marinero José Medina. Pequeños círculos y grupos de partidarios del "Maximalismo" y la Internacional Comunista actuaron también en Yucatán, Puebla, Michoacán, Jalisco y otros Estados.

Por la creación de organizaciones marxistas bregaron intensamente el destacado revolucionario japonés Sen Katayama, que había emigrado a México y permaneció por algún tiempo en el país, y Julio Antonio Mella, líder de la juventud cubana. Todas esas agrupaciones actuaron por separado. Los "jóvenes socialistas rojos" de la ciudad de México no tuvieron contactos permanentes con el grupo marxista de Guanajuato, dirigido por Nicolás Cano y Mauro Tobón. Pero al fin y al cabo, a pesar de las dificultades, se logró un acuerdo para convocar un congreso de unificación.

Tanto en México como en Argentina, los partidos comunistas surgieron como resultado de la aproximación política e ideológica de la corriente revolucionario-internacionalista del movimiento obrero con la intelectualidad radical antimperialista. Ambas fuerzas se solidarizaron con la Revolución de Octubre y adquirieron gradualmente la madurez necesaria para dar el paso siguiente: comprender las bases teóricas del marxismo-leninismo y la plataforma de la Internacional Comunista.

Contribuyó sensiblemente a la creación de los partidos comunistas, en México y otros países, la juventud obrera y estudiantil, que manifestaba enormes deseos de combatir contra el mundo caduco. Además, tuvo particular importancia la ayuda prestada por los grupos marxistas de EE.UU., con los que mantuvieron estrechos contactos los internacionalistas mexicanos. Los grupos comunistas de diversas ciudades de México aspiraron a la integración en un partido único, capaz de efectuar una labor política activa entre las masas. Tendencias análogas manifestaban también en una u otra medida entre muchos socialistas de izquierda y sindicalistas revolucionarios. En tales circunstancias, a fines de agosto y principios de setiembre de 1919, en la ciudad de México se celebró el Congreso Socialista Nacional, con la participación de todas las entidades revolucionarias adictas a la Rusia Soviética y a la Internacional Comunista. En ese foro se unieron por primera vez los sindicalistas revolucionarios, anarquistas, anarcocomunistas, marxistas y socialistas de izquierda, todos los que desaprobaban la política reformista de la CROM y deseaban luchar resueltamente por los intereses de la clase obrera proponiéndose seguir la senda de la Revolución de Octubre. Los asistentes al congreso (salvo pocas excepciones) no habían llegado a comprender la esencia de la teoría marxista de la dictadura del proletariado y conocían poco las bases del comunismo científico, pero todos aspiraban instintivamente y con sinceridad a luchar contra el imperialismo al lado del proletariado internacional y de la República de los

Soviets. Por mayoría de votos el congreso aprobó una resolución declarando la creación del Partido Socialista Mexicano y su adhesión a la Internacional Comunista. En una conferencia celebrada en noviembre del mismo año, el nuevo partido cambió su nombre por el de Partido Comunista Mexicano. Esta decisión fue ratificada después por el congreso de diciembre de 1921, con el que se dio remate a la organización del PCM.

Desde el primer momento los comunistas mexicanos impulsaron una intensa labor política entre los obreros, con el propósito de salvar los sindicatos de la "pestilencia reformista" y despertar el interés por el socialismo.

Entre las formas de educación política de las masas pasó a primer plano la propaganda de las ideas de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Al contraponer dos dictaduras —la del proletariado y la de la burguesía—, los comunistas mexicanos censuraron airadamente el reformismo disfrazado con el ropaje del falaz "socialismo mexicano", que desorientaba a los obreros y campesinos con las promesas demagógicas en provecho de la dictadura burguesa.

Aunque anteriormente muchos comunistas de México habían sido sindicalistas de izquierda, el partido se pronunció terminantemente por el reconocimiento de la dictadura del proletariado. En primer lugar, porque la intervención antisoviética había mostrado la acuciante necesidad del poder estatal centralizado del proletariado y de las medidas más enérgicas para defender las conquistas de la revolución. Los más perspicaces internacionalistas mexicanos comprendieron que la dictadura del proletariado encarnaba la democracia en su forma superior, una democracia de los trabajadores encabezados por la clase obrera y su partido.

Expresando este punto de vista, Manuel Díaz Ramírez decía que las simpatías de los obreros y todas sus esperanzas y anhelos convergían en la Rusia revolucionaria, cuya luz aproximaba la hora de su liberación del yugo capitalista. En opinión de Ramírez, el poder de los trabajadores en Rusia guiada por el partido bolchevique, era la manifestación más auténtica de la soberanía del pueblo como ningún país había conocido.

Pero no era esta la opinión de todos los miembros del joven Partido Comunista, ya que muchos seguían siendo reacios al "socialismo estatal".

A pesar de todas sus debilidades y reducido número de militantes, el PCM estuvo en la vanguardia del movimiento obrero revolucionario y antimperialista en lucha abnegada por la unidad y cohesión de la clase obrera, por robustecer su alianza con los campesinos y elevar la conciencia revolucionaria de los trabajadores. No había existido hasta entonces semejante organización en México. La hicieron posible la Revolución de Octubre y el "maximalismo", su colosal impacto ideológico.

3. EN LOS ORIGENES DEL MOVIMIENTO COMUNISTA URUGUAYO

En Uruguay existió desde 1910 el Partido Socialista, que lo mismo que el argentino fue debilitado por agudas contradicciones internas. Sus filas se hendieron profundamente, por primera vez, a causa de las divergencias respecto de la guerra. La mayoría de los socialistas uruguayos, con Francisco Pintos a la cabeza, adoptaron una actitud internacionalista. La minoría, agrupada en torno a Emilio Frugoni, negó el carácter imperialista de la guerra, solidarizándose, en lo fundamental, con la línea oportunista de la II Internacional.

La Gran Revolución Socialista de Octubre profundizó aún más la escisión ideológica del movimiento obrero y socialista. Según testimonio de F. Pintos, los mejores sindicalistas tuvieron la osadía de ver los hechos tales como eran y apoyaron sin vacilar la revolución rusa. Siendo revolucionarios auténticos, rompieron abiertamente con los que se obstinaban en mantener sus criterios anarquistas, y defendieron a la Rusia Soviética con tan fogoso entusiasmo como en los primeros días. Varios miembros de ese grupo formaron después en el Partido Comunista de Uruguay.

Pero el papel rector en la creación del partido marxista uruguayo no lo desempeñaron los sindicalistas revolucionarios sino la mayoría izquierdista del Partido Socialista. El hecho de que la clase obrera del país prestara cálido apoyo a la Rusia Soviética y al partido bolchevique leninista permitió a los socialistas de izquierda combatir con todo éxito contra la derecha y propagar las ideas del "maximalismo". Suscitó discusiones particularmente agudas en el partido la fundación de la Internacional Comunista. La profunda decepción experimentada por los obreros con motivo del I Congreso de los partidos socialistas de América Latina (abril de 1919) coadyuvó a aumentar las simpatías por la IC. Dicho congreso, que había despertado muchas esperanzas, se limitó a discutir las acciones corrientes del movimiento por aumentos salariales, mejoras en las condiciones de vivienda, etc. No planteó ni un solo problema importante, no dijo nada sobre las tareas de la lucha contra el imperialismo ni definió su actitud respecto a la República Soviética. Todo ello, naturalmente, no podía satisfacer a los obreros.

En cambio, los documentos de la Internacional Comunista causaron muy favorable impresión. Los informes de Lenin, las resoluciones de la IC (especialmente de su II Congreso) sobre el papel del partido comunista y el problema nacional y colonial, la precisa línea política respecto del oportunismo y la aspiración a trabajar entre las masas tuvieron vivo eco en el corazón de los trabajadores. Los socialistas de izquierda uruguayos discutieron con extraordinario interés los documentos de la IC y acordaron luchar con todo empeño por la adhesión del Partido Socialista a la organización comunista internacional.

Así se formaron en ese partido dos corrientes: una propugnó el ingreso en la IC la otra estuvo en contra. La corriente centrista era

insignificante y no podía influir seriamente en el desenlace de la lucha. Según palabras de F. Pintos, "la tendencia favorable al ingreso del partido a la Tercera Internacional fue ganando rápidamente camino y a principios de 1920 congregaba a la mayoría de los afiliados, suscitando ardientes discusiones en todos los centros y demás organismos partidarios"[5]. Los dirigentes de ese grupo se pusieron en contacto con el Partido Socialista Internacional de Argentina, que ya había decidido afiliarse a la IC. Entre los internacionalistas argentinos y uruguayos existían desde hacía mucho tiempo nexos permanentes muy estrechos. El ejemplo de los socialistas de izquierda de Argentina contribuyó a la autodeterminación política de la corriente comunista en Uruguay.

En agosto de 1920 comenzaron los preparativos para el VIII Congreso del Partido Socialista de Uruguay. Los socialistas de izquierda se proponían librar allí el combate decisivo contra los oportunistas. Aunque no todos habían llegado a comprender la política y la táctica de la IC, sinceramente deseaban romper de una vez para siempre con el oportunismo y el conformismo. Como resultado de una discusión anterior al congreso se produjo el deslinde definitivo de fuerzas, siendo mayoría los partidarios del ingreso sin tardanza en la IC. El 21 de setiembre de 1920, por la tarde, las deliberaciones del VIII Congreso del Partido Socialista de Uruguay llegaron a su punto culminante: cada delegado iba a votar "por" o "contra" la resolución sobre el ingreso en la III Internacional. Todos esperaban, sin disimular su emoción, los resultados del escrutinio. Por aplastante mayoría de 1.297 votos contra 175 y 275 abstenciones se había acordado el ingreso del PSU en la IC. Así pues, el ala revolucionaria internacionalista conquistó una victoria de trascendencia histórica. El grupo de E. Frugoni, opuesto al ingreso, estuvo en la obligación de declarar que acataría la resolución de la mayoría.

En abril de 1921, por mayoría de 1.007 votos contra 110 un congreso extraordinario aprobó las condiciones leninistas de admisión en la III Internacional y conforme a las exigencias de ésta cambió el nombre del partido, que desde entonces se llama Partido Comunista de Uruguay. E. Frugoni y sus adeptos fueron minoría. Prácticamente, casi todo el PSU se solidarizó con la IC guardando su unidad orgánica y su portavoz, el periódico *Justicia*.

En opinión de F. Pintos, este desenlace obedeció a varias causas: la juventud relativa del partido y una situación menos dependiente del mismo respecto a la II Internacional; la ausencia de "un solo teórico reformista de mediano valor"[6] del tipo de Juan B. Justo, capaz de llevar tras de sí a muchos miembros del partido; un nivel más alto del estrato proletario y la relativa debilidad del anarcosindicalismo.

Cabe agregar que desempeñó considerable papel la elevada concentración de la clase obrera uruguaya, que se encontraba casi toda en Montevideo, capital del país. Esta circunstancia hacía relativamente más fácil organizar la propaganda política entre los obreros. Al triunfo de la tendencia marxista contribuyeron también las pequeñas dimensiones del país, el nivel cultural relativamente alto de los obreros urbanos, sus tradiciones combativas y su interés por la política. Naturalmente, sería craso error simplificar el proceso, olvidar las grandes dificultades que debieron superar los socialistas de izquierda. El mayor obstáculo fue la política flexible aplicada por gobiernos burgueses reformistas como los presididos por José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1915) y Baltasar Brum (1919-1923), que por medio de concesiones sociales y ampliando la democracia formal, lograron atraerse a parte considerable de los trabajadores. Tendencias reformistas ganaron terreno también entre los obreros, debido en particular a los esfuerzos del grupo de E. Frugoni. En tales circunstancias, los socialistas de izquierda tuvieron que trabajar intensamente para impedir que la clase obrera cayera en el pantano de la "coparticipación social", encabezar las capas avanzadas del proletariado, además de formar una nueva dirección política y formular un nuevo programa revolucionario de lucha en el espíritu de la Revolución de Octubre y de la IC El PCU surgió como corolario lógico y justo del prolongado proceso de unión de la teoría revolucionaria con el movimiento obrero.

Es de hacer notar, empero, que ese Partido Comunista joven, igual que sus homólogos de otros países latinoamericanos, interpretó al principio de manera simplista los planteamientos fundamentales de la IC, limitándose a la aprobación de sus resoluciones de modo sincero pero puramente formal, en vez de tener en cuenta la realidad nacional y de enfocar con espíritu creador, como corresponde a marxistas, las tareas de la lucha. Esto es totalmente comprensible e incluso era inevitable, puesto que el partido carecía de experiencia de lucha y poco conocía los trabajos capitales de Marx, Engels y Lenin, así como los documentos de la IC.

"Sin perjuicio de estos errores, por demás explicables —decía F. Pintos—, el Partido Comunista de Uruguay planteó claramente los objetivos finales de la clase trabajadora, que siempre habían sido ocultados por los partidos de la Segunda Internacional: la toma del poder político, la instauración de la dictadura del proletariado para destruir el viejo aparato del Estado capitalista, quebrar la resistencia de la clase desalojada del poder e iniciar más tarde la construcción del socialismo. Afirmó con energía su fe en el internacionalismo proletario..."[7]

El partido daba los primeros y más difíciles pasos por el camino que indicaran el gran Lenin y la Internacional Comunista, por el camino del comunismo. Rodney Arismendi ha señalado con plena razón que en el desenlace de la lucha del Partido Socialista no influyó tanto la defini-

---

5 F. R. Pintos. Op. cit., p. 159.
6 Ibídem, pp. 161-162.
7 Ibídem, p. 164.

ción exacta de las posiciones ideológicas como la propia Revolución de Octubre, el atrevimiento revolucionario de los bolcheviques, que había admirado al movimiento obrero uruguayo y conquistado sus simpatías[8]. Así ocurrió también en otros países.

4. SE CONSTITUYE EL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE

Formalmente, el PCCh se fundó más tarde que sus homólogos de Argentina, México y Uruguay. Pero en realidad la unión de la teoría revolucionaria con la práctica del movimiento obrero se consumó en Chile mucho antes, debiéndose anotar que este proceso se había desarrollado allí de manera más armónica y natural.

En junio de 1912 surgió el Partido Socialista Obrero de Chile, que agrupaba a los elementos revolucionarios consecuentes, salidos de la Gran Federación Obrera y del Partido Socialdemócrata. El nuevo partido, en cuyas filas predominaron numéricamente los obreros (hasta 90% de la militancia), era la organización de clase auténtica del proletariado chileno. La plataforma política del PSO, encabezado por Luis Emilio Recabarren y sus compañeros de lucha (Nestor Recabarren, Teresa Flores, Elías Lafertte y otros), se basó sobre los principios del socialismo científico. En la *Declaración de los Principios* se señalaba que la meta final de la lucha era el derrocamiento del capitalismo. El partido propugnó "la emancipación total de la humanidad, aboliendo las diferencias de clases y convirtiendo a todos en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo"[9].

Después del triunfo de la Revolución de Octubre los cuadros dirigentes del PSO estudiaron atentamente la experiencia de los bolcheviques y analizaron las tareas de la clase obrera en la nueva situación histórica.

Los elementos revolucionarios tuvieron mucha influencia no sólo en el propio partido, sino también en los sindicatos. Así, con la participación directa de Recabarren, la Federación Obrera de Chile se convirtió en organización de clase combativa.

El nacimiento del PCCh coronó la tesonera lucha sostenida por los marxistas en las filas de PSO y en los sindicatos. Los mejores representantes del sindicalismo revolucionario optaron por vincular su destino con el movimiento comunista.

En un ambiente de auge de la lucha obrera de masas creció la fuerza ideológica y orgánica del PSO, que iba transformándose en vanguardia marxista del proletariado. Luis Emilio Recabarren, jefe reconocido de los trabajadores chilenos, hizo inapreciable aporte a este proceso. Expulsado del país a fines de 1917 por su actividad revolucionaria, se instaló en Argentina y prosiguió allí su apasionada lid. Consagró

---

[8] Véase R. Arismendi. *La Gran Revolución Socialista de Octubre y el movimiento de liberación nacional en Uruguay*. Moscú, 1957, p. 14.

[9] *Ricardo Fonseca: Combatiente Ejemplar*. Santiago de Chile, 1952, p. 35.

muchos esfuerzos a la lucha contra el oportunismo y por la creación del Partido Socialista Internacional de Argentina. En señal de reconocimiento de sus méritos extraordinarios ante la clase obrera de ese país, el I Congreso del PSI eligió a Recabarren secretario político del partido. En 1919 regresó a Chile y se reincorporó inmediatamente a la batalla.

El movimiento obrero se encontraba entonces en una situación bastante complicada y contradictoria. Existía el peligro real de que el Partido Socialista Obrero se disolviera en una organización de masas reformista parecida al Partido Laborista inglés. A ello, precisamente, tendieron Manuel Hidalgo y otros miembros de la Junta Ejecutiva de la Federación Obrera, deseando transformar ese centro sindical en partido de masas trabajadoras, en una especie de bloque político "en defensa del progreso". Semejantes propósitos amenazaban la existencia del partido de clase del proletariado chileno. Pero Recabarren y sus compañeros de lucha —Cruz Múñoz y otros— lograron conjurar el peligro. Más aún, Recabarren fue elegido con entusiasmo presidente de la Federación Obrera de Chile.

En 1919, en su III Congreso la Federación aprobó una *Declaración de los Principios* en la que expresaba su solidaridad con la revolución rusa y se pronunciaba por la liquidación del sistema capitalista en Chile y su sustitución por el socialista. El que una organización sindical revolucionaria con 150 mil afiliados adoptara semejante programa se debió a la activa y prolongada labor política de los marxistas entre los obreros chilenos. Gracias a los esfuerzos de aquéllos, el IV Congreso de la Federación (diciembre de 1921) acordó, por mayoría de 107 votos contra 12 y 9 abstenciones, ingresar en la Internacional Sindical Roja y eligió a Recabarren su delegado al Congreso de la ISR que iba a celebrarse en Moscú. Esa actitud influyó sobre otros centros sindicales e impulsó las tendencias a la unidad combativa de la clase obrera.

Con la vigorización de la corriente marxista en el movimiento obrero fue ganando terreno entre capas trabajadoras cada vez más amplias la siguiente tesis, propugnada apasionadamente por Recabarren: "La dictadura burguesa no permite el desarrollo de la organización ni la educación progresiva del proletariado. La dictadura obrera favorece al desarrollo de la organización y el progreso de la educación con la cual desaparece toda dictadura"[10].

Recabarren, Lafertte, Fonseca y otros marxistas contribuyeron en grado máximo a la transformación del Partido Socialista Obrero en Partido Comunista de Chile.

El PSO, en su Congreso de Valparaíso, celebrado en diciembre de 1920, tomó la histórica decisión de adherirse a la III Internacional y depurar las filas partidarias de los elementos oportunistas con fines de "cristalización de las aspiraciones comunistas y de realización de nuestro programa". El congreso encargó al CC examinar la posibilidad

---

[10] *Principios*, 1965, No 110, XI-XII, p. 16.

de aceptar las 21 condiciones de ingreso en la IC y desplegar una enérgica propaganda de sus documentos en las organizaciones de base.

Se acordó también cambiar, después de consultar las células locales, el nombre del partido conforme a las exigencias de la IC. El periódico *El Socialista*, en su número del 21 de marzo de 1921 escribió lo siguiente a propósito de los resultados del congreso: "Sólo hay dos caminos a seguir: o estamos con nuestros hermanos rusos y por consiguiente con la revolución social, o no estamos con ella... Y quienes están contra el proletariado ruso, están por consecuencia lógica con la sociedad capitalista, con los opresores"[11].

En enero de 1922 se convocó el IV Congreso del PSO, que fue también el I Congreso del Partido Comunista de Chile. En la *Declaración de los Principios* de ese foro se confirmaba la "adhesión a la Internacional Comunista" y la necesidad de implantar la dictadura del proletariado en el período de transición del capitalismo al socialismo. El congreso aprobó sin reservas la decisión de ingresar en la IC y eligió el CC del partido[12].

Así surgió, en relación estrecha con el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre y con las ideas del gran Lenin, el Partido Comunista de Chile, vanguardia política combativa de la heroica clase obrera de ese país.

5. EL PRIMER CONGRESO DE LOS COMUNISTAS BRASILEÑOS

En Brasil, el proceso de creación del Partido Comunista avanzó por vías peculiares. En el movimiento obrero brasileño prevalecía el sindicalismo revolucionario. La influencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre dio lugar a tendencias nuevas en el sindicalismo. Según testimonio de O. Brandão, uno de los líderes de los sindicalistas revolucionarios, al principio se trataba de conciliar las ideas del marxismo con las del anarquismo, trazando entre ellas algo así como una línea media. De ahí que surgiera en Brasil un eclecticismo ideológico harto contradictorio, que se reflejó en los nombres de diversos grupos y corrientes: "socialistas-comunistas", "comunistas libertarios", "anarcobolcheviques", etc.

Poco a poco, en ese caos de corrientes contradictorias y teóricamente amorfas cristalizaron dos tendencias fundamentales. La mayoría defendió de manera consecuente la Rusia Soviética, se solidarizó con los "maximalistas" y la IC y, sin desembarazarse por completo de la confusión de criterios, se acercó gradualmente a la teoría marxista-leninista. Por el contrario, la minoría se negaba redondamente a abjurar de los dogmas anarquistas y censuró con creciente violencia la dictadura del proletariado, la política de los bolcheviques y la IC. Pero esta orientación fue perdiendo partidarios entre las masas, en las que la República

11 H. R. Necochea. Op. cit., p. 126.
12 Ibídem, p. 133, 134.

Soviética despertaba sentimientos de simpatía y solidaridad cada día mayores.

O. Brandão dijo posteriormente que como resultado del deslinde ideológico, en un polo se formaba el grupo de anarquistas "puros" mientras que en el otro se concentraba el de partidarios del bolchevismo, estrechamente ligados con las masas.

Entre los líderes de la segunda corriente figuraron Astrojildo Pereira, Everardo Dias, Edgard Leuenroth, João da Costa Pimenta, Otavio Brandão y otros sindicalistas revolucionarios.

En el período de 1920-1921 existió un equilibrio de fuerzas peculiar: la vieja dirección había perdido ya su prestigio de antaño, pero los jóvenes revolucionarios no tenían aún experiencia y fuerza suficientes para conducir a las masas por el nuevo camino.

El III Congreso Obrero, celebrado en 1920, se singularizó por un choque bastante violento entre ambas tendencias enfrentadas. Bajo la presión del ala izquierda, los delegados aprobaron una resolución especial expresando "un fraternal saludo al proletariado ruso, que ha levantado tan alto la antorcha de la revolución triunfante, abriendo el camino del bienestar y de la libertad a los trabajadores mundiales"[13]. En otra resolución destacaron su solidaridad con la Internacional Comunista, cuyos principios "corresponden verdaderamente a las aspiraciones de libertad e igualdad de los trabajadores de todo el mundo"[14].

En los años 1920-1921, impulsado por las ideas de la Revolución de Octubre, el movimiento obrero de masas estaba en ascenso y se profundizaba la crisis ideológica del anarquismo y el sindicalismo. Entonces los sindicalistas de izquierda y los intelectuales progresistas desplegaron enérgicos esfuerzos por crear el partido marxista y por la adhesión a la IC. Como primer paso en este sentido empezaron a formar grupos y pequeños círculos marxistas en diversas ciudades del país.

En 1918, en el Estado de Río Grande del Sur surgió la Liga comunista de liberación, encabezada por Santos Suares e Isaac Axelrod. En Porto Alegre, capital del mismo Estado, en 1919 empezó a actuar, bajo la dirección de Abílio de Nequete, la Unión de los maximalistas.

El Manifiesto emitido por esta última el 1 de noviembre de 1918 decía así: "Obreros: un impulso más y la burguesía del mundo caerá. Tened en cuenta que el impulso "maximalista", con el apoyo de los obreros y soldados, echó por tierra no sólo la secular tiranía de los Románov, sino también su satélite, la "democracia kerenskiana". Obreros: basta de indolencia, sabed de una vez para siempre que el mundo debe ser de aquellos que producen; y todo aquel que no produce es parásito y como tal no le dejaréis consumir vuestro producto...

Obreros: no deis crédito a quienes dicen ser vuestros camaradas y

13 *Problemas*. Rio de Janeiro, 1950, Nº 31, pp. 11-12.
14 Ibídem, p. 12.

defensores, pero se abstienen hasta ahora de la lucha... No creáis en palabras, sino únicamente en hechos... El maximalismo ha triunfado en Rusia y... ya está invadiendo los Imperios Centrales... alcanzará también a Brasil.. muy pronto tal vez, a despecho de todos los incrédulos..."[15]

Mensajes y octavillas similares fueron difundidos también por otros muchos grupos y círculos, que se proponían orientar el movimiento obrero hacia cauces nuevos (así actuaron el círculo de investigaciones marxistas dirigido por Cristiano Cordeiro y Rodolfo Coutinho en Recife, la célula encabezada por Hermogêneo Silva en Cruzeiro, etc.).

En un ambiente de excitación general y de aumento de las simpatías por la III Internacional, varios grupos del ala izquierda de los sindicalistas trataron de presentarse como partidos políticos para poder ingresar en la nueva Internacional.

Con este fin, la Alianza Anarquista de Rio de Janeiro, cuyos miembros se llamaban solemnemente a sí mismos "comunistas libertarios", anunció el 9 de marzo de 1919 que iba a formar el "Partido Comunista de Brasil". En junio hicieron una declaración análoga los "comunistas libertarios" de São Paulo.

En Rio de Janeiro encabezó al nuevo "partido" el grupo de Edgard Leuenroth. El "partido de los comunistas libertarios" trató de celebrar, en junio de 1919, la primera conferencia de todos los comunistas de Brasil. Acudieron a ella 22 delegados (entre ellos 5 extranjeros) de 6 Estados, principalmente de Rio de Janeiro y São Paulo. La *Declaración de los Principios*, redactada por José Leite e Oiticica, veterano del anarquismo brasileño, arrancaba del postulado de la "calurosa solidaridad con el proletariado revolucionario del mundo, que a esta hora libra abierta lucha contra el Estado y el Capitalismo" y de la adhesión a la IC.

"Ideas del anarcocomunismo y principios modernos de la libertad", iniciativa de acción ilimitada, libertad de opinión y de fracciones ("el partido admite a anarquistas, socialistas y todos los que aceptan el comunismo social"), federalismo organizativo del "partido", principio de unanimidad, desarrollo de "acciones directas" en cada lugar sin ninguna coordinación desde un centro: estos fueron los rasgos más típicos del llamado "Partido Comunista de 1919"[16].

Como señalaba con justicia A. Pereira, "en realidad, se trataba de una organización típicamente anarquista, y su denominación de "Partido Comunista" era un puro reflejo, en los medios obreros brasileños, de la poderosa influencia ejercida por la revolución proletaria triunfante de Rusia, que había sido dirigida por los comunistas de aquel país"[17].

Tenían características más o menos análogas el grupo Zumbi

[15] *O Ano Vermelho*, pp. 365, 366.
[16] Ibídem, pp. 162, 163, 164.
[17] A. Pereira. Op. cit., p. 43.

(nombre de un héroe legendario del movimiento de los negros brasileños contra la esclavitud), de Rio de Janeiro, así como otros muchos (Spartacus, Liga Comunista de Mujeres, Congregación de emancipación de la tierra y del hombre, etc.).

El más afín al marxismo fue el grupo de internacionalistas revolucionarios encabezado por Astrojildo Pereira. Contaba sólo con 12 miembros y se planteaba como meta principal la creación del partido comunista auténtico conforme a las normas de la Internacional Comunista. Ese puñado de hombres estableció contactos estrechos con las células comunistas de São Paulo, Santos, Recife y otras ciudades. A fines de 1921 actuaron enérgicamente en el país de 10 a 15 grupos comunistas, cada vez más conscientes de la necesidad de integrarse en un partido.

A preparar esa unión política, contribuyó muchísimo la revista mensual *Movimiento Comunista*, publicada por el grupo de Astrojildo Pereira en Rio de Janeiro. Su primer número (enero de 1922) llamaba a crear una organización partidaria combativa, "basada sólidamente en un mismo programa ideológico, estratégico y táctico, compuesta de las capas más conscientes del proletariado"[18].

En el mismo número de la revista se señalaba que los comunistas brasileños "se adhieren, consciente y lealmente, a la plataforma de la Internacional Comunista". A continuación se decía: "Defendemos, por consecuencia, el principio de la dictadura del proletariado. Pero entendámonos. Para la Internacional Comunista, la "dictadura del proletariado" no es frase vacía, ni mucho menos significa la pretensión del dominio partidario sobre el proletariado. Ella debe comprenderse en triple sentido: liberal, histórico y revolucionario. Debe comprenderse como condición imperativa de victoria del proletariado, como resultante concreta de la necesidad misma de organización sistemática de las fuerzas obreras contra la reacción capitalista"[19].

Como demuestran los hechos, el Partido Comunista Brasileño no surgió de improviso, sino como resultado de una amplia labor preliminar. En febrero de 1922, por iniciativa de los grupos comunistas de Porto Alegre y Rio de Janeiro comenzaron los preparativos directos para el Congreso Constituyente del PCB.

Coadyuvaron enormemente en la lucha por el partido los acuerdos del II Congreso de la IC, en el que se aprobaron las *Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista*, redactadas por Lenin. Uno de los objetivos principales de ese documento consistió en asegurar el carácter monolítico de la IC y abroquelarla contra la penetración de elementos oportunistas. Cada partido que deseara ingresar en ella debía romper completa y absolutamente con el reformismo, el centrismo y el anarquismo.

[18] Ibídem, pp. 51-52.
[19] *O Ano Vermelho*, p. 292.

En las condiciones de ingreso en la IC se recalcaban la importancia del trabajo sistemático del partido en las tropas, entre los campesinos, los sindicatos y otras organizaciones de masas obreras, la necesidad de utilizar la tribuna de los parlamentos burgueses, etc. El partido debía estructurarse según el principio del centralismo democrático. La IC destacó también la necesidad de una disciplina férrea y de la combinación de los métodos legales e ilegales de lucha.

Esos imperativos planteados por Lenin tenían inmenso sentido para las jóvenes fuerzas revolucionarias del mundo entero, señalándoles con toda claridad el único camino adecuado para construir el partido proletario de nuevo tipo, capaz de dirigir de modo revolucionario la lucha de la clase obrera.

Por supuesto que todas esas cuestiones tuvieron significación de principio también para los comunistas brasileños. Lenin puso de relieve especialmente, en sus *Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista*, que lo más importante era "cohesionar las fuerzas comunistas dispersas, ...formar en cada país un partido comunista único (o fortalecer y renovar el partido ya existente), a fin de decuplicar la labor de preparación del proletariado para conquistar el poder del Estado y, además, para conquistarlo precisamente en forma de dictadura del proletariado"[20].

La discusión sostenida entre los revolucionarios brasileños sobre diversos aspectos de la política de la IC desempeñó extraordinario papel, agrupando definitivamente en un todo único a los elementos más progresistas. En tales circunstancias trabajó el Congreso Constituyente del Partido Comunista Brasileño, convocado por iniciativa de los comunistas de Rio de Janeiro. Sus deliberaciones transcurrieron en parte en casa de A. Pereira: calle Rio Branco 651, Niterói (suburbio de la capital). Asistieron a ese foro clandestino 9 delegados de todos los grupos comunistas del país.

En los Estatutos aprobados por el congreso se precisaba que "el Partido Comunista Brasileño tiene por objeto promover el entendimiento (de la teoría marxista. — *B. K.*), la acción internacional de los trabajadores y la organización política del proletariado en partido de clase, para la conquista del poder y la transformación política y económica consecuente de la sociedad capitalista en sociedad comunista"[21].

Con el Primer Congreso de los comunistas brasileños culminó un prolongado período de desarrollo del movimiento obrero. La lucha pasó a una fase nueva. En los documentos del congreso se hacía constar que el mismo encarnaba "el espíritu sublime y la conciencia del proletariado brasileño, unido, por fin, con la vanguardia revolucionaria del proletariado internacional". En un telegrama a la IC se expresaba el caluroso

[20] V. I. Lenin. *Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista. O. C.*, t. 41, pp. 188-189.

[21] *O Ano Vermelho*, pp. 294-295.

saludo fraternal a todo el movimiento comunista mundial, personificado en su vanguardia, la Internacional Comunista. Tuvo gran importancia la aprobación unánime de un mensaje de saludo a la revolución rusa.

Los documentos del congreso acreditaban el carácter marxista del naciente Partido Comunista. Cabe anotar, empero, que ese foro se limitó a aprobar los Estatutos, pues no estuvo en condiciones de formular un amplio programa político. Los comunistas de Brasil sólo daban sus primeros pasos y no podían, claro está, asimilar de una vez, profunda y omnímodamente, la teoría marxista-leninista, como tampoco aplicarla con espíritu creador en la práctica. Antes tenían que acumular muchísima experiencia propia, "asimilar el marxismo a través de sus sufrimientos". Todo ello aún estaba por hacer. Se dejaban sentir mucho todavía las supervivencias anarquistas y sindicalistas. En el aspecto teórico, los miembros del pequeño partido recién fundado iban considerablemente rezagados respecto a sus compañeros argentinos y chilenos, que siempre prestaron el más cálido apoyo y ayuda a los comunistas brasileños.

En un Mensaje de salutación enviado por la Internacional Comunista se subrayaba que el I Congreso del Partido Comunista Brasileño era "uno de los pasos más importantes para la marcha futura del proletariado en Brasil. La constitución del Partido Comunista, la agrupación de la vanguardia en un organismo revolucionario único y disciplinado, la unión de las fuerzas conscientes de los trabajadores constituyen, en las circunstancias presentes, uno de los hechos más trascendentales..., abriendo el claro camino de la lucha del proletariado y todos los trabajadores bajo la gloriosa bandera de la Internacional Comunista, incorporando a los trabajadores brasileños al movimiento de liberación mundial"[22].

Esto era justo a todas luces. La unión del movimiento obrero con la teoría revolucionaria marxista, resultado lógico de toda la historia anterior de aquél, marcó el comienzo de una etapa cualitativamente nueva en el desarrollo del proletariado brasileño como partícipe activo de la revolución social mundial iniciada por la Gran Revolución de Octubre.

6. EL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA SE PONE AL FRENTE DE LA LUCHA OBRERA

La lucha por crear en Cuba el partido comunista tropezaba con mayores dificultades que en otros países del continente. Muchos sindicatos cubanos estaban contagiados por la ideología del panamericanismo y el "tradeunionismo puro", implantada por la Federación Americana del Trabajo, cuya política oficial reaccionaria propugnaba la consigna de "colaboración de clases" y era hostil a la Gran Revolución Socialista de Octubre y a la Rusia Soviética. El

[22] Ibídem, pp. 298-299.

imperialismo de EE.UU. campó por sus respetos en la economía cubana, reprimiendo con invariable brutalidad las acciones de clase de los obreros. Todo ello entorpecía la creación del partido comunista que tardó en constituirse hasta 1925.

La propagación de la ideología socialista en Cuba comenzó, como en otros países latinoamericanos, en los años setenta y ochenta del siglo XIX. Entonces hizo valioso aporte a la propaganda de las ideas revolucionarias (comprendidas algunas tesis teóricas de Marx y Engels) Enrique Roig y San Martín. Su enérgica actividad tuvo por objeto crear un partido obrero para oponer a la fuerza de la burguesía, nuestra fuerza; a la Internacional blanca de la burguesía, nuestra Internacional roja.

La participación heroica del proletariado cubano en la guerra de liberación nacional de 1895-1898 constituyó importante etapa en el afianzamiento de su concepción revolucionaria del mundo. "El cubano obrero —citamos a José Martí, guía de la revolución—... en el tesoro de la justicia y del honor humano, echó con las manos fuertes su óbolo sin nombre..., llenó de amor el corazón, y la patria de orgullo".

Desarrollando las ideas antimperialistas y revolucionarias de José Martí y animado por el deseo de pertrechar a los trabajadores cubanos con la doctrina de Marx y Engels, un grupo de socialistas encabezado por el obrero Carlos Baliño, compañero de lucha de Martí, en 1904 fundó el Partido Obrero de Cuba. En octubre del año siguiente, habiendo cambiado ese nombre por el de Partido Socialista Obrero, Baliño y sus compañeros llamaron explícitamente "a la posesión, por la clase proletaria, del Poder Político; a la conversión de la propiedad individual o corporativa en propiedad colectiva o común... la emancipación más completa de la clase proletaria, aboliéndose las clases sociales para que no exista más que una de trabajadores dueños del fruto de su trabajo, libres, honrados, inteligentes e iguales"[23].

Pero la corriente marxista en aquellos años no pudo adquirir carácter de masas. La intervención militar estadounidense de 1906-1908 asestó fuerte golpe al movimiento revolucionario isleño. El gobierno reaccionario de Menocal, que asumió el poder en 1912, descargó nuevas represiones contra la lucha obrera, pero no logró sofocarla. Presididos por Baliño los socialistas de La Habana prosiguieron su actividad propagandística clandestina. Durante la primera guerra mundial y sobre todo bajo la influencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre creció rápidamente el movimiento huelguístico. En febrero de 1917 estalló una insurrección armada contra el odiado gobierno de Menocal. EE.UU. volvió a ocupar la isla y sus tropas permanecieron allí hasta 1922. Esto suponía nuevos obstáculos para el movimiento obrero revolucionario, pero nada ni nadie podía ya detener el ascenso de la lucha de clases.

[23] *Granma*, 14 de agosto de 1975.

El agravamiento de los antagonismos sociales, la intensificación de la actividad política del proletariado y especialmente el amplio movimiento de solidaridad con la República de los Soviets sacaron del letargo las ingentes energías espirituales del pueblo cubano. Aumentó con rapidez el prestigio de la corriente revolucionaria internacionalista. Tuvo considerable influencia en Cuba el ejemplo de otros países latinoamericanos donde se habían creado ya e iniciaban su heroica lucha los partidos comunistas.

Los primeros pasos concretos encaminados a fundar el partido marxista-leninista de la clase obrera cubana se dieron en los años 1918-1920, por iniciativa del Partido Socialista Obrero de La Habana y su guía, Carlos Baliño.

Una conferencia de los socialistas de izquierda aprobó en julio de 1922 la *Declaración de los Principios* preparada por Baliño, en la que se destacaba la necesidad de crear un partido marxista único y solidarizarse con la III Internacional. Esa idea había sido lanzada ya con anterioridad por algunos revolucionarios cubanos; por ejemplo, la expuso Antonio María Penichet Gómez en una conferencia titulada *El movimiento proletario y el gobierno de los Soviets* que dio para auditorio obrero en mayo de 1919. Alejandro Barreiro y otros muchos habían llamado ya a que "las ideas bolcheviques penetren en el seno mismo de las masas de obreros y soldados". De modo que estaba preparado ya el terreno ideológico para que los elementos marxistas pudieran unirse en base al reconocimiento del Poder soviético y de la política de la Internacional Comunista. Poco después se asociaron a ellos algunos sindicalistas de izquierda y el grupo estudiantil encabezado por Julio Antonio Mella.

En marzo de 1923, los partidarios de la IC se unieron en la Asociación comunista de La Habana. Luego surgieron grupos comunistas en otras ciudades. La corriente marxista fue cobrando vigor. Empezó a publicar su periódico (*Lucha de clases*), estableció contactos con los comunistas de México y de EE.UU. e impulsó la propaganda política entre los obreros.

La labor ideológica de los comunistas cubanos se amplió particularmente en 1924, después de que por telégrafo llegara la triste noticia de la muerte de Vladímir Ilich Lenin. En un artículo publicado por el periódico *La Noche* el 24 de enero se decía: "Lenin llegó a ser el hombre más célebre de la época, por ser el eje del movimiento social más extraordinario que se ha producido en el Orbe... Lenin fue la cabeza de esta gran revolución... El capitaneó las huestes que se alistaron bajo las banderas rojas, y las llevó al triunfo... esparciendo por el mundo las semillas prolíficas de esta nueva siembra, que ha prosperado hasta en los más remotos confines de la Tierra..."[24]

[24] *La Revolución de Octubre y su repercusión en Cuba*. La Habana, 1967, pp. 56-57.

Antonio Bosh Martínez, alcalde de Regla, pequeña ciudad próxima a La Habana, en cumplimiento de la voluntad de los ciudadanos dictó un decreto especial diciendo que con su actividad social Lenin había demostrado ser un Gran Ciudadano del Mundo y ganado el reconocimiento de todos los habitantes del globo terráqueo. En señal de profundo amor a Lenin se celebró una ceremonia fúnebre en la colina de Fortín. Para honrar la memoria del jefe de la Revolución de Octubre se plantó un olivo, y desde entonces los cubanos llaman a ese lugar Colina de Lenin. Los oradores comunistas relataron en un mitin la vida y lucha de Lenin.

En medio de una tesonera e intransigente lucha con los oportunistas, a pesar de las represalias gubernamentales, la presión ideológica de la FAT y otros obstáculos, los marxistas cubanos al fin y al cabo lograron en agosto de 1925 celebrar ilegalmente un congreso y constituir el Partido Comunista, que contaba con más de 200 miembros. El congreso definió la actitud hacia la IC, resolviendo por unanimidad su adhesión. Se eligió el Comité Central integrado por C. Baliño, J. A. Mella, A. Barreiro y otras personalidades, así como se aprobaron los Estatutos del partido y varias resoluciones políticas importantes sobre la labor entre las masas.

Por cierto que muchos miembros del joven Partido Comunista no eran todavía marxistas-leninistas consumados, gravitando sobre ellos el peso de las tradiciones anarquistas. Fabio Grobart uno de los fundadores del partido, tiene razón al señalar que más bien eran comunistas por imperativo del corazón. Deseaban con toda su alma la felicidad para la clase obrera, para su pueblo, pero carecían de los conocimientos necesarios para comprender cómo se podía conquistarla.

Al parecer, fue precisamente esta circunstancia la que impidió que el Congreso Constituyente formulase el programa del partido, si bien trazó una plataforma de lucha concreta.

Los delegados dedicaron mucha atención al problema campesino, a la labor en medio del proletariado agrícola y al movimiento sindical. El congreso expresó su cálida solidaridad con el proletariado internacional, la Rusia Soviética y la IC.

El nacimiento del Partido Comunista de Cuba fue lógica culminación del desarrollo del movimiento liberador, revolucionario y obrero isleño.

Al hacer uso de la palabra en una reunión solemne celebrada para honrar el cincuentenario del primer partido marxista-leninista de Cuba, Fidel Castro, destacado revolucionario de nuestra época, puso de relieve que la victoria de la revolución socialista y la constitución de un Estado obrero y campesino en Rusia habían ejercido una extraordinaria influencia inspiradora sobre el desarrollo del proceso revolucionario en el mundo entero. El Partido Comunista de Cuba —dijo— "surge ya con una clara concepción marxista-leninista en

todas las cuestiones fundamentales. Recibe el bagaje y la herencia del movimiento comunista internacional y especialmente de la Revolución de Octubre"[25].

* * *

Al resumir los rasgos fundamentales que caracterizaron la gestación del movimiento comunista en América Latina, es preciso recalcar lo siguiente.

Este proceso estaba preparado por la evolución del movimiento proletario de los años anteriores y su premisa objetiva principal consistió en que había concluido, en lo fundamental, la formación del proletariado como clase en los países latinoamericanos más desarrollados.

El mismo proceso adquirió forma política real bajo la inmensa influencia ideológica del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre y del leninismo. Al expresar esta idea en nombre de todos los comunistas latinoamericanos, E. Viera, miembro del CC del Partido Comunista del Uruguay, dijo: Nos consideramos con orgullo hijos de la Gran Revolución de Octubre; nacimos con su aurora, y su calor favoreció a modo de benéficos rayos del sol nuestro crecimiento y desarrollo[26].

El proceso en cuestión se llevó a cabo de manera distinta en cada país. En Chile, sobre la base del fortalecimiento de las tendencias marxistas dentro de los marcos del Partido Socialista Obrero; en Argentina y Uruguay, como resultado de la escisión de los viejos partidos socialistas, el deslinde ideológico y la formación de partidos de tipo leninista; en Brasil, gracias a la actitud de aquellos sindicalistas revolucionarios que abrazaron el marxismo; en México, mediante la creación de grupos comunistas autónomos, opuestos a los sindicatos reformistas; en Cuba, como consecuencia de la evolución ideológica de los socialistas de izquierda y los demócratas revolucionarios, que pasaron del antimperialismo consecuente al marxismo, reconociendo el papel del proletariado como fuerza rectora en la lucha por la liberación nacional y social. También en otros países del continente, donde los partidos comunistas surgieron más tarde, se dejó sentir la beneficiosa influencia de la Gran Revolución de Octubre y del leninismo.

En 1920 aparecieron las células comunistas en Martinica; en 1922 se formó un pequeño círculo marxista-leninista en Guatemala, y dos años después, otro análogo en Honduras. Pero no se logró entonces crear partidos en esos países. En Guatemala existió desde 1924 el Partido

25 *Granma*, 25 de agosto de 1975.
26 Véase *Partiinaya Zhizn*, 1969, Nº 17, p. 60.

Comunista, pero fue aplastado en 1932. A fines de los años veinte y principios de los treinta, tras tensa lucha surgieron partidos comunistas en varios países más. En 1926 se constituyó, sobre la base de grupos pequeños, el Partido Comunista de Ecuador, y en 1928 el Partido Comunista Peruano encabezado por el distinguido marxista-leninista José Carlos Mariátegui. Los comunistas de Perú, como sus compañeros de otros Estados, actuaron durante muchos años en la clandestinidad. La propagación del marxismo tropezó allí con dificultades particulares porque entre las masas peruanas gozaba de considerable influencia la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), partido nacional-reformista pequeñoburgués. Su líder, Haya de la Torre, haciéndose pasar por enemigo del imperialismo, por revolucionario y poco menos que "marxista", consideraba inaplicable la teoría del socialismo científico en las condiciones de Perú. Este personaje acabó traicionando totalmente los intereses de los trabajadores y rodó hacia posiciones de ruin servilismo ante el imperialismo. En la lucha contra el aprismo, el Partido Comunista Peruano se vigorizó ideológicamente y desplegó amplia labor entre las masas. En 1928 se celebró también el Congreso Constituyente del Partido Comunista Paraguayo.

Durante la crisis económica mundial, poco después de la I Conferencia de los comunistas latinoamericanos (1929), se fundaron partidos marxistas-leninistas en Colombia, El Salvador y Panamá (1930); Venezuela y Costa Rica (1931), y Puerto Rico (1934). En 1939, poco antes de la guerra, se verificó el Congreso Constituyente del Partido Socialista Nicaragüense.

El ascenso del movimiento obrero y antifascista internacional en los años de la segunda conflagración mundial y la derrota de la Alemania hitleriana infundieron nuevas energías a las fuerzas marxistas de los países más atrasados y de las colonias del continente, estimulando la formación de sus organizaciones nacionales. En 1944 se constituyeron oficialmente los partidos comunistas en Guatemala y República Dominicana, así como federaciones del Partido Comunista Francés en Martinica y Guadalupe, "departamentos ultramarinos" de Francia. El año 1950 trajo la formación de dos partidos más: en Bolivia y Guayana Británica (ahora Guyana). En 1957-1958, las federaciones martiniquesa y guadalupense del PCF pasaron a ser organizaciones autónomas. Desde 1959 actuó el Partido Comunista en la República de Haití.

Así pues, el movimiento comunista pasó a abarcar todos los países al sur del Río Grande, llegando a ser importante fuerza política continental y vanguardia combativa del proceso revolucionario. Ahora hay en América Latina más de 500 mil comunistas.

Se ha engrosado incomparablemente el proletariado latinoamericano: en 1917, los proletarios sumaban menos de 3 millones, y ahora son más de 40 millones.

América Latina ha dejado de ser una periferia atrasada del sistema capitalista, como lo era en el período de la primera guerra mundial. Han cambiado de raíz la correlación de las fuerzas de clase continentales y el nivel de organización de los trabajadores, se ha enriquecido el arsenal de medios combativos de lucha revolucionaria de las masas y es más alta su conciencia política. En todos esos cambios se revela invariablemente la influencia positiva de la Revolución de Octubre, de las ideas del bolchevismo y la doctrina del gran Lenin.

Capítulo VI

LAS TRADICIONES DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y LOS ACTUALES PROCESOS REVOLUCIONARIOS EN AMERICA LATINA

1. EL IMPERIALISMO ES EL ENEMIGO PRINCIPAL DE LOS PUEBLOS LATINOAMERICANOS

La experiencia de la Gran Revolución de Octubre y del proceso revolucionario mundial, así como la prolongada historia de la lucha de clases y del movimiento de liberación de América Latina, prueban a ciencia cierta que la teoría leninista del imperialismo no ha perdido en lo más mínimo su valor científico y político. La etapa actual de la crisis del capitalismo monopolista de Estado y de todo el sistema imperialista muestra que los rasgos principales de la fase superior del capitalismo, determinados por Lenin, lejos de extinguirse, aparecen aún más nítidamente.

En las presentes circunstancias adquiere especial significado para América Latina uno de esos rasgos definidos por Lenin: "En el aspecto político el imperialismo es, en general, una tendencia a la violencia y a la reacción"[1].

Lenin señaló que la parte política de la definición del imperialismo dada por C. Kautsky era "extremadamente incompleta"[2], porque Kautsky todo lo reducía a la política colonial haciendo caso omiso de que "las particularidades políticas del imperialismo son la reacción en toda la línea y la intensificación del yugo nacional"[3], "la reacción en toda la línea, sea cual fuere el régimen político"[4], "la "negación" *de la democracia en general, de toda la democracia*"[5]

El imperialismo origina ante todo la tendencia insuperable a la violencia y a la reacción en la esfera de la dirección política de la sociedad. "El viraje *de* la democracia *a* la reacción política constituye la superestructura política de la nueva economía, del capitalismo monopolista —decía Lenin—... La democracia corresponde a la libre competencia. La reacción política corresponde al monopolio"[6].

Este fenómeno predetermina en muchos aspectos otros rasgos reaccionarios del imperialismo. Como es notorio, el fascismo y el neofascismo son la forma de expresión extrema de dicha tendencia.

---

[1] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. O. C.*, t. 27, p. 388.
[2] Ibídem.
[3] Ibídem, p. 408.
[4] Ibídem, p. 419.
[5] V. I. Lenin. *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista". O. C.*, t. 30, p. 93.
[6] Ibídem.

El que la cúspide monopolista tienda a renunciar a la democracia, empero, no significa que pueda hacerlo prácticamente por completo y en cualquier momento. Como hizo constar la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969, "Allí donde los explotadores no se ven en condiciones de asegurar el "orden" que necesitan en los marcos de la democracia burguesa, el poder es entregado a manos de regímenes abiertamente terroristas de tipo fascista"[7]. Con la particularidad de que el desenlace no está predeterminado de antemano, sino que depende de la real correlación de fuerzas y de la situación política concreta. El fascismo puede ser conjurado, y allí donde ha vencido temporalmente es posible y necesario erradicarlo. Como quiera que la tendencia de los monopolios a la "reacción en toda la línea" es consustancial al imperialismo, en la sociedad surge una contratendencia, que propugna la democracia política y, más aún, exige ampliarla al máximo y darle una orientación antimonopolista (antifascista). Esa tendencia progresista tiene su intérprete y base social en la clase obrera, especialmente en su vanguardia revolucionaria guiada por el movimiento comunista internacional.

Cuando las fuerzas de la revolución amenazan los propios pilares del capitalismo, éste busca la salvación en el fascismo. Así ocurrió, por ejemplo, en Chile en 1973.

Ahora el neofascismo ha vencido temporalmente en varios países latinoamericanos y se ha activado en Europa Occidental. Métodos fascistas se emplean también para combatir el movimiento revolucionario de masas en otros países. Todo ello acredita que la tendencia a la reacción en toda la línea sigue siendo rasgo inmanente del imperialismo.

Pero la propensión del capital monopolista (principalmente de sus grupos más agresivos y militaristas) al régimen reaccionario tropieza hoy con la resistencia del socialismo mundial, de la clase obrera internacional y de todos los movimientos democráticos y antimperialistas que constituyen pujante fuerza capaz de cerrar el paso a la reacción y al fascismo, de salvaguardar y adelantar la democracia.

La lucha contra la política del imperialismo, por sofrenar sus designios agresivos y reaccionarios, ha alcanzado ya grandes progresos. Entre los de mayor alcance figuran el derrocamiento de los regímenes fascistas en Portugal y Grecia, la bancarrota del franquismo en España y la distensión internacional.

Por lo que respecta a América Latina, el imperialismo encabezado por los monopolios de EE.UU. sigue oponiéndose siempre y en todas partes a la lucha de los pueblos por su independencia económica y auténtica soberanía política. El imperialismo contemporáneo aplica en este plano la vieja política colonial, si bien ha cambiado de métodos.

La bárbara explotación de los recursos naturales y humanos latino-

---

[7] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, Moscú, 1969*, p. 151.

americanos reporta pingües beneficios a los monopolios extranjeros. La Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969 se expresó así sobre este particular: "*En los países de América Latina*, el imperialismo norteamericano acentúa su penetración económica y su intromisión política, ideológica y cultural. En alianza con las fuerzas reaccionarias latinoamericanas, orienta su política a impedir que otros pueblos sigan el ejemplo de Cuba. Aplasta cualquier acción encaminada a conseguir una genuina independencia económica y política... Otras potencias imperialistas, particularmente Alemania Federal y Japón, se esfuerzan también por afianzarse en el continente"[8].

Como se sabe, una "de las bases económicas más esenciales del imperialismo"[9] es la exportación de capitales. Durante la posguerra, el volumen global de las inversiones privadas de EE.UU. en América Latina se ha triplicado con creces, y las correspondientes a la industria transformadora se multiplicaron por casi 10.

La penetración del capital extranjero en la industria latinoamericana reviste cada vez más la forma de "compañías mixtas", que le ofrece la ventaja de beneficiarse con la protección del Estado y todo género de privilegios, subsidios y pedidos.

La dependencia económica del continente respecto al imperialismo extranjero es fruto del prolongado desarrollo histórico de la división del trabajo en la economía capitalista mundial. La predominancia de la producción agraria y de materias primas y el carácter "natural" de la exportación latinoamericana (integrada en proporción de 90% por productos alimenticios, combustibles y materias primas) atan sólidamente el continente al mercado mundial capitalista. Alrededor de un tercio de la exportación continental está a cargo de compañías estadounidenses o sus empresas filiales, y si se tienen en cuenta las de otros Estados resultará que todas ellas controlan directamente casi la mitad de la exportación global latinoamericana. Ese control tiene importancia extraordinaria para el imperialismo. Por ejemplo, EE.UU. obtiene de América Latina el 99,5% del estaño que necesita, el 39% del mineral de hierro, el 44,1% del cobre, el 60,6% del zinc, etc. En la importación latinoamericana asciende al 60% la parte de los equipos y artículos industriales.

Para América Latina, la afluencia de capitales extranjeros es un "medicamento" que mutila su economía antes de curarla. Según datos de la ONU, cada dólar invertido en ella reporta 3,1 dólares de beneficio neto[10].

A raíz de su dependencia respecto al imperialismo, el continente

[8] Ibídem, p. 12.
[9] V. I. Lenin. *El imperialismo, fase superior del capitalismo. O. C.*, t. 27, p. 297.
[10] Véase *Revista Internacional*, 1970, Nº 3, p. 69.

pierde anualmente de 4.000 a 4.500 millones de dólares. Esto significa que cada latinoamericano adulto paga al imperialismo alrededor de 50 dólares al año.

Como ha señalado con razón R. Arismendi, "existe un antagonismo básico entre la corriente medular de la soberanía y libertad nacionales de estos países (de América Latina. –*B.K.*) y los monopolios norteamericanos. Son dos tendencias opuestas e irreductibles del desarrollo histórico contemporáneo"[11].

Congruentemente, la tarea primordial de los procesos revolucionarios actuales del continente consiste en extirpar las raíces económicas del imperialismo, desalojar los monopolios extranjeros y conquistar una genuina independencia económica.

Esto es ahora tanto más importante por cuanto el complejo de la industria de guerra imperialista impulsa, como antes, la carrera armamentista, entorpece el afianzamiento de la distensión internacional y elabora nuevos tipos de armas nucleares, así como especies y sistemas de armas de exterminio masivo aún más destructivos. Como destacó Leonid Brézhnev en una entrevista concedida al comentador político estadounidense J. Kingsbury-Smith, el cese de la carrera de armamentos "guarda relación directa con la tarea principal de nuestro tiempo: impedir la guerra nuclear"[12].

La Unión Soviética, otros países socialistas y todas las fuerzas progresistas de la Tierra combaten con firmeza y resolución la tendencia reaccionaria de los círculos más agresivos del imperialismo a una nueva guerra mundial, defendiendo activamente la paz, la calma y seguridad de los pueblos. En las nuevas condiciones históricas, el imperialismo no puede pasar por alto los cambios cualitativos de la correlación real de fuerzas, favorables para el socialismo, tiene que adaptarse y maniobrar, pero no por ello cambia ni puede cambiar su esencia reaccionaria y agresiva. Los círculos dirigentes de la OTAN y otros bloques militares agresivos de Estados capitalistas, para justificar la carrera armamentista tratan de intimidar a la población insinuando que desde el comienzo de la distensión ha aumentado la "amenaza bélica" por parte de la URSS y que por eso la limitación de los armamentos pone en peligro la seguridad nacional. L. Brézhnev puso al desnudo el carácter gratuito y nocivo de esa actitud, señalando que "la Unión Soviética no amenaza ni se propone agredir a nadie... Hoy supone un riesgo mucho mayor para la seguridad general la inacción, el dejar que prosiga la carrera armamentista irrefrenable"[13].

La política exterior leninista del PCUS y de la Unión Soviética nacen del criterio de que la coexistencia pacífica de los Estados socialmente distintos es necesaria, de que es posible superar las aspiraciones

[11] R. Arismendi. *Para el Prontuario del Dólar*, p.,246.
[12] *Pravda*, 30 de diciembre de 1976.
[13] Ibídem.

belicistas del imperialismo y asegurar una paz democrática duradera en la Tierra.

La lucha de los pueblos por la paz, contra la amenaza de una nueva guerra mundial, por el afianzamiento de la soberanía nacional, contra el colonialismo y el neocolonialismo en todas sus manifestaciones, por la orientación socialista del desarrollo, es una de las numerosas formas en que los trabajadores del mundo entero se oponen legítimamente a la política reaccionaria del imperialismo.

El movimiento antimperialista de masas, en cuya vanguardia se encuentra la clase obrera, constituye un elemento importante del proceso revolucionario mundial.

En América Latina, la lucha contra el imperialismo y la reacción ha alcanzado éxitos considerables, entre los que se destaca por su importancia el triunfo de la heroica Revolución Cubana.

En el Informe al XXV Congreso del partido, Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, puso de relieve lo siguiente: "El socialismo ha arraigado firmemente en el suelo cubano. No alcanzaron su objetivo los esfuerzos del imperialismo norteamericano, que sigue aferrado aún a la política de bloqueo diplomático y económico. Al mismo tiempo, la situación internacional de Cuba y su prestigio se han fortalecido. El Congreso de los comunistas cubanos, la Plataforma Programática del partido y la nueva Constitución del país evidencian que el primer Estado socialista del Hemisferio Occidental avanza a paso firme"[14].

Continúa avanzando el movimiento antimperialista liberador en otros países de América Latina; la vanguardia de sus fuerzas progresistas la forman en todas partes la clase obrera y sus partidos comunistas.

2. INFLUENCIA DEL SOCIALISMO REAL EN EL AUMENTO DE LA CONCIENCIA POLITICA DE LA CLASE OBRERA

En las condiciones actuales, prosigue la influencia ideológica y política de la Gran Revolución de Octubre sobre el desarrollo del proletariado latinoamericano, revistiendo formas nuevas y aumentando sin cesar.

El proceso revolucionario mundial de nuestra época encierra una regularidad lógica muy importante: el socialismo real incide cada vez más sobre toda la marcha de la historia y en primer lugar sobre el desarrollo de la lucha de clases en los países capitalistas. El proletariado y todos los trabajadores latinoamericanos experimentan profundamente la influencia inspiradora del socialismo.

Desde mediados de los años cincuenta y, más aún después del triunfo de la Revolucón Socialista Cubana, el problema de la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario, de la alianza bajo su dirección de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas —problema que antes se planteaba principalmente en el

[14] *Documentos del XXV Congreso del PCUS,* ed. en ruso. Moscú, 1976, p. 7.

plano teórico— constituye el eje de la lucha práctica cotidiana.

De ahí que sea importante enjuiciar serenamente el grado de conciencia política actual de la clase obrera latinoamericana, la medida en que ésta ha asimilado los principios del socialismo científico y el internacionalismo proletario.

Aquí se deben tener en cuenta ante todo dos factores. Por una parte, la formación de la conciencia política del proletariado, determinada por el desarrollo objetivo de la lucha de clases, se acelera bajo la influencia revolucionaria del sistema socialista mundial. Por otro lado, el imperialismo y la burguesía local, valiéndose de la mendaz propaganda anticomunista, procuran debilitar la influencia del socialismo y retener a los obreros en las redes de la ideología burguesa, del reformismo nacionalista y el conformismo político.

Sin embargo, como se señala en los documentos de los partidos comunistas latinoamericanos, entre el socialismo y las masas trabajadoras del continente existe una permanente ligazón estrecha. El socialismo, venciendo todos los obstáculos que ponen los enemigos de la clase obrera, encuentra el camino de las grandes masas trabajadoras.

La formación y consolidación de la conciencia de clase obrera, tanto en los países latinoamericanos como en los demás Estados del mundo capitalista, pueden comprenderse sólo en el contexto del desarrollo general del movimiento obrero internacional, de la lucha inherente a la época de transición del capitalismo al socialismo.

La ciencia y la propaganda burguesas, que tergiversan y embrollan esos problemas, han tratado de sembrar entre los obreros la desconfianza hacia el socialismo científico, de impedir el acercamiento internacional entre los proletarios. Esto es lo que persiguen las afirmaciones revisionistas acerca de la inaplicabilidad del marxismo-leninismo en las condiciones de América Latina y la permanente propaganda anticomunista y antisoviética. En los planes estratégicos del imperialismo se asigna notable papel a la organización del bloqueo ideológico del continente para preservarlo de la influencia revolucionaria que ejercen los países de la comunidad socialista. Pero todos los cálculos basados en el avasallamiento espiritual y político de la clase obrera, las esperanzas de verla "integrada" en el sistema capitalista, se vienen abajo. "La Revolución Cubana —se dice en el Documento de la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros (1969, Moscú)— rompió la cadena de la opresión imperialista en América Latina y condujo a la creación del primer Estado socialista en el continente, marcando un histórico viraje, abriendo una nueva etapa en el movimiento revolucionario latinoamericano. En esta zona del mundo se desarrollan combativos movimientos democráticos y antimperialistas, así como procesos revolucionarios que abrirán el camino al socialismo"[15].

[15] *Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, Moscú, 1969,* p. 26.

La historia del proceso revolucionario internacional posterior a 1917 muestra diáfanamente que el socialismo inspira y estimula la organización y la lucha del proletariado. Como acreditan los hechos, el sistema socialista mundial es "*la fuerza decisiva en la lucha antimperialista.* Todas las luchas de liberación cuentan con su insustituible apoyo, sobre todo con el de la Unión Soviética"[16].

En el plano histórico, la influencia del socialismo puede considerarse como proceso ascendente, que convencionalmente se puede dividir en tres etapas. La primera abarca el período en que en el mundo había un solo Estado socialista: la Unión Soviética. La victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre impulsó la lucha de clase del proletariado latinoamericano y coadyuvó a hacer germinar e institucionalizar el movimiento comunista. Entonces se alcanzaron éxitos tan importantes como la celebración de la Primera conferencia de los comunistas latinoamericanos, en 1929; la creación, en el mismo año, de una Confederación sindical única del continente, presidida por los comunistas; la llegada al poder del Frente Popular en Chile, en 1938; la lucha por un frente antimperialista y antifascista único en Brasil, Uruguay y otros países.

La influencia del socialismo en la conciencia política del proletariado tuvo una manifestación más amplia y activa durante la segunda etapa, es decir, en los años de la guerra contra el fascismo e inmediatamente después, con la formación del sistema socialista mundial. La lucha del proletariado contra el fascismo y la solidaridad con la URSS adquirieron mayor vuelo en todos los países latinoamericanos contribuyendo a elevar la conciencia política de los obreros y su interés por la ideología marxista-leninista. El movimiento comunista se amplió en todas partes, completándolo sobre todo obreros de la nueva generación. El fortalecimiento de las posiciones internacionales del socialismo y su extensión geográfica dieron lugar al ascenso del movimiento obrero y revolucionario continental.

La tercera etapa, que abarca desde mediados de los años cincuenta hasta la actualidad, se distingue por el acrecentado papel del socialismo en la vida económica, política e ideológica mundial. El robustecimiento de la comunidad socialista y los adelantos económicos, científicos y técnicos de la URSS probaron la superioridad histórica del socialismo. Tuvieron destacada importancia también la edificación de la sociedad socialista en Cuba y el apoyo prestado a ella por la política internacionalista consecuente de la Unión Soviética y otros países socialistas. Todo ello atrajo la atención de millones de latinoamericanos hacia el socialismo y aceleró la politización de las masas. La actividad del Gobierno revolucionario de Salvador Allende en Chile (1970-1973) contribuyó a su vez a propagar los ideales socialistas entre los obreros del continente.

---

16 Ibídem, p. 18.

Cuanto más tenso ha sido el enfrentamiento entre las fuerzas progresistas y las reaccionarias, tanto mayor significación adquirió —para el movimiento revolucionario mundial y ante todo para el proletariado internacional— la influencia ideológica y política del socialismo. "Al hacerse más maduro —dijo L. Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS, en la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969—, el régimen socialista descubre con mayor plenitud las ventajas de su organización económica y sociopolítica y de la genuina democracia que le es propia. Todo ello es una contribución real y de peso a nuestra causa común, a la causa del fortalecimiento del frente antimperialista"[17].

Los éxitos reales del socialismo aumentan la fuerza de atracción de las ideas comunistas. Como destacara Lenin, "el ejemplo vivo, el inicio práctico de la obra en un país cualquiera es más eficaz que todas las proclamas y conferencias: eso es lo que enardece a las masas trabajadoras en todos los países"[18].

Tienen magna importancia los adelantos económicos y sociales del socialismo. Las masas obreras de los países capitalistas y de los emergentes, impresionadas por esas realizaciones, intensifican su resistencia a la explotación y ven más claro el objetivo de su lucha económica, política e ideológica.

"Ahora, como más influimos en la revolución mundial es con nuestra política económica —recalcaba Lenin—... En este terreno la lucha se lleva ya en escala mundial. Si cumplimos esta tarea ganaremos en escala internacional de seguro y definitivamente"[19].

En 1917, el socialismo proporcionaba menos del 3% de la producción industrial del mundo; en la actualidad, casi 40% de la producción mundial se debe a los países de la comunidad socialista. El desarrollo económico de estos países, exento de crisis, aproxima la victoria final del socialismo sobre el capitalismo en la esfera de la producción material a escala mundial.

Rodney Arismendi, guía de los comunistas uruguayos, en el XXIII Congreso del PCUS definió así el significado de los adelantos económicos de la URSS: Cada cifra vuestra es un golpe frontal al imperialismo, una luz inspiradora para la clase obrera y todos los oprimidos del mundo; contribuye a nuevos éxitos de la democracia, de la liberación nacional y del socialismo[20].

Constituye un aspecto especial de la influencia del socialismo el programa social encaminado a mejorar las condiciones de vida del pueblo, a elevar su nivel cultural y educativo, a superar la disparidad

---

17 Ibídem, p. 153.

18 V. I. Lenin. *III Congreso de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia. O. C.*, t. 35, p. 278.

19 V. I. Lenin. *X Conferencia de toda Rusia del PC(b) de Rusia. O. C.*, t. 43, p. 341.

20 Véase *Pravda*, 4 de abril de 1966.

existente entre la vida de la población rural y la urbana de la URSS, etc. El aumento del bienestar de los trabajadores es un problema social importante. El hecho de que el régimen socialista empezara triunfando en países caracterizados por el nivel medio o incluso bajo de desarrollo económico dificultó sensiblemente, durante un período prolongado, la revelación de las ventajas de la nueva sociedad sobre la vieja. Los enemigos del socialismo no escatimaron esfuerzos para poner por las nubes las "ventajas" de la sociedad "de consumo" del capitalismo desarrollado, inventando todo género de teorías sobre una sociedad "de masas" y de "bienestar general", así como los mitos acerca de que cualquier pobre puede llegar a ser un Rockefeller. Esas soflamas tienen por objeto, ante todo, sembrar la ilusión de que el capitalismo es rico, y el socialismo, pobre e incapaz de superar la barrera del atraso. Sin embargo, como certifican los hechos, semejante propaganda tropieza con dificultades cada vez mayores.

En la historia del socialismo mundial ocupa especial lugar la séptima década del siglo, cuando varios Estados socialistas terminaron de colocar los cimientos del socialismo y pasaron a construir la sociedad socialista desarrollada.

América Latina lo percibe no sólo en el plano puramente teórico, sino también en hechos prácticos concretos. Sus países gozan en mayores proporciones de la asistencia técnico-económica de la URSS y otros Estados socialistas (créditos, empréstitos, construcción de unidades industriales, envío de especialistas, etc.).

Ejerce inmensa influencia sobre los trabajadores latinoamericanos el florecimiento de la cultura, la ciencia y la técnica socialistas, que sirven para asegurar el bienestar de todo el pueblo. Los éxitos de los países socialistas prueban realmente la posibilidad de superar en breve plazo el atraso educacional y cultural, de utilizar plenamente dotes y talentos individuales en bien de toda la sociedad.

La ampliación y perfeccionamiento continuos de la democracia socialista, la participación activa de los sindicatos y otras organizaciones de masas en la dirección de todos los aspectos de la vida de la sociedad, la libertad auténtica del individuo, la solucitud por el hombre, la igualdad jurídica y prosperidad de las naciones y razas, la amistad de los pueblos en los países socialistas, todo eso impulsa poderosamente la lucha de los trabajadores del mundo capitalista y refuerza su conciencia revolucionaria.

La influencia ideológica y política del socialismo sobre las masas incluye como factor específico la política exterior de los Estados socialistas, que se manifiestan en defensa de la paz, por la igualdad de derechos de los pueblos, contra el neocolonialismo. Desde que fue promulgado el Decreto de la Paz, la política exterior de la URSS y otros países de la comunidad socialista encarna la línea de clase del proletariado triunfante, su actitud de clase con respecto a los problemas mundiales.

La coexistencia pacífica no significa la conciliación ideológica entre capitalismo y comunismo.

La opinión pública latinoamericana recibió con particular entusiasmo la iniciativa soviética encaminada a la distensión internacional, gracias a la cual se han creado condiciones más favorables no sólo para los pueblos de los Estados socialistas, empeñados en la edificación del socialismo y el comunismo, sino también para los pueblos de los países de alto desarrollo capitalista que luchan por una democracia avanzada y el socialismo, y de los países que se han emancipado ya del yugo imperialista o luchan por sacudírselo, por conquistar y afianzar su independencia.

Así pues, la influencia revolucionaria del socialismo sobre la clase obrera y todas las fuerzas progresistas de América Latina incluye todo un conjunto de factores. Pero sería erróneo pensar que la clase obrera asimila la ideología socialista de manera automática. En realidad, la hace suya paulatinamente, en el curso de una lucha tenaz y a medida que acumula su experiencia de clase en sí que conduce a la percepción consciente de las ideas socialistas.

El desarrollo de la conciencia de clase proletaria es frenado, empero, por el atraso cultural objetivamente determinado, así como por el pensamiento conformista y la idea de la inmutabilidad de las instituciones existentes, que el régimen capitalista impone. La influencia del socialismo en los trabajadores de América Latina reviste un carácter dialéctico complejo, incidiendo sobre este proceso, en particular, la experiencia de la lucha de clase del proletariado latinoamericano. En lo que respecta a la concepción del mundo por los obreros, dicha influencia significa, en rigor, desalojar los criterios y estados de ánimo burgueses y pequeñoburgueses, superar las representaciones e ideales no proletarios y pasar a la orientación proletaria que conduce a la acción social pujante.

La influencia ideológica y política del socialismo no llega a todos los obreros en igual grado. De ahí que Lenin dijera, refiriéndose al desarrollo del movimiento proletario, que "no lo medimos con el rasero de algún ideal fantástico, si lo examinamos como un movimiento práctico de hombres corrientes..."[21] Como muestra la experiencia, las ideas socialistas son asimiladas ante todo y con mayor facilidad por los obreros profesionales instruidos. "Entre ellos se recluta principalmente a los obreros de vanguardia que destaca todo movimiento obrero, a los que saben ganarse la confianza absoluta de las masas obreras, a los que se consagran por entero a la educación y organización del proletariado, a los que asimilan del modo más consciente el socialismo..."[22] Ese

[21] V. I. Lenin. *Las divergencias en el movimiento obrero europeo. O. C.*, t. 20, p. 65.

[22] V. I. Lenin. *Una tendencia retrógrada en la socialdemocracia rusa. O. C.*, t. 4, p. 268.

estrato de los "obreros de vanguardia", aunque poco numeroso, desempeña un papel sustancial en varios países latinoamericanos.

En general, es mucho más amplio en el continente el "sector de obreros medios" que "desean ávidamente el socialismo" y toman parte activa en la lucha huelguística, pero aún carecen de auténtica conciencia de clase. Durante los últimos años, la actitud política de esos obreros latinoamericanos se ha activado notablemente, creándose por tanto premisas para su paso a las posiciones revolucionarias. A la capa obrera media "sigue la masa de las capas inferiores del proletariado"[23]. En muchos países del continente, los sectores proletarios nuevos (trabajadores agrícolas migrantes), formados en el curso de la industrialización y la urbanización, constituyen una masa considerable que sólo comienza a dar los primeros pasos en la lucha organizada y aún está lejos de tener conciencia de su integración orgánica en la clase obrera. Entre "las capas inferiores del proletariado" son muy fuertes todavía los rasgos y prejuicios campesinos, las prevenciones anticomunistas, el conformismo y el apoliticismo.

El núcleo genuinamente proletario de la clase obrera latinoamericana es relativamente pequeño, pero en comparación con otras capas tiene conciencia de clase más desarrollada y sólida, se da cuenta de su posición social y por eso lucha con energía total contra el capitalismo y el imperialismo.

Los obreros profesionales fogueados en los combates, y ante todo su vanguardia, pertrechada de la teoría marxista-leninista, tienen que dedicar muchas energías y mucho tiempo a la formación política de la nueva generación, a su preparación para una lucha activa. Este es el único modo posible de reforzar la conciencia política de las masas.

Los ideólogos nacionalistas burgueses y los oportunistas de derecha afirman que en virtud del atraso relativo de América Latina y de su dependencia respecto al imperialismo, es prematuro atribuir a los procesos revolucionarios una perspectiva socialista. En los años treinta se opinó incluso que dada la dependencia económica el capitalismo continental no podría, en general, alcanzar el nivel medio del desarrollo y estaba condenado a estancarse en la fase inicial. De ello se deducía la prioridad de las contradicciones exteriores sobre las interiores y por consiguiente el papel progresista de la burguesía nacional (que en efecto aplicó entonces a menudo una política generalmente antimperialista). En la etapa actual, esa apreciación del papel de la burguesía nacional es justa sólo para las colonias, semicolonias y los países capitalistas débilmente desarrollados del continente. Por lo que hace a los Estados latinoamericanos de nivel medio de desarrollo del capitalismo, su burguesía nativa ha agotado ya en gran parte sus potencias revolucionarias y forma un todo íntegro con el capital extranjero y la oligarquía. En muchos casos está dispuesta incluso a perpetuar la dependencia respecto

[23] Ibídem, p. 270.

al imperialismo en aras de sus propios intereses egoístas, procurando impedir a todo trance la aparición del proletariado revolucionario en el escenario político. Más aún, ahora está claro que precisamente como consecuencia de la colaboración con el imperialismo, parte de la burguesía de algunos países ha reforzado sus posiciones, se ha convertido en cúspide monopolista local y se ha entroncado en todos los aspectos con la extrema reacción.

En las condiciones actuales, el propio concepto de "burguesía nacional" tiene en gran medida nuevo contenido. Antes, el criterio decisivo para determinar la esencia de la burguesía nacional era su actitud hacia la autodeterminación estatal y la soberanía económica. Ese criterio sigue siendo válido en las colonias. Los intereses nacionales auténticos de una nación (es decir, los de su mayoría trabajadora) son considerablemente más amplios, están vinculados a la lucha por el socialismo. En relación con esto tienen gran importancia el surgimiento del sistema socialista mundial y el cambio de la correlación de fuerzas de ambos sistemas. Por la acción de todos esos factores internos y exteriores, el concepto de "burguesía nacional" ha adquirido una cualidad nueva y tiene distinta significación. Ahora pueden considerarse como burguesía nacional los grupos de empresarios que no sólo se manifiestan contra el imperialismo y el neocolonialismo, sino que también están interesados en el desarrollo económico y político progresista de sus países, son partidarios de ampliar la democracia y se oponen al empleo de la violencia contra las masas trabajadoras. En política exterior, esos grupos apoyan la coexistencia pacífica, el aumento de la colaboración con los países socialistas y la lucha emancipadora de otros pueblos.

¿Acaso debe el proletariado, partiendo de sus intereses de clase, negar el apoyo a las acciones antimperialistas de la burguesía nativa (si no son puramente verbales)? Desde luego que no. Pero los comunistas destacan que ese apoyo no debe implicar coqueteos políticos con la burguesía, el embotamiento de la conciencia de clase y la renuncia a la autonomía política del proletariado, porque únicamente su actividad puede obligar a la burguesía a actuar verdaderamente contra el imperialismo.

El viraje a la derecha producido en la política de la burguesía latinoamericana muestra cuán profundas son las contradicciones entre el proletariado y todas las masas trabajadoras, por una parte, y los explotadores locales y extranjeros, por otra. Esta circunstancia brinda nuevas posibilidades para propagar las ideas socialistas y aumentar la influencia política del socialismo sobre la clase obrera continental.

El paso de los obreros desde la lucha espontánea a las acciones combativas organizadas y a la dirección política de las masas guarda estrecha relación con la influencia revolucionaria del socialismo. Ahora bien, la clase obrera "tiende al socialismo de manera espontánea; pero la ideología burguesa, la más difundida... es, sin embargo, la que más se

impone espontáneamente a los obreros"[24]. Por consiguiente, todo lo que sea inclinarse ante la espontaneidad del movimiento obrero, minimizar el papel del "clemento consciente" y de la influencia del socialismo, lleva implícito el reforzamiento de la influencia ideológica burguesa en el medio obrero.

De ahí que los comunistas se esfuercen constantemente por elevar la formación política de las masas, por afianzar en la conciencia de éstas la orientación socialista como encarnación suprema. de la experiencia histórica acumulada por el proletariado internacional en el curso de toda su lucha de clase.

La actividad política de los partidos comunistas y obreros en las masas es un factor primordial para la divulgación y entronización de las ideas socialistas. Si un partido obrero tergiversa la política e ideología socialistas, los trabajadores podrán caer fácilmente en las redes del anticomunismo, el nacionalismo o el extremismo de izquierda. Si un partido comete errores tácticos o estratégicos, las masas identifican automáticamente sus yerros con "deficiencias" del socialismo. En ambos casos se debilita la influencia ideológica y política del socialismo y se intensifica la ofensiva de las ideas burguesas y pequeñoburguesas.

En América Latina aún ahora el analfabetismo obstaculiza la formación de la conciencia de la clase obrera. "El analfabeto —decía Lenin— está al margen de la política... Sin eso sólo hay rumores, chismes, cuentos y prejuicios, pero no política"[25].

Los enemigos del proletariado se desviven por impedir la elevación del nivel cultural de los obreros procurando reducir al mínimo la influencia revolucionaria del socialismo y la propagación de las tendencias anticapitalistas en las masas. La prédica de la "paz entre las clases", la difamación explícita del socialismo y el anticomunismo militante embaucan todavía a parte considerable de los obreros, especialmente a los nuevos sectores proletarios carentes de experiencia.

En tales circunstancias, los partidos marxistas-leninistas están llamados a desempeñar el papel dirigente como portadores de la ideología socialista en las filas de la clase obrera. La difusión de la verdad sobre el socialismo, la lucha contra la ideología burguesa y contra los oportunistas de derecha y de "izquierda" en el movimiento obrero, la decidida actitud antimperialista y la defensa de la unidad del movimiento comunista internacional, de los principios del internacionalismo proletario, son eslabones inalienables de la educación ideológica del proletariado, de la unión de amplias capas trabajadoras alrededor del mismo.

Lenin consideró que para educar políticamente al proletariado es muy importante que los comunistas sepan adaptar los principios revolucionarios a las peculiaridades de la situación concreta y a la mentalidad

24 V. I. Lenin. *¿Qué hacer? O. C.*, t. 6, p. 41.
25 V. I. Lenin. *La nueva política económica y las tareas de los comités de instrucción política. O. C.*, t. 44, p. 174.

de los diferentes grupos de trabajadores. "En lo que se refiere a las masas, es preciso aprender a abordarlas del modo más paciente y cauteloso, a fin de poder comprender las peculiaridades y los rasgos originales de la psicología de cada sector, profesión, etc."[26]. Los comunistas latinoamericanos han acumulado rica experiencia en este sentido. Los congresos celebrados últimamente por los partidos de varios países formularon nuevos planteamientos políticos y tácticos, precisaron los programas y determinaron el grado de madurez política de los diferentes sectores del proletariado.

El proletariado latinoamericano, superando las inmensas dificultades creadas por la propaganda anticomunista burguesa y por la actividad disgregadora de la ultraizquierda, vincula cada vez más su suerte con los ideales socialistas y lucha, cada día más conscientemente, contra el imperialismo y el capitalismo, por la paz, la democracia y el socialismo. En todo ello se manifiesta, en una u otra forma, la influencia del socialismo mundial, fuerza revolucionaria rectora de la época contemporánea.

Desde la Revolución de Octubre, los comunistas latinoamericanos, siguiendo los legados de Lenin, combaten heroica y abnegadamente en la vanguardia de las fuerzas revolucionarias de la sociedad. Los partidos comunistas tomaron la iniciativa histórica de organizar las masas para la lucha consciente contra la oligarquía y el imperialismo, por la paz, la democracia, la independencia y el socialismo.

El papel de los partidos marxistas-leninistas de la clase obrera en la presente etapa de la lucha de clases y del movimiento popular de liberación sigue siendo problema de acuciante actualidad. Al igual que en tiempos de la Revolución de Octubre, cuando el movimiento comunista estaba en pañales, ese problema vuelve una y otra vez a constituir el centro de las discusiones y de la lucha política. Los adversarios del socialismo y el comunismo, los oportunistas contemporáneos, repiten a sus predecesores de los años veinte que trataron de descomponer los partidos comunistas, de convertirlos en organizaciones reformistas sin ideología ni política de clase.

La experiencia muestra que la doctrina leninista acerca del partido como vanguardia revolucionaria de la clase obrera sigue siendo tan válida como antes. El partido puede conquistar el papel dirigente si está pertrechado con la teoría y la estrategia revolucionarias marxistas-leninistas, si aplica una táctica flexible, si guarda relación con las masas y representa un todo único y organizado.

Todas esas cualidades son inherentes ahora a los partidos comunistas de América Latina que han acumulado rica experiencia de lucha, con sus hechos han ganado prestigio entre los obreros y todos los trabajadores, tienen un programa profundamente elaborado de transformaciones revolucionarias y han aprendido a actuar en el seno mismo del

26 V. I. Lenin. *Tesis para el II Congreso de la Internacional Comunista. O. C.*, t. 41, p. 192.

pueblo. En las duras condiciones de actividad clandestina o en el ambiente de legalidad, durante los períodos de ascenso de la lucha revolucionaria o en tiempos de su retroceso temporal, los comunistas, siempre y en todas partes, forman la vanguardia de las fuerzas de la revolución. Han sufrido pérdidas incalculables en su lucha, pero nunca han depuesto las armas ni han dejado de combatir por los luminosos ideales del socialismo y el comunismo.

El mérito principal de los partidos comunistas latinoamericanos consiste en saber "aplicar los principios generales y fundamentales del comunismo *a las peculiaridades* de las relaciones entre las clases y los partidos, *a las peculiaridades* propias de cada país en el desarrollo objetivo hacia el comunismo y que es preciso saber estudiar, descubrir y adivinar"[27]. Esto es en extremo difícil, pero la revolución no conoce otro camino. La experiencia de la revolución chilena, como asimismo de la lucha en Argentina o Uruguay, representa en su conjunto un tesoro inapreciable de todo el movimiento obrero internacional, de todos los partidos comunistas; trascendiendo de los límites nacionales, adquiere importante significado internacional. El profundo estudio y la asimilación de la experiencia de la Gran Revolución de Octubre y el PCUS, de la experiencia acumulada por el movimiento comunista mundial durante los últimos seis decenios, son manantial de fuerza e inspiración para la lucha del proletariado latinoamericano y de los partidos que forman su vanguardia política.

Sobresaliente acontecimiento en este sentido fue la Conferencia de los Partidos Comunistas de los Países de América Latina y del Caribe, celebrada en junio de 1975 en la Habana.

El primer foro de este género y el más próximo a los días del Gran Octubre tuvo lugar en 1929, presidiendo sus labores la aspiración de los marxistas-leninistas del continente a enjuiciar en rasgos generales el carácter de la revolución y a trazar colectivamente las orientaciones estratégicas fundamentales de la lucha. Por cuanto los jóvenes partidos comunistas padecían entonces en gran medida la "enfermedad infantil del "izquierdismo", varias recomendaciones de la conferencia y las propuestas hechas durante los debates llevaron el sello del sectarismo, de la falta de madurez política y de una interpretación superficial de la experiencia de la Revolución de Octubre y de los bolcheviques. No obstante, se dio el primer paso en la elaboración de la estrategia y táctica de los partidos comunistas cuya tarea principal consiste, como señaló Lenin en 1920, en saber "percibir, encontrar y determinar con exactitud el rumbo concreto o el viraje especial de los acontecimientos *susceptibles de conducir* a las masas a la gran lucha revolucionaria, verdadera, final y decisiva..."[28]

---

[27] V. I. Lenin. *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo. O. C.*, t. 41, p. 74.

[28] Ibídem, p. 82.

En la Conferencia de La Habana, a los 58 años del triunfo de la Revolución de Octubre, los comunistas latinoamericanos dieron nuevo e importante paso en la asimilación profunda de la teoría marxista-leninista y su aplicación práctica. Lenin dijo: "La teoría del marxismo, iluminada por los rayos brillantes de la nueva experiencia de los obreros revolucionarios —experiencia de riqueza universal—... ayudará a los proletarios de todo el mundo, que combaten por la abolición de la esclavitud asalariada capitalista, a adquirir una conciencia más clara de los objetivos de su lucha, a marchar con paso más firme por la ruta ya trazada, a conquistar la victoria con mayor seguridad y solidez y a afianzarla"[29].

Esta previsión de Lenin ha sido confirmada plenamente por la práctica. Guiándose por la doctrina marxista-leninista y por la experiencia acumulada de toda la lucha revolucionaria, la Conferencia de los Partidos Comunistas de los Países de América Latina y del Caribe declaró: "Los comunistas consideramos que el socialismo es el único sistema capaz de garantizar el desarrollo verdadero de América Latina con el ritmo acelerado que nuestros países requieren", como se ve en el ejemplo de Cuba. "Sin embargo, los comunistas comprendemos que el socialismo sólo se convertirá en un programa de realización inmediata en el conjunto de los países de América Latina, a través de un período de intensas luchas y transformaciones radicales, de experiencias directas de los trabajadores y de lucha ideológica consecuente y tenaz... La estrategia y la táctica de la Revolución en América Latina para aquellos que la concebimos como una Revolución cuyo objetivo final es el socialismo, pasan por el antimperialismo. Los comunistas, por ello juzgamos las posiciones políticas de las otras fuerzas latinoamericanas, fundamentalmente, a partir de su actitud ante ese enemigo"[30], el imperialismo y sus aliados de la oligarquía agrario-financiera latinoamericana.

La conferencia exteriorizó los sentimientos de respeto, confianza y admiración de todos los revolucionarios a la patria de Lenin y al partido bolchevique. De ello habló con gran fuerza expresiva el Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y entonces Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de la República de Cuba (hoy Presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros), camarada Fidel Castro, al hacer uso de la palabra en el XXV Congreso del PCUS:

"El sol no podrá jamás taparse con un dedo. La historia verdadera no la escribirán los reaccionarios, los calumniadores, los intrigantes ni los traidores..., porque la propia historia los barrerá a todos. Ellos aspiran a destruir el enorme prestigio que con tanto heroísmo, sacrificio y lealtad a la causa revolucionaria ha conquistado el pueblo soviético.

---

[29] V. I. Lenin. *Lo conquistado y refrendado. O. C.*, t. 37, p. 514.

[30] *Granma*, 16 de junio de 1975.

...Tanto en el orden material como en el orden moral la Unión Soviética es ya indestructible y nadie podrá socavar su prestigio, porque la seriedad de su conducta internacional, su sentido profundo de la responsabilidad histórica con el movimiento revolucionario y la invariable fidelidad de la Unión Soviética a una política de principios a lo largo de toda su existencia, inspira a los revolucionarios sinceros y a los hombres progresistas de todo el mundo una confianza ilimitada"[31].

El proletariado ruso abrió a otros destacamentos de la clase obrera la perspectiva general del triunfo en la lucha por el socialismo. "Esa experiencia no se olvidará —dijo Lenin—. ...Esa experiencia ha entrado en la historia como una conquista del socialismo, y la futura revolución internacional erigirá sobre ella su edificio socialista"[32]. Esto ha sido confirmado por la práctica histórica.

Gerónimo Arnedo Alvarez, Secretario General del CC del Partido Comunista de la Argentina, recalcó que para los comunistas del mundo entero, la rica experiencia de los bolcheviques no ha sido ni es una experiencia "ajena", sino prácticamente la suya propia y universal. "Si nos consideramos como una parte orgánica e inseparable del movimiento obrero revolucionario mundial, el Gran Octubre es una experiencia *nuestra*, o dicho más exactamente, es la base de *nuestra* experiencia histórica, enriquecida posteriormente por la práctica de otros muchos destacamentos de combatientes por la libertad social, por el socialismo y el comunismo"[33].

La utilización inteligente y el enriquecimiento de la experiencia internacional de la lucha, de la teoría y práctica de las revoluciones —ante todo, de la Gran Revolución Socialista de Octubre—, forman la base de la continuidad del movimiento comunista y son importantísimo factor de su desarrollo eficaz en el futuro. Ahora tienen valor de actualidad mayor que nunca las siguientes enseñanzas fundamentales del Gran Octubre. En primer lugar, el movimiento revolucionario auténtico no puede triunfar en nuestros días si no se apoya en la clase que constituye el centro de la época, es decir, la clase obrera internacional y su obra y fuerza principales: el socialismo. En segundo lugar, la clase obrera no puede manifestar plenamente sus potencias revolucionarias si no la dirige una vanguardia política combativa representada por el genuino partido marxista-leninista. Además, la revolución socialista no puede triunfar si el proletariado no se ha aliado firmemente con los campesinos pobres y los elementos progresistas de las capas medias urbanas, si la mayoría del pueblo no está del lado de la revolución y si "las grandes masas (incluyendo los soldados. —*B. K.*) no han adoptado todavía una posición de apoyo directo a esta vanguardia (o, al menos, de neutralidad

31 *Pravda*, 26 de febrero de 1976.
32 V. I. Lenin. *Discurso pronunciado en el I Congreso Nacional de los Consejos de Economía. O. C.*, t. 36, p. 383.
33 *Revista Internacional*, 1974, No 11, p. 16.

benévola con respecto a ella) y no son incapaces por completo de apoyar al adversario..."[34]

Por último, la experiencia de la Revolución de Octubre enseña que la victoria es imposible si no se observa el principio del internacionalismo proletario y de la solidaridad combativa, si la revolución está separada de la lucha en otros países.

Estas y otras enseñanzas del Gran Octubre asumen particular resonancia porque las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución se enfrentan ahora abiertamente en muchos países del mundo, comprendidos los de América Latina. Cabe decir que cuanto mayor es el tiempo que nos separa de Octubre de 1917, tanto más profunda y omnímoda se hace su ligazón con la práctica revolucionaria actual, más clara "la inevitabilidad histórica de que se repita a escala universal lo ocurrido" en Rusia, y con mayor plenitud "el ejemplo ruso muestra a todos los países algo, y algo muy sustancial, de su futuro próximo e ineluctable"[35].

Hoy esto no es ya solamente el futuro, sino también el presente de muchos países, cuyos pueblos en pos de Rusia han abrazado la senda de la lucha por el socialismo.

Una de las realizaciones más importantes de los seis decenios transcurridos es la fuerza creciente del internacionalismo proletario; en primer lugar, de la solidaridad de la clase obrera y el movimiento comunista internacionales con el socialismo realmente existente. La solidaridad con el primer país socialista, nacida bajo la consigna de " ¡Fuera las manos de la Rusia Soviética! ", ha adquirido en estos decenios formas nuevas y aún mayor amplitud.

El profundo amor y respeto a la patria de la Gran Revolución Socialista de Octubre y del partido leninista se confirmaron brillantemente en el XXV Congreso del PCUS, celebrado en febrero de 1976, al que acudieron ciento tres delegaciones de partidos comunistas, obreros, nacionaldemocráticos y socialistas de 96 países, comprendidas todas las naciones latinoamericanas. Los invitados de otros países valoraron altamente los documentos de aquel foro, expresando su admiración por los éxitos de la edificación socialista en la URSS y su gratitud al PCUS y a la Unión Soviética por la solidaridad y el apoyo múltiple.

El internacionalismo proletario, uno de los principios fundamentales del marxismo-leninismo, tiene particular importancia en las condiciones actuales. La lucha por desarrollarlo y enriquecerlo ha sido y sigue siendo deber superior de cada marxista-leninista.

Los éxitos del proceso revolucionario mundial se manifestaron con sumo relieve al conmemorarse el sesenta aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. En todos los países, incluidos los de

34 V. I. Lenin. *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo. O. C.*, t. 41, p. 78.
35 Ibídem, pp. 3, 4.

América Latina, se celebraron mítines y manifestaciones multitudinarios, conferencias científicas, encuentros y reuniones solemnes. En Moscú, durante los días 2 y 3 de noviembre de 1977 se verificó un acto solemne conjunto del CC del PCUS, el Soviet Supremo de la URSS y el Soviet Supremo de la RSFSR, con la participación de delegados de 104 países (entre éstos, todos los países latinoamericanos).

En el informe pronunciado por Leonid Brézhnev, Secretario General del CC del PCUS y Presidente del Presídium del Soviet Supremo de la URSS, se analizaron en profundidad el significado que el Gran Octubre ha alcanzado a nivel internacional y los problemas del proceso revolucionario de nuestro tiempo. "Los inolvidables días de Octubre —destacó L. Brézhnev— estremecieron todo el planeta. Comenzó una nueva época histórica, la época de la renovación revolucionaria del mundo, la época del paso al socialismo y al comunismo. Comenzó el camino por el que marchan hoy cientos de millones de hombres y por el que ha de marchar toda la humanidad"[37].

Hubo un tiempo en el que la burguesía, atemorizada por la victoria de Octubre, trató de buscar en cada acontecimiento revolucionario la "mano de Moscú". Ahora son ya pocos los que creen en esas fábulas. "Las revoluciones surgen y triunfan por la fuerza del desarrollo interno de cada país, por la voluntad de su pueblo. Las numerosas victorias alcanzadas por las revoluciones socialistas en Europa, Asia y América —dijo L. Brézhnev— es una continuación de las ideas y la causa de Octubre"[38].

El pueblo soviético conmemoró el glorioso aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre con nuevos e importantes logros en la edificación del socialismo y el comunismo. El 7 de octubre de 1977, en un ambiente de extraordinario entusiasmo moral y político se aprobó la nueva Constitución de la URSS. Este histórico documento, Carta de la sociedad socialista desarrollada, refrenda jurídicamente las conquistas revolucionarias del Gran Octubre, del PCUS y de todo el pueblo soviético. La Ley Fundamental de la URSS da el carácter de norma constitucional a la política pacífica del Estado soviético, determina el hecho de que es éste un Estado de todo el pueblo y refleja las orientaciones del desarrollo de la democracia socialista.

La Constitución de la URSS ha adquirido una resonancia internacional inmensa, creando nuevos estímulos en la lucha de las masas trabajadoras por la paz, la democracia, la liberación social y nacional, el socialismo.

Antonio Maidana, Presidente del Partido Comunista Paraguayo, dijo en el acto solemne celebrado en noviembre de 1977 en Moscú que cada aniversario del Gran Octubre es un día inspirador para cada comunista. Y a los que se encuentran en las condiciones más difíciles, esta fecha

37 *Pravda*, 3 de noviembre de 1977.
38 Ibídem.

histórica infunde fuerzas particulares en la lucha por nuestros ideales[39].

Irrizarry Franklin, Secretario General del Partido Comunista Puertorriqueño, recalcó que la influencia ejercida en todo el planeta por la Gran Revolución Socialista de Octubre, resulta difícil sobrestimar en general, pues tiene suma significación particular para los que luchan hoy contra el colonialismo, por la liberación nacional[40].

Manuel Mora, veterano del movimiento obrero y Secretario General del CC del Partido Vanguardia Popular de Costa Rica, puso de relieve lo siguiente: Si queremos avanzar, necesitamos una brújula, porque el camino de la libertad no es fácil. Lenin iluminó el campo de nuestra lucha con las ideas de Octubre; ellas, precisamente, pasaron a ser nuestra brújula[41].

Como señaló en su discurso Schafik J. Handal, Secretario General del CC del Partido Comunista de El Salvador, el prestigio que el Partido Comunista y la Unión Soviética se han granjeado entre los pueblos del mundo contribuye al desarrollo de la lucha antimperialista[42].

Jesús Faría, Secretario General del Partido Comunista de Venezuela, subrayó que cada vez más venezolanos aplauden a la Unión Soviética como un Estado amante de la paz y amigo de los países en vías de desarrollo. Admiran el PCUS como una organización política madura y sabia, que conduce a los pueblos de la Unión Soviética a la cumbre del bienestar material y a las nuevas realizaciones de la ciencia, la cultura y la técnica[43].

También otros muchos delegados latinoamericanos que asistieron a los actos solemnes celebrados en Moscú con motivo del sesenta aniversario del Gran Octubre expresaron el elevado respeto por la política exterior pacífica de la URSS, por su desinteresada ayuda a los países en vías de desarrollo y lucha activa a favor de la distensión internacional. Como señaló Rodney Arismendi, Primer Secretario del CC del Partido Comunista del Uruguay, la Unión Soviética, siguiendo la concepción de la revolución socialista y de su triunfo a escala mundial, formulada por Lenin, ha pasado a ser el sostén y baluarte de todas las fuerzas revolucionarias[44]. R. Arismendi expuso la bien acertada idea de que después del período temporal de reveses y derrotas sobrevenido en varios países latinoamericanos a raíz de la violenta contraofensiva del imperialismo norteamericano y de las fuerzas fascistas, vuelve, a comienzos de la presente década del siglo, a percibirse el acercamiento de un nuevo momento político, aunque inseguro por ahora y acompañado de encarnizados choques. Cabe afirmar, sin falsas ilusiones, que empiezan de

39 Véase *Pravda*, 4 de noviembre de 1977.
40 Véase *Pravda*, 5 de noviembre de 1977.
41 Ibídem.
42 Ibídem.
43 Véase *Pravda*, 5 de noviembre de 1977.
44 Véase *Pravda*, 6 de noviembre de 1977.

nuevo a madurar las condiciones necesarias para el restablecimiento de la democracia y de la independencia nacional... se acelera el desmoronamiento de las dictaduras fascistas y surgen nuevas premisas para la restauración de la democracia[45].

Luis Carlos Prestes, Secretario General del Partido Comunista Brasileño, se solidarizó con esa conclusión al hacer constar que el régimen dictatorial del Brasil va perdiendo terreno, y la situación favorece cada vez más la actividad de los comunistas en unión de los sectores más amplios de la población... Los sucesos muestran una vez más que es imposible aniquilar el partido comunista[46].

Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, Presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Ministros de la República de Cuba, en el telegrama de saludo que envió al PCUS y al pueblo soviético con motivo del sesenta aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre dijo, refiriéndose a la influencia que ésta ha ejercido sobre la lucha del pueblo cubano contra el imperialismo, que los cubanos afirman con orgullo que el *Granma* siguió el rumbo del *Aurora* en el mar de las batallas de clases y combates por la liberación nacional y social... Las hazañas realizadas por el pueblo soviético durante los seis decenios transcurridos desde Octubre son tantas que se presentan como un himno único y admirable a la revolución[47].

El hecho de que los dirigentes de los partidos comunistas hermanos del mundo entero expresaran una elevada apreciación de la Patria del Gran Octubre y del partido de Lenin prueba que la fuerza inspiradora de la Revolución de Octubre se manifiesta en nuestro planeta también ahora, pasados 60 años. Más aún, su influencia aumenta, atrayendo hacia el socialismo a millones de personas.

45 Ibídem.
46 Véase *Pravda*, 6 de noviembre de 1977.
47 Véase *Pravda*, 7 de noviembre de 1977.

Epílogo

A medida que la humanidad progresa, las acciones del proletariado ruso y del partido bolchevique guiado por Lenin que tomaron audazmente la iniciativa de transformar de modo revolucionario la vida en la Tierra, aparecen ante las nuevas generaciones como hazaña cada vez más majestuosa.

A los "diez días que estremecieron al mundo" en octubre de 1917 siguieron los seis decenios que han transformado nuestro planeta.

Estos seis decenios son un episodio fugaz en la secular historia del género humano, pero al mismo tiempo son toda una época, época de transformaciones sin parangón por su profundidad, rapidez y perspectiva en todas las esferas de la vida del hombre.

En la Disposición del CC del PCUS *Sobre el 60 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre* se dice: "Durante los últimos seis decenios se han operado cambios inmensos no sólo en nuestro país, sino también en el mundo entero. Esos cambios profundos y universales se iniciaron con la Gran Revolución Socialista de Octubre.

Ella dio impulsos revolucionarios poderosos a todos los destacamentos del movimiento obrero y abrió nuevas posibilidades y perspectivas para el despliegue de la lucha de liberación nacional en las colonias y semicolonias. La clase obrera pasó a constituir definitiva e irrevocablemente el centro de toda la vida social de la época contemporánea. Bajo la influencia del Gran Octubre, en todos los continentes empezaron a formarse los partidos comunistas, vanguardia proletaria organizada"[36].

Durante los últimos sesenta años ha surgido, se ha desarrollado y ha alcanzado la prosperidad plena el socialismo realmente existente y se ha dado un gigantesco paso por el camino que conduce a la sociedad comunista. Uno de los mayores éxitos en este camino se obtuvo en 1959 al triunfar la heroica Revolución Cubana, primera revolución socialista en América.

El Gran Octubre iluminó la ruta del progreso de todos los pueblos; gracias a él, los obreros latinoamericanos pudieron en gran medida adquirir conciencia del papel que les corresponde en la vida política del continente, y sus trabajadores se alentaron para nuevos esfuerzos heroicos en la lucha contra el imperialismo y la reacción local.

Durante la Gran Revolución Socialista de Octubre y los primeros años posteriores, el movimiento obrero latinoamericano experimentó cambios cardinales, comenzó una nueva etapa de la lucha de clases. El

36 *Pravda*, 1 de febrero de 1977.

éxito más importante fueron el nacimiento y la institucionalización de los partidos comunistas, la bancarrota ideológica del oportunismo y del anarquismo, el paso de los elementos avanzados del sindicalismo revolucionario a las posiciones de la Internacional Comunista, el poderoso ascenso del movimiento obrero y antimperialista de masas y el aumento de la conciencia de clase del proletariado.

Todos esos cambios obedecieron a dos circunstancias mutuamente ligadas: el exacerbamiento de las contradicciones sociales del capitalismo latinoamericano —en primer lugar, la formación del proletariado como clase en los países de mayor desarrollo capitalista del continente— y la colosal influencia ideológica y política de la Revolución de Octubre y del bolchevismo. El entrelazamiento de los factores indicados determinó la particular amplitud y el carácter ofensivo del movimiento proletario latinoamericano, que incluso tomaba la forma de insurrecciones armadas.

En el proceso de desarrollo ideológico de la clase obrera y sus organizaciones, de desgajamiento de la corriente marxista-leninista y de creación de los partidos comunistas desempeñaron especial papel los trabajos de Lenin, los decretos del Poder soviético y los documentos de la IC, que se difundieron en América Latina traducidos al español y al portugués. Entre las formas de lucha política obrera tuvo gran importancia el movimiento de solidaridad con la joven Républica de los Soviets.

La experiencia de la Revolución de Octubre y del partido bolchevique sigue siendo beneficiosa para las fuerzas antimperialistas latinoamericanas adictas al progreso y orienta a todos los revolucionarios.

Ahora los éxitos del socialismo real inciden grandemente sobre toda la vida política de la sociedad latinoamericana. Las mejores fuerzas del continente libran heroica lucha contra el imperialismo y la oligarquía, por la paz, la democracia, la soberanía y el socialismo. Así se manifiestan los estrechos nexos históricos existentes entre el Gran Octubre y el proceso revolucionario mundial de nuestros días, proceso de transición de la humanidad, por medio de larga y difícil lucha, del capitalismo al socialismo y el comunismo.

Desde la Gran Revolución Socialista de Octubre han transcurrido seis decenios, pletóricos de cambios revolucionarios trascendentales. La transición del mundo al socialismo, iniciada en 1917, prosigue. La luz resplandeciente de Octubre iluminará eternamente, a través de decenios y siglos, el camino del progreso de la humanidad inspirando a ésta para las nuevas hazañas y realizaciones revolucionarias, en aras del triunfo completo del comunismo.

INDICE DE NOMBRES

Ajus, Jorge Elías —102.
Allen, José —115.
Arismendi, Rodney —7, 119, 137, 141, 153.
Arnedo Alvarez, Gerónimo —7, 150.
Arrada, Julio —108.
Arredondo, Julio —36.
Bakunin, M. A. —23, 24, 27, 82, 87.
Baliño, Carlos —128, 129, 130.
Bardoza, Rui —33.
Barreiro, Alejandro —129, 130.
Bebel, August —42.
Bocio, Bartolomé —108.
Bosh Martínez, Antonio —130.
Brandão, Otavio —7, 72, 100, 101, 104, 106, 122, 123.
Braz, Wenceslau —33.
Brézhnev L.I. —137, 138, 141, 152.
Brum, Baltasar —119.
Campos, Manuel —102.
Canellas, Antonio —101.
Cano, Nicolás —115.
Carbonell, Miguel Angel —109.
Carles, Manuel —97.
Castro, Manuel de —104.
Castro Ruz, Fidel —7, 130, 149, 154.
Cerquinho, Isaac —107.
Ciaranti, Pedro —112.
Codovilla, Victorio —7, 29, 34, 40, 41, 49, 54, 55, 70, 107, 108, 110.
Cordeiro, Cristiano —124.
Corvalán, Luis —7.
Costa Pimenta, João da —100, 101, 104, 123.
Coutinho, Rodolfo —124.
Crespi, Rodolfo —59, 61.
Cruz Junior, Antonio —101.
Chjeídze, N. S. —47.
Damiani, Gigi —59.
Danton, Georges Jacques —48.
Dias, Carlos —54, 104.
Dias, Everardo —7, 29, 60, 100, 123.
Díaz, Porfirio —16, 82.
Dickman, Enrique —34, 68.
De Tomaso, Antonio —53, 54, 56, 68, 74, 112.

Duarte Candeias, Antonio —59, 71, 91, 92.
Dulles, John Foster —14.
Dzerzhinski, F. E. —69.
Engels, Federico —5, 15, 23, 71, 119, 128.
Escobar, Carlos —33.
Flores Magón, Ricardo —71, 82, 83, 84.
Flores, Teresa —120.
Fonseca, Ricardo —121.
Fontes, Silverio —23.
Foster, William Z. —7, 17.
Frugoni, Emilio —115, 118, 119.
García, José —112.
Gasca, Celestino —83, 114.
Chioldi, Orestes —112.
Chioldi, Rodolfo —7, 29, 34, 40, 41, 49, 54, 55, 70, 107, 110, 111, 113.
Gompers, Samuel —25, 114.
Gorki, M. —51.
Grobart, Fabio —130.
Guchkov, A. I. —44.
Hervé, Gustave —32, 33, 85.
Hidalgo, Manuel —121.
Ingenieros, José —6, 66, 73, 75, 112.
Jaurès, Jean —64.
Justo, Juan B. —34, 35, 68, 69, 74, 112, 118.
Kaplán, F. —69.
Katayama, Sen —84, 115.
Kautsky, Carlos —10, 11, 88, 111, 134.
Kerenski, A. F. —45, 46, 47, 48, 55, 56, 63, 65 67, 69, 70.
Kingsbury—Smith, John —137.
Kornílov, L. G. —64.
Kropotkin, P. A. —23, 24, 25, 33, 77, 78, 81, 82, 85, 89.
Kuhn, Augusto —41, 110.
Lafertte, Elías —120, 121.
Leal, Aurelio —102.
Lenin, V. I. —6, 7, 9, 10, 11, 14, 21, 25, 28, 32, 34, 37, 38, 42, 43, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 59, 63, 64, 65, 69, 70, 71, 72, 78, 79, 80, 84, 85, 86, 87, 88, 91, 101, 106, 107, 110, 111, 114, 119, 123, 126, 129, 130, 133, 134, 141, 146, 147, 148, 150, 153, 154, 155, 156.
Leuenroth, Edgard —59, 71, 90, 91, 92, 124.
Lévano, Delfín —37.
Leite e Oiticica, José Rodrigues —104, 124.
Lima Barreto, Afonso Henrique de —6, 72, 100, 101.
Lumumba, Patricio —84.
Luz, Fabio —54.
Lvov, G. E. —45, 46, 47, 48, 50.
Madureira, Sena —107.

Majnó, N. I. —113.
Malatesta, Errico —32, 33, 82.
Mariátegui, José Carlos —7, 74, 132.
Marinello, Juan —7.
Marx, Carlos —5, 15, 19, 22, 23, 40, 52, 58, 64, 71, 111, 119, 128.
Marcal, Carlos —33.
Martí, José —128.
Martínez, Antonio, —60.
Martínez Verdugo, Arnoldo —7.
Mata Rivera, Juan de —23.
Mattei, Ettore —24.
Medina, José —115.
Mella, Julio Antonio —7, 115, 129, 130.
Menocal —58, 128.
Millerand, Alexandre —45.
Miliukov, P. N. —45, 48, 53.
Moncaleano, Juan Francisco —83.
Monroe, James —13.
Monteón González, Humberto —84, 85.
Mora Valverde, Manuel —7, 153.
Morones, Luis —83,114.
Mouli, Carlos —112.
Muñoz Cruz —121.
Nalipinski, Antón —59.
Napoleón Bonaparte —13.
Nascimento, Nicanor —107.
Nathan—Ganz, Edvard —24.
Nazaré, Agripino —104.
Necochea, Ramírez Hernán —7,58.
Necháev, S. G. —24.
Nequete, Abilio de —123.
Nicolás II —44.
Neinwenhuis, Domela —32.
Palmeira, Alvaro —104.
Pancho Villa —16.
Penichet Gómez, Antonio María —72, 107, 109, 129.
Peralte, Charlemagne —12.
Pereira, Astrojildo —7, 29, 49, 50, 55, 72, 89, 90, 100, 101, 104, 123, 124, 125.
Pintos, F. R. —7, 36, 57, 70, 94, 117, 118, 119.
Pradenas Muñoz, Juan —70.
Prestes, Luis Carlos —7, 154.
Rangel Pestana, Nereu —33.
Raport, Robert —64.
Recabarren, Luis Emilio —7, 29, 36, 41, 42, 43, 49, 54, 70, 107, 110, 120, 121.
Reed, John —84.
Ribeiro Filho, Domingos —100, 102.
Rivera, Librado —83.
Rodzianko, M. V. —44.

Roig y San–Martin, Enrique –128.
Roosevelt, Teodoro –13.
Saad, Pedro –7.
Salas, Enrique –36.
Shulguín, V. –44.
Silva, Hermogêneo –124.
Silva, Oscar –102.
Soto y Gama, Antonio Díaz –83.
Suares, Santos –123.
Subarán Campani, Rafael –114.
Thomas, A. B. –12.
Tobón, Mauro –115.
Travin, P. I. –84.
Trépov, D. F. –102.
Troize, Emilio –108.
Trotski, L. D. –65, 86, 87.
Uritski, M. S. –69.
Valle Iberlucea, Enrique del –112.
Vieira, Gilberto –7.
Viera, Eduardo –131.
Volodarski, V. –69.
Wilson, Woodrow –11, 12, 14, 114.
Yrigoyen, Hipólito –17.
Zapata, Emiliano –16, 70, 71.

NOMBRES GEOGRAFICOS

Alaska –13.
Alemania –10, 11, 13, 14, 33, 35, 48, 53, 56, 65, 69, 85, 132, 136.
Amsterdam –32.
Argentina –6, 9, 10, 11, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 26, 29, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 42, 49, 51, 53, 55, 62, 68, 69 88, 94, 97, 105, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 118, 119, 120, 121, 131, 148, 150.
Arizona –13.
Austria–Hungría –69.
Barra Funda –61.
Berlín –14.
Bolivia –14, 18, 31, 132.
Bom Retiro –61.
Boston –84.
Brasil –6, 10, 11, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 26, 30, 32, 33, 37, 39, 42, 49, 53, 58, 61, 70, 73, 88, 92, 95, 99, 100, 104, 105, 109, 122, 124, 127, 140, 154.
Braz –60, 61.
Buenos Aires –22, 24, 46, 57, 98.
Bulgaria –69.
California –13, 82.
Camagüey –58, 94.
Campinas –60, 61.
Colombia –11, 58, 96, 132.
Canadá –17.
Costa Rica –14, 132, 153.
Cruzeiro –124.
Cuba –6, 13, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 29, 30, 37, 39, 42, 58, 72, 94, 96, 107, 108, 109, 127, 128, 129, 130, 131, 136, 138, 139, 140, 149, 154, 155.
Checarita –98.
Chile –6, 10, 11, 13, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 26, 29, 31, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 49, 51, 53, 62, 70, 88, 94, 107, 109, 119, 121, 122, 131, 132, 135, 140.
Dinamarca –13, 16.
República Dominicana –12, 14, 37, 132.

Ecuador –14, 18, 96, 132.
EE.UU. –10,11, 12, 13, 14, 17, 31, 33, 37, 46, 47, 83, 84, 85, 113, 114, 115, 128, 129, 135, 136.
España –10, 31, 33, 135.
Francia –10, 11, 13, 26, 132.
Grecia –10, 16, 135.
Guadalupe –132.
Guanajuato –115.
Guayaquil –96.
Guatemala –14, 131, 132.
Guayana Británica –11, 132.
Guyana –132.
La Habana –23, 58, 94, 95, 108, 109, 128, 129, 130 148, 149.
Haití –12, 14, 132.
Honduras –14, 131.
Inglaterra –10, 11, 13, 14, 89, 113.
Iquique –96.
Irlanda –89.
Italia –33.
Jalisco –115.
Jamaica –11.
Japón –11, 136.
Jundiaí –60.
Las Villas –58.
Lima –37.
Los Angeles –71, 83.
Luisiana –13.
Majé –103, 104.
Martinica –11, 131, 132.
Matanzas –58.
Mérida –84.
México –6, 9, 11, 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 31, 37, 53, 62, 71, 82, 83, 85, 96, 88, 95, 109, 114, 115, 129, 131.
México (ciudad de) –20, 115, 119.
Michoacán –115.
Minas Gerais –61.
Montevideo –94, 96, 119.
Mooca –60, 61.
Moscú –7, 93, 121, 139, 152, 153.
Nevada –13.
Nicaragua –13, 14, 132.
Niterói –103, 126.
Nueva York –84.
Panamá –14, 18, 132.
Pará –61.
Paraguay –14, 132, 152.
Paraná –61.
Pernambuco –61.
Perú –14, 18, 21, 31, 58, 95, 109, 132.
Petrogrado (antes San Petersburgo) –44, 46, 47, 63, 64, 65, 93.
Porto Alegre –123, 125.
Puerto Príncipe –12.
Portugal –10, 16, 33, 135.
Puebla –115.
Puerto Natales –96.
Puerto Rico –11, 13, 132, 153.
Recife –124, 125.
Ribeirão Prêto –61.
Río Claro –60, 61.
Río Grande del Sur –123, 132.
Rio de Janeiro –23,32, 46, 48, 53, 61, 66, 91, 95, 99, 102, 103, 106, 124, 125, 126.
Rosario –98.
Rusia –6, 11, 13, 24, 33, 44, 45, 46, 47, 48, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 58, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 78, 80, 81, 83, 85, 87, 89, 90, 91, 92, 95, 99, 100, 101, 105, 106, 107, 108, 109, 110,116, 124, 151.
El Salvador –14, 132, 153.
Santo Domingo –12.
São Paulo –33, 58, 59, 60, 61, 62, 99, 124, 125.
Santos –23, 125.
Siberia –52.
Suiza –56.
Surinam –11.
Texas –13.
Ucrania –113.
Unión Soviética –137, 140, 141, 142, 150, 151, 152, 153.
Uruguay –6, 10, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 22, 24, 26, 29, 36, 37, 39, 41, 42, 53, 62, 70, 88, 94, 108, 109, 117, 119, 131, 140, 148, 153.
Valparaíso –121.
Venezuela –11, 14, 18, 19, 58, 132, 153.
Veracruz –114.
Islas Vírgenes –13.
Washington –12, 13, 14.
Yucatán –115.
Zacatecas –115.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida se le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de su traducción, presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar 21
Moscú, URSS

EDITORIAL PROGRESO
APARECERA

Preguntas y respuestas sobre el comunismo. Op. V.

El quinto opúsculo continúa la popular colección de libros dedicados a los problemas de la teoría y la práctica de la construcción del comunismo.

A los lectores econtestan periodistas soviéticos: V. Moskalenko (*¿Por qué no hay desempleo en el socialismo?*), F. Petrenko (*¿Cómo y con quiénes se forma el aparato de gestión en el socialismo?*), E. Bagrámov y L. Metélitsa (*¿Cuál es la situación de las naciones en el socialismo?*).

EDITORIAL PROGRESO
SE HA EDITADO

E. AMBARTSUMOV. Así comenzó el socialismo. La Rusia soviética en vida de Lenin (1917-1923).

El libro es una investigación histórico-sociológica del Estado soviético en los primeros años de su desarrollo, cuando Lenin se encontraba a la cabeza del partido y el país.

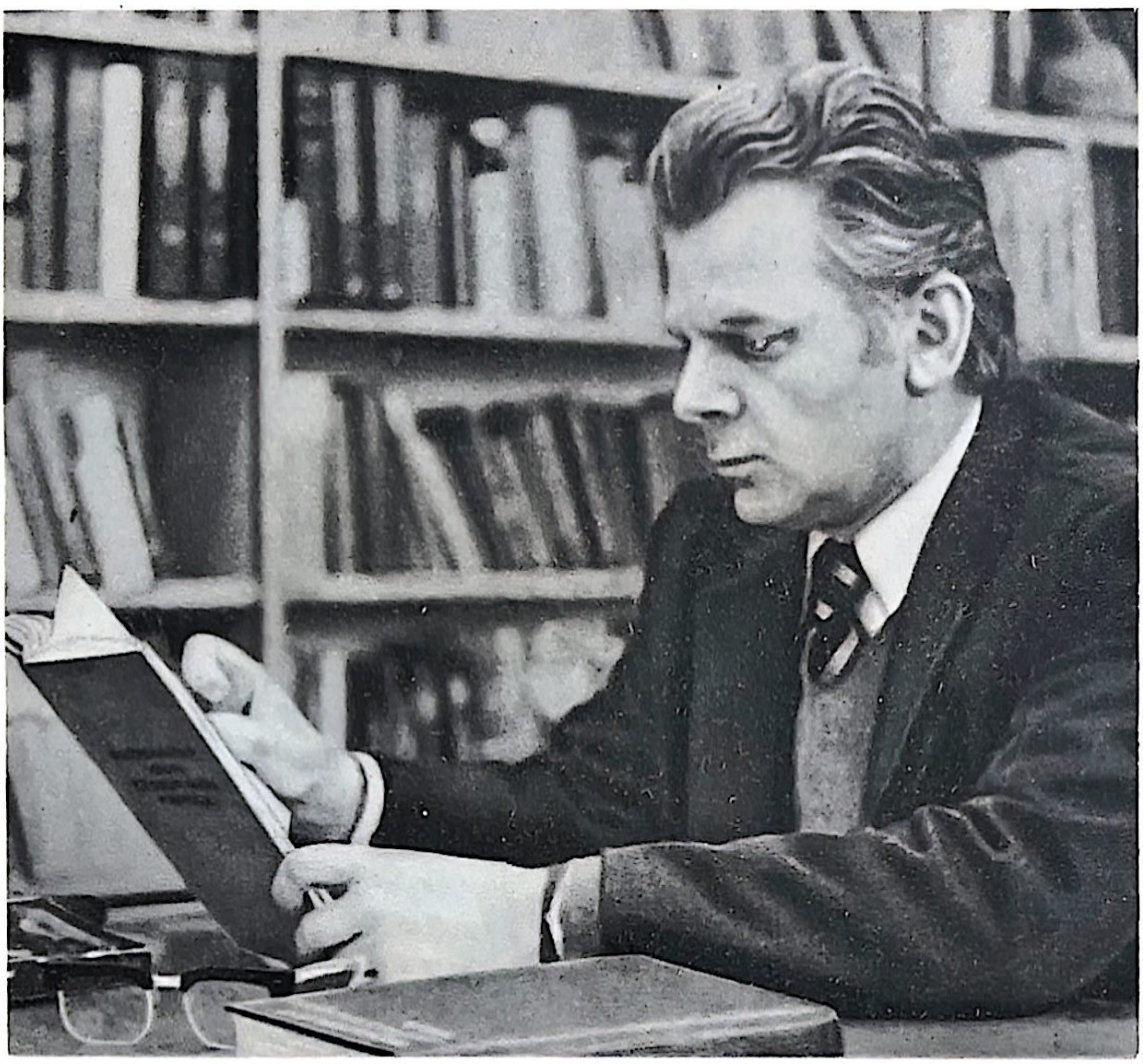
Analizando la aplicación de las ideas leninianas de la transformación socialista de Rusia, el autor da a conocer los períodos del progreso posrevolucionario del país: el "comunismo de guerra" y la nueva política económica.

EDITORIAL PROGRESO
SE HA EDITADO

M. BASMANOV, B. LEIBZON. Vanguardia revolucionaria. Problemas de la lucha ideológica. Colección: *Progreso. Teoría y crítica.*

El papel dirigente del Partido Comunista en la lucha de los trabajadores por el progreso social, por la paz y la democracia es la principal causa de las divergencias ideológicas entre el marxismo-leninismo y el revisionismo. En el libro se analizan las raíces sociales del revisionismo y el nexo de sus concepciones modernas con las corrientes ideológicas del pasado.

En el ejemplo del problema de "jefes — partidos—clase — masas", los autores nos muestran el papel de los comunistas en la alianza democrática de todas las fuerzas progresistas en la etapa actual de la lucha revolucionaria y la correlación entre lo nacional y lo internacional en la actividad de los partidos comunistas.



Profesor Borís Koval

El profesor Borís Koval, historiador soviético, director adjunto del Instituto del Movimiento Obrero Internacional de la Academia de Ciencias de la URSS. Han salido de su pluma los trabajos *Historia del proletariado brasileño* (1968), *El ayer y hoy del Brasil* (1971), *Procesos revolucionarios en América Latina* (1974) y otros.

Editorial Progreso
Zúbovski bulvar 17
Moscú, URSS